# El secreto de mi silencio

VICTORIA LACACI



# EL SECRETO DE MI SILENCIO

VICTORIA LACACI

Copyright © 2025 Victoria Lacaci
victorialacaci@yahoo.com

Título original: EL SECRETO DE MI SILENCIO
Escrito por Victoria Lacaci
Portada: Francisco Palma González

**Instagram: @victoria.lacaci.com**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el

tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Contenido


CAPÍTULO 1.
CAPÍTULO 2.
CAPÍTULO 3.
CAPÍTULO 4.
CAPÍTULO 5.
CAPÍTULO 6.
CAPÍTULO 7.
CAPÍTULO 8.
CAPÍTULO 9.
CAPÍTULO 10.
CAPÍTULO 11.
CAPÍTULO 12.
CAPÍTULO 13.
CAPÍTULO 14.
CAPÍTULO 15.
CAPÍTULO 16.
CAPÍTULO 17.
CAPÍTULO 18.
CAPÍTULO 19.
CAPÍTULO 20.
CAPÍTULO 21.
CAPÍTULO 22.
CAPÍTULO 23.
CAPÍTULO 24.
CAPÍTULO 25.
CAPÍTULO 26.
CAPÍTULO 27.
CAPÍTULO 28.

CAPÍTULO 29.
CAPÍTULO 30.
CAPÍTULO 31.
CAPÍTULO 32.
CAPÍTULO 33.
CAPÍTULO 34.
CAPÍTULO 35.
CAPÍTULO 36.
CAPÍTULO 37.
EPÍLOGO.

*Las almas que se encuentran y se reconocen nunca se sueltan, ni con el silencio, ni con la distancia, ni con las vueltas que da la vida.*
Mario Benedetti.

## CAPÍTULO 1.

## MÓNICA.

Era una de esas noches únicas, de esas que parecen suceder solo una vez en la vida, marcando el cierre de un ciclo y el comienzo de otro.

El ambiente en la discoteca era festivo, caótico incluso. Las risas compartidas, los abrazos y la emoción palpable en el ambiente marcaban el final de los exámenes de junio, la obtención de nuestra licenciatura y, con ello, el adiós a la universidad. La música electrónica resonaba en cada rincón, la gente bailaba, reía y se movía al ritmo frenético de la última noche que pasábamos todos juntos como estudiantes. No sabíamos si realmente estábamos celebrando la conclusión del ciclo universitario o simplemente el hecho de que nuestras vidas estaban a punto de cambiar. El horizonte se desplegaba ante nosotros, amplio y prometedor, lleno de oportunidades por descubrir y un futuro aún por escribir.

En medio de ese torbellino de luces y sonidos, estaba Carol. Como siempre, brillaba con luz propia, rodeada de gente, deslumbrando a todos con su risa contagiosa, como si su energía positiva invadiera la sala. Ella era como un imán para los demás; poseía un magnetismo natural e irresistible, no solo debido a su belleza deslumbrante, sino a algo mucho más profundo: su simpatía innata, esa calidez que envolvía a todos los que la rodeaban y hacía que se sintieran a gusto en su presencia. Lo curioso es que ella no parecía ser consciente de su poder, lo cual resultaba aún más fascinante.

Me quedé observándola desde un rincón, sin atreverme a acercarme, inmóvil y perdida en mis propios pensamientos, mientras la multitud a mi alrededor parecía desdibujarse. Durante largos segundos, la contemplé en la distancia, absorta en su mirada dorada, cálida y profunda, con ese destello único que siempre me había cautivado, y en la forma en que sus labios se curvaban en una sonrisa que, cada vez que la veía, me dejaba sin aliento. Había algo

en ella, en su forma de ser, que hacía que todo lo demás desapareciera cuando me hablaba, como si el mundo entero se desvaneciera y solo existiéramos nosotras dos.

De pronto, me sentí como una espectadora de mi propia vida, sin saber hacia dónde moverme, temiendo dar un paso en falso. ¿Cuándo había comenzado a enamorarme de ella? ¿Fue desde que comenzamos a compartir piso, hacía ya dos años? ¿O acaso ocurrió antes, cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez en los pasillos de la universidad? Me lo había preguntado cientos de veces sin llegar a una respuesta concluyente. Lo único que tenía claro era que mis sentimientos por ella superaban los límites de una simple amistad, y que durante los últimos meses había estado a punto de confesarle lo que sentía en más de una ocasión, pero el miedo a perderla siempre terminaba paralizándome.

Sabía que Carol era heterosexual, o al menos nunca había mostrado indicios de tener una inclinación sexual diferente, y eso me había llevado a creer que mi amor por ella era algo que jamás podría ser correspondido, aunque admito que, en ocasiones, su actitud conmigo me hacía dudar.

Habíamos compartido tantas experiencias, tantas conversaciones a solas, tantos momentos en los que nuestras miradas se encontraban y se detenían, la una en la otra, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciese, que a veces me atrevía a pensar que quizás, solo quizás, Carol sentía lo mismo que yo. Pero tan pronto como esa chispa de esperanza aparecía, la realidad me golpeaba con fuerza, como un puño de hierro que me devolvía a mi lugar. Ella, lo sabía bien, solo estaba interesada en los chicos. Y yo, aunque nunca había tenido una relación con una mujer y todas mis experiencias pasadas habían sido con hombres, solo me sentía atraída por ella. Un auténtico desastre.

¿Qué sentido tendría arriesgar nuestra amistad, esa cercanía tan especial que habíamos construido a lo largo de los años, por algo que tal vez solo existía en mi mente? Algo que solo se manifestaba en esos instantes fugaces, en esos silencios cargados de significado que quizás no eran más que mis propios anhelos malinterpretados. No quería perderla, no de esa forma. Así que me quedaba callada,

con el corazón dividido entre la realidad y la fantasía, mientras nuestra amistad se deslizaba lentamente por el borde de lo que jamás podría ser.

Todo era demasiado confuso. En breve abandonaríamos el piso que compartíamos y que se había convertido en los dos últimos años en nuestro hogar, y Carol volvería a Alicante, su ciudad natal. El simple pensamiento de que nuestras vidas seguirían rumbos separados, de que no íbamos a compartir más esas charlas nocturnas, esos abrazos cómplices, esas risas en el sofá, me llenaba de un vacío tan profundo que me era difícil imaginar cómo sería mi vida sin ella a mi lado.

Por el momento regresaría a Gijón, a casa de mis padres, pero no pensaba quedarme mucho tiempo allí. Me gustaba demasiado Madrid como para renunciar a seguir viviendo en la capital; además, tenía la esperanza de que Carol también regresara y buscara trabajo en Madrid, un lugar lleno de oportunidades laborales. La posibilidad de que nuestras vidas tomasen caminos diferentes me angustiaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Quizá había llegado el momento de hablar con ella, de confesarle lo que sentía, de ser honesta conmigo misma, y tal vez, con ella. ¿Me atrevería a hacerlo?

Mientras continuaba sumergida en mis pensamientos, noté que Carol comenzaba a mirar a su alrededor con cierta inquietud, como si estuviera buscando algo en medio de la multitud. Poco a poco, su mirada fue recorriendo el espacio hasta que, al fin, se detuvo sobre mí, y el ruido y la agitación a mi alrededor parecieron desvanecerse por un segundo. De inmediato me dirigió una sonrisa deslumbrante, de esas capaces de iluminar incluso la noche más oscura. Mi corazón dio un vuelco, y por un momento todo lo demás desapareció mientras yo quedaba atrapada en su belleza. Su rostro era armonioso, con unos pómulos suaves, unos labios llenos que siempre parecían estar a punto de sonreír y una nariz recta y delicada. Sus ojos, de un color caramelo cálido, eran profundos y reflejaban inteligencia. Llevaba el cabello rubio oscuro suelto, cayendo en una cascada de ondas sobre sus hombros.

Me acerqué a ella ignorando descaradamente a aquel chico que hacía intentos por acercarse a mí, ese desconocido que me había estado mirando media noche con una sonrisa embobada en el rostro y al que no había hecho ni caso. Carol me recibió ofreciéndome su copa, un *gin tonic* algo aguado del que tomé un par de sorbos tras esforzarme por superar mi aversión al alcohol. El hecho de posar mis labios en el mismo cristal donde ella había posado antes los suyos hacía que el sacrificio valiera la pena.

— ¿Dónde te habías metido…? – me preguntó acercándose aún más a mí para que pudiera oírla sobre la música estruendosa. Yo, de alguna manera, me sentí atrapada por su presencia. ¿Por qué tenía que estar pensando, una vez más, en todo lo que no me atrevía a decirle? ¿Por qué no podía ser más valiente?

—Estaba en el cuarto de baño —respondí, intentando sonar casual —. Y después me he dado una vuelta por ahí…

Carol asintió mientras sus ojos brillaban con esa chispa juguetona que mostraba cuando algo le picaba la curiosidad.

—¿Y quién es ese estupendo morenazo que no te quita ojo? — preguntó, señalando al desconocido que continuaba observándome desde el otro lado de la discoteca.

—Ni idea… —respondí con indiferencia antes de aclarar: — pero no me interesa.

—¿Se puede saber qué te pasa esta noche? – preguntó frunciendo el ceño con gesto inquisitivo —. La última fiesta de la carrera, ¡y estás tan taciturna!

Llevaba razón. ¿Por qué me sentía tan desconectada de los demás? ¿Por qué no podía divertirme y dejar que la velada fluyera con normalidad, como solía hacer?

—Pues por eso, precisamente —admití, finalmente, antes de dar otro sorbo del *gin tonic* que aún tenía en la mano—. Porque es la última. Después, muchos de nosotros dejaremos de vernos… Nuestros caminos se separarán.

Noté un leve temblor en mi voz al hablar, una vacilación casi imperceptible que me sorprendió más de lo que quería admitir. Suelo mantenerme serena, incluso cuando las emociones me desbordan. No soy de esas personas que dejan entrever lo que sienten con

facilidad; siempre he preferido esconder mis emociones tras una fachada de calma, de aparente indiferencia. Pero aquella noche, algo dentro de mí comenzaba a desbordarse, como un río que no puede contener el torrente de agua que lo inunda. La perspectiva de separarme de mi amiga me afectaba mucho más de lo que había imaginado. Sentía un nudo en la garganta, una presión constante en el pecho, y eso, para alguien que siempre se ha considerado fuerte y racional, era desconcertante.

Fue entonces cuando Carol se acercó un poco más a mí antes de atraparme en un abrazo, un gesto cálido y natural de su parte, pero que me hizo caer en una mezcla plagada de emociones. Al principio permanecí rígida ante el contacto, pero después algo dentro de mí me hizo relajarme y corresponder a su gesto. Cerré los ojos y aspiré su perfume, tan familiar, tan inconfundible. No podía dejar de pensar en que, tal vez, esa sería la última vez que tendría la oportunidad de sentirla tan cerca. La idea me revolvió por dentro, y comprendí que no podía dejar que las cosas quedaran así, sin decir nada, sin arriesgarme.

Me separé un poco de ella, pero no lo suficiente como para perder la conexión que había entre nosotras. Tenía que hablar con ella, pero no allí, no rodeadas de toda esa gente, de esa música ensordecedora, de esas miradas que no dejaban de acechar. Necesitaba un espacio, un momento solo para nosotras, sin interferencias. Después de un breve silencio, la miré a los ojos, decidida.

—Oye, Carol… —empecé, un poco nerviosa—. ¿Qué te parece si mañana hacemos algo las dos? Un plan tranquilo, solo para nosotras. Podríamos ir al cine o cenar en casa, algo en plan relajado.

— ¡Me parece estupendo! — exclamó de inmediato. — Además, empiezo a estar saturada de tanta gente — agregó quitándose de un empujón a un chico que, aparentemente algo bebido, tropezó contra nosotras antes de seguir su camino con un gesto de disculpa.

El día siguiente sería el momento, la oportunidad que no podía dejar escapar. Todo o nada. Esa era la frase que comenzó a rondar en mi cabeza, una y otra vez, durante el resto de la noche, como un mantra que me impulsaba a seguir adelante. La idea de confesarle

mis sentimientos a Carol me aterraba; sabía que podía perderlo todo: su amistad, la complicidad que compartíamos… podría arrepentirme toda la vida, pero a la vez, intuía que no podría seguir viviendo con esa duda. Si no lo intentaba entonces, tal vez nunca tuviese otra oportunidad. No podía seguir adelante con esa incertidumbre, con esa confusión que me ahogaba cada vez que la miraba. Además, me negaba a que el miedo gobernara mi vida.

La noche siguió su curso frenético, con la música resonando en la pista y las luces estallando en destellos de colores vibrantes. Las risas y los gritos de nuestros amigos y compañeros llenaban el aire sin tregua. Traté de dejarme llevar por el ambiente festivo, bailando con algunos chicos de la carrera y conversando animadamente con otros, aunque las dudas me corroían por dentro como una sombra persistente y amenazadora.

Carol se divertía; la veía flirtear con unos chicos que estaban cerca, y no pude evitar que los celos me consumieran. Era una sensación que ya conocía bien, una mezcla extraña que me recorría las venas como un veneno especialmente dañino. Mi estómago se retorció, pero era algo que no podía evitar. Me sentí estúpida. ¿Qué derecho tenía yo a sentir celos? Ninguno. Ninguno en absoluto. No había nada entre nosotras que me permitiese reclamarle ni exigirle nada. Además, Carol no tenía idea de lo que me estaba ocurriendo.

Me odiaba por sentir aquello, pero era más fuerte que yo.

Intenté apartar la vista, mirar hacia otro lado, hacer como si no me importara, como si no me afectara en absoluto, pero no pude. No podía dejar de observar cómo esos idiotas se acercaban a Carol, rodeándola, y cómo ella, con esa facilidad innata para conectar con los demás, respondía a sus bromas y comentarios. Me sentí pequeña, insignificante, al margen. Como si lo que yo sentía por ella no importara, como si ni siquiera estuviera allí.

Traté de consolarme pensando que, tal vez, solo tal vez, al día siguiente las cosas entre nosotras cambiarían. Sería todo o nada.

Esperaba que fuese todo.

CAROL.

La fiesta comenzaba a apagarse, las luces se atenuaban y la música se volvía más suave, pero yo aún me movía por la pista buscando con la mirada a Mónica. ¿Dónde se había metido esta vez? La localicé bailando, en medio de un grupo de compañeros de clase, como si fuera parte de ellos, pero a la vez algo en su postura me hizo pensar que se mantenía un poco al margen del resto. Me pareció un poco extraño, pues Mónica no solía bailar. Siempre me lanzaba una mirada desdeñosa cada vez que se lo proponía y nunca supe si era por pudor o porque, simplemente, no le apetecía. Sin embargo, aquella noche se dejaba llevar por la música con una gracia inesperada; sus movimientos eran tan fluidos y rítmicos que no pude evitar quedarme observándola un momento, perdida en la belleza de su baile, hipnotizada por la escena.

La vi alejar sutilmente, pero con firmeza, a uno de los chicos del grupo que con un poco de alcohol de más intentaba acercarse demasiado a ella. Fue un gesto tan característico, tan propio de Mónica, que me hizo sonreír por dentro. Siempre había tenido esa capacidad para alejar a los chicos sin necesidad de decir palabra alguna, como si su presencia misma les hiciera entender que no debían acercarse más. Parecía estar rodeada de una barrera invisible que nadie osaba traspasar hasta que ella lo decidiera, cosa que ocurría muy de vez en cuando.

De pronto comprobé que no era yo la única que observaba la escena. Aquel morenazo de mandíbula cuadrada seguía sin quitarle ojo. No me extrañó. Mónica, con su belleza magnética, no solía pasar desapercibida. Su melena oscura, siempre impecable, y su rostro de facciones un tanto angulosas, pero equilibradas, la hacían única. Además, su cuerpo atlético y armoniosamente proporcionado, sumado a esa aura de misterio que la rodeaba, solía dejar una impresión imborrable en quien la contemplaba.

Recordé cuando la conocí, en los primeros días de universidad. Mónica me había parecido distante, con ese aire de chica inalcanzable que parecía destilar a cada paso que daba. Su elegancia natural, su humor mordaz y esa lengua afilada que no dudaba en utilizar con todo aquel que la importunaba, imponían un respeto imposible de ignorar. Sin embargo, con el tiempo, lo que parecía un

muro infranqueable fue cayendo poco a poco. Las horas compartidas en la cafetería de la facultad, las conversaciones que comenzaban de forma casual y luego se extendían por horas nos fueron uniendo cada vez más. Con el paso de los días, descubrí que detrás de esa apariencia de dureza se escondía una persona con gran profundidad, alguien en quien podía confiar, una amiga que llegaría a ser fundamental para mí, y lo que comenzó como una amistad ligera se transformó en una relación sólida, basada en la confianza y el entendimiento mutuo.

A pesar de todo eso, la primera impresión que tuve de ella, esa sensación de respeto y fascinación, nunca desapareció por completo, y en momentos como ese, mientras la observaba bailar, no podía evitar recordar lo magnética que podía llegar a ser.

De pronto, nuestras miradas se cruzaron y, con una sonrisa amigable, ella me dedicó un gesto que, para ser honesta, se me antojó un tanto forzado. ¿Qué diablos le pasaba? Algo no iba bien; la conexión natural que teníamos parecía haberse desvanecido en el aire, dejando lugar a una tensión silenciosa, difícil de ignorar. Mónica era una chica algo reservada, sí, pero nunca la había visto con ese halo de melancolía que la envolvía en los últimos días, con esa emoción contenida que asomaba en su mirada cada vez que esquivaba una conversación profunda.

Se trataba de algo sutil, un cambio leve en su actitud que me tenía inquieta. Tal vez era la nostalgia que flotaba en el ambiente, la certeza de que el fin de una etapa estaba cerca, y que pronto nuestras vidas tomarían rumbos completamente diferentes.

Pensé en lo que me había propuesto: pasar un día tranquilo, a solas. Tal vez eso era lo que necesitábamos, tiempo para hablarnos sin las distracciones de la multitud, sin la tensión que nos rodeaba en esos últimos días.

La noche comenzaba a acercarse a su final, y con ello, la atmósfera del lugar se iba transformando lentamente. La música, que hasta entonces había sido el motor de la fiesta, empezó a decaer; sus últimos acordes resonaban suavemente en el aire, como si quisieran despedirse de todos los presentes. Las luces, antes vibrantes y coloridas, se atenuaron y la multitud comenzó a dispersarse,

dejando atrás ecos de risas y conversaciones. Nos despedimos de los amigos con cálidos abrazos, la promesa de mantenernos en contacto y el deseo de vernos nuevamente después del verano. Después, Mónica y yo tomamos un taxi de regreso a casa.

Me encontraba exhausta después de dos semanas de exámenes y un par de noches de juerga infinita, y me acosté sintiendo que el sueño me envolvía de inmediato, como si el agotamiento me arrastrara sin piedad, llevándome a un descanso profundo y reparador.

MÓNICA.

El día había sido tranquilo, casi perfecto. Nos habíamos levantado tarde, con Carol algo resacosa, pero de buen humor y tras remolonear por casa durante un buen rato, habíamos decidido atenernos al plan propuesto el día anterior: comida en un restaurante de la zona, paseo por la ciudad y una película de suspense en el cine, en versión original, que nos encantó.

Después, al regresar de nuevo al apartamento, nos acomodamos en la pequeña terraza que daba al salón, con vistas a la calle Blasco de Garay, en pleno corazón de Chamberí. Preparamos unas bebidas frescas y conversamos de todo un poco, mientras lamentábamos tener que despedirnos de lo que había sido nuestro refugio perfecto durante los últimos dos años.

— Entonces… ¿te vas a llevar la cafetera? – preguntó Carol en un momento dado, haciendo tintinear los hielos de su vaso antes de dar un buen sorbo al zumo de naranja.

— No, llévatela tú, mejor – concedí magnánima, pensando que la había comprado yo, pero era ella quien verdaderamente la usaba, aunque, ¿a quién le importaba una maldita cafetera o quién se quedaba con el ventilador?

Debería sacar el tema de una vez y dejar de hablar de semejantes estupideces.

En ese momento lamenté mi aversión al alcohol. Puede que una copa me hubiese ayudado a afrontar mejor aquella conversación, pero no, tendría que hacerlo a pecho descubierto.

—Carol, por cierto… hay algo que quería comentarte.

Dios mío, ayúdame un poco, pensé.

—¡Vaya, qué coincidencia! Yo también tengo algo que decirte.

—¡Tú primero! — respondí rápidamente, aliviada de poder aplazar un poco el tema e intrigada por la mirada traviesa que iluminaba su rostro.

— ¡Está bien! —exclamó ella con una sonrisa cómplice, levantando las palmas de las manos como si se estuviese rindiendo ante una situación que no podía controlar del todo —. Creo que me estoy enamorando…

Mi corazón dio un vuelco.

¿Y si hablaba de mí? ¿Podría ser? Confieso que sentí una especie de infarto, pero traté de disimular y, respirando hondo, pregunté con calma:

—¿Ah, sí…? ¿De quién?

Carol permaneció un par de segundos en silencio, alargando aposta el suspense, un suspense asfixiante y matador, antes de responder:

— ¿Te acuerdas del chico que me pidió el teléfono en el gimnasio hace un par de semanas, el de la mandíbula marcada?

Tragué saliva al recordar a aquel moreno fornido y simpático, que había intentado ligar con nosotras en la sala de pesas, pero al que yo no había prestado demasiada atención. Carol, en cambio, y muy a mi pesar, le había dado su número de teléfono tras un buen rato de charla.

— Sí — contesté, tratando de mantener la voz firme. — Me acuerdo de él…

Carol siguió hablando sin percatarse de mi malestar.

— Pues se llama Iván, y es encantador. Hemos estado chateando estos días y vamos a quedar mañana para cenar…

Una sonrisa forzada escapó de mis labios. Quería desaparecer, que la tierra me tragara y me devolviera en otra parte, lejos de allí, quizá en otro continente. Me sentía completamente estúpida.

— Ah…eh…bueno, ehh… parecía buen chico.

No se me ocurrió otra cosa que comentar.

— Tengo un pálpito con él… creo que este me puede llegar a gustar de verdad — continuó diciendo ella con gesto pensativo, efectuando,

quizá, un rápido repaso mental a los numerosos *affairs* que había mantenido durante la carrera, ninguno demasiado relevante.

— Nunca se sabe — repliqué, maldiciendo internamente a aquel estúpido entrometido, aunque, en el fondo, no era él el problema. ¿Cómo pude llegar a pensar que podría tener alguna oportunidad con ella?

— Bueno, ¿y tú qué querías contarme? — preguntó entonces Carol repantingándose en su asiento con aire pícaro. — ¿También has conocido a alguien especial, quizá?

— En absoluto – negué con énfasis —. Es solo que estoy valorando la oferta que me han hecho de esa empresa suiza, en Ginebra, ya sabes, por lo del programa J.T. de la uni – agregué casi sin pensar.

Me refería al programa "Jóvenes Talentos" al que podían acceder los estudiantes con las mejores calificaciones de la universidad, entre los cuales me encontraba. Durante el último mes, algunos de nosotros habíamos recibido ofertas bien remuneradas para realizar prácticas profesionales en empresas nacionales o extranjeras. El programa representaba una excelente oportunidad para adquirir experiencia laboral de alta calidad y dar un impulso significativo a nuestras carreras.

Carol me miró extrañada.

— ¿Ginebra? Repito, ¿Ginebra…? Dijiste que preferías buscar algo en Madrid, que ni muerta irías allí, con ese frío que hace…

— Sí, lo sé — respondí rápidamente, sintiéndome como una impostora; las palabras salían de mi boca casi sin poder detenerlas. — Pero lo estoy valorando de nuevo. El sueldo es bueno, y podría ser un trampolín hacia algo mucho mejor.

Había descartado hacía semanas esa opción, pero de pronto sentía el impulso de irme, de alejarme todo lo posible de Carol. Comprendí que era la única manera de liberarme de esas absurdas ilusiones que me consumían.

— ¡Dios! Una vez estuve en Ginebra con mis padres y me pareció la ciudad más aburrida de la tierra… A las cinco de la tarde está todo cerrado y no sabes ni qué hacer —dijo Carol, dejando escapar un suspiro.

— Lo sé, pero no será para siempre… Un par de años, quizá — respondí, intentando mantener la calma, aunque dentro de mí comenzaba a bullir una rabia inmensa, una rabia que nunca supe que podía albergar.

La odié, sí, la odié con cada fibra de mi ser. Odié su rostro casi perfecto, esa sonrisa eterna que nunca parecía abandonar su cara, y, sobre todo, odié cómo su vida parecía encajar a la perfección, mientras yo me ahogaba en mis propios deseos secretos, atrapada en un amor imposible.

Carol me miró con curiosidad, sin entender realmente el porqué de mi cambio de planes, mientras yo me sumergía en mis pensamientos, deseando que la conversación tomara otro giro.

— ¡Está bien!, pero prométeme que seguiremos en contacto, Moni – suplicó Carol, con aquella mirada, siempre tan cálida. — Aunque te vayas lejos, tenemos que hacer el esfuerzo de vernos de vez en cuando, en Ginebra, Madrid o donde sea.

— Claro, Carol. Te lo prometo. Nos veremos, seguro.

Mentí. Lo supe en ese mismo instante. Mi promesa era vacía; no tenía la intención de seguir en contacto con ella. Deseaba alejarme por completo, borrarla de mi vida.

Carol pareció satisfecha con mi respuesta, pero yo no podía dejar de sentir una opresión en el pecho. Era como si me estuvieran arrancando del cuerpo algo importante, pero no sabría decir exactamente el qué.

Seguimos conversando durante horas. Ella, a diferencia de mí, estuvo especialmente habladora, compartiéndome sus sueños y expectativas, mientras yo fingía escuchar. En realidad, mi mente estaba en otra parte, completamente absorta por mi inminente partida, pues había decidido adelantar un día mi regreso a casa; no tenía sentido quedarme más tiempo allí.

Cuando me acosté, sentí como si hubiera perdido algo que nunca llegué a tener. ¡Qué estupidez tan grande! Y, sin embargo, al mismo tiempo, me invadía un extraño alivio, una sensación de que, al menos, estaba recuperando el control de mi vida. Por doloroso que fuese, sabía que era lo correcto, y, en el fondo, esa certeza me otorgaba cierta paz.

Recordé de pronto mis reflexiones del día anterior. Todo o nada. Al final había sido NADA.

## CAPÍTULO 2.

## 10 AÑOS DESPUÉS.

### MÓNICA.

El piso, situado en plena Milla de Oro del centro de Madrid, era perfecto. Contaba con unos 120 metros cuadrados, un dormitorio en suite con baño privado, otro para invitados y un salón que se unía a la cocina, creando un gran espacio abierto. Además, tal como mostraban las fotos de la agencia, los suelos eran de madera y el mobiliario, lujoso y completamente nuevo.

La comercial de la inmobiliaria, una mujer regordeta y habladora, me iba enseñando todo mientras comentaba las condiciones para el alquiler. Yo la escuchaba con atención, recorriendo el piso con la mirada y acariciando de forma distraída las superficies de algunos de los muebles. Era ya el quinto piso que veía desde que había llegado a Madrid, una semana atrás, pero aquel era el primero que me gustaba de verdad. Tenía algo especial, algo que me hacía sentir que ese lugar poseía alma. Decidí que lo alquilaría; no me apetecía alargar más mi estancia en el hotel Puerta América, por muy cómodo que fuera.

— ¿Hace mucho que buscas piso…? – preguntó entonces la comercial, incapaz, quizá, de permanecer más de dos segundos en silencio.

— Una semana…

— Pues esta es una zona excelente, céntrica y relativamente tranquila… Un auténtico lujo.

Me sentía un poco como una extraña en la ciudad que una vez consideré mi hogar, lo reconozco. Llevaba diez años viviendo en el extranjero, primero en Ginebra y luego en Londres, donde me habían contratado para un puesto ejecutivo en una prestigiosa empresa de publicidad hasta que, apenas un mes atrás, había decidido aceptar una vacante en Madrid de la misma empresa. No me lo había pensado demasiado, como si una fuerza invisible y poderosa me hubiese empujado a regresar a la capital, casi sin darme cuenta. Sin embargo, ahora que finalmente estaba allí, me

encontraba inmersa en un torbellino de emociones encontradas, un cóctel de nostalgia, incertidumbre y esperanza.

La ciudad seguía siendo como la recordaba, bulliciosa, vibrante y llena de vida, con ese sol brillante que iluminaba las calles con su calidez única. Las plazas y las terrazas continuaban rebosantes de gente, y el aire caliente de la tarde primaveral mantenía el aroma de la urbe cosmopolita que me había acogido en mi época de estudiante. Todo me resultaba familiar, como si el tiempo no hubiera pasado, pero, al mismo tiempo, me daba cuenta de que yo ya no era la misma. Me notaba cambiada en muchos aspectos, y la ciudad, que siempre había sido un reflejo de mi juventud, se me antojaba de pronto un espejo que me devolvía una versión más madura de mí misma, más fuerte, como si todo lo que había vivido en los últimos años me hubiese dotado de una nueva perspectiva.

— Entonces, ¿le gusta el piso? —. La voz de la comercial me arrancó de mis pensamientos y me devolvió bruscamente a la realidad; estaba tan absorta en mis reflexiones que por un momento olvidé que había ido allí a tomar una decisión.

— Me gusta, sí. Me lo quedo. ¿Cuándo podría entrar a vivir?

— En cuanto firmemos el contrato y haga la transferencia de la fianza y el primer mes, le doy las llaves — contestó ella sonriendo, claramente satisfecha con mi decisión. — Además, lo han limpiado a fondo ayer, así que está listo para entrar a vivir.

— Bien, ¿podríamos hacerlo hoy mismo?

— Por supuesto… podemos ir a la oficina y realizar allí el trámite — respondió con entusiasmo.

— Perfecto – dije, mientras pensaba en lo extrañamente reconfortante que resultaba la idea de poder tener, en cuestión de horas, las llaves de mi propio hogar.

Las siguientes dos horas pasaron volando. Tras acudir a la inmobiliaria para firmar el contrato y completar los trámites, me entregaron las llaves del piso. Fue un instante extraño y emocionante, pero también ligeramente irreal, como si todo estuviera sucediendo demasiado deprisa. Apenas un par de horas antes caminaba por un lugar ajeno, y ahora tenía en mis manos la llave de un espacio que, de algún modo, ya sentía como propio.

No veía la hora de mudarme, pero aún necesitaba varias cosas para que el piso resultara realmente habitable, así que me dirigí al IKEA de la calle Serrano, convencida de que allí encontraría todo lo necesario: sábanas, toallas, utensilios de cocina y algunos detalles más para darle vida y funcionalidad al espacio. Pasé un buen rato recorriendo los pasillos, eligiendo cada objeto con calma y disfrutando del proceso. Sabía que aún me faltaba por comprar un par de muebles, algo de decoración y otros detalles, aunque la mayoría de mis pertenencias —ropa, libros y objetos personales— vendrían más tarde, unos días después, cuando mi antigua secretaria en Londres me enviara todo lo que había dejado atrás. Estaba ansiosa por recibir esas cajas, llenar las estanterías con mis libros, colgar mis cuadros en las paredes y colocar los objetos que, a lo largo de los años, me habían acompañado y que ahora darían un toque personal a mi recién estrenado hogar.

Aquella noche, después de disfrutar de una cena deliciosa en el maravilloso restaurante del hotel, me retiré a mi habitación. Estaba agotada, pero al mismo tiempo contenta con el progreso del día. No pasó mucho tiempo antes de que mi teléfono comenzara a sonar.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro al comprobar la identidad de la autora de la llamada: Charlotte (Charly para los amigos).

— *Darling*, ¿qué tal? —. Su voz, con ese acento británico tan característico, llegó clara y cálida a través del teléfono. Desde que se había empeñado en que utilizaremos el español en lugar del inglés, su manejo del idioma cervantino había mejorado considerablemente, aunque de vez en cuando se sacaba de la manga alguna que otra curiosa mezcla de palabras que me hacía reír a carcajadas.

— ¡Cansada! — respondí, mientras me dejaba caer sobre la cama, rendida al agotamiento de un día lleno de trámites y decisiones.

— Cuéntame, entonces, ¿ya tienes casa…? – preguntó mientras yo la imaginaba tumbándose sobre el sofá, como hacía siempre, con los rizos cobrizos desordenados cayéndole sobre la cara, y su cuerpo sexy envuelto en un pijama de seda.

— ¡La tengo, sí!; de hecho, tengo incluso las llaves, aunque no me mudaré hasta dentro de un par de días, cuando compre unas cuantas cosas más que me hacen falta.

— ¿Cómo es?, ¡cuéntame! – exigió ella de inmediato, en tono apremiante.

— Tiene dos dormitorios, un amplio salón con terraza y un baño con una ducha gigantesca… todo de tu gusto.

Ella rio antes de decir en tono sugerente:

— En cuanto pueda, me escapo para ir a verte…

Charly era piloto, y su trabajo la mantenía en constante movimiento entre destinos de Asia y Europa. La había conocido hacía un par de años, en una fiesta organizada por unos amigos en común. Recuerdo que aquella noche no tenía demasiadas ganas de salir, pero algo —una intuición, quizás— me empujó a hacerlo. Y no me equivoqué: bastó con que la atractiva piloto, tras observarme durante un buen rato con cierto descaro, se acercara para captar por completo mi atención. No pasó mucho tiempo antes de que estuviéramos conversando como si nos conociéramos de toda la vida, entre risas y confidencias.

Nuestra relación siempre había encontrado el equilibrio perfecto entre la independencia y la complicidad, y aunque vivíamos en zonas distintas de la ciudad, cada una en su propio apartamento, la conexión que compartíamos era única, llena de diversión y pasión. Charly no creía que una pareja tuviera que estar junta todo el tiempo para que la relación funcionara, y yo compartía esa idea. Por eso no puso objeciones cuando decidí mudarme a Madrid. Sin embargo, la noche anterior me sorprendió al comentarme que estaba considerando solicitar un traslado a España. Sabía que el proceso podría tardar varios meses, incluso un año, pero aquella noticia me hizo reflexionar. ¿Significaría, acaso, que nuestra relación podría dar un paso hacia algo más serio? Tal vez.

Charlamos durante un buen rato, compartiendo historias y anécdotas. Yo le hablé de Madrid, de mis recuerdos de la época universitaria, de las calles que recorría y los cafés en los que pasaba horas estudiando. Ella, por su parte, me contó las incidencias de su último vuelo, en el que las turbulencias habían provocado un ataque de pánico a uno de los pasajeros; podía imaginarme perfectamente la escena, pues Charly tenía un don especial para contar cualquier cosa y captar la atención de los demás.

Al despedirnos, me quedé un rato tumbada en la cama, pensativa, mirando el techo con la mente perdida. La conversación con Charlotte me había transportado a otra época, una época que, inevitablemente, me hizo pensar en Carol.

Carol…

No la había vuelto a ver desde que nos despedimos, diez años atrás, al terminar la carrera. Aunque durante un tiempo mantuvimos un contacto esporádico —felicitaciones de cumpleaños, mensajes por Navidad —, siempre evité sus intentos de reencontrarnos. Al principio recurrí a distintas excusas, pero con el tiempo, ella dejó de insistir, lo que, en el fondo, me alivió.

Durante todos esos años, había sido incapaz de enfrentarme a ella y a todo lo que representaba una relación que, en su momento, me rompió el corazón. Pero las cosas habían cambiado. Yo había madurado y ya no era la chica enamoradiza de hacía diez años, sino una mujer adulta, segura de mí misma y dueña de sus emociones. Había llegado el momento de enfrentarme con mi pasado, de ponerle un cierre a esa etapa y de intentar recuperar la relación con Carol, aunque solo fuera para recobrar la amistad que habíamos compartido.

Además, sabía que vivía en Madrid, que trabajaba en una empresa tecnológica y que mantenía una relación estable con Iván, aquel chico que conocimos en el gimnasio y del que me había hablado en una de las últimas conversaciones que mantuvimos en persona.

Sí, tal vez podríamos retomar nuestra amistad, pero en esa ocasión sería diferente. Sería una amistad sincera, sin resentimientos, celos ocultos o intenciones secretas. Estuve un rato reflexionando sobre ello, jugando con el móvil en las manos, y al final, me decidí. Abrí el WhatsApp y empecé a escribir un mensaje que rectifiqué varias veces, cambiando palabras aquí y allá, hasta que quedó redactado de la siguiente manera:

*¡Hola, Carol! ¿Qué tal estás? Me acabo de instalar en Madrid, ocupando una vacante en mi empresa, y aunque estoy en plena mudanza, me gustaría verte. ¿Qué te parece? Un beso.*

Cuando finalmente envié el mensaje, mi corazón dio un vuelco, imaginando la reacción de Carol al recibirlo. Seguro que le

sorprendería; quizás hasta se sentiría extrañada, después de todo el tiempo que había pasado sin que yo diera señales de vida. La última vez que habíamos hablado había sido también por WhatsApp, durante las pasadas navidades, pero fue una conversación fría, sin demasiada conexión, una simple formalidad.

Observé fijamente el teléfono, esperando una respuesta. ¿Querría verme o rechazaría mi propuesta? Mi mente comenzó a dar vueltas. Me sentía nerviosa, inquieta, como si hubiera dado un paso hacia un terreno desconocido sobre el que no tenía control. ¿Qué me pasaba? Si quería quedar conmigo, perfecto, y si no, también.

Decidí dejar el móvil en la mesita de noche y no volver a mirarlo hasta la mañana siguiente. Aun así, conciliar el sueño me resultó difícil. Mis pensamientos no dejaban de dar vueltas, repasando una y otra vez el mensaje y las posibles respuestas. Aquella noche soñé de forma extraña, entre imágenes confusas, como si estuviera atrapada en un torbellino de emociones sin resolver. Me desperté sudorosa en mitad de la noche, con la vaga sensación de haber tenido una pesadilla, aunque no lograba recordar qué la había provocado.

## CAPÍTULO 3.

CAROL.

— Carol, son casi las ocho, levántate… —. La voz de Iván llegó a mis oídos entre sueños, distorsionada, como si estuviera en una especie de nebulosa. ¡Dios, qué sueño! Me arropé de forma inconsciente, deseando poder quedarme en la cama un par de horas más.

— Un poquito más… — murmuré, con la voz adormilada, tratando de aferrarme al calor de las sábanas.

— Yo me voy, pero no te duermas, que luego me echarás la culpa de llegar tarde — refunfuñó Iván tras acercarse a mí para besarme en la frente. — Que tengas un buen día.

Lo escuché alejarse mientras permanecía acurrucada en la cama, con la mente aún algo embotada. Mi novio era ingeniero y trabajaba para una empresa de telecomunicaciones, pero su horario era mucho más exigente que el mío, y no tenía la suerte —como yo— de trabajar cerca de casa.

Me costó un par de minutos despejarme de la pesadez del sueño hasta que, finalmente, me estiré, me senté en la cama y tomé mi móvil. Como siempre, lo primero que hice fue revisar el correo y después los mensajes. Uno de ellos llamó de inmediato mi atención: se trataba de un WhatsApp de Mónica.

Lo abrí con rapidez, casi sin darme cuenta de la tensión con la que, de pronto, mis manos aferraron el móvil.

El mensaje decía:

*¡Hola, Carol! ¿Qué tal estás? Me acabo de instalar en Madrid, ocupando una vacante en mi empresa, y aunque estoy en plena mudanza, me gustaría verte. ¿Qué te parece? Un beso.*

Era la primera vez en diez años que Mónica me proponía vernos.

Lo que una vez fue una relación cercana y cómplice se había enfriado hasta volverse casi inexistente. Al principio, aquella lejanía me había dolido profundamente; no lograba entender qué había ocurrido ni por qué se había alejado de mí de forma tan repentina, hasta que pasé de la confusión a la rabia y, con el tiempo, a una resignación acompañada de una mezcla amarga de decepción y

desencanto. Probablemente no la conocía tan bien como creía, ni nuestra amistad era tan sólida e irrompible como había imaginado.

¿Por qué quería verme, entonces? ¿Qué había cambiado? ¿Estaba realmente viviendo en Madrid?

Demasiadas preguntas sin respuestas, pero no tenía tiempo para analizarlas en ese momento.

Me levanté de la cama, dejé el móvil a un lado y fui directa a la ducha. El agua caliente logró despejarme por completo, aunque no conseguía apartar de mi mente el mensaje. Era imposible sacudirme esa sensación de desconcierto, como si, por fin, estuviera a punto de cerrar un capítulo que había quedado inconcluso.

Al salir, me preparé el desayuno con rapidez. Necesitaba pensar. ¿Quería ver a Mónica? Si era honesta conmigo misma, la respuesta era sí. Claro que sí. Me hería recordar cómo nuestra amistad se había desmoronado sin una explicación clara, pero tal vez ya era hora de averiguar el motivo.

Terminé de desayunar, me lavé los dientes con la misma minuciosidad de siempre y me puse una gabardina ligera antes de salir a la calle. El aire primaveral, aún fresco a esas horas, acariciaba suavemente mi rostro, mientras el sol de la mañana comenzaba a templar el ambiente, insinuando que la temperatura iría en aumento a lo largo del día.

Mi oficina quedaba a solo quince minutos a pie desde casa, un trayecto breve que solía aprovechar para despejar la mente antes de sumergirme en la rutina laboral. Mientras caminaba, mis pensamientos giraban en torno a Mónica y a todo lo que podría implicar ese reencuentro. Por un instante, me descubrí sonriendo, imaginando qué tipo de conversación podríamos tener después de tantos años sin vernos.

Al llegar al trabajo, me dirigí directamente a mi despacho, sin detenerme demasiado a intercambiar palabras con los compañeros que me cruzaba en el camino. Respondí de manera automática a sus saludos, con la mente todavía atrapada entre el pasado y el presente, entre el mensaje de Mónica y las emociones que este había desatado en mi interior. Cuando llegué al despacho, cerré la puerta detrás de mí, buscando un poco de privacidad para organizar

mis ideas. Allí, sentada frente al amplio escritorio de caoba, me quedé unos minutos observando la pantalla del móvil hasta que decidí responder al mensaje de Mónica.

*Hola, Mónica, ¡qué alegría saber de ti! Me encantaría verte, ¿qué te parece si te vienes a cenar a casa un día de estos?*

Pensaba que me sentiría más cómoda si Iván estaba presente, al menos en aquel primer encuentro; con su presencia tranquila y siempre amigable, sería un acompañante ideal para ese momento.

Después me dispuse a trabajar, aunque me costó concentrarme en mis tareas, no sé muy bien por qué.

MÓNICA.

*Hola, Mónica, ¡qué alegría saber de ti! Me encantaría verte. ¿Qué te parece si te vienes a cenar a casa un día de estos?*

Leí el mensaje de Carol una vez más, sintiendo cómo una leve molestia crecía en mi interior con cada palabra. Después de tantos años, ¿nuestro primer encuentro iba a ser, probablemente, con su novio presente? ¡Demonios! Aunque, pensándolo bien, si quedábamos para "cenar en su casa", era lógico que el tal Iván estuviera allí.

¡Mierda! Pensé, apretando el teléfono con fuerza entre mis manos. Me fastidiaba la idea, pero no podía rechazar la invitación sin parecer distante ni grosera.

Suspiré intentando calmarme mientras cruzaba la puerta de mi nuevo lugar de trabajo: un edificio antiguo, pero con carácter, ubicado en la calle Princesa. Sus amplios ventanales le proporcionaban un aspecto luminoso y, aunque no tenía nada que ver con el moderno ambiente de Londres, no estaba nada mal. Me dirigí enseguida al despacho que me habían asignado en la cuarta planta, saludando a algunos compañeros con los que me iba cruzando y a quienes aún no conocía del todo.

La secretaria que me habían asignado, una chica rubia con gafas redondas, me recibió con una sonrisa agradable, haciéndome sentir bienvenida. Sin duda, era mucho más simpática que Helen, mi antigua asistente de Londres.

Intercambié unas cuantas frases de cortesía con ella y me encerré en mi despacho, acomodándome detrás del escritorio antes de responder al mensaje de Carol.

*¡Me parece perfecto! ¿Qué tal te viene mañana?*

Presioné "enviar" con la esperanza de que aquel reencuentro no fuera tan incómodo como estaba empezando a imaginar.

## CAPÍTULO 4.

CAROL.

— Cariño, ¿se puede saber por qué no haces todo esto cuando vienen mis amigos? — se quejó Iván desde su sillón favorito, un orejero espantoso que había heredado de su abuela y del que era incapaz de deshacerse a pesar de todas mis súplicas al respecto.

Yo no me molesté en contestar y continué recolocando un poco los libros de la estantería. No podía dejar de moverme de un lado a otro.

Me había cambiado de ropa dos veces, había limpiado la casa hasta dejar los suelos relucientes e incluso me había molestado en colocar los cojines del salón hasta dejarlos perfectamente simétricos unos de otros.

No entendía por qué estaba tan nerviosa. Al fin y al cabo, aquello no era más que un reencuentro con Mónica, mi amiga. O examiga. Lo que fuese.

— Anda, deja de una vez eso y ven conmigo – dijo Iván, segundos después, levantándose de su asiento y acercándose a mí. Me abrazó con suavidad, envolviéndome en una sensación de calma que de alguna manera me hizo sentir segura. — ¿Te preocupa algo…?

— No – mentí —. Es solo que hace mucho que no veo a Mónica y quiero que se encuentre cómoda…

— No creo que su comodidad dependa de lo ordenado que esté el salón – respondió él en tono sarcástico, pero con toda la lógica del mundo.

Asentí con un leve movimiento de cabeza justo antes de que el timbre sonara, interrumpiendo el momento en seco. Me aparté de Iván, tomé aire profundamente y, con el corazón acelerado, caminé hacia el recibidor para abrir la puerta.

Mónica apareció frente a mí mientras yo me quedaba completamente inmóvil, intentando asimilar su presencia. La imagen que conservaba en mi memoria no le hacía justicia. Había cambiado, sí, pero para bien: sus rasgos eran ahora más definidos, más

marcados, con una madurez tranquila que realzaba su belleza de forma natural. Sin embargo, aquellos increíbles ojos verdes seguían siendo los mismos de siempre: impenetrables, envueltos en ese misterio que la caracterizaba, como si su mirada escondiera secretos que no estaba dispuesta a revelar.

Vestía con esa mezcla tan suya de sencillez y sofisticación, una combinación difícil de imitar, pero natural en ella. Llevaba unos pantalones beige, modernos y ceñidos, que le sentaban como un guante, acompañados por unas zapatillas de marca que añadían un aire desenfadado al conjunto. La camisa, de corte simple y líneas limpias, tenía algo —quizá la textura, el color, o simplemente la forma en que la llevaba— que realzaba su estilo de manera sutil pero inconfundible.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes, con la sensación de que el tiempo se detenía y el mundo alrededor desaparecía, hasta que, sin pensarlo demasiado, me acerqué y la abracé. Ella respondió con una naturalidad que me tomó por sorpresa, dándome la impresión de que había estado esperando aquel gesto mucho tiempo.

Su cercanía despertó en mí una extraña sensación de alivio, suave y profunda, como quien se reencuentra con algo perdido hace mucho tiempo. Fue una paz inesperada, casi melancólica, que me envolvió por dentro y me recordó lo que alguna vez habíamos sido.

Cuando nos separamos, Mónica me sostuvo la mirada con una leve sonrisa apenas esbozada en los labios, pero su expresión permanecía indescifrable, fiel a ese misterio que siempre la envolvía.

— ¡Moni, qué alegría!, entra, por favor… — dije a continuación.

MÓNICA.

Al cruzar el umbral de la casa de Carol, me envolvió una sensación inmediata de calidez. El espacio tenía una mezcla perfecta entre elegancia y confort, con muebles de líneas limpias y materiales nobles, sin caer en la ostentación, y una distribución que proporcionaba amplitud a la casa. Las paredes estaban decoradas con arte moderno, escogido con gusto, y una luz suave, tamizada por los ventanales amplios, llenaba la estancia de serenidad.

Seguí a Carol por el vestíbulo, intentando concentrarme en los detalles del entorno, pero inevitablemente mis ojos se posaron en ella. Seguía tan guapa como siempre. Su melena castaña, ahora más corta, le rozaba los hombros con un aire despreocupado pero impecable. Su rostro, sereno y luminoso, conservaba esa belleza sosegada que siempre me había desconcertado, mientras que su figura —firme, atlética— acentuaba aún más la impresión de equilibrio y seguridad que la definía.

Una oleada de emociones que creía profundamente enterradas emergió de golpe, de forma silenciosa pero intensa, como si un recuerdo tomara forma y amenazara con volver para atormentarme. Me incomodó, porque no lo había previsto. ¿O quizás sí? Era imposible saberlo.

Me obligué a respirar hondo y a recordarme a mí misma por qué estaba allí. Si de verdad quería recuperar su amistad, tenía que dejar atrás todo lo que alguna vez llegué a sentir por ella y mirar hacia delante, sin idealizar el pasado, sin enredarme otra vez en aquello que ya no podía ser.

Al llegar al salón, un hombre de mandíbula cuadrada se acercó rápidamente hacia nosotras. Tenía una cara agradable, con una sonrisa abierta que lo hacía parecer simpático. Me miró con interés, como si se acordara de mí, y me saludó con dos besos.

—¡Hola, Mónica! Bienvenida, yo soy Iván —dijo, como si esa pequeña presentación bastara para aclarar cualquier duda al respecto.

— Lo sé— admití en tono cortés mientras le devolvía los besos —. En realidad, nos conocimos hace mucho tiempo, en aquella sala del gimnasio…

— ¡Es cierto! – exclamó él, ampliando aún más su sonrisa. — Ha llovido bastante desde entonces.

— Sí, por desgracia.

— He oído hablar mucho de ti en todos estos años…

No pude evitar sonreír, mirando a Carol de reojo.

—Espero que solo sean cosas buenas —bromeé, con gesto pícaro.

Carol se limitó a devolverme la sonrisa, pero me pareció ver un destello de algo en sus ojos, una mezcla de nostalgia y diversión,

quizá.

Después nos sentamos en dos amplios sofás, rodeados de almohadones suaves y con una mesa de café en el centro. Enseguida la conversación fluyó con naturalidad entre los tres. Hablamos de todo un poco, de la vida universitaria, de algunos recuerdos graciosos, de las cosas que habíamos hecho en esos años que parecían ya lejanos, pero tan cercanos al mismo tiempo. Me sentía a gusto con ellos y, en el fondo, agradecí la presencia de Iván de una forma que no esperaba. Extrañamente, él había contribuido a eliminar cualquier tipo de tensión que pudiera flotar aún entre Carol y yo.

La cena consistió en una ensalada, una tabla de quesos y otra de embutidos ibéricos que degustamos mientras continuábamos charlando amigablemente. Era como si todo comenzara de nuevo a encajar y el tiempo no hubiera hecho más que agregar una capa de madurez a mi amistad con Carol, por mucho que sintiera que todavía había algo no resuelto entre nosotras.

En un momento dado, comenzamos a hablar de parejas y relaciones, e Iván dijo algo que, por unos segundos, me dejó bastante descolocada:

—Carol y yo estamos pensando en casarnos…

El aire, de pronto, pareció volverse más espeso, casi irrespirable, y mi corazón dio un pequeño salto que no supe cómo interpretar. No entendía por qué me sentía así. Yo tenía mi vida, mi novia, y Carol e Iván hacían una buena pareja, se complementaban; era evidente que se querían de verdad y debía alegrarme por ellos.

—¡Qué maravilla! —me obligué a decir tras forzar una sonrisa. —Seguro que seréis grandes padres.

— Gracias – murmuró Carol dirigiéndole una mirada un tanto extraña a su novio que no supe cómo interpretar.

— ¿Y tú, Mónica?, ¿estás saliendo con alguien? – me preguntó entonces Iván, con expresión de curiosidad.

La cuestión me pilló un poco desprevenida, y por un momento no supe qué responder. Pensé si debía ser completamente honesta al respecto, pero decidí que no era la ocasión más adecuada.

—Sí, estoy saliendo con alguien… —respondí sin intención de entrar en demasiados detalles. —Aunque no llevamos mucho tiempo saliendo. Ahora mismo está viviendo en Londres, pero os presentaré cuando venga a Madrid a visitarme…

No mentí, pero tampoco dije toda la verdad, pues no mencioné que mi pareja era una mujer. Algo me decía que esa conversación merecía un contexto más personal e íntimo; mejor dejarlo para un momento en el que me encontrara a solas con Carol.

—¡Qué callado te lo tenías! —exclamó Carol con expresión intrigada. —Ya me darás más detalles, entonces.

Para mi alivio, la conversación volvió a tomar el rumbo de antes, algo más frívolo, y la cena continuó sin más sobresaltos, aunque, en mi cabeza, un montón de pensamientos se amontonaban, pues no lograba despejar por completo la extraña sensación experimentada cuando Iván mencionó sus planes de futuro con Carol. Aún notaba un pequeño nudo en mi pecho, pero ¿por qué? Carol había encontrado su camino, y yo el mío, nada más.

Terminada la cena, y una vez recogida la mesa, Iván se despidió de nosotras con la excusa de ir a leer al dormitorio.

—Así os dejo a solas, que tendréis mucho de qué hablar… — dijo dedicándome una sonrisa cómplice, entendiendo perfectamente que Carol y yo necesitábamos espacio.

Le sonreí, agradecida, mientras él se dirigía hacia el pasillo. Definitivamente, no podía evitar sentir simpatía por aquel hombre amable y discreto que había sido tan atento conmigo.

Miré a Carol, que estaba colocando los cojines del sofá con gesto distraído. De pronto parecía más tensa que antes y pensé que una repentina incomodidad invadía el ambiente. Algo había cambiado entre nosotras, algo sutil pero evidente. Me resultó absurdo, al fin y al cabo, éramos amigas, habíamos compartido confidencias, risas, e incluso algunas lágrimas en el pasado. ¿Por qué entonces me sentía tan rara estando con ella a solas?

Decidí no darle importancia. Quizás solo era el efecto del paso de tanto tiempo sin vernos, de todo lo que había quedado sin hablar.

—Me estaba acordando de Victoria[1] y Amelia… ¿qué sabes de ellas? —pregunté, intentando romper el hielo y dar naturalidad al momento.

Carol sonrió y todo pareció volver a su lugar.

—Amelia vive en Bruselas, se ha casado y acaba de tener un niño. Victoria sigue viviendo en Marbella; quedé con ella hace casi un año, cuando vino por Madrid para una boda, y nos escribimos de vez en cuando.

— Sí, yo también me escribí con ella las navidades pasadas, aunque hace mucho que no la veo…, desde que acabamos la carrera, en realidad.

— Entonces igual que a mí – replicó Carol, torciendo el gesto con cierto retintín. —Mónica… — añadió, sin rodeos—. ¿Por qué has estado tan distante todos estos años? ¿Por qué has evitado cualquier encuentro conmigo? Podías haberme invitado a ir a Londres, por ejemplo, o haber venido tú a Madrid.

Sus palabras me dejaron desconcertada, y por un segundo no supe cómo responder; no me esperaba esa pregunta tan directa, al menos no tan pronto. Tampoco había preparado respuesta alguna para esa cuestión, ni tenía planeado hablar de mis sentimientos por ella en el pasado. Lo único que conseguiría sería incomodarla.

Mi mente comenzó a trabajar a toda velocidad, buscando infructuosamente una respuesta que sonara convincente, hasta que me decidí a ofrecer una explicación vaga, una que no hablara de mis sentimientos, por supuesto.

—Bueno… —empecé a decir, buscando las palabras adecuadas—, cuando te vas a otro país, te desconectas un poco de tu pasado, ¿sabes? Haces otras amistades, tienes otras rutinas, otras prioridades… Pero siempre te he considerado mi amiga, Carol, de verdad. Y siento mucho si alguna vez te has sentido algo abandonada por mí.

En parte era verdad, y por más que no fuera la explicación completa, sentí que era lo suficientemente correcta como para intentar mitigar la incomodidad de mi amiga. Puede que, en un

futuro, me viese obligada a sincerarme con ella respecto a aquel asunto, pero no esa noche.

Ella me observó con una expresión de duda en su rostro, como si hubiese algo que no le cuadrase del todo; era obvio que mis palabras no la satisfacían por completo.

— ¡Ya! — exclamó cruzando los brazos en ademán defensivo; parecía que, de pronto, hubiese algo de lo que se tuviese que proteger.

Decidí cambiar de tema y preguntar:

—Bien, ahora cuéntame exactamente en qué consiste tu trabajo. Luego te contaré del mío…

Carol permaneció unos segundos en silencio, pensando, quizá, si insistir más sobre el asunto, pero al final claudicó y comenzó a hablarme de la empresa para la que trabajaba y del papel que desempeñaba. Yo la escuché con atención, aliviada de que la conversación no hubiera tomado un giro más incómodo.

La noche continuó, y poco a poco nos invadió una sensación de comodidad y complicidad tan familiar como inesperada. En un momento dado, tuve la extraña sensación de que el tiempo se había detenido, que habíamos viajado hacia el pasado y que éramos nuevamente las mismas de antes: Carol y Mónica, las mejores amigas. Parecía que todos esos años de separación se hubiesen desvanecido hasta quedar enterrados bajo una fina capa de polvo.

Reímos y charlamos hasta bien entrada la madrugada. Carol sonreía a menudo con ese brillo especial en sus ojos, tan característico, tan familiar, que tanto había evocado durante los últimos diez años. Mientras hablaba, me dejaba llevar por momentos, perdida en un mundo paralelo donde observaba cada uno de sus rasgos con una fascinación renovada. Su rostro, ahora el de una mujer en sus treinta, mantenía una belleza que parecía haberse perfeccionado con el paso del tiempo. La sensualidad de su boca, que se entreabría ligeramente revelando una dentadura blanca y perfectamente alineada, la suavidad de su barbilla definida y los pómulos marcados ejercían sobre mí un magnetismo sutil pero irresistible, como si todo en ella fuera capaz de atraer mi atención de manera inevitable.

Cuando finalmente llegó el momento de despedirnos, Carol se acercó para besarme en la mejilla, y al contacto de sus labios con mi piel, una descarga eléctrica recorrió mi espina dorsal. Salí a la calle buscando desesperadamente un soplo de aire fresco que pudiera calmar esa sensación agridulce que se había instalado en lo más profundo de mi pecho.

Dulce por haber descubierto que seguíamos siendo amigas.

Agria, tal vez, por el mismo motivo.

## CAPÍTULO 5.

CAROL.

Aquella mañana de sábado la luz del sol se filtraba suavemente a través de la ventana, llenando la habitación con un resplandor dorado que transmitía una sensación de paz y tranquilidad. Yo me probaba frente al espejo unos vaqueros nuevos de Calvin Klein que había comprado días antes, mientras Iván, aún adormilado, me observaba desde la cama con los ojos medio cerrados.

—Entonces, ¿dónde dices que vas a ir…? —preguntó mi novio tras incorporarse un poco sobre el colchón, estirando la espalda con gesto perezoso. Tenía el torso desnudo, musculoso, y el pelo despeinado.

—Voy a acompañar a Mónica a una tienda de muebles… quiere comprar un par de sofás y algunas cosas más para su casa —respondí ajustándome la hebilla del cinturón—. Después iremos a comer por ahí, seguramente.

—Me alegra mucho que hayáis retomado la amistad —comentó Iván en tono sincero—. La verdad es que me cayó muy bien tu amiga el otro día.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Vas a jugar al fútbol…? — pregunté mientras buscaba un jersey fino de cuello de pico que combinara con los vaqueros. Me sentía contenta por haber reanudado mi amistad con Mónica, aunque, al mismo tiempo, aún persistía esa espina clavada, esa pequeña herida provocada por la inexplicable ausencia de la que había sido mi mejor amiga durante tantos años. No podía evitarlo.

—Sí; aprovecharé para ir después a comer a casa de mis padres —respondió Iván, levantándose de la cama con aire cansino. Iván, a diferencia de mí, era de los que podían pasarse la mañana entera en la cama, sin ningún problema.

—Perfecto, pues entonces nos vemos esta tarde —dije en tono pensativo mientras terminaba de vestirme.

—Oye, estaba pensando que podríamos presentar a Mónica a los chicos algún día de estos —comentó Iván, refiriéndose a su grupo de amigotes, con el cual yo me llevaba muy bien, aunque a menudo se comportaban como auténticos crápulas con toda fémina que se les acercara.

—¿Con qué finalidad, exactamente? —pregunté, frunciendo el ceño inconscientemente, sorprendida por la sugerencia.

Iván no respondió de inmediato, sino que esbozó esa sonrisa pícara tan familiar para mí.

—A ver…, Mónica es un bellezón, ¿con qué finalidad va a ser? —contestó alzando las cejas en un gesto de lo más explícito.

—¿No la escuchaste el otro día? Tiene novio… —repliqué en tono tajante.

—¡Bua, bua! Lo tiene demasiado lejos… además, tampoco parecía muy seria la cosa —dijo Iván encogiéndose de hombros y soltando una risita divertida.

Algo en sus palabras me incomodó. Tal vez fue escuchar a mi novio halagar el físico de quien alguna vez fue mi mejor amiga, o quizás fue imaginar a alguno de sus amigos intentando cortejarla. Fuera lo que fuera, no pude evitar sentirme molesta.

No respondí. Me limité a seguir arreglándome hasta que, al mirar el reloj, comprendí que debía salir de inmediato si no quería llegar tarde a recoger a Mónica. Salí de casa con una sonrisa en el rostro, feliz por volver a verla, aunque una leve inquietud persistía, aferrada a mí sin razón aparente. ¿Serían nervios? Y si lo eran… ¿por qué?

MÓNICA.

—Aquellos de allí me gustan; vamos a verlos —dijo Carol, señalando unos sofás gris claro al otro extremo de la tienda de muebles, un espacio elegante y sofisticado al que me había llevado después de visitar un par de locales similares en el barrio de Salamanca. El lugar estaba lleno de piezas de diseño y muebles minimalistas, dispuestos con tal esmero que cada objeto parecía una obra de arte.

Yo fui tras ella por pura inercia, cautivada por la natural elegancia de sus movimientos y el sutil vaivén de sus caderas al caminar. Sus

pasos eran fluidos, como si danzara entre los muebles sin el menor esfuerzo. Intenté apartar la mirada, pero me fue imposible. Había en ella algo profundamente hipnótico.

Comprendí entonces que mi cuerpo seguía respondiendo a su presencia y maldije para mis adentros. Intenté concentrarme en los muebles, en su tela suave, en los colores neutros y elegantes, pero no pude evitarlo; mi mirada volvía una y otra vez a ella, como si de pronto tuviese acceso a algo de lo que me hubiese visto privada durante largo tiempo.

Carol se agachó lentamente, rozando la tapicería del sofá gris con la punta de los dedos. Su gesto era sutil, natural, casi ausente. La escena me pareció increíblemente sensual y de repente, sentí un hormigueo en el cuello; parecía que el aire se hubiera calentado a mi alrededor y un rubor involuntario se apoderó de mi rostro. Tragué saliva, tratando de calmarme, de disimular la incomodidad que se apoderaba de mí. Pero el cosquilleo en mi piel no desaparecía, seguía ahí, como una pequeña corriente eléctrica que recorría mi cuerpo.

Respiré hondo, intentando calmarme. *No está pasando nada*, me dije, *es solo que te va a costar adaptarte a relacionarte con ella de nuevo.*

Sin embargo, al mirar su rostro, absorto en la textura de la tela, me fue imposible desprenderme de esa sensación. Su presencia despertaba algo que creía haber dejado atrás, emociones que había enterrado bajo el disfraz de la amistad, pero que, por alguna razón, seguían ahí, latentes, esperando su momento.

—¿Te gustan estos? – preguntó Carol, sin dejar de mirar la pareja de sofás, ignorante de la atmósfera cargada que se había formado entre nosotras. Yo asentí, agradecida de poder desviar la atención hacia algo tan banal.

—Sí, me parece perfecto —respondí, esforzándome por sonar natural, aunque mi voz traicionó una leve vibración que preferiría haber disimulado.

Entonces Carol levantó la vista y sus ojos ambarinos se cruzaron con los míos. Hubo un instante en que nos sostuvimos la mirada un segundo más de lo necesario. La suya era serena, casi

despreocupada, sin el menor indicio de haber notado algo fuera de lugar, y comprendí que, en el fondo, me irritaba que todo aquel torbellino de emociones que me agitaba pareciera pertenecerme solo a mí, mientras ella permanecía al margen, ajena a todo.

Me reprendí con dureza. Carol era solo una amiga. Además, yo no era ya la misma de antes, ¿verdad?

— ¿Te los quedas, entonces? – preguntó ella, ignorante del hilo de mis pensamientos.

— Me los quedo – confirmé con seguridad.

No sé por qué, pero me gustaba que, de alguna forma, hubiese elegido ella aquellos muebles por mí.

Al salir de la tienda, el aire fresco de la calle me ofreció un breve alivio, una sensación de respiro al fin recuperado, incluso entre el bullicio constante de la ciudad.

—¿Qué te parece si nos vamos a comer? — propuse, dejándome llevar por un impulso mientras consultaba mi reloj de pulsera. No habíamos hablado concretamente de ir a comer juntas, pero no quería que aquel encuentro terminara todavía —. Yo invito…

—Comemos juntas, pero no hace falta que me invites —respondió ella con una sonrisa amistosa.

—Venga, qué menos después de arrastrarte por todas estas tiendas conmigo. Te lo debo… —insistí.

Nos dirigimos, a sugerencia de la propia Carol, hacia un restaurante italiano ubicado en la calle Velázquez. Al entrar, me sorprendió su ambiente íntimo y agradable; las luces bajas y la decoración minimalista pero cálida, con detalles en madera y tonos neutros, creaban una atmósfera perfecta para conversar. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana y, aunque el lugar estaba lleno, las luces de las mesas cercanas se entrelazaban en un murmullo que nos envolvía sin llegar a molestar. La música suave de fondo aportaba una atmósfera tranquila, perfecta para conversar.

Durante la comida, la conversación fue fluida, fácil. Hablamos de todo un poco: de nuestras vidas, de los cambios que habíamos experimentado, de los recuerdos que compartíamos. Había algo curativo en todo eso. Era como si, al revivir esos momentos,

estuviéramos cerrando capítulos del pasado para escribir algo nuevo, algo que tal vez no sería igual, pero que puede que fuese mejor.

Me sentía extrañamente cómoda, disfrutando de la experiencia, hasta que Carol, sin previo aviso, sacó a la palestra un tema que, al menos de momento, no me apetecía demasiado tocar. Era obvio que deseaba saber más de mi vida y reunir las piezas del rompecabezas que aún le faltaban por descubrir.

—Bueno, entonces, cuéntame… ¿cómo conociste a…? —preguntó con mirada inquisitiva, esperando que acabara yo la frase por ella.

—¿A Charly? —respondí, intentando mantener la calma, mientras jugueteaba con los bordes de mi servilleta. Sabía que en algún momento tendría que hablarle de mi vida sentimental, pero algo me decía que, en cuanto le explicara que me gustaban las mujeres, Carol intuiría lo que nunca me había atrevido a confesar: mis sentimientos por ella. Por un instante, me debatí entre ser honesta de una vez por todas y pasar ese trago de forma directa, o seguir guardando silencio un poco más. Me decidí por la segunda opción.

—Nos conocimos en una reunión de amigos comunes, en Londres —expliqué con tono aparentemente despreocupado, como si no tuviera mayor importancia. —Se me acercó, comenzamos a hablar y… lo demás es historia —añadí con la esperanza de que Carol no indagara mucho más en el tema.

—Está bien, pero quiero más información —exigió con una risita traviesa —. ¿Edad y profesión?

Mi garganta se tensó ligeramente; la pregunta se me había quedado atascada en el paladar, pesada, difícil de tragar.

—Tiene 34 y es piloto de British Airways…

—¡Piloto! —repitió Carol, sorprendida, alzando las cejas. —Siempre me han encantado los pilotos, tienen un aire muy sexy, con ese uniforme que llevan…

Reí por lo bajo, pensando para mis adentros: *"No lo sabes tú bien…"*

—¡Déjame ver una foto suya! —exigió, señalando mi teléfono móvil, que descansaba sobre la mesa.

¡Oh, no! Exclamé mentalmente. Nada de fotos, por el momento.

—Acabo de cambiar de teléfono y todavía no he trasladado las fotos del anterior —mentí con descaro, intentando sonar convincente. —Pero no te preocupes, el próximo mes vendrá unos días a Madrid para visitarme y os presentaré —añadí rápidamente, evitando de forma intencionada hacer referencia directa al género masculino o femenino de Charly.

Carol levantó las manos en señal de rendición, pero la intriga que reflejaban sus ojos seguía intacta.

—¡De acuerdo! —claudicó, soltando una risita traviesa. —Tengo curiosidad al respecto, lo admito… ¡En la universidad eras tan esquiva con los tíos! En cuanto empezabas con uno, ya te cansabas de él…

Me sentí un poco incómoda ante semejante observación; mis relaciones con los chicos durante la época universitaria fueron efímeras e insatisfactorias, simples placebos de lo que en realidad deseaba y que tan fuera de mi alcance se encontraba.

—Bueno, he madurado desde entonces —respondí forzando una sonrisa, tratando de otorgar naturalidad a mis palabras. —Oye, por cierto, ¿qué es eso que dijo Iván el otro día de que estás enganchada al running? — agregué deseando cambiar de tema y escapar de aquella charla algo incómoda.

Carol me miró por un momento con gesto suspicaz, como si hubiera notado mi intento por desviar la conversación. Sin embargo, para mi alivio, no pareció molesta y respondió con tranquilidad.

—Sí, salgo a correr tres o cuatro veces por semana. Me gusta, me desestresa… — respondió encogiéndose de hombros. — Por cierto, el próximo domingo me he apuntado a una carrera benéfica que sale del parque del Oeste, ¿quieres venir conmigo…? Son solo 10 kilómetros.

Su propuesta me pilló por sorpresa, y aunque nunca me había gustado demasiado correr, la idea de pasar una mañana de sábado al aire libre con Carol no me desagradaba en absoluto.

—¿El parque del Oeste…? —repetí, intentando ganar tiempo mientras consideraba la oferta. ¿Sería capaz de mantener el ritmo durante 10 kilómetros? Probablemente sí.

—Es una carrera bastante fácil, no hay muchas cuestas —respondió ella con gesto persuasivo—. Además, te dan una camiseta rosa monísima.

Su tono me hizo recordar a la Carol de antes, esa que siempre sabía cómo convencerme de hacer algo que, a primera vista, no me apetecía demasiado.

—Está bien, me apunto… —cedí enseguida, pensando en que tendría que ir a comprar unas zapatillas de running; las deportivas que tenía eran más para gimnasio que para correr por la ciudad. —¿Tengo que inscribirme en algún sitio?

—No te preocupes por eso, ya me encargo yo —contestó ella dedicándome una sonrisa radiante. Sus ojos, de aquel curioso color caramelo que tanto llamaba la atención, desprendían destellos dorados y brillaban con intensidad —. Aunque, ¿estás segura de que podrás terminar? No te pienso esperar… —añadió en tono burlón.

—Ten cuidado, no seas tú quien se quede atrás —respondí riendo antes de lanzarle una servilleta a la cara que esquivó con agilidad. Era obvio que aquella chispa competitiva que siempre habíamos tenido en los deportes no parecía haber desaparecido con los años.

La conversación prosiguió hasta que, un rato después, pagamos la cuenta y salimos del local para dar un paseo por el centro de la ciudad. Había algo en ese encuentro que me resultaba renovador, como si el simple hecho de estar caminando juntas de nuevo fuera una señal de que el vínculo que nos unía seguía siendo tan fuerte como antaño. No podía evitar preguntarme si los sentimientos que alguna vez tuve por ella estaban realmente enterrados o si todavía quedaban retazos en algún rincón de mi corazón, pero esa tarde, por una vez, no necesité respuestas. Estaba feliz por el simple hecho de tener de vuelta a Carol en mi vida, de compartir ese momento, de sentir que, en cierto sentido, la había recuperado.

CAROL.

La mañana, fresca y primaveral, resplandecía con una luz radiante. El sol me acariciaba el rostro mientras corría junto a Mónica, avanzando con pasos firmes sobre el asfalto que rodeaba la Casa de Campo, en dirección a Madrid Río. El bullicio de la ciudad quedaba

atrás, reemplazado por el susurro del viento y el sonido constante de nuestras respiraciones. La sensación de libertad era tan intensa que casi podía creer que podría seguir corriendo para siempre.

Mónica seguía mi ritmo con una determinación inquebrantable, firme como una roca. Me sorprendía gratamente lo bien que resistía el esfuerzo; su cuerpo parecía estar perfectamente diseñado para correr, contrayendo los músculos con una precisión perfecta, como si cada fibra estuviera preparada para enfrentar este tipo de desafío. La observé de reojo, fascinada por la manera en que mantenía una postura impecable, con pasos constantes y seguros; parecía flotar sobre el asfalto, deslizándose con la suavidad de una danza impecable. Su rostro, bello y esculpido con una armonía casi irreal, mostraba una serenidad absoluta, pero la fina película de sudor que caía por su frente indicaba que la carrera le estaba costando lo suyo.

— ¿Cansada?

— ¡En absoluto! – respondió de inmediato, girando el rostro y dedicándome una sonrisa desdeñosa.

Sonreí pensando que era la Mónica de siempre; moriría reventada antes de claudicar o confesar cualquier tipo de debilidad.

— ¿Seguro? Si ves que no puedes seguir mi ritmo, puedo aflojar un poco — insistí con una pizquita de ironía.

— ¡Tranquila!, esto es un paseo por el campo para mí… — replicó acelerando un poco la marcha, aunque me pareció que su tono de voz estaba excesivamente forzado por el esfuerzo.

Sonreí de nuevo: Mónica estaba sufriendo, pero jamás lo reconocería. En ese instante, me di cuenta de cuánto había echado de menos su presencia, su orgullo un tanto exagerado, su humor ácido y mordaz. Era como si me hubiera faltado una pieza esencial en el rompecabezas de mi vida, una pieza que había dado por perdida en el pasado, pero que ahora, sorprendentemente, había recuperado.

Cada mensaje que nos enviábamos a lo largo del día desde que retomamos el contacto, cada conversación y cada encuentro contribuían a borrar la distancia que nos había separado durante años. Parecía que el tiempo se desvanecía, permitiéndonos retornar a lo que habíamos dejado atrás, sin resentimientos. Saber que ella

estaba cerca me proporcionaba una tranquilidad profunda, un alivio que no sentía desde hacía mucho. Podía confiarle cualquier cosa, compartir pensamientos, inquietudes o alegrías, sin temor ni reservas, sin barreras ni espacios vacíos. Esa conexión renovada me llenaba de paz y seguridad, y con cada día que pasaba, esa sensación se fortalecía, convirtiéndose en un refugio sólido en medio del caos cotidiano.

Me sentí agradecida.

MÓNICA.

El Palacio Real ya se perfilaba a lo lejos, tan cerca que casi podía saborear la meta, pero mis piernas empezaban a sentirse como bloques de hormigón. Cada zancada se convertía en una tortura, y seguir el ritmo de Carol se estaba volviendo una verdadera hazaña. Inspiré con fuerza mientras renegaba entre dientes por haber tenido la estúpida idea de apuntarme a esa carrera. Estaba en forma, sí, pero el running nunca había sido mi punto fuerte.

Quizá debería claudicar y bajar el ritmo antes de que me diese un infarto, pero mi amor propio me lo impedía. Además, ya estábamos cerca del final, demasiado cerca para rendirme.

Miré a Carol de refilón con la esperanza de detectar en ella alguna señal de fatiga y de nuevo comprobé que seguía fresca como una lechuga. Incluso se permitía el lujo de hablar de vez en cuando. ¡Maldita fuese! Confieso que, en ese instante, la odié con todas mis fuerzas.

— ¿Vas bien? – me preguntó, una vez más, en un tono tan relajado que me dieron ganas de gritar. Claro que no estaba bien. ¿Cómo estarlo? No entendía cómo podía seguir a ese endemoniado ritmo mientras yo apenas podía dar un paso más.

Farfullé un "sí" por lo bajo y me forcé a continuar adelante. Antes reventar que reducir la velocidad y quedarme atrás. Maldije mentalmente cada paso, cada latido de mi corazón, y hasta aquel sol que brillaba demasiado para mi gusto.

De repente, un dolor lacerante me recorrió el gemelo izquierdo; se trataba de un tirón tan intenso que me dejó sin aliento. Intenté

continuar, pero me fue imposible y me dejé caer al suelo, casi sin respiración, incapaz de moverme.

Carol se detuvo de inmediato, con el rostro reflejando preocupación.

—¿Qué te pasa? —preguntó enseguida.

—El gemelo… —respondí, apenas en un susurro, paralizada por el dolor.

Carol se agachó junto a mí y con manos expertas, me estiró el gemelo afectado. El alivio fue inmediato; el músculo volvió a su lugar, y el dolor disminuyó considerablemente. Después, me ayudó a levantarme del suelo, guiándome hacia un lado del camino para no obstaculizar a los demás corredores.

— ¡Qué mala suerte! – me lamenté algo avergonzada, aunque en el fondo, aliviada por no tener que seguir trotando como una cabra montesa a aquel ritmo infernal.

— La culpa es mía – admitió ella con una sonrisa traviesa. — No sabía que estabas en tan baja forma…

Yo traté de empujarla en señal de protesta, pero ella continuó sujetándome con firmeza por la espalda mientras se reía.

— ¡Eres idiota!, ¿sabías? – dije, medio riendo también, antes de sentarme al borde del camino, recuperando poco a poco la respiración.

— La próxima vez iremos más despacio, lo prometo.

— La próxima vez elijo yo el deporte…

— ¡Como quieras! – respondió tomando asiento a mi lado.

—Sigue adelante, yo iré tranquilamente andando y ya nos encontramos en la zona de meta — sugerí, intentando restarle importancia al incidente.

—No seas boba. Te acompaño. Por hoy, se acabaron las carreras — replicó con expresión decidida.

—Puedo ir sola, de verdad —insistí, aunque en el fondo me alegraba su compañía.

—He dicho que me quedo contigo —respondió, con una sonrisa cómplice. — Además, está feo abandonar a su suerte a los lisiados…

— ¡Muy graciosa!

Emprendí el último tramo de la carrera caminando, reconfortada por compartir aquel momento de camaradería con Carol, por vivir ese instante de conexión. Aunque todavía cojeaba un poco, el dolor punzante en el gemelo casi había desaparecido, y al llegar al Parque del Oeste, nos detuvimos sobre una amplia zona de césped para sentarnos un rato bajo un cedro que, por el tamaño del tronco, debía de ser centenario. El árbol, con su imponente presencia, nos ofrecía una sombra fresca y acogedora, alejándonos del bullicio de la carrera y del resto de corredores, que llegaban a meta exhaustos.

—Voy a comprar dos botellas de agua —dijo Carol, levantándose de un salto al divisar un pequeño puesto a lo lejos donde vendían botellines para corredores—. Vuelvo enseguida.

La observé en silencio mientras se alejaba. Caminaba con ligereza, y cada paso era una prolongación natural de su cuerpo, elástico y fluido. Los músculos finos y tonificados de sus piernas se marcaban bajo la tela de unas mallas cortas que dejaban al descubierto su figura estilizada. Su cabello, recogido en una coleta alta, se movía de un lado a otro al compás de su marcha. Incluso las caderas y las nalgas parecían moverse con gracia. Me obligué a apartar la mirada, algo avergonzada por la intensidad de mi escrutinio. Tenía que quitarme esa fea costumbre, aunque resultaba curioso que solo me ocurriese con ella.

Pocos minutos después, Carol volvió con dos botellas de agua en las manos y un pequeño sobre de muestra, uno de esos que suelen dar en los eventos deportivos.

— ¡Mira lo que he conseguido!

— ¿Qué es eso?

— Voltarén – respondió agitándolo frente a mis ojos. — Te aseguro que este medicamento es mágico… anda, ven, que te lo aplico sobre el gemelo.

— Deja, ya lo hago yo —murmuré, un poco perturbada por su propuesta. Carol, al igual que yo, no era de las que prodigaban demasiado el contacto físico con los demás.

— No, lo hago yo, es mi responsabilidad por traer novatas a una carrera de este tipo – replicó en tono socarrón mientras una sonrisa bailaba en sus labios.

—Está bien —cedí, extendiendo la pierna sin resistencia. Después, con manos firmes y a la vez delicadas, ella deslizó suavemente mi calcetín hacia abajo. El gesto, aunque simple y natural, me hizo sentir como si me desnudara por completo, y una corriente de pura electricidad recorrió mi columna vertebral en un trayecto sin precedentes.

Admito que, a partir de ese momento, el mundo a mi alrededor comenzó a desvanecerse, transformándose en un murmullo lejano, casi inaudible. El bullicio de los corredores cruzando la meta se convirtió en un eco distante, las risas de los niños jugando a la pelota se desdibujaron, y el ladrido de un perro intentando llamar la atención de su dueño se volvió un sonido tenue, casi etéreo. Todo lo que existía era el suave roce de las manos de Carol sobre mi piel y la intensidad de ese instante compartido.

Notaba el cuerpo tenso mientras mi corazón latía con fuerza; tuve la sensación de estar corriendo sin moverme, y el sudor empezó a resbalar por mi cuello, aunque no me importó demasiado. La presión de sus dedos sobre mi pierna era delicada y, al mismo tiempo, profunda, como si quisiera conocer todos los rincones de aquella parte de mi anatomía. Cada movimiento me hacía sentir más vulnerable, más consciente de lo que estaba ocurriendo, pero, por alguna razón, no quería que parara; por el contrario, el suave roce de sus dedos contra mi piel comenzaba a encender cada una de mis terminaciones nerviosas.

En un momento dado, Carol levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Fue apenas un segundo, o tal vez dos, pero en ese breve instante, sentí que algo ocurría, aunque no supe identificar el qué. Carol apartó la mirada enseguida, rompiendo el hechizo con una frase que sonó casi como un susurro:

— Creo que ya está…

—Gracias, lo tengo mucho mejor —dije, sintiendo cómo la tela se deslizaba suavemente sobre mi piel mientras me subía el calcetín. Creo que fue en ese preciso instante cuando una revelación me impactó con la fuerza de un relámpago que atraviesa la oscuridad en plena tormenta: mi atracción por Carol seguía viva, como un eco del

pasado que regresaba con una intensidad inesperada, desenterrando un secreto que creía ya superado.

*Dios, no, otra vez no*, pensé, mientras la frustración me invadía, temerosa de enfrentar de nuevo aquella verdad que había intentado apartar de mí durante años.

— ¿Te pasa algo? —preguntó Carol escudriñando mi rostro con gesto preocupado.

— Tranquila, creo que solo me ha dado el bajón de la carrera – mentí forzando una sonrisa. — Necesito comer algo para recuperar energía.

— Pues venga, vamos a comer, que yo también estoy desfallecida de hambre…

— Genial – acepté sin atreverme a decir que lo que verdaderamente me apetecía era regresar a casa cuanto antes y encerrarme allí el resto del día.

De pronto me sentía como una auténtica estúpida. No lograba entender cómo una mujer adulta de 33 años, ejecutiva de una multinacional y aparentemente dueña de su vida, podía seguir enamorada con la ingenuidad de una colegiala de alguien que jamás me vería más que como a una buena amiga.

*Enamorada.*

*Enamorada.*

Sí, seguía rematadamente enamorada de ella.

La contundencia de aquel pensamiento me cayó como un jarro de agua fría en plena cara, y por un momento tuve el impuso de comenzar a correr de nuevo hasta que mis pulmones estallasen de pura agonía. La observé con disimulo, odiándola con todas mis fuerzas, lo juro. ¿En qué momento se me ocurrió regresar a Madrid y volver a contactar con ella…? Aunque ya era tarde para arrepentirse, por supuesto.

Iniciamos el recorrido hasta el coche de Carol, aparcado a varias manzanas de distancia, mientras me esforzaba en mantener una conversación trivial sobre la carrera que no habíamos conseguido finalizar debido a mi pequeña lesión. Carol se reía de mí, lanzándome pullas al respecto y yo se las devolvía echando mano a todo mi ingenio, pero mi cabeza estaba en otro sitio.

Me sentía perdida, atrapada entre lo que sentía y lo que debía hacer; el peso de la verdad me aplastaba de una forma inesperada. Necesitaba tiempo para pensar, para encontrar una forma de enfocar nuestra amistad a partir de ese momento, una manera de navegar por esas aguas turbulentas que creía haber dejado atrás.

Después de comer en un restaurante de comida típica americana, nos despedimos y, al llegar por fin a casa, me tumbé en mi sofá recién estrenado, mirando el techo del salón con el semblante absorto. Permanecí así durante un tiempo indefinido, atrapada en una maraña de pensamientos, hasta que conseguí llegar a una conclusión definitiva: necesitaba preservar mi relación con Carol sin que mis emociones la pusieran en peligro, pues prefería mil veces tenerla en mi vida como amiga, aunque fuera a costa de sacrificar mis propios sentimientos, que perderla por completo.

Al fin y al cabo, la amistad que compartíamos era demasiado valiosa como para arriesgarla por lo que no era más que un deseo inalcanzable, una auténtica quimera.

## CAPÍTULO 6.

CAROL.

La luz tenue de la habitación se fundía con el resplandor de la televisión, mientras Iván y yo veíamos la última temporada de *Yellowstone*. Él estaba completamente absorto en las peripecias de Kevin Costner como vaquero, pero yo andaba distraída intercambiando mensajes de WhatsApp con Mónica, quien en ese momento me narraba la cita de una pareja de tortolitos del programa de *First Dates* haciendo gala de su característico humor, agudo e incisivo. En el silencio de la sala, solo el murmullo de la televisión y el sonido de mis dedos tecleando los mensajes de vuelta rompían la tranquilidad de la noche.

*Madre mía, ¡a este tipo le falta andar apoyando los nudillos!, ¿no dice que quiere una mujer que le recoja la casa y con la que tener sexo cuando le apetezca…?,* escribía Mónica, refiriéndose al hombre de la cita, que por lo visto no dejaba de emitir comentarios de lo más inapropiados.

*Supongo que ella habrá caído rendida en sus brazos, es la ilusión de cualquier mujer "de bien"*, repliqué con ironía.

*Sí, no descarto que se "apareen" en el reservado justo antes de sacarla del plató arrastrándola por los pelos, como buen Neandertal que se precie, jajaja. ¿De verdad estamos en el siglo XXI?*

El mensaje me hizo sonreír de nuevo mientras lanzaba miradas furtivas a la serie, intentando no hacer ruido. Siempre había pensado que el ingenio de Mónica era algo excepcional, casi como un arte. Su habilidad para sacar punta a cualquier situación, por más trivial que fuera, me parecía sorprendente; era capaz de transformar una conversación común en una obra maestra de humor afilado, y esa fascinante cualidad me hacía reír como pocas cosas.

— Cari… — dijo Iván de pronto, retirando la vista de la pantalla del televisor para fijarla en mí. — ¿Se puede saber con quién hablas?, ¡te estás perdiendo lo mejor!

— Hablo con Mónica – respondí levantando la mirada del móvil con una sonrisa – y no me pierdo nada porque soy capaz de hacer dos cosas al mismo tiempo… ya sabes, soy mujer.

Iván soltó una risa, pero no añadió nada más. Se levantó y, con un gesto juguetón, me quitó el teléfono de las manos. Luego me dio un beso rápido en los labios, para continuar besándome en el cuello. Su aliento cálido rozaba mi piel y, en un susurro, murmuró:

— Creo que Kevin me ha dejado de interesar, prefiero esto…

Una parte de mí se sintió halagada, pero algo más profundo me hizo detenerme. Las relaciones sexuales con Iván solían ser tranquilas y satisfactorias, pero en ese momento, por una razón inexplicable, no me apetecía. Era como si una nube de pensamientos difusos me envolviera, y aunque deseaba disfrutar de su cercanía, simplemente no podía.

Lo aparté un poco, sintiendo la necesidad de ser honesta.

— Cariño… hoy estoy cansada – dije con voz suave, tratando de no herir sus sentimientos.

Iván me observó con fijeza; su rostro reflejaba una mezcla de sorpresa y decepción. Reconozco que sentí una punzada de culpa, pero no podía forzarme a hacer algo que no deseaba, ni siquiera por él.

Finalmente, tras un momento que pareció eterno, suspiró.

— Está bien… seguiré con Kevin entonces – dijo en tono resignado. Después, se volvió hacia la pantalla del televisor con los ojos fijos en la serie, concentrándose de nuevo en los vaivenes de aquella familia de modernos vaqueros.

Respiré aliviada, agradecida de que mi novio fuera tan comprensivo. A veces, la vida no se trataba solo de la pasión, sino también de esos momentos de calma y conexión, y en ese instante, me sentí afortunada de estar con un hombre así.

Durante el resto del episodio, él continuó inmerso en la historia de los Dutton, y yo seguí intercambiando mensajes con Mónica. Me sorprendía la naturalidad con la que habíamos recuperado la conexión de antaño, como si estuviésemos tejiendo de nuevo el hilo de nuestra antigua amistad, un hilo que había estado desgastado, pero no roto.

Definitivamente, me sentía afortunada por tenerla de nuevo en mi vida.

## CAPÍTULO 7.

## MÓNICA.

Aquella tarde en Madrid tenía ese aire primaveral que insinuaba, sin dudas, la cercanía del verano. El sol se deslizaba suavemente sobre las calles, tiñendo la ciudad de un resplandor dorado que se reflejaba en las terrazas, donde la gente aprovechaba el final de la jornada laboral para relajarse. Carol y yo caminábamos de regreso al coche después de haber pasado un buen rato con algunos de sus compañeros de trabajo en una terraza de la calle Ponzano. Había vivido tantos años en Londres que aquel ambiente madrileño me resultaba extraño, pero agradable al mismo tiempo. Era como si, después de tanto tiempo fuera, me reencontrara con un lugar familiar y, a la vez, nuevo.

—Así que, este es el famoso *tardeo* madrileño… — comenté, observando la bulliciosa calle con una mezcla de nostalgia y asombro.

Carol soltó una risa ligera y me miró con una expresión indescifrable.

—Se nota que llevas años fuera de aquí ¿En Londres no se hace esto, o qué?

Negué con la cabeza mientras continuábamos caminando, disfrutando del ambiente.

—No, no suelen hacerlo entre semana —respondí, pensativa—. Allí son más de quedar para cenar temprano y después irse a casa. No es tan común esto de salir a tomar algo por la tarde.

Carol asintió con la mirada fija al frente. La luz dorada del atardecer se colaba entre los árboles, envolviéndola en una suavidad casi mágica que hacía brillar su cabello con cálidos reflejos cobrizos. Su figura, vestida con un traje de chaqueta impecable, irradiaba sofisticación y seguridad, mientras su perfil, de líneas delicadas pero decididas, resultaba simplemente hermoso. Retiré la vista, apresurándome a mirar también al frente en un intento de escapar

de esa imagen cautivadora. ¡Santo Dios!, tenía que dejar de mirarla de esa manera.

—Me han caído muy bien tus compañeros de trabajo, especialmente Andrés —comenté esquivando a un niño que recorría la acera en patinete.

—Sí, es un encanto —respondió girando la cabeza para dedicarme una sonrisa pícara. —. Además, es muy mono, ¿a que sí?

—No está mal —respondí con un tono neutro, casi distante, mientras pensaba en lo despistada que continuaba Carol respecto a mis preferencias amorosas. El día que se enterara de que me gustaban las mujeres, probablemente se caería redonda al suelo del susto. Pero, en fin, sabía que tarde o temprano tendría que hablar de eso con ella.

—Bueno, aunque tú tienes a Charly —dijo entonces propinándome un ligero codazo en el costado, en un gesto cómplice—. ¿Cuándo lo voy a conocer?

—En dos o tres semanas, seguramente —respondí, deseando cambiar de tema cuanto antes. — ¿Has visto cómo han reformado aquel edificio…? Me encanta como lo han dejado.

No quería que Charly se volviera el centro de la conversación.

Llegamos al sitio donde habíamos aparcado el coche de Carol, un Fiat 600 automático de color verde océano que había adquirido hacía poco. Cuando Carol presionó el botón de arranque, éste emitió un rugido suave, propio de un coche pequeño, pero con personalidad. Yo bajé un poco la ventanilla del copiloto, disfrutando de la brisa fresca cuando un sonido extraño, casi un gemido, se mezcló con el ruido del motor.

—Espera, ¿lo has oído? —pregunté, mirando a Carol, esperando que pudiera haberlo escuchado también.

Ella me miró con confusión, interrumpiendo de inmediato la maniobra para desaparcar el Fiat.

—¿El qué…?

Sin decir palabra, salí del coche con rapidez y me acerqué a la parte delantera del vehículo. Allí, entre las ruedas, vislumbré a un gatito tembloroso; parecía tan asustado como famélico, y miraba a su alrededor con aire de desconcierto. Era de color gris oscuro, con las

patas y el morro blancos, y aunque su tamaño era pequeño, debía de tener ya unos cuantos meses. Su cuerpo estaba sucio y demacrado, como si hubiera estado vagando por las calles durante días, y podía ver claramente una herida en una de sus patas delanteras. Sin pensarlo dos veces, extendí mi mano hacia él.

—¡Ey!, gatito, ven… —dije suavemente, tratando de no asustarlo más.

El gatito me miró durante unos segundos, dubitativo, pero al final, quizá por puro instinto de supervivencia, se acercó lentamente a mí. Enseguida lo recogí con cuidado, temerosa de hacerle daño, y entré de nuevo en el coche.

—Un gato… ¡pobrecito! —exclamó Carol, sorprendida, al ver al pequeño animal en mis brazos.

—Y por el estado en que está, seguro que lo han abandonado — respondí mientras lo acariciaba suavemente, buscando consolarlo de alguna manera y pensando en la crueldad de algunas personas, capaces de dejar a un animal tan indefenso en la calle. — ¿Qué hacemos con él…?

Carol no contestó inmediatamente. Me miró a los ojos y ambas nos entendimos sin necesidad de mediar palabra. Ninguna era capaz de volver a dejar al animalito allí y mirar hacia otro lado.

—De momento, ¿qué te parece si lo llevamos al veterinario a que le miren esa herida? — propuso extendiendo la mano para acariciar con suavidad al felino.

— Habrá que buscar uno de urgencia, por la hora que es – dije sacando el móvil del bolso para buscar un veterinario que pudiera atendernos.

No tardé mucho en localizar una clínica veterinaria abierta, no muy lejos de donde nos encontrábamos. Allí nos atendieron de maravilla: desparasitaron al animal, que resultó ser una hembra de aproximadamente cuatro meses, y le curaron la herida de la pata. Mientras el veterinario se ocupaba de ella, aproveché para ir a la recepción y comprar comida para varios días, además de un arenero.

Cuando, tiempo después, salimos de la clínica con la gatita acurrucada en los brazos de Carol, de nuevo nos entendimos con la mirada antes de hablar.

—Está bien, ¿quién de las dos se la va a quedar? — preguntó mi amiga con una sonrisa cómplice.

Permanecí unos instantes en silencio, pensativa. Sabía que adoptar un animal conlleva una gran responsabilidad, y no estaba del todo segura de querer asumirla viviendo sola.

—Ya sabes que soy más de perros… —respondí, de forma evasiva, mientras seguía dándole vueltas en la cabeza al asunto.

—Y yo también —replicó ella al instante — pero encontrar a alguien que quiera quedársela no es fácil. Las protectoras están llenas de gatos abandonados.

—Lo sé —admití, encogiéndome de hombros con resignación.

—Quizá podríamos quedárnosla a medias… ya sabes, una especie de custodia compartida.

—¿Una custodia compartida? —repetí, divertida.

—Sí, podríamos tenerla seis meses cada una o algo así —sugirió, pensativa—. Pero tendrías que empezar tú… Necesito tiempo para convencer a Iván.

—Está bien, está bien… —cedí, riendo por lo bajo—. Pero me colocas tú algún tipo de malla de seguridad para la terraza, ¿de acuerdo? No me apetece que Casi se caiga desde un cuarto piso.

—¿Casi?

—Casi la atropellas… no me parece un mal nombre, ¿o prefieres otro?

—Casi… —susurró ella, curvando los labios hacia arriba de manera tan perfecta que sentí una punzada incómoda cerca del corazón. ¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente guapa? —. Me gusta el nombre.

—¿Y qué hay de la malla? —insistí, pensando que la idea de compartir algo con Carol, aunque fuera un gato, me gustaba.

—Yo la compro y la coloco, te lo juro.

—Te tomo la palabra…

Y así, entre risas y todavía negociando los términos de aquel extraño acuerdo, subimos al coche con la pequeña gata entre nosotras.

## CAPÍTULO 8.

MÓNICA.

Me tumbé en la cama, sintiendo cómo la suavidad de las sábanas me envolvía mientras la suave luz de la lámpara iluminaba la habitación. En mis manos, el teléfono vibraba levemente, señal de que Charly estaba al otro lado de la línea.

— ¿Un gato? – repitió Charly, mientras yo me acomodaba mejor entre las almohadas, con la gatita recostada a mi lado, tranquila, jugueteando con el borde de mi pantalón de pijama.

— Una hembra, para ser más precisa – puntualicé, no sin cierto tono de orgullo en la voz. La gatita levantó la cabeza al escuchar mi voz y maulló con suavidad, seguramente de acuerdo con mis palabras.

— Ya sabes que no me gustan los gatos, *Darling*… — dijo entonces Charly con voz quejicosa.

— Pues no tenía ni idea – respondí, un tanto sorprendida.

— Perros, sí, pero ¿gatos?… Son como ariscos y traicioneros — sentenció Charly, como si esa afirmación encerrara una verdad universal.

— ¿De dónde te sacas semejante estupidez? – pregunté, sin poder evitar que una pizca de irritación se colara en mi voz. Me fastidiaba escuchar imbecilidades de alguien tan inteligente como Charly.

La pequeña gata, percibiendo la tensión en mi voz, se acurrucó más cerca, en busca de consuelo.

— Bueno… no sé… Eso es lo que siempre se ha dicho de ellos – se justificó Charly, en tono defensivo.

— ¿Lo que dicen?, ¿quiénes? – insistí, molesta. Había pasado menos de un día con la gatita y ya me había encariñado con ella.

— ¡No sé, *darling*! – admitió la inglesa en tono dubitativo – A ver, era solo un comentario… Lo mismo hasta me gusta, cuando la conozca.

—Seguro que sí —respondí acariciando la cabeza de Casi, que ronroneó complacida con mi atención.

— Por cierto, ¿qué tal te viene si te voy a visitar en un par de fines de semana? Podría juntar unos cuantos días libres y quedarme una semana entera en Madrid.

— Me parece una idea estupenda – respondí sin pensarlo ni un segundo. Tener a Charly junto a mí era justo lo que necesitaba en ese momento. Su presencia me ayudaría a aclarar las dudas que últimamente me rondaban, esas que giraban en torno a Carol y que comenzaban a volverse insostenibles.

— Espero que seas una buena guía y me enseñes Madrid en profundidad…

— Ya sabes que sí – confirmé, sonriendo. Sabía que a ella no le interesaban demasiado los museos o monumentos, y que su idea de hacer turismo se basaba más bien en ir de tiendas y descubrir restaurantes curiosos.

— Bueno, y ahora, cuéntame, ¿qué tal con tus nuevos compis de trabajo?, ¿y con tu amiga Carol?, últimamente haces muchos planes con ella…

La mención de Carol me hizo inspirar con fuerza. No me resultaba cómodo hablar de ella con quien oficialmente se consideraba mi novia. Además, por mucho que supiera que mis sentimientos por Carol no llegarían a ningún lado, no podía evitar sentir que, de alguna manera, estaba traicionando a Charly.

Contesté intentando obviar ese tema y explayarme más sobre el desarrollo de mi trabajo y mis nuevos compañeros, hasta que noté que los ojos se me cerraban por el cansancio.

Nos despedimos con la promesa de volver a vernos pronto, y esa noche, cuando por fin me rendí al sueño, tuve uno algo extraño. Soñé que Charly me tomaba de la mano mientras caminábamos por la ciudad; yo apretaba la suya con fuerza, pero, al mirarla, en lugar de ver su rostro un tanto pecoso y su cabello rizado, me encontré con los ojos ambarinos de Carol brillando a la luz del sol.

Me desperté sobresaltada, maldiciendo por lo bajo.

Empecé a desear con más ahínco que nunca la visita de Charly.

## CAPÍTULO 9.

### CAROL.

La terraza de la casa de Mónica era un refugio acogedor y vibrante, un pequeño rincón apartado del bullicio de la ciudad. Con sus doce metros cuadrados, ofrecía el espacio justo para sentirse a gusto, sin renunciar a esa atmósfera íntima que la hacía tan especial. Sobre las paredes, las plantas se desplegaban como una pequeña jungla urbana, con macetas de cerámica de diferentes tamaños y colores, algunas colgando desde pequeños estantes de madera y otras alineadas sobre el borde de la barandilla. Las hojas verdes de las plantas trepadoras se entrelazaban con las ramas de una hiedra que, casi de forma rebelde, crecía hacia arriba buscando el sol.

— Pásame los alicates pequeños, porfi – pedí a Mónica, extendiendo la mano derecha mientras sujetaba con la izquierda la malla de seguridad que había comprado por Amazon para la gatita. La instalación no era especialmente complicada, pero sí requería paciencia y precisión. Mónica se acercó a mí sin dejar de observarme con esa expresión que adoptaba a veces, y que nunca lograba descifrar por completo, como si lidiase con pensamientos profundos que ni ella misma comprendiese del todo.

— No sabía que fueras tan manitas… — dijo, curvando los labios en una sonrisa ligeramente burlona, mientras extendía la mano para alcanzarme unos pequeños alicates algo oxidados que estaban en una caja de herramientas abandonada, seguramente, por los antiguos inquilinos.

— ¿Cómo que no? Si en el piso que compartíamos lo arreglaba yo todo cada vez que había un desperfecto… — repuse, recordando con añoranza aquellos días de la época universitaria.

— ¡Venga ya!, ¿quién arreglaba el programador de la calefacción cada vez que se estropeaba?

— ¿Y quién arreglaba todo lo demás? – repliqué, alzando una ceja, mientras terminaba de ajustar uno de los ganchos de la malla.

Mónica rio mientras sacudía la cabeza lentamente, sabiendo que no podía ganarme en esa batalla.

— Está bien, venga, ¡te concedo el título de manitas oficial del reino!, ¿contenta…? — dijo ejecutando una cómica reverencia hacia mi persona.

—¡Contentísima! — exclamé, tras dejar escapar un suspiro sarcástico. — Ahora puedes sentarte de nuevo y disfrutar viendo cómo trabajan los demás…

Minutos después, terminé de ajustar la malla en la barandilla hasta dejarla perfectamente colocada; la gatita podría corretear por allí sin riesgo de caer.

Me volví hacia Mónica y le lancé una mirada triunfal.

— ¡Ya está!

Ella se levantó con calma del sillón, y se acercó hasta donde yo estaba. Me dio un toque en el hombro a modo de felicitación.

— ¡Está perfecto! — admitió mientras pasaba la mano lentamente sobre la malla para comprobar su firmeza. El movimiento, sutil pero seguro, llamó mi atención. Era como si acariciara algo delicado y valioso con una especie de mimo involuntario. No pude evitar pensar, con una claridad casi desconcertante, en el porte elegante de mi amiga, en esa belleza innegable que irradiaba incluso ataviada con unos vaqueros viejos y una camiseta sencilla. Me pregunté cómo sería el tal Charly. ¿Estaría a su altura? Esperaba que se la mereciese.

— ¿Te acuerdas de cuando ayudamos a Victoria a colocar el toldo en su terraza, para la fiesta de su cumpleaños? – preguntó entonces, interrumpiendo de golpe el hilo de mis pensamientos. La imagen de Victoria luchando con el pesado toldo apareció en mi mente y una sonrisa se dibujó en mis labios. Claro que lo recordaba.

— Sus fiestas eran las mejores, sin duda alguna – respondí, dejando escapar una risita al pensar en aquellas noches en casa de nuestra amiga; eran reuniones llenas de bromas, música y con un ambiente siempre animado. Victoria tenía la capacidad de convertir cualquier evento en algo memorable.

— Bueno, tenía la mejor casa de todas… eso siempre ayuda — apuntó Mónica con lógica, señalando lo evidente.

—También es verdad —admití, recordando el impresionante piso que los padres de nuestra amiga le habían alquilado en pleno centro de Madrid, donde habíamos pasado tantas tardes y noches juntas, simplemente pasando el tiempo.

De repente, una idea pasó por mi cabeza y, casi sin pensarlo, propuse:

— Por cierto, ¿por qué no la llamamos ahora? Seguro que le haría ilusión hablar con las dos a la vez.

— Sí, ¡llamémosla! — aceptó Mónica con énfasis, claramente entusiasmada con la idea. — Hace siglos que no hablo con ella — admitió en tono un tanto nostálgico.

Cinco minutos después, marqué el número de Victoria y activé el altavoz. Mientras el tono de espera sonaba, traté de calcular el tiempo que había transcurrido desde la última vez que nos habíamos reunido las tres.

— ¿Carol? — escuché la voz familiar de Victoria al otro lado de la línea — ¡Qué alegría!

— ¡Hola! respondí, con una sonrisa. — ¿A que no sabes con quién estoy?

— ¿Con quién? — preguntó ella con voz intrigada.

—¡Con Mónica! —grité, divertida, segura de que la sorpresa le arrancaría una sonrisa.

— ¡Hola, Vic! – intervino Mónica, acercándose un poco más al teléfono; su tono era relajado y amistoso. — ¿Qué tal?

— ¡Mónicaaaaa! – exclamó Victoria, reconociendo enseguida la voz; pude imaginar perfectamente su expresión de alegría al escucharla.

A partir de ahí, la conversación fluyó entre las tres. Nos pusimos al día de nuestras vidas, compartiendo historias sobre trabajos, relaciones, y todo lo que había cambiado en el tiempo que no habíamos hablado, aunque me extrañó un poco que Victoria se mostrara un tanto ambigua al hablar sobre su actual situación sentimental. ¿Habría empezado a salir con algún chico y, como buena supersticiosa que era, prefería no hablar por el momento del asunto? Quizá.

El tiempo voló entre risas y recuerdos, y cuando una hora después comenzamos a despedirnos, Victoria propuso en tono persuasivo:

— Chicas, me encantaría que nos viésemos en persona. ¿Por qué no os animáis y venís a Marbella un fin de semana?

Mónica y yo nos miramos en silencio, entendiéndonos al instante sin necesidad de palabras. Ambas sabíamos que era un plan irresistible.

—Por mí, encantada —acepté de inmediato. Un fin de semana en la playa con mis dos mejores amigas de la universidad me parecía de lo más apetecible—. ¿Cuándo te viene bien?

— ¿Qué tal el fin de semana que viene? — propuso Victoria sin dudar. — Aquí hace tiempo de verano; podríamos ir a la playa y salir por ahí… Entre otras cosas.

— A mí me viene bien — dijo Mónica, buscando mi aprobación con la mirada.

— A mí también — confirmé con una sonrisa, saboreando la idea. — Podríamos salir el viernes a la hora de comer, justo después del trabajo.

— Lo mejor es ir en AVE a Málaga y alquilar un coche hasta Marbella — apuntó Mónica, siempre práctica, comenzando a buscar billetes de tren en su móvil.

Terminamos de ajustar algunos detalles del viaje y nos despedimos entre bromas y comentarios afectuosos. Colgué el teléfono con una sensación de satisfacción. No había nada como pasar tiempo con Mónica y Victoria para olvidarme del resto del mundo por unos días.

## CAPÍTULO 10.

## MÓNICA.

Aparcamos el pequeño Opel Corsa que habíamos alquilado en la estación del AVE de Málaga para llegar a Marbella, justo frente a la casa de Victoria. Tras bajar las maletas y la bolsa de Casi, llamamos al timbre mientras, a través del amplio portón de entrada, echábamos un vistazo al interior de la parcela. La edificación era imponente, lujosa, y se alzaba con elegancia en medio de un extenso jardín cuidado con esmero. El césped era tan perfecto que parecía recién peinado, y los arbustos y árboles —de distintas formas y alturas— componían un paisaje casi escénico.

A los pocos segundos, Victoria salió a recibirnos. Se acercó con paso firme y una amplia sonrisa —la de siempre—, aunque ahora matizada por un aire más maduro, más refinado de lo que yo recordaba.

Carol había mantenido el contacto durante todos estos años con ella; se escribían, se llamaban, incluso se habían visto de vez en cuando. Yo, en cambio, había quedado fuera de la ecuación, distanciada por la lejanía y el paso del tiempo. Aun así, cuando abracé a Victoria, sentí un vuelco inesperado en el pecho. Fui consciente, de golpe, de cuánto la había echado de menos.

Reímos juntas, compartiendo bromas sobre los cambios que el tiempo había dejado en nosotras. Debo admitir que, aunque Victoria siempre destacó por su presencia llamativa, los años no solo no habían disminuido su atractivo, sino que lo habían convertido en algo aún más profundo. En ella se percibía una elegancia serena, un carisma tranquilo que emanaba seguridad, independencia y una fortaleza de carácter inquebrantable.

—¿Y esta monada, quién es? —pregunté divertida, agachándome para acariciar a la perrita de oscuro pelaje que había salido a recibirnos con entusiasmo, saltando sobre sus patas traseras y golpeándome suavemente las piernas en busca de atención.

—Se llama Sari —respondió Victoria, con una sonrisa irónica—. Y más te vale caerle bien, porque es ella quien manda realmente en esta casa.

—¡Ah, ¿sí? ¿Y cómo se lleva con los gatos? —dije mientras levantaba el transportín donde Casi, mi pequeña felina recién adoptada, dormitaba aún, ajena al inminente choque de especies —. Ahora que lo pienso… tendríamos que haberte avisado de que veníamos con compañía.

—¡No hay problema! —exclamó Victoria, quitando importancia al asunto con un gesto despreocupado—. Sari puede mostrarse un poco arisca al principio, pero en cuanto se acostumbra, acaba compartiendo incluso sus juguetes. ¿Verdad, Sari?

La perrita ladeó la cabeza con aire majestuoso y se dejó caer sobre las patas delanteras, como una guardiana en alerta, observando con atención cada movimiento del transportín. Después empezó a ladrar con voz aguda y enérgica, hasta que Victoria la mandó callar.

Aproveché entonces para abrir con cuidado la portezuela de la bolsa, y Casi salió con la calma indolente de una reina somnolienta. Se desperezó despacio, olfateando el aire con precaución antes de avanzar unos pasos por el jardín. En cuanto sus ojos se encontraron con los de Sari, se quedó inmóvil. Luego, por puro instinto, erizó el lomo antes de que ambas empezaron a caminar en círculo, midiendo el terreno, sin dejar de vigilarse la una a la otra, como dos duelistas improvisadas que aún no tienen claro si la otra es enemiga o futura aliada. Mientras, Victoria, Carol y yo observábamos la escena conteniendo la risa.

—Oh, oh… Me da a mí que a estas dos va a haber que vigilarlas —comentó Carol con una sonrisa ladeada—. Aquí puede haber más que palabras.

—Tranquilas —intervino Victoria con aire divertido—. Aunque no lo parezca, Sari es una Ortiz de pura cepa. Sabe muy bien cómo ejercer de anfitriona. Gruñe, marca territorio… pero nunca se ha comido a nadie. En eso ha salido a mi madre…

Las tres reímos, mientras Sari y Casi seguían midiéndose, aunque un poco más relajadas. Todo parecía encajar a la perfección: el sol,

el jardín, nuestra amistad… y hasta ese inicio de tregua entre una perrita desconfiada y una gata con aires de princesa.

Minutos después, Victoria nos invitó a entrar en la casa para dejar el equipaje y acomodarnos en nuestras habitaciones. Si por fuera la vivienda ya imponía con su elegancia sobria, el interior no se quedaba atrás. Las estancias eran amplias, luminosas y de una estética minimalista que respiraba estilo en cada rincón. El mobiliario, cuidadosamente elegido, hablaba de alguien con un gusto refinado y probablemente del asesoramiento de un decorador profesional. Aun así, se notaban los toques personales de Victoria en cada detalle: desde los enormes lienzos de arte pop que representaban escenas de cómic hasta pequeñas piezas decorativas que rompían la simetría con un guiño juguetón.

Mi habitación y la de Carol eran contiguas, detalle que, sin saber muy bien por qué, me produjo satisfacción; tal vez fuese por la idea de tenerla cerca, aunque separadas por una pared. Ambas estancias eran amplias, elegantemente decoradas y bañadas por el sol de la tarde, que se filtraba a través de los ventanales orientados al jardín trasero y la piscina. El aire que entraba de fuera traía consigo la brisa del Mediterráneo, cargada de sal, jazmines y ese aroma inconfundible que anuncia el verano antes de que el calendario lo haga oficial. Había algo en aquella mezcla de luz, aire y silencio que me hizo sentir en paz.

Una vez instaladas en nuestras habitaciones y cambiadas de ropa, bajamos al salón donde Victoria, impecable anfitriona, nos esperaba con una cena ligera ya dispuesta. Sobre la mesa reposaban bandejas de sushi, una ensalada de rúcula con higos y nueces, y una botella de vino blanco que sudaba lentamente en su cubitera.

La conversación no tardó en fluir. Entre risas, bromas y recuerdos universitarios, dimos buena cuenta de la comida. El vino, frío y fragante, comenzaba a hacer su trabajo, aunque, sinceramente, el ambiente ya era lo suficientemente distendido y cómplice como para necesitar desinhibidores.

Fue Carol quien, en un momento dado, tomó el control de la conversación, apoyando los codos en la mesa con gesto conspirador.

—Venga, Victoria, no te hagas la interesante y suéltalo ya. ¿Qué era eso que mencionaste el otro día por teléfono que tenías que contarnos? Después del sushi y el vino, entiendo que lo del embarazo está descartado…

—¡Pero qué manía tiene todo el mundo con embarazarme! —protestó Victoria, entre risas, aunque una pizca de nerviosismo asomó en la comisura de sus labios.

—Entonces, ¿qué es? —insistió Carol—. No me digas que la inquebrantable "lady inaccesible" ha caído rendida ante los encantos de algún caballero marbellí…

—No exactamente —respondió Victoria, y sus mejillas se tiñeron de un rubor tan elocuente que no necesitaba más palabras—. Pero caliente, caliente…

—¡No me lo puedo creer! —exclamé, abrazando un cojín del sofá y dejándome caer hacia atrás en un gesto teatral—. ¡Y yo que pensaba que no había nacido varón que te hiciera temblar!

—Bueno… tampoco he dicho que haya nacido —replicó Victoria, con una sonrisa torcida mientras jugaba con el borde de su copa.

—¡Por Dios! —saltó Carol—. ¿Vas a soltarlo de una vez o vas a hacernos adivinar toda la noche? No me digas más: ¿es aquel ingeniero, hijo de los amigos de tus padres, del que me hablaste?

—¿Ese? —Victoria alzó las cejas—. Lo único que te dije de él es que era aburrido y pedante. Así que, por lógica, no —añadió con una risita mientras negaba con la cabeza—. Aunque, en una cosa tiene razón Mónica… no ha nacido varón.

Carol y yo nos miramos, desconcertadas, y preguntamos casi al unísono:

—Entonces, ¿en qué quedamos?

Victoria respiró hondo, como quien sabe que va a cruzar una línea y que ya no habrá vuelta atrás.

—Me he enamorado, pero no de un hombre, sino de una mujer —admitió, al fin — por primera vez en mi vida.

De repente, el silencio se hizo en la estancia, despojando al momento del tono jocoso anterior y dotándolo de cierta solemnidad.

Dios mío, ¿había oído bien? Victoria Ortiz, la aristócrata de familia conservadora que yo había conocido, ¿enamorada de una mujer? La

noticia me produjo tal estupefacción que casi me caigo para atrás. ¿Cómo era posible que nunca me hubiese dado cuenta de que a Victoria le podían gustar las mujeres? ¿Dónde estaba ese famoso radar que se supone tenemos los homosexuales?

De pronto me sentí culpable por estar interpretado un papel ante mis amigas, por seguir escondiendo esa parte tan importante de mi vida por miedo a… ¿a ser rechazada?, ¿juzgada? No, no era nada de eso. En realidad, lo que temía era que mi secreto más oculto —ese que involucraba directamente a Carol y que me había obligado a tomar distancia y desaparecer por más de diez años— saliera a la luz.

—¿Por primera vez en tu vida? ¿Te refieres a enamorarte, o a estar con una mujer? —insistió Carol, con el rostro reflejando un asombro genuino.

—¡Por Dios! ¿Qué va a ser? ¡Las dos cosas! —exclamó Victoria, visiblemente nerviosa.

—¡Tienes que contárnoslo todo!, ¿cómo ocurrió?

La incredulidad de Carol se había transformado, sin transición alguna, en una curiosidad ansiosa.

—Ni yo misma lo entiendo del todo… —respondió Victoria, abrazándose las piernas y apoyando la barbilla sobre las rodillas—. Solo sé que hay personas que se cruzan en tu vida y, de repente, lo sabes. Sabes que es esa persona. Y no importa el cuándo, el cómo ni el porqué. Simplemente lo sabes.

El rostro de Victoria reflejaba una emoción evidente. Por un instante, sentí una punzada de envidia. ¿Alguna vez llegaría yo a experimentar algo así con Charly? Siempre había visto a Victoria como una persona más bien fría en lo que respecta a las relaciones de pareja, y por eso, verla de esa manera —tan vulnerable, tan entregada— me desconcertó e incomodó a partes iguales.

¿Por qué yo no era capaz de abandonarme a un sentimiento así, tan intenso y pleno? ¿Acaso solo sabía querer a medias en todas mis relaciones? No… claro que no. Con Carol podría ser distinto, pero no debía de pensarlo siquiera. No estaba a mi alcance.

—Oye, ¿se puede saber qué te pasa a ti? ¿Te has quedado muda o qué? —preguntó Carol con tono burlón, dándome un ligero codazo

en el brazo para sacarme de mi ensimismamiento.

—No me pasa nada, idiota. Es solo que… ¡me has dejado de piedra, Vic! Pero me alegro muchísimo por ti. ¿Tienes alguna foto de la afortunada, que puedas enseñarnos?

—¡Sí, sí! — exclamó Carol con entusiasmo—. ¡Me muero de curiosidad por ver a… tu novia! Dios, ¡solo decirlo en voz alta me resulta rarísimo! —añadió divertida.

—Claro que sí. Se llama Eva. Mirad, es esta… —dijo Victoria tras sacar el móvil del bolsillo y mostrarnos la pantalla.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es esta? No me extraña que te hayas enamorado, ¡hasta yo lo haría! ¿De veras existen mujeres así en la vida real?

Victoria rio ante el espontáneo comentario de Carol y yo intenté disimular la pequeña punzada de celos, casi infantil, que sentí ante aquella afirmación. Sabía a ciencia cierta que el comentario de Carol estaba muy lejos de poder interpretarse de forma literal, pero hubo algo que me inquietó, tal vez el mero hecho de imaginarla con una mujer distinta a mí, o que en algún momento contemplase la posibilidad de estar con alguna chica, aunque solo fuese por pura curiosidad. Sin duda, eso sería algo difícil de digerir.

La velada transcurrió entre bromas y chascarrillos. Victoria, entusiasmada, se recreó en cada detalle al contarnos cómo habían sido sus inicios con Eva: desde las primeras citas hasta la reacción inicial de sus padres, que, aunque al principio se mostraron algo reacios a aceptar que su única hija y heredera se hubiera "desviado del camino recto de la virtud", acabaron por normalizar la situación, y con el tiempo, no solo aceptaron a Eva, sino que llegaron a establecer con ella una relación más que cordial.

Yo participaba de la conversación sabiendo que, tarde o temprano, llegaría mi turno, y que la inevitable pregunta sobre mi vida sentimental acabaría saliendo a la palestra. Y entonces, no tendría escapatoria, ni excusa alguna para mentir.

¿Sería capaz de hablar con naturalidad delante de Carol sin que mi cara gritara: "sí, me gustan las mujeres y, sí, hace años estuve enamorada de ti, y todavía lo estoy, muy a mi pesar"? ¿Cómo reaccionaría ella?

Fuera como fuese, prefería aplazar ese momento un poco más y mantener el foco en Victoria, que aún parecía tener carrete para rato.

Para mi alivio, cuando nos dimos cuenta, el reloj marcaba las doce de la noche. Decidimos que lo más sensato era retirarnos a descansar si queríamos aprovechar el día siguiente para ir a la playa. De momento, salvada por la campana; el temido interrogatorio sobre mi vida sentimental quedaba pospuesto —al menos de momento—, aunque no me hacía ilusiones: sabía que no saldría indemne de aquel fin de semana.

Llegué a mi habitación agotada y, nada más cruzar la puerta, me dirigí mecánicamente hacia el cuarto de baño para lavarme los dientes y ponerme el pijama. Estaba a punto de meterme en la cama, todavía absorta en la maraña de pensamientos y emociones que me había dejado la noche, cuando alguien llamó a la puerta de mi habitación.

—¿Quién es? —pregunté con un hilo de voz.

—El fantasma de Canterbury, ¿quién va a ser? —respondió Carol con ironía desde el otro lado de la puerta.

Abrí de inmediato y me la encontré frente a frente, vestida con un pijama tan corto que, para mi desdicha, dejaba al aire unos torneados, firmes y ligeramente bronceados muslos que habrían hecho las delicias de cualquier espectador, pero que a mí me resultaban dolorosamente inaccesibles.

—¡Carol! —exclamé, sorprendida—. ¿Se puede saber qué…?

—Shhh, no grites —susurró, mientras me empujaba suavemente hacia dentro y cerraba la puerta tras de sí con un leve chasquido.

La incertidumbre del momento me descolocó. Sentí una punzada de inquietud que se mezcló, inevitablemente, con cierta excitación.

—¿Te importa si me quedo a dormir contigo? —preguntó Carol, sin dar más explicaciones.

—Eh… claro, no hay problema —respondí, algo desconcertada—. ¿Pasa algo con tu habitación?

No quería parecer borde, pero su propuesta me había pillado tan de sorpresa que me costaba no indagar un poco más.

Carol cruzó los brazos y arqueó las cejas, con expresión de fingida indignación.

—¡Pues claro que no! He venido por si te apetecía quedarte charlando en la cama. Como en los viejos tiempos, ¿te acuerdas? Además, ¡tenemos muchísimo que cotillear!

*¡Ay!, Dios*… estaba yo como para cotillear de la vida sentimental de una de mis mejores amigas de la universidad porque estuviese saliendo con una mujer.

—¡Ah! Pues claro, me parece un plan perfecto —mentí sin demasiado convencimiento. Me estaba empezando a transformar en una especie de Pinocho profesional.

Nos tumbamos bocarriba en la cama y, entre susurros y risas ahogadas, comenzamos a repasar toda la conversación mantenida con Victoria. Al principio traté de mantener una actitud algo aséptica al respecto, pues, por un lado, quería saber qué pensaba Carol sobre el tema y, por otro, no podía evitar sentir que la estaba traicionando al seguir ocultando mi verdad.

Para mi alivio, Carol parecía genuinamente feliz por Victoria, y, más allá de la sorpresa inicial, había recibido la noticia con una naturalidad sorprendente. Confieso que su actitud me tranquilizó, por lo que dejé a un lado mis reservas y continuamos charlando durante un buen rato como dos adolescentes que comparten confidencias a la luz tenue de la madrugada.

—¡Quién lo iba a decir! ¡Nuestra Vic enamorada! ¡Y de una mujer! —exclamó Carol, con una mezcla de asombro y diversión—. Con lo ligona que era en la universidad… ahora entiendo que no le encajara ningún tío. Claro, ¿cómo le iba a encajar?

—Supongo que, a veces, las cosas no son lo que parecen… —comenté, intentando sonar casual.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carol, frunciendo el ceño.

—A que hay comportamientos que, desde fuera, parecen una cosa, pero que en realidad solo son la punta del iceberg de algo mucho más profundo. Puede que ni siquiera Victoria supiera qué era lo que no terminaba de funcionar en su vida amorosa… a lo mejor aún no había descubierto esa parte de sí misma.

Carol giró el cuerpo hacia mí, acomodándose sobre el costado, con el brazo encajado entre la almohada y su cabeza. Me miraba con atención, pensativa. Yo seguí tumbada bocarriba, disfrutando del silencio cómodo que se había instalado entre nosotras.

La tentación de girarme hacia ella era cada vez más fuerte. Y cuando al fin volteé ligeramente el rostro para encontrarme con sus ojos, fui consciente de que tenía su mirada clavada en mí, recorriendo cada centímetro de mi perfil. Me sentí observada y, hasta cierto punto, abrumada por esa intimidad tan envolvente.

—¿Y tú…? —preguntó Carol, bajando la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible.

—¿Yo qué?

—¿Algún iceberg oculto que confesar?

La pregunta me tomó por sorpresa, aunque así era ella: directa, honesta, sin rodeos. Aun así, sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría, provocándome una punzada de vértigo en el estómago.

—Supongo que todos tenemos nuestros propios icebergs —respondí, intentando mantener la compostura—. Algunos pequeños, otros no tanto… pero casi siempre ocultos. ¿No crees? – agregué refugiándome en la metáfora, esquivando cualquier concreción.

—Sí… tal vez tengas razón —concedió ella tras una breve pausa, evaluando mis palabras. Su tono sonaba relajado, pero su mirada seguía fija en mí, como si intentara leer lo que no me atrevía a decir.

Un silencio cómplice volvió a instalarse entre nosotras. La noche estaba en calma, y lo único que se oía era el murmullo lejano de las cigarras, entremezclado con el ritmo pausado de nuestras respiraciones. Estábamos tan cerca que podía sentir su aliento rozándome la piel, cálido y suave como una caricia invisible.

Cerré los ojos, intentando concentrarme en esa sensación. Era tan real, tan palpable, que me resultaba imposible seguir hablando. Cualquier palabra me parecía una interrupción innecesaria frente a la intensidad silenciosa de ese instante.

Entonces, Carol alzó lentamente su mano, tomó la mía con delicadeza y depositó un beso en la palma. Un gesto inesperado, íntimo, que me sobrecogió por completo.

—¿Sabes, Mónica? —dijo en tono solemne, como si estuviera a punto de pronunciar una confesión.

—¿Qué? —respondí de inmediato, con el corazón acelerado. Me moría por saber qué venía después.

—He echado de menos esto. Te he echado de menos —declaró, con una voz que dejaba entrever una vulnerabilidad que pocas veces le había conocido.

—Yo también te he echado de menos —respondí sin pensar, sin filtros. Pocas veces unas palabras tan simples escondían tanta verdad.

Entonces ella volvió a recortar la distancia existente entre nosotras para alargar su brazo y colocarlo alrededor de mi torso, por debajo de mis pechos. La intimidad que encerraba aquel gesto —cargado de una sensualidad de la que Carol probablemente no era del todo consciente— hizo que mi corazón se desbocara. Latía con tanta fuerza que por un momento temí que pudiera oírse, golpeando con insistencia contra el pecho.

Estaba segura de que ella debía de notar mi agitación, tan evidente, tan imposible de disimular. Tal vez por eso, y movida por un impulso nervioso, aparté su brazo de mi cuerpo con cierta brusquedad, amparándome en la excusa de girarme para ponerme de medio lado, hasta quedar frente a frente con su mirada.

—¿Estás bien…?

—Eh… sí, claro. Muy bien. Quizá solo un poco cansada —dije, intentando romper la tensión del momento con una sonrisa forzada.

—Entonces venga, a dormir. Prometo dejar de hablar como una cotorra si apagas la luz.

—Hecho.

—Buenas noches —murmuró, justo antes de inclinarse hacia mí y depositar un beso suave en mi mejilla, tan cerca de la comisura de mis labios que me dejó sin aliento.

—Buenas noches —respondí al instante, aún abrumada por la cercanía de ese gesto.

En la penumbra de la habitación, mis ojos tardaron apenas unos minutos en adaptarse a la escasa luz. Desde mi lado del colchón, pude distinguir con nitidez el rostro de mi bellísima compañera de

cama. Había cerrado los ojos, y su respiración pausada sugería que comenzaba a rendirse al sueño. Yo, en cambio, seguía despierta, con el cuerpo inmóvil y la mente en ebullición.

Me sentía como un león enjaulado, con un deseo crudo y voraz recorriendo cada parte de mi anatomía mientras, por fin, podía recrearme libremente en observar la silueta de Carol: el rostro de rasgos delicados y mentón afilado, las angulosas clavículas desnudas bajo el pijama de tirantes, los pechos, que marcaban su contorno debajo de la fina tela de raso que los cubría, los muslos firmes y contorneados, los pies descalzos y perfectamente cuidados. El aroma de su piel, fresco y floral, tan característico, invadía mis fosas nasales al ritmo de su respiración.

Al cabo de un rato, sentí que su mano —que aún reposaba suavemente sobre la mía— comenzaba a pesar de un modo extraño, casi insoportable. Ya no podía ignorarla, ni fingir indiferencia. Aquello que en un principio fue un gesto sutil y tierno, se había convertido en el epicentro de una tormenta de sensaciones que me recorrían por dentro, desbordándome sin permiso. Además, todavía podía sentir la humedad de su beso en la comisura de mis labios que, casi de manera instintiva, recorrí con mi propia lengua buscando encontrarme con el sabor de su boca.

Una boca que en ese momento deseaba desesperadamente.

Comprendí que la noche iba a ser demasiado larga, casi eterna.

## CAPÍTULO 11.

### MÓNICA.

Me desperté con la luz del sol golpeándome de lleno en el rostro. Instintivamente, sin siquiera abrir los ojos, estiré el brazo en busca del cuerpo de Carol a mi lado, pero, para mi decepción, comprendí que me encontraba sola en la cama. No quedaba rastro de ella, salvo una leve hendidura en el colchón y las arrugas en las sábanas, huellas silenciosas de su reciente presencia.

Tomé su almohada y hundí en ella la cara, buscando desesperadamente su olor, ese aroma inconfundible que tan bien conocía ya y que esperaba que aún flotase sobre el tejido de algodón. No me equivoqué, aún olía a ella. Sonreí, dejándome envolver durante unos segundos en aquella fragancia embriagadora e hipnótica.

Aún estaba somnolienta. Me había quedado dormida a una hora indefinida —probablemente bien entrada la madrugada—, vencida e incapaz de mantener del todo a raya ciertos impulsos, primarios y no tan primarios. El descanso había sido breve, y el sol que se colaba con fuerza por la ventana dejaba claro que el día ya llevaba un buen rato en marcha.

Al revisar el móvil, caí en la cuenta de que me había ido a dormir sin siquiera desearle las buenas noches a Charly. Su desconcierto ante mi silencio quedaba claro: me había dejado una cascada de mensajes apenas aterrizó en Heathrow a las tantas de la mañana. Ni Charly ni yo éramos controladoras; al contrario, nuestra relación se basaba en una libertad mutua bien entendida. Aun así, desde el principio habíamos mantenido una pequeña rutina: desearnos buenas noches cada vez que dormíamos separadas. Romper ese gesto sin una explicación clara no solo resultaba extraño, sino que podía interpretarse como una señal de alarma.

Tuve el impulso de llamarla, pero al ver la hora en la que me había escrito, deduje que, probablemente, estaría durmiendo. Opté por enviarle un mensaje escueto, explicándole que me había quedado

dormida, sin entrar en detalles. Comprendí que, en cierto sentido, le estaba ocultando cosas y una punzada de culpa me atravesó. Aunque, sobre el papel, mi comportamiento no había tenido nada de reprochable, lo cierto es que había sido por falta de oportunidad, no por voluntad propia, y era la primera vez que cruzaba esa línea con Charly.

Me levanté de la cama tratando de sacudirme de encima esos pensamientos y bajé a desayunar en pijama, guiada por las voces y el reconfortante aroma a café que subía desde la planta baja. Al cruzar el umbral de la cocina, me encontré con Carol y Victoria —también en pijama— quienes ya estaban terminando de desayunar entre risas y tazas vacías.

—¡Buenos días, bella durmiente! No quise despertarte porque parecías profundamente dormida —saludó Carol sonriendo, señalando con un gesto el taburete alto situado a su lado para que me sentara.

—Buenos días. ¿Y qué es eso tan divertido que me estoy perdiendo? —pregunté, intrigada.

—Estábamos viendo cómo estas dos han estrechado lazos —respondió Victoria, señalando una de las distintas camitas de Sari dispersas por toda la casa, en la que descansaba la perrita con Casi, la una apoyada en la otra, indiferentes al resto del mundo.

—¡Por Dios, cuánto amor! —exclamé mientras untaba un poco de mantequilla sobre una tostada recién hecha.

—Ya veo los titulares en las páginas de sociedad: "Familia Ortiz de Guzmán, al completo, se pasa al *lado oscuro*" —ironizó Carol, levantando la barbilla y señalando solemnemente un horizonte imaginario.

—Sí, justo después de las páginas de sucesos que dirían: "Amiga graciosilla aparece amordazada en urbanización marbellí" —replicó Victoria, lanzándole una bola de miga de pan a modo de proyectil.

—Os veo muy graciosas esta mañana. Dejadme que me tome un café, que a mí todavía no me ha llegado la sangre al cerebro… —comenté con media sonrisa.

—¿Has dormido bien? —preguntó Carol mientras me abrazaba por detrás y depositaba un beso cariñoso en mi cabeza.

— Sí, síí…

Yo, con la tostada ya en la boca, intenté disimular como pude el estremecimiento que aquel gesto me provocó, y en ese instante me sentí merecedora del Oscar a la mejor actriz por mi capacidad para fingir normalidad. Tal vez Carol era incapaz de leer mi lenguaje corporal… o quizás, simplemente, ni se le cruzaba por la mente que yo pudiera sentirme atraída por una mujer. Por ella, concretamente.

Ese pensamiento me inquietó. ¿Qué pasaría cuando se lo contara? ¿Cambiaría su manera de tratarme? No tenía ni la menor idea de cuál sería su reacción, lo que empezaba a provocarme un hormigueo en el estómago de lo más desagradable.

—Pues venga, si no quieres quedarte en tierra, tienes media hora para desayunar, ducharte y vestirte. ¡Nos vamos a la playa! —anunció Victoria en tono dictatorial.

—¿Pero a qué viene tanta prisa? ¡Estamos de vacaciones! Pesará sobre vuestra conciencia si me atraganto con el desayuno o resbalo en la ducha —refunfuñé, antes de engullir media tostada de un bocado.

—Oye, ¿y no vas a invitar a Eva a venir con nosotras? —preguntó Carol, dirigiéndose a Victoria e ignorando por completo mis quejas matutinas.

—Eva está en Barcelona con una amiga suya, y no vuelve hasta el lunes. Mariola, su amiga, tenía que hacer unas gestiones allí y ha aprovechado para acompañarla y, de paso, dejarnos un poco de espacio para ponernos al día. Así ya tenéis la excusa perfecta para repetir otro fin de semana, porque conociéndoos, sois capaces de tardar otros diez años en organizar un nuevo encuentro —respondió Victoria, entre divertida y resignada.

Tras desayunar y prepararnos, tal como Victoria había anticipado, en menos de treinta minutos ya estábamos montando en su impecable Range Rover, listas para dirigirnos a la playa de Cabopino. Se trataba de un rincón privilegiado de la costa marbellí, con su arena blanca y fina que se extendía a lo largo de una orilla de aguas transparentes y poco profundas; era el lugar ideal para disfrutar del sol y saborear los frutos del mar en uno de los restaurantes cercanos.

La serenidad de la jornada y la complicidad compartida con mis acompañantes convirtieron el día en un bálsamo inesperado. Me sorprendí, de pronto, al comprender que se trataba del primer día en muchos meses en el que conseguía desconectar de verdad: sin exigencias, sin ruido mental, sin planes ni presiones.

Después de semanas de mudanzas, del caos que implicaba empezar de nuevo en otra ciudad y —por qué no decirlo— del reencuentro con Carol, con todo lo que eso me removía, necesitaba algo así. Y fue justo entonces cuando recuperé una sensación casi olvidada: la de estar en paz conmigo misma. De pronto, la vida con mis amigas a mi lado y el mar como telón de fondo, me pareció extrañamente sencilla.

Alargamos la tarde sin mirar el reloj, dejándonos llevar por la calma, hasta que el sol se rindió, lentamente, ante el avance silencioso de la noche. El calor del verano incipiente, ya desplegado en todo su esplendor, se fundía con la brisa salobre del Mediterráneo, creando una atmósfera casi irreal, perfecta en su sencillez.

De regreso a casa, Victoria preparó una cena ligera y unos mojitos que decidimos disfrutar en la mesa baja del jardín, junto al borde de la piscina. Nos acomodamos allí, conversando animadamente mientras, de vez en cuando, sumergíamos los pies en el agua, aún templada por el sol que la había calentado durante el día.

El ambiente era íntimo y relajado, y la combinación del frescor de los mojitos, la complicidad compartida y el silencio sereno de la noche creaban el clima perfecto para intercambiar confidencias. Yo sabía que había llegado el momento de hablar de lo mío con Charly, pero me sentía nerviosa e incapaz de sacar el tema de una manera natural.

Durante la tarde habíamos hablado varias veces sobre nuestras respectivas parejas, y yo había elegido con extremo cuidado cada palabra, evitando toda alusión directa al género femenino. Suponía que mi falta de entusiasmo y la afirmación de que no era una relación demasiado seria ayudaron a que mis amigas dieran por hecho que ese tal "Charly" no era más que una aventura pasajera, sin mayor relevancia, pero yo sabía que no podía dejar pasar el fin

de semana sin abordar la verdad. Ocultarlo solo haría crecer una bola de nieve que yo misma había echado a rodar y que, con el tiempo, resultaría cada vez más difícil de justificar sin caer en el mayor de los ridículos.

El problema era que cada vez que intentaba poner el tema sobre la mesa, me resultaba forzado, torpe, impostado. Así que, una vez más, me refugié en mi mojito, buscando encontrar la relajación que necesitaba en el alcohol.

—Espera, te pongo otro, que te lo has bebido casi de un trago —dijo Victoria, solícita, mientras rellenaba mi copa con la jarra que descansaba al borde de la piscina—. Ten cuidado, que estas bebidas dulzonas se suben a la cabeza con facilidad.

*¡Ay, Dios!* Iba a terminar alcoholizada si seguía así, pensé, justo antes de darle otro buen sorbo a la copa en cuanto me la tendió. Empezaba a notar la cabeza un poco embotada.

—Bueno, Mónica, ¿y tú qué? ¿A qué viene tanto misterio con ese tal Charly? Cuéntanos un poco más… ¿es guapo?

—¡Eso, eso! Queremos detalles —secundó Carol, propinándome un codazo suave en el costado—. ¡Que a mí tampoco me has contado demasiado!

Ambas me miraban sonrientes y yo deseé, con todas mis fuerzas, que la tierra se abriese justo bajo mis pies y me tragase. Mi pulso se aceleró de golpe y algo muy parecido al miedo escénico se apoderó de mí. Tenía la sensación de que esos cuatro ojos me taladraban, expectantes, aguardando mi respuesta.

—*Ejem…* —me aclaré la garganta—. Pues justo ahora que lo decís… sí, sí que tenía algo que contaros. Lo que pasa es que no quería quitarte protagonismo, Vic…

—¡A ver! Tampoco es eso —replicó ella riendo—. Vale que lo mío pueda parecer más… no sé, ¿exótico?, ¿novedoso? Pero aquí todo el mundo tiene derecho a contar su historia.

—Bueno, es que justo eso es lo curioso… lo mío también es bastante "exótico".

—¿A qué te refieres? —preguntó Carol, frunciendo el ceño. Se inclinó un poco hacia mí, apoyando la barbilla en su mano, con gesto inquisitivo—. ¿En qué sentido lo dices?

—Pues… que Charly es un apodo, en realidad se llama Charlotte —solté de una vez, sin rodeos, como quien arranca una tirita de golpe. No me apetecía alargar más aquella agonía.

—¿Quieres decir que es… transexual? —preguntó Victoria con cierta cautela tras permanecer unos segundos en silencio, buscando cuidadosamente las palabras.

—No. No es transexual. Es una mujer —aclaré riendo por lo bajo, nerviosa.

¡Al fin lo había dicho! Una oleada de alivio me recorrió de arriba abajo.

—¡No puede ser! ¡Este fin de semana vamos de sorpresa en sorpresa! —gritó Victoria, soltando una carcajada sonora y llevándose las manos a la cabeza en un gesto cómico—. Pero… ¿desde cuándo?

—¿Desde cuándo es mujer?, pues desde que nació, supongo —dije en tono de broma mirando directamente a Victoria y evitando deliberadamente cruzar la mirada con Carol, que no había vuelto a decir palabra desde que solté la bomba.

—¡Señorita Mónica Martín! —exclamó Victoria con teatralidad—. ¿Podemos dejar ya esta conversación de besugos? ¡Cuéntanoslo todo, ya!

Estaba a punto de comenzar a explicarme cuando, por el rabillo del ojo, vi cómo Carol dejaba su copa sobre la mesa con un movimiento brusco. El cristal se hizo añicos al instante, rompiéndose en mil pedazos. Enseguida me di cuenta de que se había cortado: un fino hilo de sangre resbalaba por la palma de su mano.

—¡Carol! ¡Te has cortado! —exclamé, sorprendida.

— No toquéis nada, ya lo recojo yo… — intervino Victoria con rapidez—. Mónica, ¿podrías acompañarla tú al baño que hay al lado del salón? Yo lo haría encantada, pero la sangre me marea e iba a ser de poca ayuda.

—Sí, claro, ya me ocupo yo de ella —respondí, tomando el brazo de Carol con suavidad para guiarla.

—En el primer cajón, debajo del lavabo, tienes el botiquín. Hay apósitos y algo de antiséptico — gritó Victoria mientras nos alejábamos en dirección a la casa.

Carol me siguió sin decir nada, visiblemente aturdida. Rodeamos la piscina y entramos por el salón hasta llegar al pequeño baño anexo a la estancia.

—No hace falta, ya lo hago yo, Mónica —dijo Carol en tono firme cuando intenté, sin éxito, tomarle la mano para ponerla bajo el grifo —. Mejor ve a ayudar a Vic.

—No digas tonterías. Vic puede apañárselas sola, y tú podrías marearte —repliqué, volviendo a sujetarla por la muñeca con suavidad, pero con decisión. Le giré la mano hacia arriba y comprobé que el corte, aunque feo, no era profundo.

—Bien, esto no necesita puntos. Solo un poco de agua, antiséptico y listo —murmuré, intentando restarle dramatismo.

—De verdad, Mónica… déjame. Ya me encargo yo —insistió Carol, intentando de nuevo apartar la mano con un gesto nervioso y esquivo que yo ignoré, continuando con mi labor.

Fue entonces cuando me golpeó la sospecha; aquella actitud no tenía que ver con el corte, ni con el dolor, pues la forma en que evitaba el contacto conmigo apuntaba en otra incómoda dirección.

No me podía creer que mis peores presagios se estuviesen cumpliendo, y de la peor manera posible; ¿acaso Carol empezaba a sospechar lo que yo sentía por ella?

La duda, afilada y dolorosa, se instaló en mi estómago como una piedra, aunque, fuera lo que fuese, la distancia que de pronto marcaba Carol era completamente incoherente con la cercanía física —y emocional— que había existido entre nosotras durante todo el fin de semana. Una cercanía que ella misma había buscado, propiciado y sostenido. Resultaba imposible pasar por alto el contraste entre la alegría despreocupada con la que había reaccionado ante la confesión de Victoria, y el gesto serio, casi esquivo, que ahora dominaba su rostro.

*Por favor, Carol, no me hagas esto*, pensé, mientras un nudo comenzaba a apretarse en mi garganta, impidiéndome casi articular palabra. Aquella repentina frialdad era como un cubo de agua helada derramada sobre el calor que había envuelto nuestra relación en los últimos días. Y dolía. ¡Vaya si dolía!

No dije nada. Preferí respetar su silencio mientras me limitaba a limpiar con cuidado el corte, aplicarle antiséptico y colocarle un vendaje ligero. Tal vez Carol no supiese cómo gestionar lo que acababa de escuchar, o tal vez, simplemente, necesitara espacio.

Cada segundo que transcurría sin que ninguna de las dos articulase palabra se cargaba de significado, haciéndome sentir sola y expuesta, como si una pared invisible y hostil se hubiese elevado de pronto entre nosotras.

Cuando terminé, levanté la mirada en busca de la suya, pero ella desvió los ojos en el acto, evitándome.

¿Qué le pasaba a esa imbécil?

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo? —pregunté en un susurro, casi sin atreverme a alzar la voz.

—¿Te parece poco el corte que me he hecho? —respondió con una media sonrisa cargada de ironía, levantando una ceja.

—No me refiero a eso —insistí, manteniendo la calma—. Es que, de repente, te noto un poco rara…

No quería esquivar más la conversación. Prefería enfrentar la verdad, fuera cual fuera, antes que quedarme atrapada en la duda.

—Solo me he impresionado con la sangre, eso es todo —dijo, apartando la mirada, quizá, demasiado rápido.

—Ok… si tú lo dices —murmuré, sin intentar ocultar el escepticismo en mi voz. Me aparté con suavidad, recogí el botiquín y lo guardé en su sitio, deseando que la sensación de incomodidad se disipara, aunque fuera solo un poco.

Salimos del cuarto de baño en silencio en dirección a la piscina. Victoria ya había limpiado los restos de la copa rota y se encontraba hablando animadamente por teléfono, ajena a lo demás, mientras paseaba por el jardín.

—Que sí, mamá, no te preocupes, mañana voy a comer con vosotros… Te paso a recoger en el club en cuanto se vayan Carol y Mónica… —decía en tono animado. De pronto, me lanzó una mirada traviesa, se cubrió parcialmente el auricular con la mano y añadió—: Por cierto, ¡Mónica tiene novia!

Le dediqué una expresión de horror fingido mientras ella continuaba, divertida:

—Sí, mamá, Mónica, has oído bien… Mañana te cuento, *ciao*.

—¡Te mato! —exclamé entre risas, en tono de falsa indignación—. ¡Acabas de suspender primero de amistad! ¿Cómo se te ocurre airear mi vida privada así?

—¡Lo siento! No he podido evitarlo —respondió entre carcajadas—. Piensa que es una muestra de apoyo al colectivo LGTBIQ+, especialmente ahora que hasta Sari tiene un romance con otra fémina. Pero bueno, ya que el secreto ha dejado de ser tal, ¡queremos detalles de lo tuyo con Charlotte!

—Chicas, siento dejaros solas blandiendo la bandera del arcoíris, pero creo que me voy a dormir ya —interrumpió Carol de pronto, con una voz seria que desentonaba con el tono ligero de la conversación—. Entre el cansancio y el mojito, tengo la cabeza dando vueltas. Mañana me ponéis al día…

—Sí, yo también estoy cansada. Ha sido un día largo —añadí, tratando de esconder la incomodidad y el nudo en el estómago que me provocaba su actitud —. Mañana os cuento con detalle.

Nos despedimos entre las protestas de Victoria, que aún tenía cuerda para rato, y nos retiramos a nuestras habitaciones. Por dentro, albergaba una esperanza absurda: que Carol decidiera volver a mi cuarto como la noche anterior. Necesitaba desesperadamente un acercamiento con ella, algo que confirmase que todo iba bien y que nada había cambiado entre nosotras. Pero al llegar a la puerta de su habitación, Carol se aferró al picaporte y, sin dirigirme la mirada, soltó al aire un escueto: "buenas noches, Mónica".

—Buenas noches, Carol —dije, tratando de parecer natural, mientras en mi interior buscaba desesperadamente una excusa, cualquier pretexto para alargar un poco más aquella despedida. Pero fue inútil.

Carol se deslizó hacia el interior de su habitación sin mirar atrás, y yo hice lo propio, maldiciendo en silencio mi falta de imaginación y, sobre todo, mi debilidad para afrontar cualquier contratiempo que la tuviera a ella como protagonista. Definitivamente, Carol era la musa de mis sueños, pero también el monstruo de mis pesadillas.

Cerré la puerta de mi habitación con un suspiro frustrado y me dejé caer sobre la cama. Me sentía como un reo que ha sido juzgado y

condenado sin saber siquiera de qué se le acusa y sin haber tenido derecho a una defensa justa. Hacía apenas unas horas revivía con emoción los momentos compartidos la noche anterior, y ahora ese recuerdo solo acentuaba la amargura del abismo que se había abierto entre nosotras.

Entonces lo supe: no podía dejarlo así. Necesitaba explicaciones y decidí exigirlas. Al fin y al cabo, yo no había hecho nada malo. Me levanté de golpe, decidida a cruzar el pasillo y llamar a su puerta, pero justo cuando mi mano se disponía a girar el pomo, oí risas. Venían de la terraza contigua a la mía: la de Carol. Me detuve en seco y volví sobre mis pasos, acercándome con sigilo a la ventana, que aún seguía entreabierta desde la mañana, y afiné el oído.

—Yo también te echo de menos, cariño… Me lo he pasado bien, pero tengo ganas de verte ya… Me resulta raro no dormir contigo…

Su voz sonaba dulce, cercana. Cómplice. Cada palabra fue como una puñalada en el pecho, certera y silenciosa. Necesité coger aire profundamente para poder respirar.

Había vuelto a caer. A tropezar exactamente con la misma piedra, pues de nuevo me encontraba enamorada —perdida e irremediablemente— de alguien que no solo no era para mí, sino que quizás ni siquiera toleraría saber lo que sentía por ella. Carol se había convertido, por más que lo negara, en mi talón de Aquiles. Mis sentimientos, profundos y antiguos, habían resistido el paso del tiempo, la distancia, incluso el olvido. Y ahora resurgían con una fuerza devastadora, arrasándolo todo a su paso. Incluida yo.

Volví a dejarme caer sobre la cama y me arropé entre las sábanas, como si aquel suave algodón pudiera ofrecerme refugio no solo del mundo exterior, sino también de mí misma, de todo lo que estaba sintiendo. En la oscuridad de la habitación, sin más testigos que la noche silenciosa, las lágrimas comenzaron a brotar sin freno, al igual que un río desbordado que arrastra todo a su paso: el dolor, la impotencia y esa esperanza testaruda que, pese a todo, se resistía a morir.

De pronto me sentía vencida por un sentimiento que no podía controlar, a merced de lo que otra persona decidiera hacer conmigo,

al igual que una hoja de papel arrastrada por el viento, sin rumbo, sin voluntad.

Lloré durante horas. Lloré hasta que las lágrimas, en su implacable sinceridad, lograron disolver el nudo que me apretaba la garganta. Y entonces, por puro agotamiento, el sueño me venció, no sin antes prometerme —una vez más, aunque ya no sé cuántas iban— que jamás volvería a sufrir por ella.

## CAPÍTULO 12.

### CAROL.

Aquella mañana de lunes, como casi todos los lunes, el peso de la semana me caía encima con una fuerza aplastante. El sol brillaba fuera de la ventana, iluminando la oficina de una manera tan cálida y primaveral que parecía querer transportarme a cualquier rincón al aire libre, a algún sitio lejos de aquellas cuatro paredes que me rodeaban.

Sin embargo, allí estaba, atrapada frente a mi ordenador, maldiciendo mentalmente el dichoso lunes con más intensidad que nunca, sobre todo después de haber pasado un fin de semana casi perfecto en Marbella con Mónica y Victoria. El contraste entre aquella libertad y el caos que me esperaba allí, en la oficina, me estaba matando, aunque lo peor de todo era que llevaba casi una hora frente a la pantalla del ordenador, tratando de concentrarme en unos informes que necesitaba entregar ese mismo día, pero que estaba muy lejos de terminar. No había manera. Mi mente se empeñaba en viajar al fin de semana, una y otra vez, como si mi cerebro hubiera quedado atrapado en esos momentos de sol, confidencias y, sobre todo, de secretos desvelados.

¡Dios!, todavía no podía creerlo ¿cómo era posible que todo aquello hubiese sucedido de una forma tan inesperada?

Victoria, la aristócrata por excelencia, tan conservadora, tradicional y preocupada por la imagen que proyectaba hacia los demás, ¿y ahora felizmente enamorada de una mujer? La idea me seguía desconcertando un poco, pero si lo pensaba más a fondo, quizá no debía asombrarme demasiado. Su forma de relacionarse con los hombres siempre me había parecido un tanto extraña; aunque saliera con ellos, nunca parecía del todo cómoda, como si hubiese algo que no terminara de encajar. Ahora, por fin, todo cobraba sentido. Sonreí involuntariamente. Se veía feliz, y me alegraba por ella de todo corazón.

Lo de Mónica era distinto. Eso me había dejado completamente descolocada, como si los marcianos hubieran aterrizado en la Tierra y nadie me hubiera avisado de su llegada hasta años después. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? Mónica, tan inaccesible, tan magnética, la que salía con los chicos más guapos de la universidad, la que dejaba corazones rotos allí por donde pasaba y, sobre todo, mi amiga íntima, con la que había compartido tantas confidencias ¿y resultaba que le gustaban las mujeres? No podía creerlo.

Confieso que me sentía… ¿estafada? ¿Cómo era posible que, después de tantos momentos juntas, de tantas vivencias compartidas, nunca me hubiera dicho nada al respecto? La pregunta me daba vueltas en la cabeza al igual que un disco rayado.

Habíamos hablado de millones de cosas, tanto en el pasado como desde su regreso a Madrid, pero nunca sobre lo que constituía su verdadera identidad, sus sentimientos más profundos. Y eso me molestaba. Me molestaba haber creído que teníamos una conexión, una intimidad que iba mucho más allá de lo habitual, para descubrir, casi por casualidad, una parte de su vida tan importante mediante un comentario vertido como si tal cosa.

¿Quién era yo para juzgarla? Me repetía. Nadie. Pero, en el fondo, sí lo era. Era su amiga, la que siempre la había tenido entre sus prioridades y a la que, una vez más, le había demostrado que no estaba entre las suyas.

Mónica seguía siendo la misma que me había abandonado 10 años atrás sin mayor explicación. Yo era consciente de ello cuando recuperamos nuestra amistad. Había aprendido a asumirlo, pero entonces, ¿por qué me sentía tan confundida?, ¿por qué la noticia me estaba afectando tanto?, ¿por qué sentía como si algo hubiera cambiado, aunque no pudiera identificar qué exactamente?

Demasiadas preguntas sin respuesta.

Me pasé una mano por el rostro, intentando despejarme, y volví a mirar la pantalla. Las palabras del documento sobre el que estaba trabajando parecían borrosas. Suspiré, dejé el ratón a un lado y me apoyé en el respaldo de la silla. Cerré los ojos, recordando la despedida con Mónica en la estación de Atocha el día anterior. Nos habíamos dado un abrazo rápido con aparente normalidad, sin

embargo, incapaz de dominar mis emociones, había dejado que mi malestar quedara flotando en el ambiente, cosa que ella había percibido perfectamente. Era casi imposible ignorarlo.

Anhelaba salir de esa sensación de culpabilidad, por lo que saqué el teléfono del bolso y abrí el chat que tenía con Mónica. Necesitaba al menos una pequeña señal de que todo seguía bien entre nosotras, así que le escribí:

*¿Qué tal llevas la mañana de lunes?*

No tardó mucho en llegar su respuesta:

*Podría ser mejor…*

Sonreí inconscientemente antes de teclear de nuevo.

*¿Cómo?*

*Con el mar de fondo y una tumbona bajo el sol,* contestó.

No pude evitar soltar una risa silenciosa y envié el emoticono de una carita riendo a carcajadas, algo completamente acorde con la conversación.

*Yo estoy igual*, escribí. Después, pensé en algo que había olvidado mencionar durante el fin de semana. *Por cierto*, continué tecleando, *hemos pasado el fin de semana juntas y se me ha olvidado invitarte a mi cumpleaños el sábado que viene. Lo celebro en casa con unos pocos amigos.*

La contestación de Mónica llegó enseguida:

*Cuenta conmigo, por supuesto*. Luego añadió con rapidez: *Lo único, estará Charly en Madrid, voy con ella, ¿te parece?*

Charly. Mencionaba a la inglesa como si yo ya la conociera. No pude evitar levantar una ceja, preguntándome cómo sería la piloto.

*Claro, ¡estoy deseando conocerla*!

Segundos después, nos despedimos y yo traté de concentrarme de nuevo en el dichoso escrito que tenía frente a mí. Me sentía algo mejor después de hablar con Mónica, aunque intuía que el vacío que había quedado entre nosotras durante el fin de semana seguía estando ahí.

Comencé a teclear en mi ordenador, pero mi mente no dejaba de vagar, pensando en cómo sería la tal Charly; ¿qué tipo de mujer preferiría que le llamasen Charly en vez de Charlotte? De pronto la imaginé, no sé bien por qué, parecida a una de las hijas de Andrés

de Inglaterra: con un rostro algo caricaturesco, pelo color zanahoria y vestida de forma espantosa. Continué imaginando detalles absurdos sobre ella, hasta que me di cuenta de lo tonta que estaba siendo, y solté una risa por lo bajo. Mi imaginación, a veces, era perversa.

Finalmente, conseguí concentrarme de nuevo en mi trabajo tras dejar a un lado las elucubraciones sobre la pobre Charly, a la que ni siquiera tenía el gusto de conocer.

## CAPÍTULO 13.

## MÓNICA.

El atardecer ya había cubierto la ciudad con una suave luz cuando tomamos la carretera de La Coruña, en dirección a la zona de Aravaca. El tráfico era moderado, lo suficiente como para permitirme relajarme un poco al volante mientras conducía el brillante y recién salido del concesionario BMW X2, cortesía de la empresa y un privilegio más por el puesto que desempeñaba en ella. El vehículo era más grande de lo que realmente necesitaba, pero me hacía sentir segura, cómoda, y de alguna manera, poderosa. Además, a Charly parecía encantarle, ya que no dejaba de toquetear todas las teclas y botones del interior, probando cada una de sus funciones con curiosidad.

— ¿Por qué no han puesto también un masajeador de lumbares en el asiento del copiloto? — preguntó, mientras cambiaba la emisora de radio hasta dar con una vieja canción de Rihanna, cuyo ritmo la hizo mover los brazos al compás, sin poder evitarlo.

— El lunes mismo me quejaré seriamente al respecto en el concesionario — respondí con una ceja alzada en gesto burlón, girando el volante para tomar la rotonda hacia la calle Valdemarín.

Me gustaba la compañía de Charly. Había llegado el día anterior, procedente de Londres, con la energía arrolladora de un auténtico torbellino, instalándose en mi casa con una alegría contagiosa. Su charla constante, sus bromas despreocupadas y esa risa tan característica que tenía, habían actuado como un bálsamo perfecto para conseguir relajarme un poco y poner en orden mis pensamientos y sentimientos hacia Carol. Sin embargo, a medida que nos acercábamos a la casa de la cumpleañera, una ligera tensión comenzó a formarse en lo más profundo de mi pecho; era sutil, casi imperceptible, pero estaba ahí, y me resultaba casi imposible de ignorar.

— Entonces, ¿solo conoces a Carol y a su novio…? — preguntó Charly bajando un poco el volumen de la música.

— Bueno, y a un par de sus compañeros de trabajo — admití tras echar un vistazo al navegador. — Pero tranquila, si nos aburrimos, nos vamos en un tiempo prudencial.

Supuse que la fiesta estaría llena de amigos cercanos a la pareja, personas que habían estado al lado de Carol durante los últimos diez años, un círculo con el que no estaba familiarizada, y me alegré profundamente de estar acompañada por Charly aquella noche. La inglesa poseía una habilidad innata para integrarse sin esfuerzo en cualquier reunión; su naturaleza cálida y desenvuelta conseguía que los demás se sintieran cómodos a su alrededor, derribando cualquier tipo de barrera social. En eso, se parecía mucho a Carol.

¡Carol!, ¿por qué todos mis pensamientos me llevaban a ella? Empezaba a ser una costumbre de lo más fastidiosa.

— Lo mejor es que volvamos pronto a casa y reanudemos donde lo dejamos antes, ¿no? — dijo entonces Charly con una sonrisa pícara dibujada en el rostro.

El tono insinuante de su voz me arrancó una sonrisa involuntaria. Charly siempre tenía la habilidad de convertir todo en un juego, y, de alguna forma, eso me atraía. No conocía límites, o al menos no deseaba imponerlos, y aunque en ocasiones me sentía un poco desconcertada, había en su desinhibición una sensación de libertad admirable.

— ¡Eres incorregible! — le respondí entre risas, disminuyendo la velocidad conforme llegábamos a nuestro destino.

Aparqué el coche frente a la urbanización donde vivía Carol. Se trataba de un complejo residencial compuesto por cuatro edificios de tres pisos de altura, construidos en un estilo moderno pero sobrio, rodeados de amplias zonas ajardinadas. Ya había estado con anterioridad, pero aquel día aprecié aún más el aire de comodidad y serenidad que rodeaba al conjunto.

Atravesamos el jardín común que servía como acceso a todos los vecinos; era un espacio compartido por las familias, bien cuidado, con bancos de madera dispersos bajo los árboles y parterres de flores que le daban un toque de color al paisaje urbano. A medida que nos acercábamos a la casa de Carol, pude notar un murmullo proveniente del interior, un bullicio suave pero creciente, con risas y

conversaciones que se entrelazaban con la música de fondo. No hacía falta mucho más para saber que la fiesta ya había comenzado.

— Un momento… — dijo de pronto Charlotte, agarrándome por la cintura cuando me disponía a presionar el botón del timbre.

— ¿Qué…? — contesté sorprendida, justo antes de que sus labios se posaran sobre los míos en un beso suave al principio, pero que pronto se volvió más profundo, envolvente. Cerré los ojos, dejándome llevar, pero algo me hizo regresar rápidamente a la realidad.

— Espera, espera — murmuré, apartándola ligeramente de mí mientras echaba un vistazo a mi alrededor, asegurándome de que no se acercara ningún invitado más. No me apetecía que nos pillaran en una actitud tan íntima justo antes de entrar. — Aquí no…

Charlotte soltó una risita y me miró con ojos brillantes, disfrutando de mi leve incomodidad.

— ¡Aquí no, aquí no! — repitió en tono burlón. — Eres muy… ¿cómo decís los españoles?, ¿*coñazo*?

— Seré muy *coñazo*, pero esto lo dejamos para luego — susurré recolocándome el cuello de la camisa para después presionar el timbre con firmeza —. Y haz el favor de comportarte —añadí, guiñándole un ojo en un gesto cómplice.

— Tranquila, me portaré como una *niña buena* — contestó ella en tono socarrón mientras adoptaba una expresión de "no he roto un plato en mi vida". Nada más lejos de la realidad.

Escuchamos unos pasos acercándose a la puerta, que se abrió poco después, revelando el rostro radiante y sonriente de Carol. Llevaba unos elegantes pantalones anchos color caqui y una camisa blanca de algodón. Su presencia irradiaba una clase sutil y natural, como si no hubiera hecho ningún esfuerzo por conseguir ese resultado.

— ¡Hola, chicas! — saludó con voz alegre mientras se acercaba a mí para recibirme con un abrazo. Mi corazón dio un pequeño brinco y algo se activó en mi interior sin que pudiera evitarlo. Odiaba el efecto que causaba en mí; me hacía sentir vulnerable e impotente, y nadie, jamás, había tenido semejante poder sobre mí. —Y tú debes de ser Charly…— añadió, saludando a la susodicha con dos besos en

las mejillas tras lanzarle una mirada breve pero intensa, estudiándola. — Tenía muchas ganas de conocerte.

Después nos hizo pasar al interior de la casa.

CAROL.

La noche era cálida y agradable, una de esas noches de finales de primavera en las que el aire aún conservaba el calor del día, pero que se volvía suave y reconfortante conforme avanzaba la tarde. Era la temperatura perfecta para que la mayoría de los invitados decidieran salir al jardín, donde el ambiente era más fresco y abierto, y de paso, se aliviaba el bullicio procedente del interior de la casa. El murmullo de las conversaciones era casi constante, pero el sonido más destacable era el de las risas, esas risas contagiosas que se deslizaban en el aire, intercaladas con el tintineo de las copas de vino y los vasos repletos de bebidas y cubitos de hielo.

Al principio, los invitados se habían agrupado en pequeños círculos: mis amigas, por un lado, mis compañeros de trabajo, por otro, y los amigos de Iván, los más ruidosos de todos, en un espacio aparte. Sin embargo, con el paso del tiempo, las barreras se habían desdibujado y las conversaciones empezaron a cruzarse hasta que los distintos grupos se fueron entrelazando, formando una mezcla animada de diferentes dinámicas y relaciones.

Yo trataba de ser la anfitriona perfecta, moviéndome de un lado a otro entre los grupos, saludando, conversando, sirviendo más copas. Pero mis ojos, a pesar de la multitud, siempre se dirigían hacia un rincón del jardín donde se encontraban ellas: Mónica y su novia, Charly.

Mónica, tan elegante como siempre, deslumbrante en su belleza y envuelta en un aura de misterio, parecía llevar con naturalidad el control absoluto de su vida y de cualquier situación. Su postura impecable, la manera en que miraba a los demás, todo en ella irradiaba una serenidad distante, como si se encontrara siempre un paso por delante del resto de los mortales, observando desde un lugar superior. No obstante, había algo en su actitud que sugería un interés un tanto fingido; la conocía bien, y sabía que, mientras sonreía y se sumergía en las conversaciones a su alrededor, su

mente vagaba lejos de allí, buscando respuestas, quizá, a pensamientos más profundos.

Charly, en cambio, parecía estar completamente en su elemento, integrándose en la fiesta con una naturalidad impresionante, como si conociera a los demás de toda la vida. No me la había imaginado así, lo admito. La chica mal vestida y de dentadura caballuna que previamente había visualizado en mi mente, no sé muy bien por qué, nada tenía que ver con la mujer atractiva, de rizos salvajes y mirada chispeante que hacía reír a los demás con un castellano bastante correcto, pero con fuerte acento británico.

La observé de nuevo, con disimulo, mientras ella se giraba hacia Mónica para comentarle algo por lo bajo, en un gesto de pura complicidad que, extrañamente, me molestó. ¿Tenía celos por la conexión que parecía compartir con Mónica? Nunca había caído en ese tipo de sentimientos mezquinos, pero el caso es que aquella inglesa cuasi perfecta no me terminaba de caer bien. Durante toda la velada me había sorprendido buscando defectos en ella, algo que no me gustara, pero la chica no me lo ponía fácil.

— ¿Qué tal está mi chica favorita? — preguntó Iván, abrazándome por la espalda de forma repentina e interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

— Muy bien — respondí, dándome la vuelta y abandonando con un leve gesto de disculpa la conversación en la que estaba inmersa con mis compañeros de trabajo.

— Además, todo el mundo parece estar pasándoselo bien — añadí, echando una mirada rápida a mi alrededor.

— Sobre todo mis colegas — comentó él, señalando con un gesto de cabeza a sus amigos, completamente embelesados con Mónica y Charly.

Llevaban ya un buen rato intentando llamar su atención de cualquier forma: riendo en exceso, lanzando bromas y competiendo entre ellos como si fueran adolescentes en plena efervescencia. Charly se reía con ellos, pero Mónica, imperturbable, los ignoraba con una elegancia tan natural que me causaba cierta fascinación; parecía no necesitar hacer esfuerzo alguno para mantener a todos a sus pies.

— Quizá deberíamos haberles explicado que Mónica y Charly son pareja, ¿no crees? — sugerí, alzando una ceja con cierto sarcasmo mientras me pasaba una mano por el cabello.

— ¿Para qué? — replicó Iván con una sonrisa traviesa. — Déjales que se hagan ilusiones… ¡más dura será la caída!

— Eres maligno, ¿lo sabías? — le reproché, aunque no pude evitar reír por lo bajo.

— Puede… — admitió, sin eliminar la sonrisa de su rostro. — De todas formas, es una información que debería partir de ellas, ¿no crees?

— En eso tienes razón — asentí tras dar un sorbo a mi bebida. ¿Quién era yo para andar metiéndome en la vida sentimental de los demás? Además, ¿a mí qué me importaba que esa pequeña panda de descerebrados perdiera los papeles por la *parejita feliz*? —. Creo que voy a aprovechar para ir a la cocina a por hielos — añadí tras percatarme de que la cubitera estaba vacía.

— De acuerdo, yo me quedo por aquí ejerciendo de anfitrión… — dijo Iván dedicándome una sonrisa amorosa.

Me dirigí a la cocina con la cubitera entre las manos, pero al llegar allí, un impulso inesperado me llevó a buscar una cajetilla de Marlboro que sabía que aún guardaba en un cajón. Había abandonado el hábito hacía muchos años, pero de vez en cuando me permitía el lujo de fumarme uno. Abrí la ventana, encendí el cigarro y aspiré el humo con satisfacción, cerrando los ojos y dejándome envolver por el instante. Fue entonces cuando la puerta de la cocina se abrió y, en el umbral, apareció Mónica.

— ¡Vaya, vaya! La cumpleañera fumando a escondidas… — dijo en tono irónico mientras esbozaba una sonrisa juguetona.

— Solo me permito fumar uno muy de vez en cuando, ya lo sabes — respondí, algo apurada. Me sentí como una niña a la que la profesora acaba de pillar copiando en un examen.

— Sí, lo recuerdo; concretamente cuando estás estresada por algo — observó Mónica, con una mirada intrigada. — ¿Te pasa algo…?

— No, en absoluto — me apresuré a aclarar, encogiéndome de hombros. — Simplemente… me ha apetecido. Es mi cumpleaños, ¿qué mejor ocasión que esta?

Mónica permaneció en silencio durante unos segundos, observándome fijamente, como si intentara desentrañar mis pensamientos. Me estremecí ante su mirada penetrante. Luego, finalmente, habló.

— ¿Qué te ha parecido Charly?

Me quedé pensativa un momento, dudando sobre qué decir. No sé muy bien por qué, pero no me resultaba fácil encontrar la respuesta adecuada.

— Pues… — comencé a decir, algo dubitativa. — Es guapa y parece inteligente. Hacéis buena pareja.

— Tú también haces buena pareja con Iván — comentó ella, mirando al vacío durante unos instantes, absorta, quizá, en alguna idea concreta. — Parece un buen tío…

— Lo es — respondí, mientras comenzaba a llenar la cubitera con hielos del congelador, aún sosteniendo el cigarro con la mano. — Si quieres, podemos quedar otro día los cuatro para tomar algo…

— Claro, cuando quieras… Espera, ¿te ayudo con eso?

— Puedo sola, tranquila — respondí, sin mirarla, mientras un repentino silencio se instauraba entre nosotras, un silencio un tanto extraño. ¿Qué diablos nos estaba pasando?

Intenté pensar en algo ingenioso que rompiera aquella incomodidad, pero cuando abrí la boca para hablar, Mónica se me adelantó.

— Oye, Carol… — su tono era más serio ahora, como si estuviera a punto de plantearme una pregunta importante.

— ¿Qué…? — respondí, sintiendo que la tensión en el ambiente aumentaba.

Mónica tomó aire, sopesando sus palabras, y luego se acercó un poco más, acortando la distancia entre nosotras hasta que sentí el aroma de su perfume, floral y fresco.

— ¿Te ocurre algo? — preguntó, clavando sus ojos en los míos. — Algo conmigo, quiero decir.

Una avalancha de pensamientos se desató en mi mente. ¿Qué podía decir? No tenía una respuesta clara, al menos no en ese momento.

— No, no me ocurre nada… ¿por qué lo dices? — contesté, un poco a la defensiva.

— Te noto algo extraña desde nuestro viaje a Marbella — explicó, removiendo los hombros en un gesto que denotaba incomodidad—. Concretamente, desde que me sinceré contigo y con Victoria sobre mi vida sentimental… ¿Tienes algún problema con eso?

— ¿Qué problema iba a tener? — repliqué, ligeramente ofendida. — Simplemente me sorprendió, eso es todo.

— ¿Seguro que solo es eso? — insistió ella, con una expresión enigmática en el rostro.

— Seguro — afirmé con voz firme. — Aunque, ¿por qué no me comentaste nunca nada al respecto? — dije a continuación, dejando caer aquella pregunta que me rondaba por la cabeza desde hacía días.

— Si te refieres a la época universitaria, digamos que me encontraba un tanto confusa al respecto y preferí guardármelo para mí — explicó en tono calmado.

— Entiendo… — respondí, pensativa. — ¿Te puedo hacer una pregunta un tanto…rara?

— ¡Dispara! — exclamó ella, levantando una ceja con curiosidad.

— ¿Alguna vez… te has sentido atraída por mí?

La cuestión había estado rondando en mi cabeza desde que mencionó que le gustaban las mujeres, aunque, ¿por qué me intrigaba tanto semejante cuestión, sobre todo a esas alturas de la película?

Mónica se quedó callada por un instante, claramente sorprendida por la pregunta.

— ¿Cómo dices…? — inquirió frunciendo el ceño, como si no terminara de comprender del todo el sentido de mi pregunta.

— Que si alguna vez te he gustado — insistí, apagando el cigarro en el fregadero de la cocina en un gesto algo nervioso. Ya no podía echarme atrás. Había sacado el tema, y por alguna razón, necesitaba saber la respuesta.

Mónica no contestó de inmediato. Su rostro se mostró pensativo y, por un momento, pareció analizar la cuestión con cuidado. Luego,

una sonrisa burlona apareció en su rostro antes de soltar una pequeña carcajada que, por alguna razón, me irritó.

— Carol, que me gusten las mujeres no significa que me gusten todas… ¿o es que a ti te gustan todos los hombres con los que te relacionas?

El retintín de su voz hizo que me ruborizara de pura vergüenza, lo admito.

— Tienes razón — dije, mortificada, pero intentando forzar una sonrisa. — Era solo curiosidad…

— ¿Curiosidad? — repitió ella, con una sonrisa traviesa.

— Sí, curiosidad… ¡yo qué sé! — respondí, sintiéndome más incómoda que nunca.

Dios, ¿cómo habíamos llegado a compartir ese momento tan *raro*?

— Anda, ven, te ayudo a llevar los hielos — dijo entonces, cambiando de tema con rapidez y tomando la cubitera de mis manos. — No quiero que quedes como una mala anfitriona, cumpleañera.

La conversación había quedado aparentemente cerrada, pero el peso de las palabras que acabábamos de intercambiar permaneció flotando en el aire, dejándome una sensación un tanto extraña.

Nos unimos al resto del grupo y, aunque seguí conversando con otros invitados, no podía evitar que mi mirada volviera una y otra vez hacia Mónica y su pareja. Algo en ellas me atraía y, al mismo tiempo, me desconcertaba profundamente. Sentía una extraña mezcla de fascinación y desconfianza, una tensión que no lograba comprender del todo. Tal vez fuese la evidente conexión existente entre ellas, esa complicidad tan palpable que flotaba en el aire como una burbuja invisible, tan intensa que casi podía percibirla en mi piel. Era como si algo en mi interior me dijera que, de alguna manera, una parte de mí se estuviese desvaneciendo, como si alguien hubiera usurpado algo que, en mi mente, sentía que me pertenecía.

Sabía que aquella idea era una absoluta majadería, algo irracional y sin sentido; Charly era la novia de Mónica y yo solo su amiga, su mejor amiga, y en mi posible y futura relación con la inglesa no debía haber lugar para la competencia ni para la rivalidad. Nada

debía desestabilizar mi recientemente recuperada relación con Mónica. Fin del asunto.

A pesar de todo, no logré sacudirme de encima esa sensación persistente, esa insistente y extraña sombra llena de dudas que se colaba en mis pensamientos, desafiando mi comprensión.

## CAPÍTULO 14.

## MÓNICA.

La lluvia caía suavemente sobre la calle, creando un murmullo constante que se filtraba a través de las ventanas, un sonido tranquilizador que parecía marcar el ritmo de la tarde. Era un día perfecto para quedarse en casa, acurrucarse en el sofá debajo de una manta y ver la tele; un pequeño oasis en medio de la lluvia gris.

A mi lado, Charly se removía inquieta, intentando concentrarse en el episodio de *Yellowstone 1883* que estábamos viendo, pero era evidente que su mente estaba en otro lugar. La pantalla, llena de paisajes vastos y personajes intensos, parecía no lograr captar por completo su atención mientras que yo me encontraba absorta por la trama de la serie. Me la había recomendado Carol y me estaba encantando. Las historias de la familia Dutton y su lucha por proteger su rancho me arrastraban con su tensión y sus giros inesperados, como si yo misma estuviera cabalgando a través de las colinas de Montana y formase parte de esa tierra salvaje.

— ¿Cuánto falta para que termine el episodio? —preguntó Charly con impaciencia, después de haber pasado un buen rato intentando llamar mi atención, tocándome el brazo varias veces y acariciado mi cabello con suavidad.

— ¡Shhhhh, silencio! —exclamé, apretando suavemente su mano mientras Casi jugaba traviesa con la tela de mis calcetines. Cada tirón de la tela provocaba un ronroneo suave que se unía al murmullo de la lluvia que continuaba cayendo fuera con fuerza, generando una atmósfera cálida y relajante.

Charly suspiró con resignación, dejando caer su cabeza contra el respaldo del sofá hasta que, minutos después, el episodio terminó y exclamó:

— ¡Por fin!

Reí suavemente antes de tomar el mando a distancia y apagar la televisión. En el instante en que la pantalla se oscureció, la habitación se sumió en una penumbra agradable y acogedora,

interrumpida solo por los últimos destellos del atardecer que entraban a través de la ventana.

— La próxima serie la eliges tú —concedí, mientras me inclinaba para depositar un beso suave sobre su cabeza, dejando que mis labios se perdieran entre sus rizos.

— Desde luego que sí —respondió ella con voz un poco juguetona. Luego se aproximó más, pegando completamente su cuerpo al mío.

Sus ojos brillaban con una intensidad que me hizo sentir un escalofrío recorrer mi espalda. Sin pensarlo, incliné mi rostro hacia ella, y nuestros labios se encontraron en un beso suave, pero cargado de electricidad. Sentí sus manos rodear mi cuerpo con toque firme y delicado al mismo tiempo. Después, con un movimiento sutil, comenzó a levantar mi camiseta, deslizándola por mi piel.

Ambas nos dejamos llevar por el momento, dejándonos caer hacia atrás hasta tumbarnos por completo sobre los mullidos almohadones del sofá.

Cada beso se volvió más profundo, más apasionado, mientras explorábamos con las manos el cuerpo ajeno, desnudándonos con lentitud. De pronto, una sombra de pensamiento se deslizó en mi mente como un estilete recién afilado, y el rostro de Carol apareció frente a mí con una nitidez desconcertante, interrumpiendo la magia del momento. Me aparté con la respiración acelerada, furiosa conmigo misma por permitir semejante interferencia.

— ¿Pasa algo? — preguntó Charly con gesto de sorpresa.

— No, tranquila — negué de inmediato.

— ¿Entonces…?

— La gatita, que me ha mordido el pie — respondí lo primero que me vino a la cabeza.

"Maldita sea", pensé, sintiendo cómo la frustración comenzaba a apoderarse de mí. La idea de hacer el amor con alguien mientras pensaba en otra persona me resultaba repulsiva y desleal. Era una traición a la intimidad que había compartido con Charly, a la conexión que manteníamos. Me obligué a cerrar los ojos y a respirar profundamente, intentando despejar mi mente de cualquier distracción. No iba a permitir que nada ni nadie arruinara aquel

momento, y mucho menos una fantasía inalcanzable, un fantasma del pasado.

Charly, ajena a mi tormento interno, continuó explorando mi cuerpo con sus manos; cada caricia y cada toque me recordaban lo que realmente deseaba: estar con ella plenamente, sin distracciones ni sombras que empañaran nuestra relación.

Me sumergí por completo en la experiencia, anhelando que el mundo exterior se desvaneciera a mi alrededor.

Pero no lo conseguí del todo.

## CAPÍTULO 15.

CAROL.

Aquel día, después de largas horas frente al escritorio de mi despacho, mi cuerpo pedía un respiro. Necesitaba despejarme, aunque solo fueran unos minutos, así que tomé mi taza de café y me dirigí a la pequeña sala habilitada para el descanso de los empleados mientras escuchaba el familiar tintinear de las impresoras del pasillo. Se trataba de un pequeño rincón apartado del resto, donde se podía dejar a un lado las preocupaciones laborales, aunque fuera por un rato.

— ¡Carol! — exclamó Inma, en tono alegre en cuanto me vio entrar. — Siéntate aquí conmigo, que no te he visto en todo el día… — añadió, señalando la silla vacía frente a ella con una sonrisa de bienvenida. Inma era mi mejor amiga dentro de aquella empresa, y era de las que nunca dejaban pasar la oportunidad de charlar un rato. Yo asentí antes de acercarme a la máquina de café, que como siempre, emitió un sonido estridente en cuanto la puse a funcionar. El aroma del café caliente, espeso y amargo, inundó con fuerza mis fosas nasales mientras llenaba mi taza. Después, me senté frente a mi compañera en la mesa que solíamos ocupar.

— ¡Qué día más largo! — exclamé tras tomar un sorbo de mi bebida y sentir cómo el calor se deslizaba por mi garganta.

— Y que lo digas. Si te cuento lo que me ha ocurrido esta mañana con mi jefe, ni te lo crees…— respondió ella dejando escapar un suspiro al tiempo que se retocaba el peinado con la mano, cosa que no necesitaba demasiado. Inma siempre iba impecablemente arreglada.

Nuestras conversaciones siempre empezaban así, de manera trivial, aunque rápidamente se plagaban de pequeños secretos y confesiones que compartíamos lejos de los oídos curiosos de los demás, desde las noticias relacionadas con la empresa a cotilleos de todo tipo.

— Por cierto, Carol, ¿ya has visto *al nuevo* del departamento de contabilidad? — preguntó con un brillo travieso en los ojos tras relatarme con pelos y señales el encontronazo que había tenido aquella mañana con su jefe directo, un hombre bajito y barrigón que la tenía martirizada.

Fruncí el ceño, rebuscando en mi memoria entre las caras desconocidas con las que me había cruzado durante los últimos días.

— ¿Un chico alto y moreno, con nariz de boxeador y dientes de conejo…? — dije, recordando por fin.

Inma soltó una carcajada antes de mirarme con una expresión de reproche.

— ¡Menuda descripción! Puede que tenga los dientes raros, pero es guapísimo…

— Si tú lo dices…

— No tienes ni idea de tíos, ¿lo sabías? Menos mal que tienes a Iván, que, si no, a saber con quién estarías saliendo… — declaró poniendo los ojos cómicamente en blanco.

— Gracias por la confianza — repliqué soltando una risita. Me divertía que Inma pudiese hacer una broma de casi todo.

— Por cierto, ahora que lo pienso, ¿no ibais a fijar fecha para la boda?

El comentario me generó cierta incomodidad, y mis manos, que hasta ese momento estaban relajadas sobre la mesa, se tensaron ligeramente alrededor de mi taza. Iván había insinuado el tema varias veces durante los últimos meses, pero la cuestión permanecía aún en el aire, sin un pronunciamiento claro por mi parte. Era como si, de pronto, una vocecita susurrara en mi oído que no me precipitara, pero ¿por qué…? Iván siempre había sido un amor conmigo, atento, amable y, sobre todo, respetuoso. Me hacía sentir especial, y eso lo valoraba más de lo que podía expresar con palabras. Entonces, ¿a qué venía aquella repentina cautela por mi parte?, y, sobre todo, ¿por qué tenía la sensación de que la respuesta estaba allí, al alcance de mi mano, pero era incapaz de descifrarla?

— No lo sé, aún no lo hemos hablado seriamente — respondí otorgando un toque de indiferencia a mi tono de voz —. A lo mejor

el año que viene… — agregué dejando la frase en el aire.

— Pues hija, a ver si os animáis de una vez, que me apetece organizarte un buen *sarao* en tu despedida de soltera — sugirió Inma con desparpajo, al tiempo que me guiñaba un ojo en un gesto pícaro.

— Ese es un motivo de peso para fijar una fecha cuanto antes, ¡sí señor! — repliqué esbozando una sonrisa irónica. Me podía imaginar una despedida organizada por Inma; algo me decía que podría ser esperpéntica.

— Te tengo que contar la que organicé el año pasado para mi amiga Puri —dijo entonces mi amiga para, a continuación, comenzar a relatar con entusiasmo y todo lujo de detalles lo que a mí me pareció una noche agotadora. La escuché mientras, de vez en cuando, mi mente se escapaba en una fuga silenciosa, vagando por distintos caminos hasta regresar siempre al mismo punto: ¿estaba realmente segura de que era el momento adecuado para casarme? Iván lo deseaba, y yo sabía que lo amaba, pero… ¿de verdad me sentía preparada para asumir semejante compromiso? No se trataba solo de una fiesta ni de un papel firmado; era una promesa en toda regla, algo que marcaría un antes y un después en nuestras vidas. En cierto sentido, me sentía atrapada entre lo que la gente esperaba de nosotros, lo que Iván deseaba y esas dudas que últimamente me rondaban la mente como una nube densa y molesta. Quizá debería hablarlo con Mónica. Con ella tenía la confianza suficiente para exponer mis inquietudes sin rodeos, y su mente analítica podría ayudarme a aclarar todo esto.

Mónica. En cuanto pensé en ella, las preocupaciones sobre el matrimonio se desvanecieron, y mis pensamientos cambiaron de rumbo. Todavía me sorprendía la imagen de ella junto a su novia durante la celebración de mi cumpleaños.

¿Quién me iba a decir que la mayor rompecorazones masculina que había conocido terminaría en una relación con una mujer? Una vez superada la molestia inicial por sus reservas a la hora de sincerarse, había algo en esa situación que no conseguía encajar del todo. Además, aquella inglesa sofisticada y risueña no logró caerme del todo bien, a pesar de su aparente encanto.

De pronto, sin poder evitarlo, me asaltó un sentimiento de pura vanidad. Me pregunté qué tenía aquella inglesa que no tuviera yo. Después de todo, Mónica había sido clara al decirme que nunca había sentido atracción por mí, y aunque su sinceridad fue directa y honesta, la confesión me dejó un regusto amargo, difícil de ignorar. Siempre me había considerado una mujer capaz de despertar el interés de los hombres. Pero no podía evitar preguntarme si, con las mujeres, las reglas del juego eran otras.

Justo en ese momento, mientras Inma seguía parloteando sin cesar, pasó por delante de nuestra mesa una de las chicas de recepción. Se trataba de Cristina, una rubia explosiva que causaba cierto revuelo entre mis compañeros de trabajo por su aspecto sexy y desenfadado. Aquel día, por primera vez, me obligué a observarla con una mirada que se alejaba de la habitual indiferencia que, hasta el momento, me provocaba.

— Carol, ¿estás mirando el culo a Cris? —preguntó Inma con un atisbo de sorpresa, interrumpiendo su discurso.

— ¡No digas bobadas! —respondí al instante, sintiendo el calor de la vergüenza subir a mis mejillas. — Solo estaba pensando en qué tiene esta mujer para que todos los tíos estén babeando por ella — añadí rápidamente a modo de excusa.

Inma fijó también la mirada en Cristina, evaluándola con una sonrisa maliciosa.

— Pues, claramente, las apreturas de su ropa. En cualquier momento, le van a saltar los botones de lo ajustada que va — comentó entre risas. — Aunque, bueno, no se puede negar que la chica es guapa, eso también hay que admitirlo —concedió con honestidad.

— ¿Alguna vez has estado con una mujer? —pregunté mientras jugueteaba con el asa de mi taza de café con aire indiferente.

Inma me observó por unos instantes con una expresión juguetona en el rostro.

— Bueno… en la universidad tuve mis experimentos al respecto, pero nada serio —. ¿Y tú?

— Yo nunca —admití con rapidez, como si, por alguna razón, las palabras me quemaran de pronto en la boca.

— ¡Lo imaginaba! —exclamó con una carcajada. — Eres demasiado formal para eso, demasiado *correcta* como para experimentar con ciertas cosas…

— ¿Correcta? —repetí, fingiendo indignación antes de darle un suave cachete en la mano.

— ¡Sí, correcta!

Ambas nos reímos durante unos segundos, pero decidí insistir un poco más en aquel tema.

— Ahora en serio, ¿tú crees que yo podría gustar, en general, a las tías? —pregunté, intentando utilizar un tono de lo más casual, como si su respuesta no me importara demasiado.

Inma me observó intrigada, pensando, quizá, que mi pregunta era de lo más extraño que había escuchado en mucho tiempo.

— ¿Qué tipo de pregunta es esa…? Supongo que a algunas mujeres sí y a otras no, ¡depende! — respondió con un tono similar al que usaría una profesora explicando algo básico a un grupo de alumnos poco despiertos.

— Sí, ya, ya… —me interrumpí, sin saber muy bien cómo continuar. — Me refiero a que, en general, si a mí me gustaran las tías, ¿triunfaría con ellas?

— Hoy estás haciendo preguntas muy raras, ¿sabías? —comentó Inma arqueando las cejas de forma exagerada.

— ¡Habló la que nunca hace preguntas raras!

— ¡Está bien! Te contesto lo obvio: triunfarías exactamente igual que con los hombres, es decir, mucho. ¿Contenta?

— ¡Contentísima! —respondí en tono burlón, mientras limpiaba con una servilleta de papel una pequeña mancha de café que había quedado en la mesa.

— Carol… ¿Hay algo que me quieras contar? —preguntó entonces Inma tras entrecerrar los ojos en un gesto que revelaba curiosidad.

— ¡Sí! —afirmé, levantándome de mi asiento con la intención de dar por terminado el pequeño descanso laboral. — Que tengo que volver a trabajar, y creo que tú también —añadí esbozando una sonrisa y revolviendo cariñosamente el pelo de mi compañera a modo de despedida.

Era el momento de terminar con aquella conversación tan bizarra.

Me dirigí a mi despacho pensativa.

Inma tenía razón; últimamente se me ocurrían unas ideas un tanto raras.

## CAPÍTULO 16.

## MÓNICA.

Aquella noche de principios de verano, tan típica de Madrid, traía consigo una brisa suave que acariciaba la piel y envolvía las calles con su calma templada. Las farolas lanzaban su luz amarillenta sobre las aceras, creando reflejos que otorgaban al ambiente un toque mágico. En cada esquina había grupos de personas charlando y riendo, disfrutando del bullicio nocturno de la ciudad.

Carol y yo habíamos quedado con Inma y María, sus amigas del trabajo, y aunque ya las conocía, aquella noche me habían sorprendido gratamente. Inma, en particular, con su personalidad chispeante y llena de energía, logró hacerme reír en más de una ocasión, ganándose mi simpatía por completo. La conversación entre las cuatro había fluido con naturalidad, como si nos conociéramos de toda la vida, aunque después de cenar y tomar unas copas, parecía que la velada llegaba a su fin.

— Bueno, chicas, ha sido un placer, pero mañana he quedado para jugar al tenis por la mañana y no quiero parecer un zombi con la raqueta en la mano —anunció Inma tras revisar la hora de su reloj y comprobar que eran casi las dos de la madrugada.

María, visiblemente cansada, intervino al instante:

— Yo también me voy, que me caigo de sueño…

Carol y yo nos despedimos de ellas con un par de besos en las mejillas y nos quedamos allí, observando en silencio cómo se alejaban calle abajo. Luego cruzamos una mirada cómplice, entendiéndonos sin necesidad de palabras, como solíamos hacerlo en los tiempos de la universidad. En ese instante supe que la noche, al menos para nosotras, aún no había terminado.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Carol, con una sonrisa traviesa, mirando a su alrededor como si el mundo entero fuera una invitación a seguir saboreando la noche.

— ¿Nos tomamos la última en algún lado? —respondí, más que dispuesta a continuar con el plan.

Carol se quedó pensativa por un momento, buscando, quizá, el lugar perfecto para continuar la fiesta. Después propuso:

— ¿Qué tal si nos damos una vuelta por Chueca?

— ¿Chueca? —repetí, sorprendida. Nunca había salido de noche por el animado barrio gay de la ciudad, aunque quizá fuese ya el momento de hacerlo.

—Sí, no nos queda lejos de aquí. En taxi, a 10 minutos.

Asentí sin pensarlo dos veces. La idea de perderme en la noche madrileña con Carol como compañera de aventuras me resultaba casi irresistible, como si un imán de gran fuerza me empujara a ello.

Paramos un taxi y nos subimos rápidamente. Carol le facilitó al conductor la dirección y, en cuestión de segundos, el coche arrancó para encaminarse hacia el centro de la ciudad a una velocidad que a mí me pareció excesiva. Minutos después, nos encontramos en pleno corazón de Chueca, entre un mar de gente que iba y venía paseando entre terrazas, locales y restaurantes llenos de vida. El ambiente era inconfundible, con la energía de la ciudad a flor de piel.

Durante el trayecto, Carol y yo habíamos buscado por internet algún local de moda que fuese exclusivamente para chicas hasta que, tras desechar un par de opciones, nos decidimos por una discoteca situada en la misma Plaza de Chueca. Al llegar a nuestro destino, pagamos al taxista y caminamos unos minutos hasta localizar la entrada del local. Una chica joven y simpática nos abrió la puerta con cortesía, invitándonos a acceder al interior.

El sitio estaba bastante lleno, pero no tan abarrotado como para evitar que la gente se moviera con libertad. La música se sentía con fuerza en el ambiente, y la luz tenue de las lámparas iluminaba el espacio de forma acogedora. Carol se dirigió directamente a la barra para pedir un par de *gin tonics* rebajados en alcohol; no nos apetecía amanecer al día siguiente con una resaca de caballo. Yo, mientras tanto, me quedé un momento observando a mi alrededor, curiosa, sintiendo la vibración del lugar. Grupos de chicas se divertían en la pista de baile, riendo y moviéndose al compás de la música, mientras algunas parejas se besaban sin pizca de pudor. Era un ambiente muy similar al de los locales de ambiente londinenses a los que había acudido en los últimos años, pero mientras Carol

regresaba con las copas, me di cuenta de lo extraño que me resultaba estar en un sitio así con ella; algo tan simple como eso le otorgaba un giro completamente nuevo a la noche.

Tomé el vaso que Carol me tendía, y sin decir una palabra, nuestras miradas se encontraron en un instante cargado de complicidad. Fue un momento extraño, como si el tiempo se hubiera ralentizado por unos segundos. Me pareció que había algo desconocido en su mirada, algo que no había identificado antes, o tal vez no me había dado cuenta hasta ese momento. Antes de que pudiera procesarlo, ella apartó la vista, sonrió y me cogió del brazo con esa energía contagiosa que siempre la caracterizaba.

— Venga, vamos a bailar, que hace años que no lo hacemos…

Dejé el vaso sobre una mesa alta, soltando un suspiro casi inaudible. A diferencia de Carol, yo nunca sentía esa necesidad de lanzarme a la pista de baile y dejarme arrastrar por la música.

— Ya sabes que odio bailar —dije, aunque, en el fondo, sabía que no podía negarme.

— Sí, ya lo sé, pero hoy no te libras — respondió Carol con una risita sin soltarme del brazo.

No pude evitar sonreír mientras la seguía, recordando todas las veces que habíamos vivido escenas similares en el pasado; se trataba de una especie de tradición no escrita: Carol lideraba la fiesta y yo cedía de mala gana a su entusiasmo, y aunque nunca lo admitiría en voz alta, siempre terminaba disfrutando más de lo que esperaba.

Mientras caminábamos hacia la pista, sentí cómo varios pares de ojos se posaban sobre nosotras, evaluándonos con curiosidad; quizá fuese por lo inesperado de nuestra presencia en ese lugar, pero decidí no darle importancia y, en lugar de eso, me concentré en el ritmo de la música y el latido vibrante de la noche.

Carol, como siempre, comenzó a moverse con una naturalidad desbordante, balanceando las caderas con sensualidad; parecía que la pista de baile fuera su segundo hogar. Mientras, su rostro se iluminaba con una belleza deslumbrante, casi hipnótica; cada gesto, cada expresión, parecía estar en perfecta sincronía con el flujo de la melodía. Sus ojos brillaban con una intensidad que reflejaba la

libertad del momento, y sus labios, curvados en una ligera sonrisa, parecían bailar también al compás de la música, irradiando una energía que se contagiaba de inmediato. Intenté apartar la vista, concentrarme en algo más, en el ruido de la música, en las luces, en el resto de la gente que nos rodeaba, pero me resultó imposible abstraerme de la atracción irresistible que estaba experimentando.

Maldije en silencio, ¿por qué seguía causando en mí ese efecto después de tanto tiempo? Carol era mi amiga, mi compañera de tantas aventuras, y, sin embargo, ahí estaba yo, inundada por una sensación de confusión que me recorría por dentro, como si la amistad que compartíamos se estuviera desmoronando, aunque en aquella ocasión fuese de una manera irrevocable, definitiva.

En un momento dado, ella me agarró por las caderas con ambas manos, como tantas veces había hecho en el pasado. Pero yo ya no era aquella jovenzuela desorientada de antes; me había convertido en una mujer hecha y derecha, y aquel simple contacto desató en mi interior una oleada de puro fuego. Mi corazón empezó a latir más rápido, y sentí que algo había cambiado entre nosotras, como si el paso del tiempo y la amistad que compartíamos nos hubieran llevado, de manera irreversible, a un extraño y desconocido punto de inflexión. Intuí que Carol también había percibido algo raro, pues sus manos se tensaron de pronto y me soltó con una rapidez casi brusca; parecía que un chispazo de peligrosa electricidad hubiera recorrido su cuerpo. Después me miró fugazmente, y por un segundo, sus ojos reflejaron algo que no supe identificar: ¿miedo?, ¿confusión?, o tal vez solo fuera mi imaginación.

El momento fue extraño, incluso incómodo; parecía que el aire se hubiera espesado de repente hasta formar un velo invisible que oscurecía la complicidad que hasta entonces habíamos compartido.

— ¿Qué tal si recuperamos nuestras copas antes de que alguien las tire al suelo? — atiné a decir, señalando la mesa alta donde habíamos dejado las bebidas antes de salir a la pista de baile. Necesitaba romper aquel incómodo momento y recobrar, de alguna forma, la normalidad anterior.

— ¡Claro! — exclamó Carol, sonriendo con una expresión que, al menos a mí, me pareció reflejar cierto alivio. ¿Seguía imaginándome

cosas?

El resto de la noche transcurrió sin más incidentes mientras nos sumergíamos en conversaciones triviales, como solíamos hacer tantas veces, hablando de todo y de nada al mismo tiempo.

Cuando, finalmente, decidimos dar por terminada la velada y despedirnos, un sentimiento de inquietud me acompañó durante todo el trayecto a casa, pues no pude dejar de preguntarme si aquel extraño momento en la pista de baile había sido real o si, por el contrario, no había sido más que una invención de mi mente calenturienta, una distorsión provocada por la confusión del instante.

## CAPÍTULO 17.

CAROL.

Los Hammam Al Ándalus Madrid eran los únicos baños árabes de la ciudad. Estaban situados en el centro histórico, junto a la Plaza Mayor, y según la publicidad que me había leído previamente por internet, el Hammam recreaba en el presente los baños árabes que existieron en Al Ándalus hacía ya unos cuantos siglos. Su decoración y ambientación creaban un clima que incitaba a realizar una pausa en la vida cotidiana y viajar con la imaginación a un lejano pasado para disfrutar de un momento de relajación y sosiego. En definitiva, un oasis de relajación en pleno centro de Madrid.

En cuanto entramos al local y me identifiqué, proporcionando los datos de la reserva para la experiencia en pareja, una de las sonrientes recepcionistas nos indicó que esperáramos un momento en los sofás de aspecto confortable dispuestos justo frente al amplio mostrador de recepción.

Mónica y yo nos acomodamos en silencio, dejando que el ambiente nos envolviera en aquel lugar que invitaba a hablar en voz baja. Todo parecía estar diseñado para evitar el ruido con el fin de que la quietud y la serenidad fueran las verdaderas protagonistas de aquel refugio, y la atmósfera era tan serena que incluso las recepcionistas murmuraban, como si el espacio exigiera esa calma.

— ¿Cómo es posible que Iván no haya querido venir contigo…? — susurró Mónica, mientras sus ojos recorrían con curiosidad la cuidada decoración del lugar.

— Porque odia los baños calientes y los masajes… — respondí, encogiéndome de hombros en un gesto de lo más significativo. Cuando Mónica me había regalado por mi cumpleaños aquella experiencia en los baños árabes, mi idea inicial había sido disfrutarla con Iván, pero un impulso de última hora me había hecho cambiar de idea. — Además, según él, esas eran cosas de chicas.

Mónica soltó una risa por lo bajo, divertida por mi contestación, y, con un tono relajado y complacido, declaró:

— Pues para mí, perfecto, ¡nada que objetar!

Sus palabras me hicieron sonreír y comprendí que, en el fondo, prefería estar allí con ella que con mi novio, que jamás apreciaría una experiencia de ese tipo.

Pocos minutos después, la joven recepcionista se acercó de nuevo a nosotras y, con voz suave, nos indicó que la siguiéramos.

Nos levantamos y caminamos tras ella, atravesando un pequeño pasillo iluminado por luces tenues que parecían flotar en el aire. La música relajante que sonaba de fondo generaba una sensación de serenidad, invitándonos a alejarnos aún más del bullicio de la ciudad.

Al llegar a los vestuarios, la luz era igualmente débil, casi cálida, y el ambiente se sentía aún más íntimo. La recepcionista nos entregó toallas y una pequeña llave para la taquilla a cada una; con una última sonrisa, nos explicó que vendría a por nosotras en unos minutos para guiarnos al siguiente paso de la experiencia. Después, comenzamos a desnudarnos para ponernos el bikini, pero en un momento dado mi mirada se desvió hacia Mónica, que permanecía en pie frente a su taquilla, ajena a mi escrutinio. Su figura, atlética y esbelta, parecía una escultura esplendorosa cincelada por la mano firme de un escultor en gracia.

Tragué saliva, sintiendo un pequeño nudo en el estómago. ¿Qué demonios me estaba sucediendo? A pesar de que Mónica siempre había sido algo pudorosa, en el pasado la había visto en varias ocasiones medio desnuda, entonces, ¿por qué me resultaba tan difícil evitar inspeccionar su cuerpo, aunque fuese de reojo?

Me sentía incómoda conmigo misma y aparté la vista, mientras algo en mi interior se agitaba, como si acabara de hacer algo inapropiado. Abrí la taquilla con un gesto brusco y me obligué a concentrarme en la tarea de guardar mi ropa en su interior, intentando ignorar aquella extraña sensación que invadía mi cuerpo como una sombra que no podía despejar.

— Yo ya estoy —anunció Mónica, mientras se ajustaba la parte de arriba del bikini y se enrollaba la toalla a la altura de la cadera, mirándose en el espejo del vestuario con una sonrisa de satisfacción.

En ese momento, la puerta se abrió suavemente y apareció de nuevo la recepcionista, que nos hizo una señal para que la siguiéramos. Nos guio sin prisa, de una manera tan silenciosa que casi no la oíamos caminar. La luz tenue del pasillo nos envolvía, acentuando la tranquilidad que destilaba el lugar. Al llegar a la zona de las piscinas, nos dejó en la entrada antes de desaparecer con la misma discreción con la que había llegado.

La zona de las termas era impresionante, aunque el ambiente en sí era oscuro, casi misterioso. Había tres piscinas: dos grandes, una de agua caliente y la otra templada, y una más pequeña de agua fría. El suave murmullo del agua llenaba el espacio, mientras los susurros de las pocas parejas presentes creaban una atmósfera aún más sosegada. Todo en el lugar invitaba al relajamiento absoluto. Los azulejos antiguos, las luces tenues que emitían un resplandor cálido, y la humedad que flotaba en el aire creaban una atmósfera que parecía sacada de otra época.

— ¿Empezamos por la de agua templada? —sugerí, mirando a Mónica con un gesto interrogativo.

— Por mí, sí —respondió ella colgando su toalla en uno de los percheros dispuestos a tal efecto. Después se acercó a la piscina templada y se sumergió en el agua dejando escapar un pequeño suspiro de satisfacción.

Permanecimos flotando un rato en el agua, cuya temperatura era ideal, sumidas en la calma del lugar. Conversábamos en susurros, como si el ambiente mismo nos pidiera que habláramos en ese tono. La suave corriente del agua acariciaba mi piel, y el eco lejano de las voces ajenas se difuminaba, creando una sensación de desconexión total con el mundo exterior.

Después de un rato, Mónica rompió el silencio con una propuesta.

— ¿Vamos ahora a la de agua caliente?

Asentí sin pensarlo mucho. La idea de sumergirme en agua aún más cálida me parecía tentadora.

Nos levantamos despacio y nos dirigimos hacia la otra piscina. Al entrar, la temperatura nos envolvió de inmediato; era más alta que en la piscina templada, casi abrasante, como si el baño estuviera pensado para disolver cualquier resto de tensión. Mi piel reaccionó al

instante, sintiendo un calor suave pero profundo que me hizo inhalar con satisfacción.

Decidí nadar un poco, braceando suavemente, pero en cuanto intenté hacerlo, sentí un tirón en el hombro derecho. Un dolor punzante recorrió mi brazo, y maldije por lo bajo aquella tendinitis que no acababa de curarse mientras me tocaba la zona afectada.

Mónica, que estaba cerca, notó enseguida mi gesto de dolor y me miró con atención.

— ¿Qué te ocurre? — preguntó.

— La tendinitis… No se me acaba de pasar — respondí, suspirando, resignada por aquella molestia que llevaba arrastrando un par de meses.

— ¿Pero no habías ido al fisio?

— Sí, tenía que ir a otra sesión, pero lo he ido dejando… — admití, sintiéndome un poco culpable por no haberme molestado en concertar otra cita con el fisio del gimnasio al que solía acudir.

— A ver, déjame ver… Ven aquí.

Obedecí sin pensarlo y me acerqué a ella, quedándome a pocos centímetros de su cuerpo y dándole la espalda, con el agua cubriéndonos casi hasta el cuello. Enseguida sentí cómo sus manos se posaban suavemente sobre mis hombros, palpando con delicadeza en busca del punto exacto donde el dolor se había alojado.

— ¡Ayyyy! — me quejé casi sin querer, apartándome un poco instintivamente al sentir la presión de sus dedos sobre el lugar afectado.

— Lo tengo localizado — dijo Mónica con seguridad —. Aguanta un poco, que te lo voy a intentar suavizar.

— ¿Seguro que sabes lo que haces? — pregunté con cierta desconfianza.

— Claro que sí — respondió ella con una risita. — Estuve saliendo unos meses con una fisio…

— ¡Ah, bueno! Eso casi equivale a sacarse un máster — respondí con sarcasmo, pero sin moverme. Las manos de Mónica se deslizaban con suavidad y precisión sobre mis hombros, y, aunque

notaba una ligera incomodidad en el área dolorida, el resto de la sensación era increíblemente placentera.

Al cabo de unos minutos algo cambió, y en un momento dado, aquel contacto sobre mis hombros dejó de parecerme tan inocente. El toque de las manos de Mónica adquirió una nueva dimensión, una intensidad que no había anticipado, y un escalofrío recorrió mi piel. Había algo en el ambiente que hacía que ese momento se sintiera diferente, aunque no lograba precisar qué era exactamente.

Enseguida intenté apartar ese pensamiento de mi cabeza. Aquello no era más que producto de mi imaginación, una simple distorsión de la realidad. Sin embargo, no pude evitar visualizar las manos de Mónica sobre mí, cómo sus dedos recorrían mi piel con una delicadeza que, por alguna razón, me descolocaba. Me forcé a ignorarlo, convencida de que solo era una reacción pasajera, pero la incomodidad seguía rondando en mi mente, como un eco persistente que no lograba silenciar. Hice un movimiento involuntario, queriendo apartarme, quizá, pero algo en mi interior me detuvo. Un calor ligero, pero firme, se había instalado en la parte baja de mi vientre, y semejante revelación me paralizó aún más. No me atrevía ni a respirar y mi corazón latía con fuerza, como si quisiera salir de la caja torácica. ¡Dios!, ¿por qué me ocurría aquello? Mónica era mi amiga, mi recién recuperada amiga. ¿Realmente cambiaba algo entre nosotras el hecho de saber que le gustaban las mujeres?

Absurdo. No quería, ni debía, pensar siquiera en ello.

Decidí esperar a que terminara el masaje sin mentar palabra, pero llegó un punto en el que no pude seguir así. Me deslicé un poco hacia un lado, intentando dar naturalidad a mi gesto.

— Creo que ya lo tengo mejor — dije, con voz forzada.

— Me alegro… — respondió Mónica rápidamente, pero algo en su mirada, una chispa fugaz en sus ojos al cruzarse con los míos, me hizo sospechar que ella también había sido consciente del desconcertante momento que acabábamos de vivir.

Aquel pensamiento me inquietó aún más, y sin pensarlo, me sumergí por completo en el agua, incluyendo la cabeza. De repente, una nítida imagen del baile compartido con Mónica en aquel local de Chueca invadió mi mente. Rememoré claramente cómo mis manos,

casi de forma inconsciente, habían rodeado sus caderas, y cómo las había retirado rápidamente, como si un impulso ajeno a mí me hubiera obligado a hacerlo. El recuerdo me golpeó con fuerza, y una ola de incomodidad recorrió mi cuerpo. Dios mío, ¿qué nos estaba pasando últimamente? Necesitaba escapar, alejarme de la tensión que se había instalado entre nosotras, pero no podía evitar preguntarme si aquello era algo pasajero o si, en algún rincón de nuestra relación, había algo más por desvelar.

—¿Qué te parece si vamos ahora a la piscina de agua fría? —sugerí, esforzándome por mostrar una sonrisa inocente. En ese momento, sentía que un baño en agua helada era justo lo que necesitaba.

—¡Buena idea! —aceptó Mónica con un entusiasmo que, no sé por qué, me pareció un tanto exagerado, nadando hacia las escaleras con determinación.

Nos adentramos en la pequeña piscina, y en cuanto el agua fría rozó mi piel, un escalofrío recorrió mi cuerpo, tan intenso y desagradable que casi me hizo retroceder. Sin embargo, al igual que Mónica, decidí no quejarme. Al contrario, permanecimos allí un buen rato, sumergidas hasta el cuello sin apenas intercambiar palabra e intentando adaptarnos a la temperatura gélida.

Me sorprendió comprobar que Mónica tampoco parecía tener prisa por salir de allí, a pesar de que el contacto helado no era precisamente placentero.

Me dio que pensar.

## CAPÍTULO 18.

MÓNICA.

Era una tarde cálida de junio, de esas que anuncian con fuerza la llegada del verano. El aire estaba cargado de promesas de libertad, de días interminables y noches suaves. Una brisa leve, apenas perceptible pero reconfortante, acariciaba mi rostro mientras avanzaba por la calle, esquivando con agilidad a los transeúntes que paseaban sin prisa. La jornada laboral había sido larga y extenuante; ansiaba quitarme la ropa de oficina, ponerme algo cómodo y liberar el estrés en la clase de entrenamiento funcional de las siete. Sabía que, tras sudar un poco, mi cuerpo recuperaría vitalidad y mi mente claridad.

De pronto, mi teléfono móvil vibró desde el bolsillo de la chaqueta. Se trataba de Charly.

—¡Hola! —saludé sonriendo, pero sin dejar de caminar con paso firme.

—¿Qué tal? — saludó ella a su vez con voz cálida y llena de energía, como siempre.

—Bien, acabo de salir de trabajar y estoy camino del gimnasio. ¿Y tú? — dije deteniéndome por un segundo para evitar a una mujer que caminaba mirando el móvil con gesto distraído.

—Yo he llegado hace un rato a Berlín, pero vuelo de nuevo a Londres en un par de horas.

— ¿Un día cansado…?

— ¡Cansadísimo! — admitió ella con un sonoro suspiro antes de seguir hablando —Por cierto, estaba pensando en ir a verte este fin de semana, ¿qué te parece? Podría llegar el viernes por la noche y quedarme hasta el martes.

— ¿Este fin de semana?

— Sí, ¿te viene mal…?

—¡No! Me viene perfecto —respondí sin dudar. Madrid siempre tenía un sinfín de planes por ofrecer, y Charly era la compañera ideal para disfrutar de muchos de ellos. — Si quieres, podemos ir el

sábado por la mañana a El Escorial y pasar el día allí, que aún no lo conoces.

—¡Genial! Y si te apetece, podríamos organizar una cena en casa por la noche e invitar a Carol e Iván, ¿qué te parece? —sugirió Charly con entusiasmo.

—¿Una cena con Carol e Iván…? —repetí, un poco vacilante. No sabía bien por qué, pero la idea de que Charly y Carol compartieran tiempo y espacio no me convencía del todo. Me quedé en silencio unos segundos, pensativa.

—Bueno… lo podemos decidir más adelante —respondí sin querer comprometerme.

—Me apetece conocer más a tu mejor amiga —insistió Charly con un deje de curiosidad en la voz.

Un suspiro se escapó de mis labios mientras observaba las fachadas de los edificios que desfilaban a mi alrededor, y mi mente, sin que pudiera evitarlo, volvió al sábado anterior, al extraño momento vivido con Carol en los baños árabes. Recordé la forma en que ella reaccionó cuando traté de aliviar la contractura de su hombro. Algo en su mirada y en su actitud me desconcertó. ¿Se trataba solo de mi imaginación o había una extraña tensión entre nosotras?

—Está bien, hablaré con Carol —acepté al fin, aunque no del todo convencida con la idea.

—¡Perfecto! —respondió Charlotte con su habitual tono alegre. —Hablamos más tarde entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, hablamos luego… —contesté, mirando rápidamente mi reloj de pulsera. Llegaba un poco apurada al entrenamiento y más me valía darme prisa.

Colgué la llamada y guardé el teléfono en el bolsillo acelerando el paso. A medida que avanzaba, una ligera incomodidad se asentó en mi pecho. ¿Estaba exagerando? ¿Me estaba imaginando cosas? Carol parecía estar rara conmigo últimamente, pero podría ser por cualquier motivo ajeno a mí.

Decidí no darle más vueltas. El gimnasio me esperaba, y no quería que mi mente se enredara en pensamientos absurdos, producto, posiblemente, de una inventiva desbordante.

## CAPÍTULO 19.

CAROL.

—¡Vamos, Mónica! ¡date prisa o llegaremos tarde! Sabes que tenemos que estar dentro antes de que empiece la función, o no nos dejarán pasar.

Las puertas del Teatro Real estaban ya casi desiertas cuando Mónica alcanzó corriendo la entrada. Los cientos de espectadores que hasta hacía escasos minutos se dividían en dos largas colas alrededor del edificio aguardaban convenientemente acomodados en sus asientos, a la espera de que se iniciase la representación.

—¡Perdón! Es que el parking estaba completo y he tenido que hacer malabares para aparcar — se excusó, intentando recuperar el aliento a medida que avanzábamos por las escaleras que daban al primer piso.

—Te dije que vinieses en metro, pero nunca me haces caso — repliqué con cierto enfado.

—¿Yo, en transporte público? ¿así vestida? — inquirió en tono de sorna mientras abría los brazos y giraba sobre sí misma, dejando que contemplara el vestido que ceñía su silueta como si hubiera sido hecho a medida.

Entre las prisas y el miedo a perder la función, hasta ese momento no me había detenido a reparar en lo increíblemente guapa que estaba. Tampoco había pasado desapercibida para ninguno de los caballeros elegantemente vestidos que aún conversaban en los pasillos. Varios se giraron a su paso, sin el menor intento de disimulo, cautivados por su porte.

*La verdad es que la tal Charlotte es una afortunada…*

¡Un momento!, ¿qué hacía yo pensando cosas que ni me iban ni me venían?

—¿Y qué tiene de malo ese vestido? ¡No te sienta tan mal como para no querer ni subirte a la línea 2! — bromeé, intentando quitar de mi cabeza todas las absurdeces que me estaba planteando últimamente.

—Muy graciosa, *doña transporte público*; te recuerdo que cuando te conocí, no ibas al cuarto de baño en coche porque no cabía en el ascensor de nuestro apartamento…

—Eso fue hace mucho tiempo, ahora vivo comprometida con el medio ambiente — respondí con una sonrisa.

La orquesta se encontraba ensayando ya los primeros acordes de *El Cascanueces* cuando conseguimos, por fin, llegar a nuestras butacas, situadas en un exclusivo palco que solía alquilar mi empresa para invitar a los clientes de sus principales cuentas, aunque esa vez me lo habían cedido en exclusiva para que fuese con un acompañante. Una pequeña retribución en especie como compensación a un contrato millonario que había conseguido firmar semanas atrás.

Casi me cuesta un problema de pareja decirle a Iván, un entusiasta del ballet clásico y, en especial, de Tchaikovski, que pensaba ir con Mónica a la única representación de *El Cascanueces* que tenía en España el American's National Ballet durante su gira por Europa, pero finalmente no llegó la sangre al río. Conseguí convencerlo apelando a que Mónica necesitaba salir y socializar más.

Nos sentamos en nuestras sillas, situadas una al lado de la otra, segundos antes de que se apagaran todas las luces del teatro; después se hizo el silencio y el director comenzó a mover su batuta para arrancar los primeros acordes de la obertura de la obra.

Fue entonces, en la oscuridad del palco solo iluminado por la pálida luz azulada y tenue que llegaba de los focos del escenario, cuando Mónica apoyó su pierna en la mía y me agarró la mano, buscando una cercanía que, en un primer momento, hizo que todo mi cuerpo se tensase. ¿Se trataba de un roce casual o de un gesto consciente?

—¿Estás bien? Pareces inquieta — susurró en mi oído. El calor húmero de su aliento y la cercanía de su boca me erizaron la piel de la nuca.

—Es…toy bien — titubeé, nerviosa, mientras me giraba para encontrarme con su cara, que exhibía una sonrisa de satisfacción, consciente, quizá, del efecto que causaba en mí su proximidad.

Fue entonces cuando hizo algo que me sobrecogió todavía más. Con la mano que tenía libre, y aprovechando la abertura lateral de

mi vestido, comenzó a recorrer mi pierna, ascendiendo por el muslo desde la rodilla hasta acercarse peligrosamente a mi zona más erógena.

Tragué saliva y cerré los ojos, abrumada por la sensación. Mi corazón latía en mi pecho con fuerza, pero el roce de sus manos tan cerca de mi zona púbica me producía tal excitación que me resultaba imposible luchar contra ello. Quería dejarme llevar por el momento e irme a donde ella quisiera llevarme, un lugar que prometía placeres más intensos de los que jamás había conocido.

Abrí entonces los ojos y me encontré con su mirada, profunda y oscura; destilaba deseo y erotismo. Deseaba que tomase mi boca, pero, de repente, escuché una voz masculina gritar mi nombre desde la puerta de acceso al palco en el que estábamos.

—¡Carol!, ¡Carol!

Yo me sentía incapaz de detener aquello, pero la insistencia de aquella voz me hizo levantar la vista para encontrarme con la cara desencajada de Iván.

—¡Carol, por favor! ¿qué te pasa? ¡despierta! — gritó sobresaltado — estabas durmiendo y, de repente, has comenzado a moverte. Creo que estabas teniendo una pesadilla…

Yo abrí los ojos, aturdida, comprendiendo que estaba en mi propia cama, con Iván sentado a mi lado, agitando ligeramente mi brazo para que despertase.

Todo había sido un sueño. O una pesadilla, depende de cómo se mirase.

—Sí, estaba teniendo una pesadilla – confirmé de inmediato. Por alguna razón sentía la necesidad de justificarme.

Con las pulsaciones todavía agitadas, me levanté de la cama con urgencia para dirigirme a la cocina a refrescarme con un buen vaso de agua que me bebí casi de un solo trago.

Después, me quedé observando un buen rato mi propio reflejo, proyectado sobre la ventana de la cocina. ¿Qué diablos me estaba sucediendo? ¿qué significaba aquel sueño? No era la primera vez que soñaba cosas disparatadas y absurdas de las que me reía al día siguiente, pero esta vez, a diferencia de las anteriores, me sentía demasiado confundida.

Cerré los ojos y respiré hondo. Todavía podía sentir el sabor de los labios de Mónica sobre mi piel.

Decidí darme una ducha bien fría. La iba a necesitar si quería evitar pasarme la noche en vela.

Quince minutos después, regresé a la cama, un poco más tranquila y cruzando los dedos para que Iván estuviese ya dormido. Pensaba, con una mezcla de ironía y alivio, que lo más absurdo de aquel sueño era imaginar que a mi novio le encantaba el ballet…

## CAPÍTULO 20.

### CAROL.

—Así que, según tú, ¿la monarquía es una pieza fundamental para conseguir la estabilidad política en tu país? —pregunté a Charly con una sonrisa irónica dibujada en los labios.

Llevábamos un buen rato charlando de política, anécdotas personales y temas de lo más triviales, pero en cuanto salió el asunto de la monarquía, el tono de la conversación había cambiado, al menos entre Charly y yo. La inglesa, firme partidaria de la institución, se lanzó a defender su postura con la misma pasión con la que yo argumentaba en sentido contrario, y ninguno de los intentos por parte de Iván y de Mónica por desviar la conversación tuvo el más mínimo éxito.

— Por supuesto que sí… No nos ha ido mal de todo con ella, ¿no crees? — contestó ella en un tono de voz algo desafiante. — Se trata de una tradición milenaria, de una institución que representa la unidad de un país.

— ¡Claro!, lo más coherente que puede hacer un país en pleno siglo XXI es rendir pleitesía a quienes no tienen otro mérito que haber nacido en una determinada familia, ¡di que sí…! — contraataqué a mi vez, sin intención de dar mi brazo a torcer.

No me solía gustar meterme en ciertos jardines con gente que apenas conocía, pero aquella inglesa de aire altivo que no hacía más que llamar "*Darling*" a Mónica con cara de embeleso me empezaba a dar cien patadas.

— ¿Y qué hay de malo en eso? Ellos representan al país de forma magnífica, y además…

—¿Traigo algo más de beber? —interrumpió Mónica la réplica de Charly, intentando, una vez más, frenar una discusión que, por supuesto, no iba a llegar a ningún lado; ni Charly ni yo estábamos dispuestas a ceder un ápice de nuestra posición.

—Sí, yo quiero otra Coca-Cola con mucho hielo, si tienes más — respondió Iván, visiblemente incómodo con aquel incisivo debate.

—¡Claro! Acompáñame, Carol, a la cocina y me ayudas, por favor —dijo Mónica, ignorando la mirada fulminante de Charly, que seguramente estaba molesta por la interrupción.

Yo obedecí y la seguí, murmurando en voz baja improperios contra la inglesa. ¿Por qué me caía tan mal? Había algo en su tono, en esa seguridad inquebrantable con la que defendía sus opiniones, que me irritaba profundamente, y ni siquiera sabía por qué. Todo un enigma.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Mónica en cuanto entramos a la moderna cocina de su apartamento.

—¿A qué te refieres? —respondí, haciendo un esfuerzo por sonar de lo más inocente.

—¿Cómo que "a qué me refiero"? Llevas un buen rato buscando pelea con Charly…

—Para nada, simplemente estamos intercambiando opiniones —dije, algo avergonzada, cruzando los brazos en una postura defensiva.

—Te conozco, y algo te incomoda… ¿acaso te cae mal? —inquirió Mónica, apoyándose en la encimera con ambos brazos y mirándome con una expresión intrigada, como si algo no le cuadrara en mi actitud beligerante.

—No, en absoluto —me apresuré a decir, mintiendo descaradamente. ¿Qué iba a hacer? ¿Reconocer que últimamente sentía cosas extrañas hacia Mónica? ¿Que me molestaba cada vez que aquella estúpida inglesa tocaba cualquier parte de su anatomía con aire posesivo?

¡Dios! ¿Qué me estaba pasando? ¿Acaso estaba sintiendo… *celos*?

La revelación de semejante posibilidad me dejó tan confundida como perpleja. ¿Podrían ser celos? Y, de ser así, ¿eran de celos de amiga, o… de algo más?

—¿Estás bien…? —preguntó Mónica, ladeando la cabeza con gesto intrigado. — últimamente te noto un poco rara.

—¿Rara? —repetí en un intento de ganar tiempo, mientras pasaba nerviosamente la mano por mi cabello.

— Sí. ¿Te pasa algo conmigo…?

— No, ¿por qué dices eso…? — me apresuré a negar con énfasis, tratando de mantener la calma. Necesitaba recuperar el control de la

situación cuanto antes.

Mónica permaneció unos segundos en silencio, observándome fijamente, quizás tratando de adentrarse en lo más profundo de mis pensamientos. Me estremecí al pensar que podría conseguirlo, así que me esforcé por mantener una expresión indiferente mientras aguantaba su mirada.

Su rostro reflejaba curiosidad, pero había algo más indefinido, una especie de pregunta no formulada. Sus ojos, asombrosamente verdes bajo la tenue iluminación de la lámpara de techo, brillaban con intensidad, mientras su boca se entreabría ligeramente, dejando ver su dentadura blanca y ordenada. Nuevamente, experimenté esa extraña sensación que últimamente me invadía en su presencia y que removía ese *no sé qué* en mi interior.

—Bueno, llevemos las bebidas al salón —dijo finalmente, interrumpiendo el repentino silencio que se había creado y dando por concluido el tema.

—De acuerdo —respondí, aliviada, antes de abrir la nevera para sacar un par de Coca-Colas heladas.

La mala suerte, o quizá mi propia torpeza, quiso que se me resbalaran de las manos y Mónica tuvo que acercarse rápidamente a mí para evitar que cayeran al suelo.

— Trae, ya lo llevo yo — murmuró ella cogiendo los botellines de mis manos. Sus dedos tocaron los míos por un instante, y el contacto desprendió pura electricidad, o al menos así lo sentí.

En ese instante nos miramos, y algo desconcertante sucedió mientras nuestros rostros permanecían a una distancia peligrosa. Estábamos tan cerca que podía escuchar su respiración, suave y cálida, que parecía fundirse con la mía. Su mirada me provocó un nudo en el estómago, pues sus ojos trazaron un recorrido lento y preciso sobre mi rostro, hasta que se detuvieron brevemente en mis labios. Un destello de lucidez iluminó mi mente, fugaz como el parpadeo de una estrella, y de inmediato una pregunta me atravesó con la rapidez de un rayo: *¿Era posible que Mónica se sintiese atraída por mí?*

La idea me dejó paralizada, impactándome con tal fuerza que quedé inmóvil, como si el suelo bajo mis pies se desvaneciera. No

logré procesarla por completo en ese instante, pero entendí que algo había cambiado entre nosotras: un elemento que nunca había llegado a reconocer plenamente, pero que ahora ardía con intensidad en mi interior.

Desvié la mirada, avergonzada, tratando de recomponerme, e intenté que mi rostro recuperara la normalidad, pero era imposible. Mis pensamientos eran un auténtico torbellino.

De pronto, un impulso irrefrenable me empujó a hablar, aunque mi voz titubeó al hacerlo.

—Creo que tenemos que hablar…

Me arrepentí de inmediato de mis palabras. ¿De qué quería hablar exactamente? ¿De qué *podíamos* hablar?

—Hablar… ¿de qué? —preguntó Mónica con expresión intrigada.

Estuve a punto de inventar cualquier excusa que me liberara de aquel instante incómodo, pero no fui capaz. Algo —una fuerza irresistible— me impulsaba a seguir adelante.

—De… lo que está pasando últimamente entre nosotras —respondí con sinceridad, tomando un profundo respiro.

Ya no podía dar marcha atrás.

En ese preciso momento, la cocina se transformó en el escenario de una incertidumbre que iba más allá de lo evidente. Sabía que, a partir de ese instante, mi relación con la que durante tanto tiempo había considerado mi íntima amiga ya no volvería a ser la misma; algo profundo había cambiado, marcando un antes y un después.

Mónica se quedó en silencio, con los ojos fijos en mí, sopesando probablemente cada una de mis palabras. La expresión en su rostro pasó de la curiosidad a una ligera duda, como si una idea inquietante estuviese tomando forma en su cabeza. Me pregunté si ella también era consciente de las chispas que parecían brotar del propio aire que respirábamos.

Instantes después observé, casi con alivio, que abría la boca para decir algo, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, una figura apareció en la entrada de la cocina, interrumpiendo la escena. Se trataba de Charly.

—¿Estáis fabricando las Coca-Colas, o qué? —preguntó la inglesa en tono ligeramente burlón, extrañada de que tardásemos tanto en

llevar un par de bebidas al salón.

— Es que hemos tenido un percance con los hielos — mintió rápidamente Mónica desviando la mirada hacia la recién llegada, que nos observaba con gesto inquisitivo.

— Aunque las bebidas ya están lo suficientemente frías, así que nos arreglaremos sin hielos — intervine, señalando los dos botellines que Mónica aún sostenía con firmeza y maldiciendo en silencio a esa inglesa entrometida que había interrumpido la conversación de manera tan inoportuna. —Y ahora, volvamos al salón, que aún no hemos hablado de las políticas arancelarias de EE. UU.… —añadí de forma irónica, regalándole a Charly una sonrisa forzada en un intento de disipar el ambiente.

El resto de la velada transcurrió sin mayores contratiempos. Continuamos charlando sobre diversos temas hasta que Iván y yo decidimos retirarnos a una hora razonable y regresar a casa. Fue solo la mirada extraña que Mónica me dedicó al despedirnos, lo que me indicó que, evidentemente, teníamos una conversación pendiente.

## CAPÍTULO 21.

### MÓNICA.

Aquel día, como casi todas las tardes después del trabajo, asistí al gimnasio a cumplir con mi rutina habitual. Sin embargo, en esa ocasión me sentía incapaz de concentrarme en lo que estaba haciendo. Repetía series al azar, sin tener muy claro cuántas había hecho, hasta que, de repente, me quedé parada en medio de la sala, mirando la barra con la que estaba haciendo los *back squats*, sin saber si había hecho dos series de sentadillas o tres. Mi mente, sin duda, estaba en otro lugar.

Decidí ejecutar una serie más, por si acaso. Más valía pasarse que quedarse corta, pensé, mientras me posicionaba nuevamente frente a la barra. Tal vez, si me concentraba en el ejercicio, podría despejar mi cabeza y dejar de pensar en Carol y en esa conversación tan confusa que habíamos mantenido en la cocina de mi casa, tres días atrás.

¿Qué habría querido decir con eso de "tenemos que hablar"? Y, ¿por qué, por un instante, me dio la sensación de que me miraba de una manera diferente, como si me viera no solo como amiga, sino como… mujer?

¿Había sido culpa de mi imaginación, jugándome malas pasadas?

No. Algo me decía que había algo más. Lo había sentido en las termas de los baños árabes aquella vez, cuando posé mis manos sobre sus hombros. También lo percibí durante el baile que compartimos en aquella discoteca en Chueca. ¡Dios mío! ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Era posible que aquello que siempre había anhelado, pero que jamás me había atrevido ni a soñar, estuviera al alcance de mi mano? ¿Podría ser que Carol sintiera por mí algo más allá de una simple amistad?

La sola idea hizo que mi corazón latiera con fuerza, acelerado, fuera de control. Instintivamente, me llevé la mano al pecho, tratando de calmarlo, pero fue inútil. Estaba demasiado confundida, demasiado nerviosa. Retomé mi rutina preguntándome si alguna vez

conseguiría respuestas a todas mis dudas, porque desde el sábado pasado no había tenido noticias de Carol, ni siquiera un mensaje de cortesía o uno de esos chistes que solía enviarme por las mañanas. Tenía la sensación de que, de repente, una barrera invisible nos separaba.

*No debería hacerme ilusiones*, me repetí internamente. Probablemente, todo aquello no fuera más que el producto de mis fantasías, nada real. Ese pensamiento me devolvió un poco de cordura, como si despertara de un sueño confuso. Lo más probable era que esa conversación de "tenemos que hablar" no tuviera nada que ver conmigo, al menos no de la manera en que había estado imaginando. Tal vez Carol solo quisiese hablar de mi relación con Charly; era evidente que la inglesa no le caía del todo bien y querría saber hasta qué punto estaba comprometida con ella, aunque, pensándolo bien, Carol no era de las que se entrometían en las relaciones ajenas…

Con un suspiro, interrumpí la serie de sentadillas y dejé caer la barra con cuidado. Me tumbé en una colchoneta, sintiendo el sudor en mi frente y el peso de la realidad sobre mis hombros. La verdad era obvia: Carol estaba fuera de mi alcance. Punto final.

Sin embargo, algo dentro de mí me empujó a sacar el móvil de la mochila y escribirle un mensaje:

*Hola, Carol. Creo que tenemos una conversación pendiente.*

Fuese lo que fuese, necesitaba respuestas.

Durante los siguientes treinta minutos, no pude evitar mirar el móvil una y otra vez, esperando la respuesta de Carol. Cada vez que una notificación sonaba, mi corazón se aceleraba, pero fue al llegar a casa cuando, finalmente, llegó el mensaje que tanto esperaba:

*Sí, tenemos que hablar. ¿Qué te parece si quedamos mañana por la tarde, después de trabajar?*

La ansiedad me hizo contestar de inmediato:

*Me parece bien, ¿dónde y a qué hora?*

La respuesta no tardó en llegar:

*¿En la cafetería que hay enfrente de tu trabajo, a eso de las siete?*

*Perfecto, nos vemos allí,* escribí rápidamente con mano torpe, producto de los nervios.

No intercambiamos más mensajes, como si ambas hubiéramos llegado a un entendimiento tácito de que lo que realmente necesitábamos decir ya no cabía en palabras escritas y debía expresarse cara a cara.

## CAPÍTULO 22.

CAROL.

Atravesé la puerta de la cafetería con el estómago un poco revuelto y el corazón palpitante. Aunque era yo quien había propuesto aquel encuentro, no tenía claro lo que esperaba de él, ni tampoco lo que quería decir exactamente. Sin embargo, ya no había marcha atrás. Estaba allí, y eso era lo único que importaba.

El lugar estaba lleno de ejecutivos y empleados que, tras una larga jornada laboral, disfrutaban de un respiro: charlaban tomando una copa o simplemente se relajaban. El murmullo de sus voces, mezclado con el tintinear de tazas y vasos, creaba una atmósfera tranquila y a la vez vibrante, como si el tiempo se ralentizara en ese pequeño refugio.

Busqué rápidamente a Mónica entre la multitud, y enseguida la localicé. Estaba sentada cerca de una ventana, en una mesa algo apartada, absorta en la pantalla de su móvil y completamente ajena a mi presencia. Me acerqué con cautela, observándola en silencio, dejando que mis ojos recorrieran su figura. Llevaba una camisa blanca de vestir que, a pesar de su sencillez, se ajustaba perfectamente a su figura con elegancia. Unos pantalones grises de raya diplomática completaban el conjunto con una sobriedad refinada, aunque fue su rostro lo que realmente me cautivó. Me permití perderme en los detalles más pequeños: la sombra suave de sus pestañas proyectándose delicadamente sobre sus mejillas, la perfección de su nariz y el sutil contorno de sus labios. El cabello, oscuro y perfectamente peinado, caía con suavidad sobre su espalda, añadiendo armonía a la imagen de alguien que parecía tenerlo todo bajo control.

En ese instante, una verdad innegable se instaló en mi mente: Mónica me atraía. Aquel pensamiento me golpeó con fuerza, dejándome casi sin aliento. Me escandalizó, lo admito, pero lo que realmente me perturbó fue la certeza de que ya no podía seguir reprimiéndolo. ¡Dios! ¿Qué pensaría Iván si llegara a enterarse de

aquello?, o, casi peor aún, ¿y si Mónica ni siquiera sentía una mínima chispa de atracción hacia mí?

Lo más sensato sería darme la vuelta, inventar una excusa y olvidarme de todo aquello, pero justo en ese momento, Mónica levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron. Me dedicó una sonrisa cautivadora, misteriosa, capaz de desarmar a cualquiera, y mi cuerpo reaccionó al instante con una especie de hormigueo en la espina dorsal.

Tomé asiento frente a ella, buscando de forma infructuosa un saludo ocurrente para romper el hielo.

— ¡Tan puntual como siempre! —dije finalmente, tratando de parecer natural.

— Yo siempre, ya sabes… — respondió ella en ese tono tranquilo que solía utilizar, como si cada palabra estuviera perfectamente medida y calculada.

De repente, una sensación extraña me invadió; el mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse lentamente, dejando atrás solo ese instante suspendido en el tiempo. Me quedé inmóvil, atrapada en aquella quietud, con la mirada fija en ella, mientras la atmósfera se cargaba de una intensidad difícil de explicar. Entonces, por enésima vez en los últimos días, me asaltaron de nuevo las mismas preguntas: ¿era todo producto de mi imaginación? ¿O ella también percibía esa conexión inusual que había empezado a surgir entre nosotras? La incertidumbre me devoraba por dentro.

— ¿Qué tal tu día? —pregunté, más por romper el silencio que por otra cosa.

— Bastante bien —respondió—. Con mucho trabajo, como siempre.

Pensé que su rostro sereno, de una belleza enigmática, apenas mostraba signos de cansancio mientras el silencio se instalaba de nuevo entre nosotras, aunque más pesado que antes. Comprendí que aquello se estaba volviendo incómodo, y que era el momento de mover ficha.

— Bueno, creo que tenemos algo de qué hablar, ¿no te parece? — dije tras aclararme la garganta con cierto nerviosismo.

Mónica me miró fijamente, sin inmutarse. En su rostro no había sorpresa ni emoción, solo una leve curiosidad algo desconcertante.

— Te escucho… —respondió con una voz tan calmada que me confundió aún más.

La maldije en silencio. Anhelaba poder leer su mente, descubrir si sentía lo mismo que yo o si todo aquello no era más que un espejismo creado por mi imaginación. Pero era imposible. Solo me quedaba seguir adelante, sin certezas.

— Está bien… —musité, antes de tomar aire, tratando de organizar mis ideas. — Verás, yo…

— Tú, ¿qué? —me apremió, arqueando una ceja con una expresión intrigante que me hizo sentir aún más vulnerable.

— No sé qué es lo que ocurre últimamente entre nosotras, pero… tengo la sensación de que nos pasa algo, ¿no crees? —dije, con voz entrecortada, incapaz de ocultar la confusión que recorría cada una de mis palabras.

Mónica adoptó una mueca que no supe cómo interpretar; era un poco irónica, pero a la vez reflejaba algo más, un factor que no pude descifrar. La miré fijamente, buscando una respuesta, un indicio de lo que pasaba por su cabeza.

— ¿Y qué crees tú que puede ser? —preguntó, sin dejar de mirarme, como si me estuviera poniendo a prueba. Se notaba a las leguas que ella, en esto, me llevaba mucha ventaja.

La ambigüedad de sus palabras me hizo maldecir en silencio, consciente de que sería yo quien tendría que dar el siguiente paso. Por ahora, jugaba sola, y la responsabilidad recaía sobre mis hombros. Sin embargo, me reconfortaba saber que al menos no negaba que algo inusual sucedía entre nosotras.

— ¿De verdad vamos a seguir jugando al gato y al ratón? — pregunté, casi en un susurro, sin poder ocultar mi frustración.

— Yo no estoy jugando a nada, Carol. Tú me citaste aquí para hablar, así que hazlo de una vez —dijo, con una voz tan cristalina como el agua—. Nada de lo que digamos saldrá de aquí, te lo prometo —añadió, sellando así la atmósfera de confidencialidad que de pronto se había instalado entre nosotras.

— Está bien… —cedí, respirando hondo—. ¿Te parecería una locura si te digo que me siento atraída por ti?

Mónica no respondió de inmediato. Su rostro se mantuvo inmóvil por unos segundos, sin dejar traslucir emoción alguna. Pero algo en su mirada —una chispa fugaz, casi imperceptible— me hizo intuir que mi confesión había tocado alguna fibra dentro de ella, aunque no lo dejara ver.

— ¿Cómo… dices? — preguntó con voz serena, como si no estuviese muy segura de haberme escuchado bien.

— Que puede que me sienta atraída por ti — me obligué a repetir, venciendo la vergüenza que oprimía mi garganta.

—No me parece ninguna locura —respondió al fin, tras un silencio que me pareció eterno —. De hecho, yo también siento atracción por ti.

Un torrente de alivio me invadió con tal fuerza que por un instante me faltó el aire. ¡No era solo cosa mía! Durante varios segundos permanecimos en silencio, clavando nuestras miradas sin necesidad de palabras. La conexión que hasta entonces había sido confusa y difusa se volvió, de repente, clara y nítida.

—Bueno… ¿y ahora qué? —pregunté, con la esperanza de que Mónica tomara también un poco la iniciativa.

—¿Qué propones tú? —respondió ella, devolviéndome la pelota con una sonrisa tranquila, pero expectante.

—¿Voy a tener que decirlo yo todo…?

—Tú has sido la que ha abierto este melón —dijo divertida, encogiéndose de hombros—. Así que dime, ¿qué es lo que realmente te gustaría hacer?

Me quedé unos segundos jugueteando con las llaves del coche, que aún tenía en la mano. Mirarlas me ayudaba a ordenar lo que quería decir sin tener que enfrentarme a su mirada. Al final, hablé, con una mezcla de timidez y decisión:

—Creo que deberíamos quitarnos esta tensión de encima… resolverlo de alguna forma.

—¿Y cómo propones resolverlo, exactamente? —preguntó ella, ladeando la cabeza con curiosidad.

Inspiré hondo. Aquello era una locura, una auténtica locura. Pero también era lo único que se me ocurría para eliminar de mi mente ciertas ideas que me consumían día y noche.

—Mira… tú tienes novia y yo tengo novio. Y creo que esto, lo que sea que hay entre nosotras, no es más que un capricho, una fantasía. Algo que quizás solo necesitamos vivir para poder olvidarlo. Pienso que deberíamos dejarnos llevar una vez… y después seguir con nuestras vidas, como si nada hubiera pasado, siendo simplemente amigas.

Mónica me observó en silencio. No sabría decir si estaba sorprendida, decepcionada o simplemente procesando mis palabras, pero había algo en su expresión, una sombra fugaz, que me hizo pensar si habría metido la pata con mi propuesta. Tal vez esperaba otro tipo de planteamiento por mi parte.

—¿Y cuando dices "dejarnos llevar", a qué te refieres exactamente? —preguntó, al fin, con los ojos fijos en los míos.

—A que estemos juntas una vez. Solo una. Y después… lo olvidemos. Haremos como si nunca hubiera ocurrido —solté de un tirón, avergonzada por la audacia de mi propuesta, pero sin atreverme a retractarme.

Ella bajó la mirada, moviendo lentamente la cucharilla en su taza de café. El líquido oscuro giraba en círculos, como si allí dentro se escondiera algún tipo de respuesta. Tardó un rato en hablar, lo suficiente como para que yo empezara a arrepentirme de mi proposición, pero entonces levantó la vista y dijo, con una calma que no supe si era de resignación o de certeza:

—De acuerdo. Ocurrirá solo una vez. Y después lo olvidaremos.

—Bien, estamos de acuerdo, entonces —sentencié, intentando aparentar firmeza, aunque sin saber qué más añadir.

De repente, aquello me parecía lo más surrealista del mundo. Me encontraba allí, frente a quien había sido, y seguía siendo, mi mejor amiga, la que conocía cada rincón de mi vida, con quien compartía risas, secretos y momentos que nadie más entendería, pero de pronto estábamos hablando de convertirnos en amantes, aunque solo fuera por una noche.

Mi mente trataba de procesarlo, pero cada vez parecía más absurdo. ¿Cómo habíamos llegado hasta ese punto? Todo resultaba extraño y desconcertante, pero al mismo tiempo, una parte de mí reconocía la fascinación que me despertaba lo prohibido, lo

desconocido. No lograba discernir si me embargaba la excitación, el miedo o una mezcla intensa de ambas emociones.

— ¿Cuándo y dónde te gustaría que nos viéramos? —preguntó ella, adoptando una expresión expectante.

— Bueno… no estoy segura, ¿cuándo te viene bien a ti? —respondí con cautela; no había considerado esos detalles y, por tanto, no estaba preparada para dar una respuesta concreta.

— ¿Qué te parece este sábado? —sugirió, con una sonrisa traviesa. En ese momento, la idea de besar aquellos labios sensuales me pareció de lo más interesante, aunque enseguida me obligué a apartar esos pensamientos tan intensos y a concentrarse en la conversación.

— ¿El sábado? —repetí, dubitativa. — Sí, claro… podríamos quedar… ejem, por la tarde, si te parece bien —añadí, sintiendo cómo el rubor ascendía por mi cuello y llegaba hasta la raíz del cabello. Esperaba que no se notara demasiado.

— Perfecto. ¿Quedamos en mi casa? —propuso entonces ella en un tono práctico y relajado, como si estuviera organizando algo tan común como una salida a tomar algo, y no una cita para acostarse por primera vez con su mejor amiga.

— En tu casa… sí, claro, me parece bien —respondí, intentando mantener la naturalidad, aunque la incertidumbre se colaba en cada una de mis palabras.

En ese preciso instante, el camarero se acercó con una sonrisa amable para preguntarme qué deseaba tomar. Juro que jamás en mi vida había agradecido tanto la interrupción de alguien. Pedí un descafeinado cortado, mientras Mónica me observaba con una ligera sonrisa en los labios, sabiendo perfectamente que aquella conversación me había costado un esfuerzo monumental.

Cuando el camarero se alejó y nos dejó a solas, ni Mónica ni yo volvimos a mencionar el motivo de nuestra cita. Había entre nosotras una complicidad tácita, un pacto silencioso de posponer el asunto hasta el sábado siguiente. La charla derivó hacia temas más livianos y triviales, pero en el aire persistía una tensión sutil e inconfundible. Fue entonces cuando comprendí lo que ocurría: estábamos flirteando, algo que hasta entonces nunca se había

manifestado tan abiertamente entre nosotras. Todo lo compartido en semanas previas parecía solo un preludio de lo que estaba por venir. Por primera vez, cruzábamos esa línea invisible que siempre habíamos evitado. La idea me desconcertó, pero también me sedujo por completo.

La tarde transcurrió veloz, como si ninguna de las dos quisiera que terminara. Extendimos la cita hasta el último instante, saboreando cada momento, y cuando llegó la hora de despedirnos, lo hicimos con un simple "hasta el sábado", sin añadidos.

Caminé hacia el coche envuelta en un torbellino de pensamientos. Imaginaba lo que podría suceder ese sábado y una oleada de culpabilidad me invadió al pensar en Iván, pero al mismo tiempo supe que no quería —ni podía— dar marcha atrás. Necesitaba vivir aquello, al menos una vez. Después, todo volvería a su sitio; Mónica seguiría siendo solo mi amiga.

Arranqué el coche con el corazón desbocado, latiendo tan fuerte que a ratos no sabía si era por emoción o miedo. Intentaba en vano mantener la mente en blanco, resistirme a la corriente de imágenes que, implacables, comenzaban a tomar forma dentro de mí. Pero mi imaginación era testaruda, dispuesta a volar, a recrear con una nitidez casi dolorosa escenas que aún no habían ocurrido, pero que deseaba con una intensidad casi insoportable.

Apreté el volante con fuerza, intentando anclarme al presente, aferrarme a la realidad inmediata.

Llegué a casa deseando con todo mi ser no arrepentirme de la propuesta que le había hecho a Mónica.

MÓNICA.

Caminé hacia casa en un estado de trance. Un trayecto que normalmente no superaba los veinte minutos se me antojó casi eterno, irreal; mis piernas se movían por sí solas, ajenas a mi voluntad. Avanzaba totalmente absorta, desconectada del bullicio de la calle, del ruido del tráfico y del cielo que comenzaba a oscurecer. Mi mente seguía atrapada en los ecos de mi reciente encuentro con Carol.

Todavía me temblaba el cuerpo. Literalmente. Y respecto a mi mente, esta parecía no saber muy bien cómo sostener la avalancha de emociones que me inundaba: sorpresa, vértigo, deseo…

¿De verdad había ocurrido? ¿Carol me había propuesto…*aquello*? Por un momento dudé de mi memoria. Tal vez había malinterpretado sus palabras. Tal vez mi deseo era tan fuerte que había distorsionado la realidad. Pero no. No me lo había imaginado. Todo había sido real. Lo vi en su mirada esquiva, en el leve temblor de su voz, en ese modo casi torpe con el que explicó su propuesta sin atreverse a mirarme directamente. Y después, ese cambio de tema, ese dejar el asunto atrás como si ya no requiriera más explicaciones y todo estuviera dicho y cerrado.

Sacudí ligeramente la cabeza, aún sin poder creerlo del todo. Carol… mi mejor amiga, mi amor imposible, la mujer que había habitado mis pensamientos noche tras noche, en la que había depositado cada uno de mis anhelos más íntimos y silenciosos. Ella, que siempre me había parecido inalcanzable, al igual que una estrella hermosa y remota, de pronto me había ofrecido lo impensable: una noche juntas.

Sabía que sería solo una vez, un instante fugaz, una concesión con fecha de caducidad; y, sin embargo, la sola posibilidad de besar sus labios, acariciar su piel y contemplar su cuerpo desnudo me parecía un regalo del universo, algo tan inmenso que bastaría para sentirme agradecida toda la vida.

Seguí caminando por la acera sin percibir a quienes pasaban a mi lado, sin prestar atención a las luces de los escaparates ni a las voces dispersas que flotaban en el aire. Todo a mi alrededor se desdibujaba, como si el mundo hubiera perdido el foco, eclipsado por la imagen de Carol, que dominaba por completo mi mente.

¿Podría, por fin, hacer realidad aquello que tantas veces había imaginado en secreto, en la intimidad de mis pensamientos, arrastrando incluso la culpa de desearlo? ¿Sería capaz de desnudarme ante ella en cuerpo, sin revelar mis verdaderos sentimientos? La idea me aterraba, agitándome por dentro como una tormenta silenciosa. Pero más fuerte que el miedo era el deseo, y con él, la certeza implacable de que prefería mil veces poseerla

solo una vez —aunque después tuviera que arder en el fuego del infierno— a vivir el resto de mi vida sin conocer la sensación de tenerla entre mis brazos.

Al llegar a casa, cerré la puerta con un leve empujón mientras un suspiro se escapaba de mis labios. Casi apareció al instante procedente de la terraza, estirándose con elegancia tras haber pasado seguramente horas tomando el sol. Se acercó con ese ronroneo suave que siempre me enternecía, rozándose contra mis piernas, dándome la bienvenida. Le acaricié la cabeza con una mano, distraída, pero no me detuve a jugar con ella como solía hacer. No aquel día.

Solté el bolso sin mucho cuidado y me recosté en el sofá de espaldas, con los brazos abiertos y la mirada fija en el techo. El silencio del piso se volvió denso, casi palpable, solo roto por el lejano murmullo de la ciudad que entraba por la puerta de la terraza entreabierta. Permanecí así largo rato, inmóvil, dejando que los pensamientos fluyeran sin control, aunque todos terminaban llegando al mismo lugar: el sábado por la noche. Allí. Con Carol.

Intentaba asimilarlo, comprenderlo, encajarlo dentro de una realidad que, hasta hacía unas horas, me habría parecido imposible. ¿De verdad iba a suceder? Solo imaginarlo me provocaba un vértigo que rozaba el delirio.

Entonces, el sonido del móvil rompió el hechizo. Me incorporé despacio, tanteando a ciegas dentro del bolso hasta encontrar el teléfono. Se trataba de una llamada de Charly. Me quedé mirando su nombre en la pantalla unos segundos, como si esperara que me ofreciera una respuesta que no tenía. No contesté. Dejé que sonara hasta que la llamada se apagó sola, envuelta en un silencio que, de pronto, me pareció incómodo.

No podía hablar con ella. No en ese momento, pues el peso de la traición me apretaba el pecho como una mano invisible. Y, sin embargo, sabía que la deslealtad había empezado mucho antes, en mis pensamientos, en mis fantasías silenciosas, desde el mismo instante en el que regresé a Madrid y Carol volvió a formar parte de mi vida.

En cualquier caso, no podía dar marcha atrás. No después de tantos años deseando algo que, de pronto, parecía estar tan cerca que casi podía tocarlo.

Aunque solo fuese una vez.

CAROL.

Me encontraba sola en casa, atrapada en la cocina, intentando concentrarme en una receta que, a priori, era infalible. En teoría. Porque en la práctica, aquello se estaba convirtiendo en un auténtico desastre. La pasta se me había pasado un par de minutos —o quizá más—, y no conseguía recordar si le había llegado a echar sal a la salsa, o si solo lo había pensado. Para colmo, el bote de tomate decidió suicidarse contra el suelo, desparramándose por toda la encimera como si aquello fuese la escena de un crimen.

Me quedé un momento allí, con la cuchara en la mano y la mirada fija en aquel caos, preguntándome en qué momento exacto había perdido el control de mi vida. Tal vez cuando acordé aquella cita con Mónica el sábado por la noche. O quizá incluso antes. Quién sabe.

Suspiré, rendida, y me dispuse a limpiar todo aquel estropicio mientras me planteaba seriamente desistir del cocinado y pedir algo para cenar. Probablemente Iván me lo agradecería cuando llegara.

De nuevo, mi mente volvió a desviarse hacia la cita del próximo sábado con Mónica.

Era la primera vez que iba a acostarme con una mujer, con mi mejor amiga, para más *inri*. Y no tenía la menor idea de cómo se suponía que debía comportarme en una situación así. ¿Y si no estaba a la altura? ¿Y si hacía el ridículo? ¿Había algún tipo de manual secreto para estas cosas del que yo no me había enterado?

Aunque, pensándolo bien, eso era lo de menos. Lo verdaderamente grave era que estaba a punto de engañar a mi novio… con mi mejor amiga. Así, sin rodeos. Después de eso, tenía plaza reservada en el infierno, con nombre, apellidos y asiento en primera fila.

Terminé de limpiar intentando pensar en cualquier otra cosa, pero fue inútil. No conseguía sacarme el tema de la cabeza y, casi sin darme cuenta, encendí mi ordenador portátil y entré en Google, tecleando con rapidez hasta que di con lo que buscaba: una página

de películas pornográficas entre mujeres. Quería, al menos, hacerme una idea de lo que se esperaba de mí, aunque fuera solo para no hacer el ridículo. Rebusqué un rato entre numerosos videos, hasta que por fin seleccioné uno al azar.

No llevaba ni unos minutos viéndolo, cuando empecé a fruncir el ceño. Aquello no era lo que esperaba en absoluto. Las protagonistas lucían unas uñas imposibles, iban maquilladas como si fueran a un concurso de disfraces, y adoptaban unas actitudes tan artificiales que me generaron más rechazo que interés. Me removí en la silla, incómoda, atrapada entre la vergüenza ajena y el desconcierto, hasta que decidí que ya había tenido suficiente. Cerré el portátil de un golpe, como si así pudiera borrar de un plumazo aquellas escenas tan burdas de mi cabeza. Por si acaso, borré también el historial de búsqueda. No quería correr el riesgo de que Iván lo viera y acabara alucinando en colores.

Después apoyé la frente en la mesa y solté un suspiro. Definitivamente, si me guiaba por lo que acababa de ver, lo mismo Mónica me echaba a patadas de su casa… y con razón.

Tendría que dejarme llevar, únicamente, por mi instinto.

## CAPÍTULO 23.

MÓNICA.

Jamás pensé que una sola fecha en el calendario pudiera significar tanto para mí, y, sin embargo, ahí estaba, en mi casa, dando vueltas sin rumbo por el salón, como un satélite estropeado y fuera de órbita. Había llegado *el día*, ese que había recreado en mi mente cientos —no, miles— de veces. Demasiadas, en cualquier caso.

Me había probado al menos cuatro conjuntos distintos antes de decidirme por algo sencillo, pero que me hacía sentir cómoda y auténtica: una camiseta de tirantes, un pantalón de lino color arena, y mis nuevas Adidas Samba blancas, impolutas. Llevaba el pelo suelto, recién lavado con un champú suavizante que intentaba mantenerlo a raya, aunque no podía evitar pasar los dedos entre los mechones cada dos minutos, con el riesgo evidente de desordenarlo más que de peinarlo.

Nunca había estado tan nerviosa por una cita. Aunque aquello no era una cita cualquiera, por supuesto. Era *la cita*.

Había revisado cada rincón del salón con una dedicación casi obsesiva, colocando los libros de la biblioteca con esmero, encendiendo una vela suave de jazmín para aromatizar el ambiente, y ahuecando los cojines del sofá tantas veces que perdí la cuenta. Incluso alineé los marcos de fotos una y otra vez, hasta rozar el absurdo. Y, aun así, no encontraba cómo calmarme. Seguía mirando el reloj cada pocos minutos, imaginando escenarios de lo más sugerentes, incapaz de pensar en otra cosa que lo que supuestamente ocurriría a continuación.

Entonces sonó el timbre.

Tragué saliva con dificultad, respiré hondo, y caminé hacia la puerta con paso contenido. Mis dedos temblaban al apoyar la mano sobre el pomo. El momento había llegado.

Abrí y me quedé sin palabras.

Allí estaba ella**.** Carol.

Se notaba que se había arreglado con esmero, aunque sin perder esa naturalidad que la definía. Vestía una camisa blanca de manga francesa, ligeramente remangada, y unos pantalones de tela fluida en un gris claro, de esos que flotan con el movimiento. Pero lo que realmente captó mi atención no fue la ropa, sino su rostro.

Sus ojos, del color del caramelo fundido, me observaban con una intensidad desconcertante, como si también ella me estuviera redescubriendo. Apenas llevaba maquillaje, solo lo justo para acentuar una belleza que no necesitaba adornos. Su cabello caía sobre los hombros en ondas suaves, una cascada dorada y luminosa que parecía invitarme —sin proponérselo— a perderme en ella. Me descubrí imaginando el roce de mis dedos deslizándose entre esos mechones.

—Hola —saludé, con una voz que no reconocí, suave, quebrada.

—Hola —respondió Carol, mirándome con cierto recelo; tenía la expresión de quien no parece saber qué hacía exactamente allí.

Me quedé unos segundos inmóvil, sin saber qué decir, olvidando incluso las normas más básicas de cortesía. Finalmente, reaccioné, me recompuse y di un paso atrás para invitarla a pasar.

—Pasa, por favor.

Ella asintió en silencio y cruzó el umbral. Después, la conduje hasta el salón, intentando no parecer nerviosa. Había afrontado un buen número de citas amorosas en mi vida, y siempre me había vanagloriado de llevarlas con soltura, pero aquel día me sentía como una adolescente sin manual de instrucciones.

*"Mónica, por Dios, cálmate"*, me reprendí mentalmente.

—¿Te apetece beber algo? Tengo vino blanco frío, limonada… o puedo hacer un café si prefieres.

Carol negó con una sonrisa suave.

—Gracias, pero estoy bien así.

Asentí, un poco incómoda, y las dos nos sentamos en el sofá, frente a frente; parecíamos dos extrañas que se acaban de conocer. Era tal la seriedad del momento, que no pude evitar reírme. Fue una risa suave, más de incredulidad que de diversión.

Carol me observó con curiosidad.

—¿De qué te ríes?

La miré directamente a los ojos, sin dejar de sonreír.

—De esto… de nosotras. De que te conozco desde hace años y, por primera vez, no sé cómo hablar contigo.

Ella soltó entonces una carcajada sincera y, en ese instante, el ambiente pareció suavizarse un poco.

—Pues más vale que nos relajemos, ¿no crees? —dijo en un tono socarrón que me recordó a la Carol de siempre.

—Más nos vale, sí —asentí, reclinándome contra el respaldo del sofá, buscando que el cuerpo se aflojara y que los nervios me dieran tregua.

El silencio volvió a instalarse entre nosotras, espeso, repleto de incógnitas. Aquello empezaba a rozar lo ridículo. Por fin tenía frente a mí a la mujer de mis sueños, esa a la que había amado en secreto —y no tan en secreto— durante tanto tiempo, y lo único que era capaz de hacer era quedarme ahí sentada, como una estatua, sin saber cómo actuar ni qué decir.

¿Dónde diablos estaba la Mónica audaz, la que se desenvolvía en asuntos amorosos como pez en el agua? Muy lejos de allí, sin duda. Notaba el cuerpo tenso, como si cada músculo estuviera a la espera de una orden que no me atrevía a dar.

Fue Carol quien rompió el silencio.

—¿Estás nerviosa? —preguntó en voz baja, casi con recelo.

—Sí —admití, sin excusas. No tenía sentido fingir lo contrario.

Ella asintió despacio, sin apartar la mirada de la mía.

—¿Prefieres que tomemos unas copas antes? No sé… para relajarnos un poco.

Me lo pensé un segundo, pero enseguida negué con firmeza.

—No. Prefiero estar completamente sobria.

Aquello solo iba a pasar una vez y quería recordarlo todo con detalle, sin filtros.

Carol sonrió levemente, satisfecha con mi respuesta. Bajó la vista y empezó a juguetear con uno de los cojines, haciéndolo girar sin parar, como si de pronto no supiera qué hacer con las manos.

La escena comenzó a parecerme de lo más absurda. ¡Dios!, estaba allí, a escasos centímetros de ella, y me moría por besarla. Literalmente. Sentía que el deseo se me acumulaba en mi pecho,

presionando con fuerza, exigiendo salir de una vez. ¿Y si ella estaba esperando a que fuese yo quien tomase la iniciativa?

—Carol… —dije, decidida a dar el paso y sintiendo cómo su nombre se escapaba de mis labios con un temblor leve.

—Dime —respondió con una voz suave, cargada de algo que no supe identificar.

Inspiré hondo antes de lanzarme al vacío.

—Solo tienes que decir "bésame".

Ella me observó en silencio durante unos segundos que me parecieron infinitamente largos. Su expresión era difícil de descifrar, parecía debatirse entre la sorpresa y algo más profundo, más intenso. Finalmente, se incorporó sin prisas, con un movimiento deliberadamente lento que me dejó sin aliento. Se puso de pie frente a mí y ladeó ligeramente la cabeza con un gesto que tenía algo de felino, de irresistible, clavando sus ojos en los míos con firmeza; no había en ellos ni rastro de duda, ni asomo de juego, solo una certeza ardiente, honesta, imposible de confundir. Y entonces, con una voz baja pero deliciosamente clara, exclamó:

—¡Bésame!

Durante unos instantes, el mundo pareció quedar en perfecto mutismo. O tal vez fui yo quien dejó de percibirlo, atrapada en una sensación que me desbordaba por completo.

Aquella sola palabra —tan simple, tan poderosa— condensaba años enteros de deseo contenido, de emociones que jamás supe cómo traducir en voz alta y que, una y otra vez, se quedaban atrapadas en mi garganta, cargándome de silencios y frustraciones.

Con cierta timidez, me incorporé y avancé los pocos pasos que aún nos separaban. Mi respiración se volvió más lenta, más consciente, mientras me inclinaba hacia ella y posaba mis labios sobre los suyos con una suavidad casi reverente, como si ese primer roce fuera una promesa más que un acto. Durante una fracción de segundo, el universo entero se redujo al contacto leve, tembloroso, de nuestras bocas encontrándose por fin.

Carol no tardó en responder; lo hizo con una vehemencia que me desarmó por completo. Sus brazos se alzaron para rodear mi cuello

con decisión y se apretó contra mí como si quisiera fundir ambos cuerpos en uno.

Cuando su lengua encontró la mía y pude saborear aquello con lo que tantas veces había fantaseado, sentí que mis piernas flaqueaban bajo el peso del deseo. Un gemido escapó del fondo de mi garganta, casi sin darme cuenta, y la habitación pareció estrecharse a nuestro alrededor.

Sin separar nuestros labios, ella se desabrochó la camisa con una urgencia que me dejó sin aliento. La prenda cayó al suelo y, por un instante, me separé, paralizada, para recorrer con la mirada su torso semidesnudo. Extendí las manos y, con la punta de mis dedos, comencé a acariciar sus hombros, sintiendo bajo mis yemas la suavidad de su piel y el leve estremecimiento que provocaban mis toques.

Ella volvió a tomarme la cara entre sus manos y me besó de nuevo, con intensidad. No sé cuánto tiempo permanecimos así, perdidas en aquel beso, saboreándonos poco a poco en el silencio que nos rodeaba, donde solo se escuchaba el roce de nuestras bocas y el sonido entrecortado de nuestras respiraciones.

Deseaba despojarla del resto de la ropa, sentir cada centímetro de su cuerpo contra el mío, pero una parte de mí temía hacer un movimiento que pudiera romper la magia de aquel momento, todavía irreal, del que apenas lograba ser consciente.

Como si pudiera leer mis pensamientos, Carol se separó un poco y me miró fijamente, con la respiración aún acelerada, y los ojos brillando en la penumbra.

—¿Todo bien? —preguntó, con una voz baja y cargada de ternura.

—Todo increíblemente bien —respondí, abrazándola de nuevo antes de reanudar el beso, esta vez con menos timidez y más confianza. La empujé suavemente hacia el sofá, guiándola con cada paso hasta que mis piernas encontraron el mullido tapizado.

Me senté y, de un movimiento lento y deliberado, Carol se colocó a horcajadas sobre mí, quedando nuestras caras casi a la misma altura. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que podía sentir el calor de su piel a través de la ropa.

Mis ojos se posaron en el sujetador negro que cubría sus pechos, y sentí una oleada de puro deseo. Extendí las manos y comencé a acariciarla, trazando su silueta con dedos ávidos, presionando su cuerpo contra el mío como si quisiera borrar cualquier espacio que nos separara. Necesitaba poseerla, sentirla cerca, notar el simple roce de su sexo contra el mío, aunque ambas seguíamos vestidas. El calor y la tensión eran casi insoportables; cada respiración, cada latido, parecían sincronizarse, creando una conexión intensa, ardiente.

Carol inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, dejando escapar un suspiro profundo mientras mis manos exploraban su espalda, sus costados, la curva de su cintura. Era como si ambas hubiéramos entrado en una dimensión paralela, donde solo existía el deseo y la promesa de lo que estaba por venir.

Ascendí por su espalda hasta que encontré el cierre de su sujetador, y lo liberé con un gesto ágil y seguro. El susurro de la tela al caer se mezcló con el sonido de nuestras respiraciones aceleradas. De pronto, sus pechos quedaron desnudos ante mí, firmes y perfectos, con los pezones erectos y rosados como pétalos de rosa.

Casi sin pensar, hundí mi rostro entre ellos, aspirando el aroma único de su piel, una mezcla dulce y afrutada que me embriagó; mientras, el deseo me atravesaba como un latigazo, haciéndome palpitar entre las piernas.

Empecé a bajarle la cremallera de los pantalones. Necesitaba despojarla de toda la ropa y sentirla sobre mí. Ella interpretó mis intenciones a la perfección, y se incorporó brevemente, el tiempo justo para terminar de quitarse los pantalones y la ropa interior.

Me separé un instante para admirarla en toda su plenitud. Carol me observaba, con el pelo desordenado y los ojos brillantes, los labios entreabiertos y el pecho subiendo y bajando al ritmo de los latidos del corazón. La luz de la habitación dibujaba sombras sensuales sobre su piel, resaltando cada curva.

Con suavidad, coloqué mis manos sobre sus pechos y comencé a acariciarlos, trazando el contorno con los dedos y dibujando círculos lentos alrededor de sus pezones con los pulgares. Su respiración se volvió más agitada y dejó escapar un gemido contenido, que se

transformó en una serie de suspiros cuando incliné la cabeza y, utilizando la lengua, exploré cada centímetro de la zona.

Carol se abrazó a mi cuello, apretando sus dedos contra mi piel, mientras sus gemidos se aceleraban, sincronizados con el ritmo de mis caricias. La habitación se llenó del eco de nuestra pasión, y sentí cómo cada uno de sus movimientos, cada suspiro, cada roce, alimentaba el fuego que ardía entre nosotras. No había lugar para la timidez: solo existíamos ella y yo, fundidas en un deseo que nos arrastraba a ambas hacia un lugar donde el tiempo se detenía.

Me encontraba hipnotizada por aquella sensación y necesitaba, con una urgencia casi desesperada, guardar en mi memoria cada segundo, cada centímetro de su piel, cada sonido que escapaba de sus labios. Quería conservar hasta el más mínimo detalle, sabiendo que aquel instante sería único e irrepetible.

Comprendí que me movía en un terreno totalmente virgen e inexplorado, descubriendo la intimidad de Carol, esa que tanto había anhelado conocer y que, de pronto, se abría ante mí, accesible y vulnerable. Todo resultaba extrañamente nuevo: el tono ronco de sus jadeos, la agitación de su pecho bajo mi mano, la forma en que su piel reaccionaba a mis caricias, como si cada roce despertara reflejos que hasta entonces habían permanecido completamente ocultos.

Había cruzado la línea de lo desconocido y, aunque me asustaba, también me embriagaba de emoción.

La respuesta de mi cuerpo fue abrumadora, tan intensa como el miedo escénico que amenazaba con hacerme sucumbir ante la ansiedad o, peor aún, paralizarme en el momento más inesperado. Respiré hondo, intentando calmar el vértigo que me invadía, y decidí concentrarme en disfrutar cada instante, en sumergirme por completo en aquella oportunidad que el destino me brindaba.

—Mónica… —murmuró Carol, mientras sus labios comenzaban a recorrer mi cuello con besos suaves—. Dime qué quieres que haga…

—Quítame la ropa… —respondí, ahogada por la excitación que me producía el deseo que destilaba su voz.

Sentir a Carol sobre mí, en aquel estado de entrega y pasión casi delirante, me pareció lo más sensual y excitante del mundo. Llegué

a pensar, durante un segundo vertiginoso, que podría llegar al clímax solo con el roce rítmico de su cuerpo y el calor ardiente de su entrepierna, sin necesidad de que me tocara más.

Ella, aún sentada a horcajadas sobre mí, no se lo pensó dos veces: con manos ávidas, me quitó la camiseta y el sujetador hasta dejarme desnuda de cintura para arriba. Volví a abrazarla con fuerza, fundiendo mi cuerpo contra el suyo, ahora con menos barreras entre nosotras. La sensación de piel con piel, el roce ardiente y el sonido de nuestras bocas buscándose y explorándose nos dejó sin aliento, pero con el deseo aún más vivo que nunca.

Mis ojos se perdieron en su desnudez, absortos ante la visión de su cuerpo tembloroso de deseo y su mirada ardiente y expectante. Nos quedamos así unos segundos, que a mí me parecieron eternos, suspendidas en una escena de tensión y revelación. Luego, ella se arrodilló frente a mí y, con manos ansiosas, comenzó a quitarme el resto de la ropa, tirando con brusquedad de mis pantalones y mis braguitas hasta dejarme tan desnuda como ella. En un abrir y cerrar de ojos, volvió a colocarse a horcajadas sobre mí, retomando la posición que había abandonado hacía apenas unos instantes.

Yo me dediqué a recorrer su cuerpo con las manos, marcando la línea de sus caderas y rodeando sus glúteos, apretándola contra mí. Ahora sí, estábamos completamente piel contra piel, sin obstáculos, y en seguida sentí la humedad de su sexo contra el mío. El contacto era tan íntimo y arrollador que apenas podía pensar con claridad.

—¿Quieres continuar aquí o prefieres que nos vayamos a la cama? — susurré contra su boca, sin separar mis labios de los suyos.

Carol se detuvo un instante, con la respiración agitada, pareciendo sopesar la conveniencia de buscar un lugar más cómodo, pero incapaz, como yo, de detener el ritmo frenético y enloquecido de nuestro encuentro. Rodeó mi cabeza entre sus brazos y la apretó contra su pecho. Podía sentir el latido desbocado de su corazón, fuerte y acelerado, como un tambor en mi oído. Entonces respiró hondo antes de decir:

—Vámonos a la cama.

Acto seguido, Carol se incorporó y, tomándome de la mano, tiró suavemente de mi brazo para animarme a levantarme y seguirla

hasta el dormitorio.

Avanzamos desnudas por el pasillo, pero, a los pocos pasos, Carol se giró y continuó caminando de espaldas, mirándome fijamente a los ojos con una sonrisa desafiante. En la penumbra, apenas rota por el resplandor difuso de las luces de la ciudad colándose por las ventanas, su silueta se dibujó ante mí con una claridad casi irreal.

La imagen me resultó tan hermosa, tan absolutamente perfecta, que no pude resistirme. Tiré de ella hacia mí y la empujé contra la pared, besándola con pasión mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo.

*Te quiero, Carol. Y te deseo más de lo que jamás hubiera imaginado que era posible desear a alguien.*

Quise decírselo, pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta, transformándose en un gemido ahogado. Mi mente y mi cuerpo se debatían entre la excitación y la euforia, intentando expresar, aunque fuera una mínima parte, todo lo que bullía en mi interior: un sentimiento auténtico, resucitador, que luchaba contra mi propia cobardía y ese miedo a perderla que me frenaba una y otra vez.

—Me encantas… —susurré, casi sin pensarlo, sorprendida por mi sinceridad.

Carol me miró atónita durante un segundo, y una sonrisa inconsciente asomó en la comisura de su boca. Entonces, me agarró fuerte por las caderas y me atrajo contra ella, continuando el beso con una intensidad aún mayor. ¿Cómo era posible que, después de tanto tiempo, ni siquiera sospechase de la fuerza de mis sentimientos hacia ella? Sin duda, mi capacidad para ocultar lo que sentía merecía un premio a la interpretación.

Con una danza lenta y sensual, envueltas en besos y caricias, nos arrastramos juntas por el dormitorio hasta que el colchón detuvo nuestro avance. Carol, sin apartar los ojos de los míos, se sentó sobre la cama, quedando justo a la altura de mi ombligo. Su mirada destilaba deseo y una pizca de atrevimiento, irradiando una confianza que admiraba profundamente a pesar de ser su primera vez con una mujer; mientras, yo, veterana en esos encuentros, me sentía paralizada por los nervios. Era sorprendente.

Fue entonces cuando ella me rodeó con sus brazos y acarició mis glúteos con lentitud y firmeza, mordiéndose el labio inferior en un gesto que desprendía sensualidad. Sin dejar de tocarme, se inclinó hacia mi pelvis y comenzó a besarme, descendiendo peligrosamente hasta mi zona más íntima, pero sin llegar a tocarla. La humedad de sus labios me hizo gemir de placer y anticipación, hasta colocarme al borde de la locura.

Cuando no pude soportarlo más, la empujé suavemente hacia atrás, tumbándola de espaldas sobre el colchón, y me incliné sobre ella, ansiosa por sentir su cuerpo bajo el mío y continuar aquel juego que nos había llevado hasta el límite del deseo.

—Carol… —murmuré, con la respiración entrecortada, mientras mi lengua se adentraba en su boca y succionaba sus labios casi con desesperación.

—Tócame… —suplicó ella, tomando mi mano y guiándola directamente hacia su entrepierna.

El gesto provocó que toda la prudencia que había mantenido hasta entonces, por miedo a que se echara atrás, se esfumase en un segundo. Iba a hacer el amor con Carol sobre las mismas sábanas en las que tantas noches había fantaseado con ella.

Mi mano se impregnó al instante de su humedad, y una sonrisa de satisfacción brotó en mis labios al comprobar que estaba tan excitada como yo. Continué deslizando mis dedos hasta encontrar su punto más sensible, comenzando a acariciarlo con movimientos circulares y lentos. Ella respondió con un jadeo, y pude sentir cómo todo su cuerpo se tensaba de inmediato. Sin dejar de tocarla, volví a besarla. Necesitaba saborear cada segundo, cada matiz de su excitación.

—Estoy a punto de correrme, no pares, por favor… —gimió de pronto contra mi boca, apretándome con fuerza y clavando sus dedos en mi espalda.

Estábamos tan cerca que parecíamos un solo cuerpo. Continué tocándola, intensificando el ritmo de mis movimientos alrededor de su centro, que se hinchaba cada vez más bajo mis dedos. Un fuerte gemido contra mi cuello fue el preludio del intenso orgasmo que llegó a continuación. Pude sentir sus contracciones y cómo se

derramaba sobre mi mano, antes de dejarse caer sobre la cama, exhausta.

Permanecimos abrazadas unos segundos, mi cuerpo pegado al suyo, todavía caliente, tembloroso y agitado. Podía escuchar cómo el latido de su corazón se restablecía, mientras el mío seguía acelerado, muy lejos de calmarse. Necesitaba, casi de manera dolorosa, calmar mi propio deseo cuanto antes.

—Bueno, pues creo que con esto hemos acabado, ¿no? —musitó Carol, separándose unos centímetros de mí.

Mi corazón dio un vuelco. Para mí, apenas habíamos empezado. Supongo que la decepción se reflejó de inmediato en mi rostro, porque ella me miró con gesto inexpresivo durante unos segundos, hasta que no pudo contenerse más y soltó una sonora carcajada.

—¿Acaso crees que te vas a escapar, así como así? —me susurró al oído con un tono lleno de picardía, mientras apoyaba su cuerpo sobre el mío.

—Eres una imbécil, ¿lo sabías? —le dije, incapaz de ocultar una sonrisa divertida.

—Un poco sí —admitió ella, riendo por lo bajo—. Pero ahora me toca a mí… aunque agradecería ciertas instrucciones. ¿Qué desea la señorita Martín?

*El mero hecho de que me toques me hace rozar el cielo con las manos*, pensé.

—Me gusta de todo un poco, así que… ¡sorpréndeme! —la reté sin dudar, aunque un poco cortada por la situación.

Carol sonrió y, entonces, hizo algo que efectivamente me sorprendió. Comenzó a descender por mi cuello, besando y mordiendo suavemente mi piel, hasta llegar a mis pechos. Allí se detuvo un buen rato, acariciando con su lengua mis pezones, antes de continuar por mi vientre y mi monte de Venus. No podía creer que eso estuviera sucediendo. Yo misma me había reprimido a la hora de iniciar ciertas prácticas sexuales, por temor a que Carol se sintiera sobrepasada. Pero, en ese momento, todo parecía posible, y el deseo fluía entre nosotras, libre y desenfrenado.

—¿Estás… estás segura? —balbuceé, estremecida por el placer que me provocaban los pequeños besos que iba dejando en su delirante

camino descendente.

—Totalmente —susurró ella, con su aliento rozando mi piel.

La seguridad con la que se desenvolvía me hizo abandonar cualquier recelo. El calor de su boca estaba cada vez más cerca de mi punto más sensible, y no podía hacer nada más que dejarme llevar, entregada por completo a la sensación.

Al llegar a mi zona erógena, comenzó a lamerla con delicadeza, recorriendo lentamente con la lengua mis labios mayores antes de introducirla entre ellos y rozar el clítoris. La experiencia fue tan intensa que un gemido ronco e involuntario brotó de mi garganta. Carol no se detuvo; continuó acariciando mi punto más delicado, arriba y abajo, como si quisiera saborear cada poro de mi piel, intensificando el ritmo a medida que notaba cómo crecía mi excitación.

Agarrando su cabeza entre mis manos, ejercí una leve presión para acercarla aún más a mí, y una oleada de placer inundó mi cuerpo. Miré hacia abajo y la vi, entre mis piernas, lamiendo cada rincón de mi intimidad. La imagen me pareció la más erótica y excitante que mi mente pudiera concebir, y la simple conciencia de su lengua recorriéndome de aquella manera me puso, de repente, al borde del éxtasis.

Un orgasmo intenso, fuerte e imparable me invadió pocos minutos después, mientras me aferraba a su cuerpo y emitía un gemido que no dejaba lugar a dudas: todo había terminado.

*Todo había terminado,* pensé, cerrando los ojos y dejando que se esfumaran las últimas contracciones de placer. *Pero si todo había terminado… ¿por qué tenía la sensación de que aquello no había hecho más que empezar?*

Giré sobre mí misma para darle la espalda, temerosa de que mi rostro delatara el sabor agridulce de mis pensamientos. Carol se acercó por detrás con ternura y nos quedamos abrazadas, en silencio, acoplando nuestros cuerpos desnudos durante unos minutos.

—Debo irme, ¡y esta vez sí va en serio…! —susurró en mi oído, antes de dejar un beso suave en el hueco de mi cuello—. No te levantes, ya sé dónde está la puerta.

—No, te acompaño —afirmé, rotunda. Quería prolongar el encuentro todo lo posible, resistiéndome a dejar que aquel momento se esfumara sin más.

Ella se vistió despacio, mientras yo me envolvía en un batín corto de seda que descansaba sobre una silla, junto a la cama. Caminamos en silencio por el pasillo, con Carol delante de mí, hasta que, al llegar a la puerta, se giró y me miró.

—Que pases una buena noche, Mónica —dijo, sin apartar los ojos de los míos.

—Tú también. Ve con cuidado, que es tarde… —respondí casi de manera automática, sin saber muy bien qué más decir.

Ella extendió la mano y me acarició la cara con suavidad, antes de tirar de la solapa de mi batín y fundirse conmigo en un abrazo que duró varios minutos. Un abrazo cargado de significado, de intimidad y, en definitiva, de nosotras.

—Me ha encantado —exclamó.

—A mí también —respondí, justo antes de apartarme para dejarla marchar. Sabía que debía hacerlo, que necesitaba verla salir por esa puerta cuanto antes, o de lo contrario corría el riesgo de desmoronarme y confesarlo todo: que la amaba sin remedio y que lo único que deseaba era pedirle que se quedara conmigo para siempre.

Hubiese sido una estupidez por mi parte, por supuesto.

Cuando la puerta se cerró tras ella, apoyé la espalda en la madera y cerré los ojos, intentando asimilar todo lo que acababa de suceder. El aroma de Carol seguía impregnado en mi cuerpo, en mis manos y en mi boca, y lo inhalé profundamente, anhelando guardarlo para siempre.

A lo largo de mi vida, había mantenido relaciones con mujeres que me habían atraído mucho, incluso con algunas por las que llegué a sentir afecto. Pero nada de lo vivido hasta entonces se parecía, ni de lejos, a lo que acababa de experimentar. Había sido una conexión a un nivel superior, un sentimiento desconocido hasta entonces. Tal vez, se trataba de un atisbo fugaz de lo que podría ser el verdadero amor cuando es correspondido.

Hacía tiempo que había leído que la nostalgia era la felicidad de estar triste. Y así me sentía en ese instante: triste, porque aquel encuentro se escapaba entre mis dedos para formar parte del pasado, pero también feliz, porque nada ni nadie podría arrebatarme la belleza de lo vivido, que sabía que volvería a recrear y saborear en mi memoria una y otra vez.

Supe entonces que jamás volvería a experimentar algo así con otra persona que no fuese ella.

Los Dioses eran crueles conmigo, sin duda.

## CAPÍTULO 24.

CAROL.

El escritorio de mi oficina estaba, como casi siempre, bajo un caos controlado de papeles, *post-its* con recordatorios, una taza de café que ya se había enfriado hacía un buen rato y el ligero zumbido del propio ordenador que, por alguna razón, aquella mañana me irritaba más de lo habitual. Necesitaba un poco de concentración; a las once en punto tenía una reunión con mi jefe y aún no había terminado de preparar mi maldita presentación, pero por más que intentara leer los gráficos de rendimiento del último trimestre, mi cabeza no dejaba de viajar hacia otro lugar o, mejor dicho, hacia otra persona.

*Mónica.*

Otra vez su nombre me atravesó como un susurro tibio, casi imperceptible, pero lo bastante fuerte como para erizarme la piel. Su imagen, tan viva aún en mi memoria, se deslizó con una suavidad insoportable, al igual que un terciopelo cálido sobre una herida abierta. Sentí su piel contra la mía, su aliento en mi cuello, como si el recuerdo no se conformara con estar en mi mente y necesitara ocupar también mi cuerpo. Cerré los ojos, apenas por un segundo. Solo uno. Pero fue más que suficiente; en ese pequeño instante, lo reviví todo con una nitidez sorprendente: el sabor de sus labios, el temblor de mis manos sobre su cintura, la forma en la que me miró antes de besarme por primera vez, el vértigo delicioso de perderme en ella sin pensar en las consecuencias. Fue como si el tiempo se replegara sobre sí mismo, y el presente se quebrara bajo el peso de lo que mi inconsciencia se negaba a olvidar.

Habían pasado cuatro días desde entonces y mi mente se había convertido en un auténtico campo de batalla. Cada vez que intentaba pensar en otra cosa, aparecía ella. Su risa, sus ojos brillando bajo la luz tenue de su salón, la forma en que su espalda se arqueaba cuando nuestras respiraciones se fundían en una…

En el fondo, me odiaba por lo sucedido. Era una culpa silenciosa, áspera, que se anidaba en mi pecho y no me dejaba respirar del

todo. Me reprochaba cada instante en que me había dejado llevar por ella, por Mónica, sin pensar en Iván, en lo que teníamos, en todo lo que habíamos construido juntos. Odiaba la forma en que me había entregado sin medida, sin detenerme a cuestionar lo que hacía, olvidando con aquella piel tan femenina la existencia del hombre al que amaba, el hombre con quien imaginaba mi vida futura.

Una traición en toda regla. No solo física, sino emocional, íntima.

—Tengo que dejar de pensar en esto; quiero a Iván, es el hombre de mi vida, y no hay más que hablar —murmuré en voz baja, apretando los labios.

Y entonces, como si mis pensamientos decidieran rebelarse contra aquella idea, una vocecita fastidiosa y cruel me susurró al oído:

*—¿Estás segura?*

Apreté los puños, molesta.

—¡Por supuesto que sí! —exclamé en voz alta, demasiado fuerte para estar sola—. Iván me ama. Y yo lo amo. Lo de Mónica solo ha sido una tontería, una experiencia algo morbosa, pero nada más.

*—¿De verdad solo ha sido eso?* —volvió a decir la voz, ahora en un tono más suave, casi seductor.

—¡Sí! Solo eso —insistí con firmeza—. Además, ni siquiera fue para tanto…

*—¿"Ni siquiera fue para tanto"?* —repitió la voz con una carcajada sarcástica que resonó dentro de mi cabeza—. *Vamos, Carol. ¿En serio te vas a mentir así? Fue increíble, lo sabes. Todavía sientes su aliento en el cuello. ¿O ya se te olvidó cómo te temblaban las piernas?*

Negué con fuerza, intentando sacudir aquella estúpida voz de mi interior.

—He tenido encuentros mucho mejores —dije entre dientes—. Con Iván, mismamente.

*—¿Con Iván?* —bufó la voz con desdén—. *Ni él ni nadie te ha hecho sentir algo así. Admítelo: lo de Mónica fue distinto, eléctrico, casi salvaje, pero al mismo tiempo delicado, como si conociera cada rincón de tu cuerpo antes siquiera de explorarlo...*

Tragué saliva pasándome una mano por el cuello; sentía la piel erizada, y el aire cargado de deseo reprimido y de culpa, pero, sobre todo, de confusión.

—¡Basta! —espeté, de pronto, con un tono más alto del que pretendía—. No quiero seguir con esto.

—*¿Seguro?* —murmuró la voz—. *Porque no dejas de recordar ese cuerpo voluptuoso, esa boca húmeda, esa voz profunda susurrando tu nombre en la oscuridad.*

Me mordí el labio con fuerza, hasta que un dolor punzante me devolvió al presente. Pero prefería ese dolor físico antes que seguir envuelta en esa sensación espesa y asfixiante, parecida a una sábana húmeda pegada al cuerpo. No quería revivir lo ocurrido, pero tampoco podía evitarlo, y el recuerdo seguía ahí, terco, palpitante, aferrado a mí.

Me incorporé de golpe, empapada en un sudor que no tenía que ver con el calor de la oficina, sino con el torbellino de emociones que me sacudía por dentro. Estaba tan furiosa conmigo misma como con Mónica y esa endemoniada voz que no dejaba de enredarse en mis pensamientos, jugando con mi mente.

En ese momento, la puerta de mi despacho se abrió tras un golpe leve.

—Carol, te están esperando en la reunión…

Levanté el rostro para descubrir a Greta, la secretaria de mi jefe, que con una sonrisa amable me observaba algo extrañada. Parpadeé, desorientada.

—¿Cómo? ¿Ya? —miré el reloj de la pared—. ¡Dios! Pensé que era dentro de media hora.

—Tranquila —dijo ella, sin perder la calma—. Acaban de empezar.

Asentí, recogiendo a toda prisa un puñado de papeles de encima del escritorio, mientras sentía arder las mejillas por mi descuido. Salí casi corriendo del despacho, mascullando por lo bajo y renegando mentalmente de Mónica, de su maldita piel perfecta, de sus labios suaves, y de esa estúpida situación en la que, sin saber cómo, me había metido hasta el fondo.

Caminé hacia la sala de juntas sin dejar de pensar en una cosa: ¿cómo iba a poder relacionarme con Mónica, a partir de entonces,

con cierta normalidad?

¡Difícil!

Por no decir casi imposible.

MÓNICA.

El restaurante era precioso, íntimo, con luces suaves y ese murmullo de fondo que envolvía las mesas de forma agradable. Charly hablaba sin parar, como siempre, moviendo sus manos con gracia sobre la mesa mientras contaba una anécdota del trabajo, algo sobre un pasajero bromista que había dado un vuelo espantoso a las azafatas. Yo asentía de vez en cuando, esbozando sonrisas en los momentos que parecían requerirlo y dejando caer algún comentario para disimular mi ausencia, porque en realidad, no estaba allí; al menos, no por completo.

¿De verdad había ocurrido? ¿Había pasado aquello que aún ardía en mi memoria, tan vívido, tan reciente, que parecía haber sucedido apenas unos minutos atrás?

Sí, por supuesto que sí. Me había acostado con Carol el sábado pasado, y por más que mi mente intentara envolverlo en una niebla de duda, no había forma de negarlo. Aquello no podía ser fruto de una fantasía. Nadie podría imaginar algo así, no con aquel nivel de intensidad, con esa claridad al recordar cada caricia, cada suspiro, cada mirada.

Y lo más inquietante de todo era que no me arrepentía. Ni siquiera por Charly, ni por lo que pudiera pasar entre nosotras a partir de ese momento. Si lo analizaba —y lo había hecho una y otra vez desde entonces—, lo único que sentía era la certeza de aquel encuentro había sido jodidamente increíble. Como si, por una noche, el universo hubiese decidido derribar unos muros construidos, tiempo atrás, en puro granito y se hubiera detenido solo para que existiéramos Carol y yo.

No había sido solo deseo. Ni se trataba de esa química explosiva que a veces ocurre por accidente y se disuelve en cuanto pasa. No, fue otra cosa muy diferente, al menos para mí.

Y ahora tenía que fingir que no había ocurrido nada. Tenía que olvidarlo, o al menos actuar como si lo hubiese hecho. Eso era lo

verdaderamente cruel. Tener que volver a mirarla como si solo fuera mi amiga. Saludarla con la misma naturalidad de siempre, fingiendo que no recordaba el modo en que se había estremecido bajo mis caricias, que no la había tenido desnuda entre mis brazos, entregada, vulnerable, temblando de deseo. Tenía que esconder bajo una sonrisa cordial todo lo que aún me ardía bajo la piel.

Y lo peor de todo era que Carol parecía decidida a ignorarlo por completo. Desde aquella noche, apenas había recibido un par de mensajes suyos: amables, educados… clínicamente neutros. Como si nada extraño hubiera pasado entre nosotras y aquella noche no se hubiese convertido en un punto de no retorno.

¡Carol, Carol, Carol!

Su nombre me atravesaba por dentro como un susurro eléctrico, imposible de apagar. Y ahí estaba yo, sentada frente a Charly, empujando los cubiertos sobre el plato, fingiendo una normalidad que estaba muy lejos de sentir.

En ese momento, Charly se inclinó hacia delante con una mirada preocupada antes de preguntar:

—¿Moni, estás bien? Llevas todo el día muy callada…

Forcé una sonrisa rápida, con ese gesto culpable que empezaba a volverse una rutina incómodamente familiar.

—No, nada... solo estoy un poco distraída. Es el trabajo, supongo.

Mentí. Confesar la verdad habría sido como dejar caer una bomba sobre la mesa. Además, ¿qué le iba a decir? ¿Que no debió ir a verme ese fin de semana porque yo estaba distraída pensando en mi reciente encuentro sexual con la que era mi mejor amiga? ¿Que aún sentía el sabor de su piel en mis labios? ¿Que esa misma mañana, mientras Charly me preparaba el desayuno, yo estaba recordando a Carol envuelta en las sábanas de mi cama, susurrándome al oído con la voz entrecortada por el deseo?

Apreté mi copa de vino con más fuerza de la necesaria, tratando de recuperar el control que, obviamente, estaba perdiendo.

—¿Estás segura? —insistió Charly, esta vez con dulzura—. Te noto rara… diferente.

—Sí, claro que sí —respondí antes de beber un sorbo de vino, como si de esa manera pudiera tragarme parte del desasosiego que me

invadía —. Ha sido una semana intensa, nada más. Todo está bien.

Pero no había una sola parte de mí que estuviera *bien*. No con Carol rondando por mi mente a cada hora del día tras haberse instalado allí con la aparente intención de quedarse para siempre. Y lo más aterrador de todo era que, en el fondo, ya no sabía si realmente deseaba que las cosas volvieran a ser como antes.

—No sé por qué, pero no te creo… —insistió Charly alzando una ceja con gesto de sospecha—. Te conozco demasiado bien, *darling*, y algo te pasa…

Sí, me conocía bien. Charly siempre había sabido leerme mejor que yo misma y comprendí que no podría seguir ocultándole lo que me ocurría durante mucho más tiempo. Además, se merecía la verdad, por dura que fuera, incluso corriendo el riesgo de perderla para siempre.

Guardé silencio unos segundos, sumida en mis pensamientos, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Entonces, una certeza se abrió paso dentro de mí con una lucidez desbordante: quería luchar por Carol.

Fue uno de esos momentos extraños en los que, de pronto, lo obvio se impone con una claridad abrumadora, como si siempre hubiera estado ahí, esperando pacientemente a ser reconocido.

En ese momento sentí un extraño alivio, como si algo dentro de mí encajara por fin en su lugar. Sabía que sería una batalla desigual, probablemente condenada al fracaso, pues la relación de Carol con su novio estaba bien cimentada, y no era un detalle menor, pero en el fondo sabía que lo sucedido en mi casa marcaba un antes y un después para ambas. Volver a ser solo amigas ya no era una opción, al menos para mí, ni estaba dispuesta a aceptar términos medios. Aun así, intuía que, de momento, debía ocultar mis sentimientos. Algo me decía que ella no estaba lista —ni remotamente— para dejar atrás su relación actual y plantearse algo serio conmigo. Necesitaba tiempo.

—¿Me vas a contestar de una vez? —preguntó Charly, impaciente, con un leve matiz de irritación en la voz.

Había llegado el momento. No solo de ser honesta conmigo misma, sino también con Charly.

Inspiré hondo, y noté cómo el pecho se contraía al reunir el valor para hablar. La copa de vino oscilaba levemente entre mis dedos, y cuando por fin rompí el silencio, mi voz emergió temblorosa, más cargada de temor que de firmeza, pero también de una verdad profunda.

—Charly… eres de las mejores cosas que me han pasado en la vida —empecé a decir, pero ella me interrumpió antes de que pudiera continuar.

—Oh, Dios…, ¡vas a dejarme! —exclamó cerrando los ojos por un instante, como si ese simple gesto pudiera protegerla de lo que empezaba a presentir con dolorosa claridad.

La miré en silencio durante unos segundos. No intenté corregirla, porque, en el fondo, tenía razón. No quería hacerle daño, pero tampoco podía seguir con ella mientras, en mi interior, comenzaba a tomar forma una idea tan incierta como inevitable: luchar por algo que quizás no fuese más que una quimera, pero que ya había empezado a ocupar un lugar en mi mente… y en mi corazón.

—No es que quiera dejarte —dije finalmente con tono de resignación—. Me pareces una mujer increíble, Charly. Pero no sería honesta contigo, ni conmigo misma, si fingiera que puedo darte la relación que mereces.

Ella retiró la mirada, meneando la cabeza con tristeza. La expresión de su rostro me rompió el corazón. Sabía que estaba enamorada de mí, y en ese momento entendí con dolorosa claridad que yo nunca había sido capaz de corresponderle del todo. No como ella deseaba.

Quise desaparecer y que la tierra me tragara, o que el tiempo se detuviera… cualquier cosa antes que seguir adelante con esa conversación. Pero, por supuesto, nada de eso ocurrió. Seguimos allí, en aquel elegante restaurante, con la cena a medio terminar y un abismo repentino entre nosotras.

—¿Hay alguien más? —preguntó entonces Charly, con la vista clavada en mí.

—Sí —admití, obligándome a sostenerle la mirada, aunque cada segundo transcurrido me desgarrara por dentro—. Pero no es lo que imaginas. La verdad es que ni siquiera sé si esa persona estará en mi vida… o si se trata tan solo de un espejismo.

Ella frunció levemente el ceño, y vi el dolor asomarse otra vez a su rostro.

—¿Quién es?

—¿Importa…?

Se quedó callada unos segundos, reflexionando. Y luego dijo, casi en un susurro:

—Carol…

Tragué saliva. No tenía sentido negarlo.

—Sí. Carol.

El silencio volvió a instalarse entre nosotras, tan denso que costaba respirar. Yo esperaba que dijera algo, lo que fuera, cualquier cosa que rompiera esa tensión insoportable. Pero no lo hizo. Se limitó a juguetear con el tenedor, perdida en sus pensamientos. En ese instante supe que estaba dejando escapar a una mujer extraordinaria, y, sin embargo, también supe que no podía hacer otra cosa.

—Lo siento —dije al fin—. De verdad lo siento. Te quiero, lo sabes…

—Sí, me quieres, pero no como a ella —respondió con frialdad. Después bajó la mirada—. Me llamaba la atención la forma en que la mirabas, o cómo hablabas de ella…

—¿Y… por qué no dijiste nada?

—Porque prefería no creerlo.

—Quizá podríamos ser amigas… — propuse sin querer entrar demasiado en el tema de Carol. — Me encantaría que siguieras en mi vida.

—Francamente, no sé si yo quiero que tú sigas en la mía.

—Quizá ahora no, pero… ¿más adelante? —insistí, con una punzada de angustia en el pecho. Dios, ¿por qué tenía que ser tan doloroso?

—¿Te has acostado con ella?

La pregunta no me sorprendió del todo, pero había esperado, con ingenuidad, que no la formulara.

—Solo una vez —respondí, con desgana—. Aunque, según ella, no volverá a ocurrir.

Otra vez el silencio, aunque más incómodo que antes, si cabía.

—Bien. Creo que no hay nada más que decir —dijo sin emoción—. Te pido que me dejes un rato sola. Voy a volver a casa, recoger mis

cosas, y tomaré un taxi al aeropuerto para coger el primer vuelo a Londres. Préstame tus llaves, y te las dejaré en el buzón.

—Charly, no hace falta que te vayas ahora, por favor. Y si vas a irte, déjame al menos que te lleve yo al aeropuerto…

—No —respondió con voz firme antes de ponerse en pie y estirar la mano, esperando que le entregara las llaves.

Obedecí en silencio, sin saber qué decir. Por un momento pareció que se marcharía sin añadir nada más, pero entonces se volvió, se acercó a mí, y me tocó suavemente la barbilla.

—Adiós, *darling*.

Tenía los ojos húmedos, y comprendí que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no llorar. Después se giró para alejarse con paso firme, sin mirar atrás. Me dejó allí, con el corazón encogido y un dolor agudo en el pecho que parecía no tener fin.

Permanecí sentada durante un tiempo, incapaz de moverme, contemplando fijamente los restos de mi ensalada, sin intención de dar un solo bocado más. Cuando por fin pedí la cuenta, salí a la calle y me perdí en un largo paseo, caminando sin rumbo por la ciudad. Solo cuando el cansancio comenzó a pesarme en las piernas, regresé al coche y conduje de vuelta a casa, sintiéndome más vacía que nunca.

Allí, todo rastro de Charly había desaparecido. Como si nunca hubiera existido.

Sabía que había hecho lo correcto. Pero, demonios, ¡cómo dolía!

Me dejé caer en el sofá, pensando en ella. En su risa que comenzaba en los ojos, en esa voz con marcado acento británico susurrándome cosas medio dormida por las mañanas, en cómo me preparaba el café sin necesidad de preguntar, como si ya supiera lo que necesitaba. Pensé en sus notas adhesivas en el espejo del baño, llenas de mensajes absurdos y entrañables. En su lealtad sin fisuras. En su amor, que siempre estuvo ahí, silencioso pero constante.

¿Me había equivocado al dejarla ir?

Podría ser, pero ya no había marcha atrás. Además, si quería intentar lo imposible con Carol, no podía ser de otra manera. Eso no hacía el dolor menos agudo, ni convertía el momento en algo menos

devastador, pero, en medio del caos, vislumbraba una pequeña chispa de certeza: había elegido con el corazón.

Y, con suerte, eso era suficiente para no arrepentirse.

## CAPÍTULO 25.

CAROL.

El sol caía con intensidad sobre la piscina de la urbanización, cubriéndolo todo con un manto cálido que adormecía la tarde en tonos dorados. Era el principio del verano en su forma más pura. El aire estaba impregnado del olor a cloro y crema solar, mientras un murmullo constante de risas, chapoteos y voces lejanas creaba una atmósfera tranquila, casi hipnótica, pues aquella tarde no había demasiada gente: un par de parejas se tostaban al fondo en las tumbonas, un grupo de madres vigilaba a sus hijos en la zona poco profunda, y poco más. El ambiente justo para sentirse acompañado sin perder la calma.

Mónica y yo habíamos llegado un rato antes, buscando un rincón con algo de sombra bajo una de las sombrillas de brezo, donde extendimos las toallas con esmero hasta dejarlas perfectamente estiradas. Ella se sumergió en seguida en el agua, pero yo preferí quedarme en la orilla, disfrutando de la quietud del momento. Minutos después, cuando ella salió para reunirse conmigo, su figura llamó mi atención con una fuerza casi magnética, y sin poder evitarlo, mis ojos se clavaron en ella, atrapados por esa mezcla de frescura y sensualidad que desprendía.

Su cuerpo esculpido por la natación o por la genética —o por ambas cosas— brillaba bajo el sol, cubierto de gotas que resbalaban con lentitud sobre su piel. Caminaba desde el borde de la piscina con su andar despreocupado, felino, como si la escena entera —el agua, el sol, las miradas ajenas— orbitara en torno a ella sin que hiciera el menor esfuerzo. Llevaba un bikini negro, sencillo en apariencia, pero que parecía diseñado específicamente para resaltar cada curva, cada ángulo de su silueta. El contraste con su piel dorada era casi ofensivo, irresistible. Y el cabello, ese cabello oscuro que yo conocía tan bien, caía mojado sobre su espalda en ondas desordenadas que le otorgaban una apariencia un tanto salvaje.

Me observó un instante, con esa media sonrisa suya que nunca llegaba a ser del todo inocente.

—¿Hace calor o soy yo? —bromeó con ligereza, dejando caer su cuerpo sobre la toalla, a escasos centímetros del mío.

—Hace calor… —respondí, fingiendo mirar hacia otro lado, como si su presencia no me hubiese alterado en lo más mínimo.

Pero continuaba mirándola, por supuesto. La miraba a cada rato, aunque me escondiera detrás de mis gafas de sol o fingiera estar distraída hojeando el libro que había traído solo por tener algo entre las manos. Muy a mi pesar, lo cierto es que cada célula de mi cuerpo estaba pendiente de ella; pendiente de cada uno de sus movimientos.

Ella, por su parte, se movía con una serenidad imperturbable. Nada en su actitud delataba lo que había ocurrido entre nosotras dos semanas atrás. Ni un gesto, ni una palabra, ni siquiera un amago de complicidad. Ninguna de las dos había hecho ni una sola mención de *aquella noche*. Como si no hubiera ocurrido, o como si no hubiese significado nada. Y, aunque, por un lado, agradecía esa normalización silenciosa —esa especie de pacto tácito que evitaba miradas incómodas o conversaciones difíciles—, no podía evitar que, al mismo tiempo, me resultara desconcertante, extraño. Incluso un poco hiriente.

La observé de nuevo de reojo, fingiendo atención en el agua cristalina de la piscina, mientras ella cruzaba lentamente las piernas y tomaba el bote de protector solar con parsimonia. Lo destapó con un pequeño chasquido y comenzó a extenderse el líquido por los hombros con las yemas de los dedos, dibujando sobre su piel movimientos suaves y circulares. Cada gesto parecía perfectamente medido, como si el sol, el silencio y mi presencia hubiesen coreografiado esa escena sin que yo lo supiera.

De pronto, y durante unos segundos, una sospecha se abrió paso en mi interior: ¿era aquello simplemente parte de su rutina veraniega, o Mónica sabía con exactitud lo que estaba haciendo? Había una naturalidad aparente en su comportamiento, sí, pero también una precisión inquietante en la cadencia pausada de sus movimientos, una especie de cuidado milimétrico al colocar las

manos y al girar el cuello. Parecía que conociera al detalle el efecto que provocaba en mí y lo administrara con la destreza de quien sabe que el deseo no se muestra, se insinúa.

No se trataba de una provocación evidente, ni de una actitud vulgar. No. Era algo mucho más sutil y, por eso mismo, infinitamente más poderoso. ¿Estaría empezando a imaginarme cosas, como que su cuerpo giraba apenas un poco más hacia mí de lo necesario o que su sonrisa tenía algo de travieso cada vez que cruzábamos una frase banal?

En cualquier caso, habíamos hecho un trato: *lo hacemos, y después lo olvidamos*, y Mónica parecía manejarlo con una facilidad insultante. Sonreía, bromeaba, se estiraba bajo el sol exponiendo con frescura cada centímetro de su cuerpo semidesnudo, y eso, de alguna forma, me irritaba. Aunque no sabía exactamente por qué.

—Un penique por tus pensamientos —dijo, de pronto, con una sonrisa ladeada que no llegué a interpretar del todo por culpa de aquellas malditas gafas oscuras que ocultaban sus ojos.

—¿Cómo? —respondí algo aletargada.

—Que llevas un buen rato callada. Y no me digas que estás concentradísima en este paisaje tan fascinante —añadió, haciendo un gesto con la mano hacia la piscina, las sombrillas, los niños gritando en la esquina.

Sonreí con desgana.

—Es el calor. Me deja un poco amodorrada —mentí.

Ella asintió, dudando probablemente de la veracidad de mi respuesta, pero tampoco insistió. Se estiró sobre la toalla, dejando que su cuerpo se extendiera como un felino satisfecho al sol. Yo me obligué a mirar hacia otro lado, hacia el agua, hacia las palmeras que bordeaban la piscina, hacia cualquier cosa que no fuera la curva perfecta de su cintura.

Comprendí que me sentía atrapada en una escena que yo misma había sugerido. Había pensado que sería buena idea vernos en un contexto neutro, distendido, con la intención de normalizar las cosas entre nosotras con un poco de sol y charla superficial. Pero me equivoqué. No estaba siendo tan sencillo. Cada vez que Mónica se

movía, cada vez que reía o inclinaba la cabeza, sentía que una parte de mí se tensaba, como una cuerda a punto de romperse.

Lo que más me irritaba —y quizá también me fascinaba— era su ambigüedad. Su capacidad para moverse en ese espacio intermedio entre la amistad y algo más, sin parecer afectada, sin dar nada por sentado. Yo, en cambio, me sentía desbordada.

Me obligué a iniciar una conversación sin demasiada convicción, algo trivial, casi anodino: una queja sobre el calor sofocante, una pregunta vaga sobre sus planes de vacaciones. Frases huecas, lanzadas al aire más para llenar el silencio que por verdadero interés. Solo buscaba ocupar ese espacio invisible que se había abierto entre nosotras.

Pero mientras las palabras salían de mi boca, mi mente no dejaba de regresar a aquella noche. A lo que compartimos. Me preguntaba —una y otra vez— si para ella habría sido simplemente una experiencia más, un deseo momentáneo satisfecho y luego archivado sin drama, sin peso, sin importancia. ¿Podría ser?

Habíamos acordado que sería solo eso, algo puntual, sin consecuencias. Y, sin embargo, al verla ahora tan tranquila, tan cómoda en su papel de amiga intachable, empecé a darme cuenta de que me dolía lo fácil que le resultaba cumplir con ese pacto. Me habría aliviado —absurdamente— verla igual de confundida, de incómoda, de vulnerable que yo. Pero no. Mónica parecía llevar muy bien aquella situación; se la veía ajena a cualquier preocupación, ligera, perfectamente entera.

La tarde avanzó lentamente y el sol comenzó a declinar, tiñendo el cielo de tonos anaranjados que se reflejaron en la superficie de la piscina. El grupo de madres con niños se había ido hacía rato, dejando el lugar en una calma casi palpable. Solo quedaba una pareja en la piscina, nadando tranquilamente, ajenos a todo lo demás. Mónica y yo seguíamos conversando, pero lo que había comenzado como una charla insustancial, se había convertido en una conversación cómplice, como las de antaño. Tumbadas sobre las toallas, frente a frente y apenas separadas por unos centímetros, hablábamos en voz baja mientras el murmullo del viento entre los árboles envolvía la escena con una quietud relajante.

De pronto, me asaltó un impulso tan irracional como arrollador: acercarme un poco más y rozar sus labios con los míos. Fue tan intenso que me dejó inmóvil, atrapada tras el escudo de mis gafas de sol. Agradecí llevarlas puestas; al menos ocultaban la confusión que seguramente se reflejaba en mi rostro. ¿En qué estaba pensando? ¿Besar a Mónica? ¡Qué insensatez!

Respiré hondo y logré recuperar el control. Me giré con brusquedad, quedando boca arriba sobre la toalla, mientras en mi interior me reprendía sin piedad. Tenía que recordar las reglas. Las mías. *Aquello* iba a suceder solo una vez. Había sido un paréntesis, nada más. No podía permitirme que esa morbosa fantasía continuara viva.

El silencio se instaló entre nosotras durante unos segundos, y tuve la sensación de que Mónica también había percibido el extraño momento que acabábamos de vivir, al menos por mi parte. Fue entonces cuando una voz familiar llegó a nuestros oídos.

—¡Ey, chicas! ¿Qué tal?

Era Iván, que se acercaba vestido con un bañador de flores y una camiseta. Agradecí la interrupción y le recibí con una sonrisa.

—¡Hola! Creía que trabajarías hasta tarde hoy.

Él se detuvo junto a nosotras, agachándose para saludar a Mónica con dos besos corteses en las mejillas.

—¡Eso creía yo! —dijo—, pero he acabado mucho antes de lo que pensaba y he decidido venir a darme un chapuzón.

—Pues venga, el agua está fantástica —respondió Mónica con una sonrisa amable, sin mostrar, ni por asomo, que la interrupción le hubiese podido molestar.

Iván, con esa energía de quien se siente de vacaciones, aunque no lo esté del todo, se lanzó de cabeza a la piscina para nadar unos cuantos largos con despreocupación.

Cuando finalmente salió, se secó el rostro con su toalla y se unió a nuestra conversación. Su presencia no rompió del todo la extraña burbuja en la que Mónica y yo nos encontrábamos, pero sí la templó, como si bajara la intensidad de algo que ninguna de las dos sabíamos cómo manejar.

—Por cierto, Mónica —dijo, sentándose en el borde de su tumbona con gesto animado—. El viernes que viene mi amigo Carlos organiza una fiesta en la casa de sus padres, que no van a estar. Es por la noche de San Juan. ¿Te gustaría venir?

Lo miré de reojo. Sabía que Iván tenía en alta estima a Mónica, le caía bien de forma genuina, pero una parte de mí se tensó. ¿Qué pasaría si supiera…? ¡Dios!, mejor ni pensarlo.

—¿El viernes que viene? —repitió Mónica, pensativa, acariciando el borde de su barbilla con los dedos en un gesto que delataba concentración.

—Sí, podrías venir con Charly, si está en Madrid —añadió Iván, amable.

—Bueno… —empezó a decir Mónica, en un tono bajo que, de inmediato, captó mi atención. Después me miró de soslayo, como quien tantea el terreno antes de avanzar —. Lo cierto es que Charly y yo… digamos que nos hemos dado un tiempo.

¿Cómo? ¿Media tarde juntas y no había considerado relevante mencionar ese… *pequeño detalle*?

Las preguntas comenzaron a agolparse en mi cabeza, desordenadas, punzantes. ¿Por qué no me lo había dicho antes? ¿Desde cuándo lo habían dejado? ¿Tenía la ruptura algo que ver conmigo, con nosotras, con lo que ocurrió aquella noche?

—¿Cómo es posible? —intervine, sin poder disimular del todo un leve tono de reproche—. No me habías dicho nada...

—Ha sido bastante reciente —respondió ella, sin alterar el tono—. Y, si te soy franca, no me apetecía demasiado hablar de eso.

—Pero… ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—Las relaciones a distancia son complicadas —dijo, encogiéndose de hombros con una mezcla de resignación y desgana, como si esa frase, tan gastada como cierta, fuese suficiente para cerrar el asunto sin dar más explicaciones.

—Eso es cierto —intervino Iván—. Por mucho que se os viera bien juntas, mantener algo así es difícil; al final, la cercanía es lo que crea vínculos...

—Cierto —asintió Mónica con una pequeña sonrisa, aceptando la conclusión de mi novio sin hacer amago de añadir más.

Seguimos conversando durante un buen rato, pero nadie volvió a mencionar a Charly. Era como si, una vez puesto sobre la mesa, el asunto se hubiera guardado en una caja invisible que ninguno de los tres se atrevía a abrir de nuevo. Mónica recuperó su tono habitual: distendido, con ese toque de sarcasmo tan suyo. No mostró en ningún momento incomodidad por la presencia de Iván, ni dio señales de tener prisa por irse. Y, curiosamente, eso fue lo que más me descolocó.

Además, no dejaba de pensar en que había roto con la inglesa justo después de acostarse conmigo. ¿Pura coincidencia o consecuencia silenciosa de lo sucedido la noche en cuestión?

La duda me carcomía.

Tiempo después, cuando el cielo se había vuelto de un azul denso y las primeras estrellas comenzaban a insinuarse, recogimos nuestras cosas. Mónica se colocó su vestido de lino blanco por encima del bikini tras recogerse el pelo en una pinza improvisada.

Yo la observaba en silencio, desde el rabillo del ojo, mientras fingía estar muy concentrada en ponerme las sandalias.

—Bueno, es hora de irme —anunció Mónica finalmente, colgándose el bolso al hombro y dedicándonos una sonrisa cortés.

—¿Te acompaño a la puerta? —me ofrecí, quizá demasiado rápido. Necesitaba tener un momento a solas con ella. Quería respuestas.

Ella asintió con una leve inclinación de cabeza y, tras despedirse de Iván, echó a andar a mi lado en dirección a la salida de la urbanización. El sendero de piedra, bordeado por arbustos meticulosamente recortados, se sumía en una penumbra suave, mientras el murmullo del agua quedaba atrás, apagándose poco a poco. La sensación era la de estar abandonando un escenario para entrar en otro completamente distinto.

Al llegar a la verja exterior, Mónica se detuvo y se giró hacia mí. Su expresión era serena, casi imperturbable, pero detrás de esa calma se adivinaba algo más. Algo sutil, casi imperceptible, que permanecía oculto bajo la superficie.

—Mónica, ¿qué ha pasado con Charly? —pregunté sin rodeos, bajando la voz.

—Lo que os he dicho… la distancia es difícil de llevar —repitió, pero esa vez sus palabras no sonaron a justificación, sino a una barrera cuidadosamente levantada.

—Pero… ¿Estás bien?, ¿cómo lo llevas?

Ella bajó por un segundo la mirada al suelo, y un gesto fugaz cruzó su rostro, una grieta sutil que dejaba entrever un atisbo de tristeza.

—Sí. Estoy bien. Pero es inevitable que duela.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Se supone que somos amigas.

—Iba a hacerlo… —dijo con voz suave mientras volvía a mirar al suelo, como si algo ubicado allí reclamara toda su atención.—. Solo que hoy quería desconectar un poco, pasar la tarde tranquila, sin tener que hablar de esto.

—¿De quién partió la decisión? – insistí.

—De mí —admitió sin vacilar, aunque, por algún motivo, no me sorprendió.

—¿Tiene que ver con lo que ocurrió entre nosotras? Porque no me gustaría que eso…

Mi voz se deshizo en el aire antes siquiera de terminar la frase. Era la primera vez que mencionaba, desde que sucedió, lo que hasta entonces solo habitaba en ese rincón íntimo y silenciado que compartíamos sin nombrarlo.

Ella me sostuvo la mirada con serenidad aparente, pero, por un segundo, vi algo más en sus ojos, una chispa contenida, un rayo fugaz de rabia o decepción.

—No tiene absolutamente nada que ver con eso, tranquila —declaró con calma.

—De acuerdo —susurré, un poco cortada. Ya no sabía qué más decir.

—Bueno… gracias por la tarde.

—Gracias a ti por venir —respondí en un tono más frágil de lo que me habría gustado.

Permanecimos inmóviles durante unos segundos, en un silencio algo incómodo. Por un momento, creí que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Solo se inclinó y me dio un beso leve en la mejilla. Fue rápido, pero no fugaz, de esos que duran apenas un segundo más

de lo habitual. Después se giró y comenzó a caminar calle abajo, con paso firme, con esa calma que a veces me parecía tan insoportable.

Me quedé allí, observando cómo se alejaba, sintiendo que una parte de mí —una parte testaruda y terca— todavía caminaba con ella, unos pasos por detrás.

## CAPÍTULO 26.

MÓNICA.

Empecé a arreglarme con la extraña sensación de que algo en el aire había cambiado. Una corriente sutil, casi invisible, parecía recorrer la habitación, impregnando cada rincón con una electricidad silenciosa, una expectativa contenida. Lo sentía en el pecho, en la punta de los dedos, en el modo en que mi respiración se volvía más lenta, más profunda. Era como si mi cuerpo supiera, antes que mi mente, que algo iba a suceder esa noche.

Me encontraba en mi dormitorio, rodeada del pequeño caos que había provocado al vaciar medio vestidor en busca del atuendo perfecto. Las perchas colgaban vacías de los bordes del armario y sobre la cama se apilaban blusas, vestidos, y faldas que ya había descartado.

Me detuve por un momento, pensativa. Solía vestir con discreción, pues siempre he sido una firme partidaria del poder de la contención, de la elegancia sobria, pero esa noche no quería esconderme detrás de la mesura. Esa noche quería ser otra, destacar, lucir impecable, perfecta. Quería que me miraran, que sintieran mi presencia antes incluso de oír mi voz. Que *ella* me mirara.

Rebusqué entre perchas, acariciando telas, desempolvando recuerdos, hasta que encontré un vestido plateado de cóctel que había comprado en Londres hacía un par de años para acudir a una gala benéfica en un museo. Lo usé solo una vez, y desde entonces había permanecido colgado en silencio, esperando una segunda oportunidad. Lo deslicé entre mis dedos y supe que esa noche era para él.

Cuando me lo probé, me sorprendió lo bien que me seguía quedando, pues parecía recordar la forma exacta de mi cuerpo. Los tirantes finos enmarcaban los hombros con sutileza, el tejido se ceñía con precisión en los lugares justos, dibujando mi silueta con una elegancia contenida, sin caer en lo obvio. El dobladillo caía con

suavidad hasta rozar las rodillas, con ese peso liviano propio de la tela bien cortada, y el brillo metálico del tejido era discreto pero fascinante, como una luz que respira, que aparece y desaparece al ritmo del movimiento. No era demasiado escandaloso, pero tampoco pasaría desapercibido; se trataba de un vestido que se comunicaba con el mismo idioma que yo quería hablar esa noche: insinuación, presencia y poder silencioso.

Era perfecto.

Después me senté frente al espejo del tocador y comencé a maquillarme. Primero me extendí una base, ligera pero firme, y después me dediqué a los ojos, aplicándome un ahumado suave con un poco de brillo en los párpados y máscara de pestañas negra. Los labios los dejé para el final. Dudé entre un rojo atrevido y un tono vino más sofisticado. Opté por el color vino; seductor, pero con clase.

Por último, me peiné con esmero, deslizando el cepillo una y otra vez hasta que cada mechón adquirió un brillo sedoso, casi líquido, y mi melena cayó sobre los hombros en una cascada oscura y pulida, obediente al ritmo de mis manos.

Me miré en el espejo una vez más, observándome con atención. La mujer que me devolvía la mirada no era solo atractiva; era sofisticada, poderosa, femenina. Sonreí, y en esa sonrisa encontré algo más que pura vanidad: encontré determinación. Me gustaba lo que veía, y, sobre todo, lo que esa imagen representaba. Me daba fuerzas para intentar lo imposible: que Carol me viera con otros ojos, no como a su amiga entrañable, ni como a su confidente incondicional o la eterna compañera de fiestas, sino como una opción amorosa seria. No sabía cómo lo lograría, ni si era factible siquiera, pero necesitaba intentarlo. No quería vivir con la duda, ni quedarme atrapada en el "y si lo hubiese intentado…". Era entonces o nunca.

Por un instante, pensé en Iván y una punzada de remordimiento me atravesó. El hombre me caía bien: era simpático, inteligente, un novio casi perfecto. Pero en el amor —me dije—, como en la guerra, todo vale. O casi todo. No me consideraba una villana, solo alguien que amaba sin haber elegido a quién, y ya había esperado

demasiado tiempo. Era mi momento, por más complicado que pudiese parecer. Además, tenía mis armas… y sabía cómo usarlas; conocía bien a las mujeres —había seducido a unas cuantas—, y Carol, por muy amiga que fuese, seguía siendo, ante todo, una mujer.

Terminé calzándome unos tacones plateados y dejando caer unas gotas de perfume sobre mi cuello. Cerré los ojos y respiré hondo. Ya estaba lista. Algo en el aire —tal vez una corazonada— me susurraba que esa sería una noche para recordar.

CAROL.

Llegamos a la fiesta justo cuando el cielo empezaba a oscurecer del todo. Iván me llevaba de la mano mientras hablábamos despreocupadamente de todo un poco. La noche era cálida, veraniega, y en el aire flotaba ese olor tan particular a vacaciones, a jazmín, a césped recién regado. Era la noche más corta del año, y las estrellas parecían saberlo: brillaban con descaro sobre nuestras cabezas, mientras una luna magnífica, casi teatral, lo presidía todo desde lo alto.

La casa, en una urbanización exclusiva de Pozuelo, pertenecía a los padres de Carlos. Era una construcción tradicional, señorial, con una elegancia que no necesitaba alardes, y se encontraba rodeada por un jardín inmenso al que accedimos por un portón que daba a la calle. Al instante nos vimos envueltos en una algarabía de risas, música suave y voces que se cruzaban sin cesar.

No tardamos mucho en encontrarnos con algunas caras conocidas, todos amigos de Iván, y detenernos a saludar. Yo sonreía, asentía, respondía con cortesía, pero mis ojos recorrían el lugar con curiosidad. Buscaba a Mónica, quien estaba también invitada, y aunque llegaría sola y prácticamente no conocía a nadie, sabía —o, mejor dicho, intuía— que se haría esperar.

Nos acercamos a una barra improvisada en mitad del jardín, elegante en su sencillez. Detrás de ella, un camarero vestido de esmoquin servía copas con destreza. Yo pedí un refresco con mucho hielo; me apetecía algo bien frío. Después me dediqué a observar al resto de invitados: en su mayoría eran jóvenes, guapos y

despreocupados. Vestían con esa soltura estudiada que solo se adquiere en determinados círculos: ropa informal, pero siempre con un toque de distinción, especialmente ellas, impecables con sus vestidos ligeros, sandalias delicadas y peinados cuidadosamente elaborados.

Una hora y pico más tarde, la fiesta ya estaba a reventar. Había demasiada gente para mi gusto, y la mayoría me resultaba completamente desconocida. Al final, terminé conversando con algunas de las novias de los amigos de Iván. Eran amables, sí, y charlaban con soltura sobre viajes, ropa, cotilleos, series... temas inofensivos que flotaban con ligereza, pero que pronto empezaron a resultarme repetitivos. Mientras tanto, ellos —los chicos— se agrupaban entre risas ruidosas, compartiendo anécdotas como si fueran veteranos de guerra recién regresados del frente. Todo en su sitio. Todo correcto. Todo ligeramente insípido.

Empecé a preguntarme, con una mezcla de fastidio y preocupación, dónde demonios estaría Mónica. ¿Acaso había decidido no acudir? ¿Se habría echado atrás en el último momento sin avisarme? La idea me rondaba con insistencia, como una mosca molesta en medio del ruido de la fiesta. Revisé el móvil por enésima vez, pero no había ningún mensaje, ninguna señal suya.

Y entonces, sucedió.

Una figura captó mi atención con una intensidad casi magnética. Y no solo la mía. Pude sentir cómo varias cabezas se giraban al unísono; parecía que una corriente invisible hubiese barrido el césped sobre el que nos encontrábamos, arrastrando unas cuantas miradas en la misma dirección.

Era Mónica.

Apareció entrando por el jardín como si cruzara una pasarela, envuelta en un vestido plateado que le ceñía el cuerpo con una precisión casi insolente. Caminaba con ese andar suyo —grácil, firme, ligeramente desafiante—tan característico. Me bastó un instante para notar que se había maquillado con esmero, y que llevaba unos tacones imposibles, altísimos, a pesar de que siempre los había detestado.

Estaba deslumbrante.

Escuché a una de las chicas, casi con un hilo de voz, preguntar:

—¿Y esa quién es…?

No me molesté en contestar. Esbocé una excusa rápida, apenas un murmullo educado, y me deslicé entre los grupos dispersos del jardín con la naturalidad de quien sabe exactamente hacia dónde va. Mónica me recibió con una sonrisa en los labios que tenía algo de travesura contenida.

—Ya pensaba que no venías… — dije a modo de saludo, con un leve reproche en la voz, aunque no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Se me hizo un poco tarde —se excusó con un encogimiento de hombros—. Además, el navegador decidió que era buena idea perderme a medio camino…

—No pasa nada. ¿Te apetece tomar algo?

—¡Claro! —aceptó con naturalidad.

Nos dirigimos hacia la barra y pedimos un par de copas. Mientras esperábamos, ella empezó a recorrer el lugar con la mirada, con esa mezcla suya de curiosidad y distancia que siempre me intrigaba.

—Veo que hoy te has tomado tu tiempo para arreglarte… — comenté en tono burlón, dejando que mis ojos se deslizaran por su vestido plateado, ceñido como una segunda piel. Le quedaba increíble. Demasiado bien, en realidad.

—Dijiste que la gente vendría arregladita —respondió con una risa suave—. Además, tú tampoco estás nada mal —añadió, bajando ligeramente la voz, y recorriendo mi cuerpo con la mirada, de arriba abajo, como si estuviera evaluando algo más que mi mono negro de tirantes, sencillo, pero ajustado en los sitios adecuados.

La forma en que lo dijo, pausada y cargada de intención, acompañada por el lento y casi felino movimiento de sus ojos — como si me acariciaran sin tocarme— me provocó un escalofrío silencioso.

Durante la siguiente media hora charlamos un poco de todo, y en algún momento, se acercaron dos chicos desconocidos para mí. Nos saludaron con sonrisas algo torpes, intentando colarse en nuestra conversación, pero apenas les prestamos atención. Cuando más tarde se fueron, resignados, Mónica y yo nos miramos y soltamos una risa baja, compartida, cómplice. Creo que, en el fondo, a

ninguna de las dos nos apetecía demasiado interactuar con los demás invitados, aunque entendía que tarde o temprano tendríamos que integrarnos en algún grupo. Continuamos un rato intercambiando confidencias mientras me sorprendía a mí misma analizando su rostro con una atención nueva: la curva elegante de su cuello, los pómulos marcados, los labios llenos y ligeramente brillantes. Y esos ojos, grandes, verdosos, de pestañas interminables, que me miraban con aire misterioso.

De pronto me pregunté si Mónica estaría flirteando conmigo, ¿podría ser? En caso de que mi sospecha fuese cierta, no lo hacía de forma evidente; muy al contrario, utilizaba una sutileza tan afinada que parecía más instinto que intención. No sabía si eso me inquietaba… o me halagaba. Tal vez ambas cosas.

—¡Mónica! —escuché la voz de Iván a mi espalda, jovial, demasiado entusiasta, quizá—. ¡Qué tal! No te había visto, perdona, con tanta gente…

Me giré y ahí estaba mi novio, acompañado por una chica rubia de melena larguísima y perfectamente peinada, que parecía directamente sacada de un anuncio de champú. Era guapa, de ojos azules, mandíbula bien marcada y gesto sonriente.

—Hola, ¿qué tal? —respondió Mónica, cordial—. Bonita fiesta la de tu amigo.

—Luego te lo presento, que anda por ahí ejerciendo de anfitrión —dijo Iván con una carcajada—. Aunque me temo que ya lleva dos copas de más y no respondo por él…

Todos reímos, casi por reflejo, y entonces él añadió:

—Os presento a Romi, una compañera mía del trabajo.

La rubia se acercó a nosotras para saludarnos con dos besos. Me llamó la atención la forma en que miró a Mónica, pues no fue una mirada superficial, de esas que reflejan cortesía o mera simpatía. Se trató de algo más enfocado, más interesado, incluso un poco descarado.

—Romi también ha vivido en Londres un tiempo —añadió Iván, lanzándome una de esas sonrisas cómplices que yo solía encontrar graciosas, aunque esa noche, no tanto.

—¿En serio? —preguntó Mónica, con tono educado, pero se notaba que lo decía más por cortesía que por curiosidad real.

—En serio —confirmó Romi, encantada de la vida—. Estuve trabajando para una editorial, cerca de Camden. Una experiencia muy intensa…

Antes de que pudiera añadir más, sentí la mano de Iván rodear la mía con una firmeza poco habitual. Después tiró de mí con suavidad.

—Perdonad, chicas —dijo, arrastrándome—, me llevo a Carol un momento. Quiero presentarle a alguien.

El gesto fue tan repentino, tan fuera de lugar, que no pude evitar sentirme desconcertada.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté en cuanto estuvimos un poco más apartados, soltándome de su mano.

Iván sonrió con ese aire de travieso encantador que utilizaba cuando hacía una de las suyas.

—A Romi le van las mujeres… —susurró, en tono casi confidencial, con una ceja levantada y una sonrisa pícara. —Y he pensado que le gustaría conocer a Mónica, ahora que está libre.

Lo miré, parpadeando, tardando un segundo en procesar sus palabras.

—Pero ¿cómo se te ocurre? Mónica acaba de dejarlo con Charly. ¿Tú crees que está para ligues…? – repliqué, molesta con la idea, pero también por lo que acababa de ver: la tal Romi ya había iniciado una conversación de lo más animada con Mónica, que —para mi desconcierto— parecía seguirle el juego.

—Pues claro que sí —respondió Iván con una risa despreocupada—. ¿No sabes que un clavo saca a otro clavo? Además, no me digas que no hacen buena pareja… —añadió con una risita, mirando hacia ellas como si fuera un director de cine satisfecho con su *casting*.

¿Por qué me estaba molestando tanto aquello?

Era absurdo. Irracional. Estúpido. Mónica tenía todo el derecho del mundo a flirtear con quien le diera la gana, incluso con esa rubia sonriente con cara de imbécil.

—Ven, vamos un rato con mis amigos, que no les has hecho ni caso esta noche —continuó Iván con tono alegre y despreocupado, ignorante de mi fastidio.

Después me cogió de la mano otra vez y tiró suavemente de mí mientras yo volvía la vista hacia Mónica. Seguía sonriendo, pero sus ojos, por un instante, se encontraron con los míos. Y juro que vi algo ahí: un destello, una pregunta, o tal vez un reproche mudo.

MONICA.

Llevaba ya un buen rato conversando con Romi. La chica era encantadora, no podía negarlo. Tenía esa energía contagiosa de la gente que siempre encuentra algo que contar, algo que añadir. Reía con facilidad, se expresaba con seguridad, y era el tipo de mujer que una parte de mí, en otras circunstancias, habría querido conocer mejor. Pero no aquel día.

Mientras la rubia seguía relatándome, con entusiasmo y cierta nostalgia, lo maravillosa que había sido su vida en Londres —deteniéndose especialmente en la historia de un pequeño café escondido en un rincón encantador de Notting Hill—, mis ojos comenzaron a vagar por el jardín, de forma inconsciente, en busca de Carol. En seguida la encontraron. Estaba algo alejada, en medio de un grupo de gente, hablando con Iván. Él se inclinaba hacia su oído para decirle algo, y ella reía con una naturalidad que, sin saber por qué, me dolió.

Intenté no mirarlos directamente y fingí que seguía interesada en la conversación, pero la imagen seguía ahí, golpeándome con la fuerza seca de una bofetada mal encajada, pues había algo en la escena —el leve roce de un brazo, la inclinación de sus cuerpos, esa intimidad que solo se construye con la costumbre— que me encogió el pecho; se trataba de una familiaridad cotidiana que parecía fuera de mi alcance. Y sí, me dolió, porque verla con él era como mirar a través de un cristal algo que anhelaba, pero que no me pertenecía.

De pronto, y sin poder evitarlo, mi mente se llenó de preguntas de lo más incómodas, como dardos lanzados al azar: ¿dormirían abrazados?, ¿se besarían cada mañana?, ¿con qué frecuencia harían el amor?, ¿se trataría de algo rutinario, o aún se buscaban con deseo?

¡Dios santo! ¿Por qué me hacía aquello? Esas preguntas eran un campo minado: solo con pensarlas ya me dolía, y lo peor era saber

que no conducían a nada. Pero había días —como aquel— en los que no lograba expulsarlas de mi mente. Se aferraban con fuerza, repitiéndose una y otra vez, empeñadas en desgastarme por dentro.

Romi seguía hablando, animada, gesticulando con entusiasmo mientras encadenaba anécdotas y risas. Yo continuaba interpretando mi papel a la perfección: asentía, sonreía, soltaba alguna que otra risa cuando el guion lo pedía. Pero mi atención estaba a unos cuantos metros de distancia, y cuando vi que Carol se alejaba del grupo del que se rodeaba y cruzaba el jardín en dirección a la entrada de la casa, comprendí que era mi oportunidad.

—Disculpa, Romi — dije, interrumpiendo su discurso educadamente —. Voy un momento al cuarto de baño.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció ella, con ese tono amable que ya me empezaba a resultar un poco agobiante.

—No, no es necesario, gracias —respondí con mi mejor sonrisa. — Luego te busco por aquí — agregué antes de alejarme con paso firme, dejando atrás su mirada algo desconcertada.

En cuanto crucé la puerta principal de la casa y avancé hacia el vestíbulo, localicé a Carol subiendo las escaleras de madera que llevaban al piso superior. Aceleré el paso hasta alcanzarla.

—¡Eyyy, Carol! Espera…

Ella se giró, algo sorprendida al verme allí.

—¿Vas también al cuarto de baño? — pregunté.

—Sí —asintió—. Carlos me ha dicho que subiera a uno de los de arriba, que probablemente estaría vacío.

—Buena idea —sonreí, siguiéndola por las escaleras mientras el bullicio de la fiesta se apagaba a nuestras espaldas.

El interior de la casa era impresionante, de esas que parecen sacadas de una revista de arquitectura. El pasillo del segundo piso estaba tenuemente iluminado por apliques dorados que proyectaban una luz cálida y suave sobre las paredes color crema. Alfombras gruesas y elegantes amortiguaban nuestros pasos, y, de vez en cuando, pasábamos junto a puertas cerradas, todas perfectamente barnizadas, con manillas de bronce brillando discretamente bajo la luz.

Finalmente abrimos, por pura intuición, una puerta a la derecha y localizamos lo que estábamos buscando. El cuarto de baño era amplio, silencioso, con una encimera de mármol gris, dos lavabos gemelos con grifería dorada y un inodoro separado del resto por una portezuela. El aire olía a limón y a algo más, una fragancia elegante que parecía flotar en el ambiente como una presencia invisible.

Carol entró primero, y yo la seguí, cerrando la puerta detrás de nosotras.

Hubo un segundo en que observamos nuestros reflejos en el espejo, en silencio, y tuve la extraña sensación de que el mundo se quedaba quieto, suspendido en esa imagen de nosotras dos solas, aisladas de todo lo demás.

—¿Qué tal te lo estás pasando? —preguntó Carol mientras se situaba frente a uno de los lavabos para lavarse las manos.

Algo en su tono de voz me llamó la atención, pues no sonaba como una simple pregunta, ni como una muestra inocente de interés. No. Había algo más escondido entre sus palabras: una ironía velada, un retintín apenas audible, pero lo suficientemente presente como para que no pasara desapercibido.

—Muy bien —respondí, con una indiferencia calculada.

Ella se giró para secarse las manos al aire con una media sonrisa que se me antojó algo falsa.

—Se ve que te cae bien la tal Romi…

No pude evitar sonreír de puro deleite. ¡Vaya, vaya!, así que la señorita *"seamos solo amigas"* estaba molesta…

—Es muy simpática —dije, saboreando cada palabra mientras la observaba. Sus ojos se entrecerraron apenas un poco mientras su mandíbula efectuaba un leve movimiento que me confirmó lo que ya intuía. Aquello no le hacía ninguna gracia. *Donde las dan, las toman*, pensé.

—Veo que has superado muy rápido tu ruptura con Charly… —soltó entonces, casi con desgana, aunque yo lo percibí como un dardo bien dirigido.

—¿Noto cierto resquemor en tu voz…? —pregunté, ladeando la cabeza con suavidad. A pesar del escozor que me provocaron sus palabras, me obligué a sonreír.

—¡En absoluto! —negó ella al instante con aire altivo, como si el hecho de insinuar que podía sentir celos de Romi fuese un insulto personal.

—¿Celosa? —insistí, dando un paso hacia ella, lo justo para invadir sutilmente su espacio personal.

Ella se rio con una carcajada seca, sin gota de humor.

—No te lo creas tanto —replicó con ese tono cortante que usaba cuando quería marcar distancias—. Que nos dejáramos llevar una noche no significa que aquello tuviera el más mínimo significado para mí. Créeme.

Sus palabras me dolieron, no lo voy a negar, pero también supe, por puro instinto, que mentía: lo vi en sus ojos, en la forma en que apretó los labios al terminar de hablar, como si tratara de convencerse más a sí misma que a mí.

Sin pensarlo demasiado, me acerqué un poco más a ella, y le di un suave empujón sobre los hombros. Fue algo casi juguetón, pero cargado de intención.

—¿Seguro? —pregunté, clavando los ojos en los suyos.

Carol se quedó durante un segundo paralizada, sorprendida por el gesto. Después me lo devolvió, empujándome con la misma suavidad desafiante.

—¡Seguro!

Y entonces algo hizo un *clic* dentro de mi cerebro. Tal vez se debiese a la tensión acumulada, o a la rabia mal disimulada. Tal vez al deseo.

—Muy bien, señorita *indiferente* —murmuré con gesto de determinación—. ¡Comprobémoslo!

No le di opción a reaccionar. Avancé con determinación y la empujé contra la pared, sin brusquedad, pero con una firmeza que no dejaba espacio a dudas. Sus hombros se encontraron con el mármol frío, y en su rostro se dibujó una expresión mezcla de sorpresa y tensión reprimida. Quedó inmóvil, atrapada entre la dureza inalterable de la pared y el calor que irradiaba mi cuerpo, sin margen para retroceder.

El silencio que siguió no fue vacío, sino denso, cargado de lo que ninguna se atrevía a verbalizar.

Nos observamos atentamente a los ojos con las respiraciones contenidas. La luz tenue del techo proyectaba sombras suaves sobre su rostro, delineando sus pómulos y el arco de sus labios entreabiertos. Su mirada era desafiante, como si quisiera ganar una batalla sin declarar. La mía, firme, aunque por dentro ardía. Era un juego de máscaras donde ambas sabíamos que ya no estábamos actuando.

La tensión flotaba en el ambiente y la atracción se medía en cada centímetro de distancia no vencida, en el calor casi insoportable que se acumulaba en el breve espacio existente entre nosotras.

Pensé que se trataba de dos voluntades chocando, midiéndose, poniéndose a prueba, a pesar de que no nos tocábamos más que lo justo.

Entrelacé mis dedos con los suyos antes de acercarme a ella para susurrarle al oído:

— Creo que es momento de que nos marchemos; imagino que Iván te estará esperando… — declaré, con fingida parsimonia, al tiempo que depositaba un suave beso bajo el lóbulo de su oreja.

Ella no pronunció palabra alguna. Se quedó inmóvil, aparentemente ajena a mi propuesta, mientras mis labios seguían el contorno de su mandíbula con caricias delicadas y persistentes. Cuando llegué a la altura de su barbilla, levanté la vista para encontrarme con unos ojos ardientes y profundos que transmitían un mensaje inconfundible.

Deseo.

Un deseo intenso y salvaje que parecía despertar todo un huracán de sensaciones hasta llegar al centro mismo de mi anatomía con una fuerza inusitada.

Incapaz de mantenerme la mirada, y tal vez por puro pudor, Carol cerró los ojos y tragó saliva en un intento de controlar su agitada respiración, que llegaba a mí en bocanadas de aire caliente y limpio. Yo continué acariciando su cuello con la punta de los dedos hasta que ella se mordió el labio inferior en un gesto que destilaba sensualidad.

Sonreí antes de volver a hundir mi rostro en el lado opuesto de su cuello, atrapando entre los labios su lóbulo izquierdo y rozándolo delicadamente con la punta de la lengua.

— Ahora sí, señorita —susurré—, debemos irnos antes de que alguien se percate de nuestra ausencia.

—¡Espera! —exclamó, sujetándome con fuerza de la muñeca para impedir que abriera la puerta.

—¿Esperar qué? —pregunté, divertida, fijando la mirada en su mano aferrada a mi muñeca como si fuera un salvavidas. ¡Dios!, estaba disfrutando cada segundo de ese instante—. No podemos quedarnos aquí encerrad…

—Y tú no puedes empezar algo así y luego irte sin más —me interrumpió, intentando contener la voz, aunque su rostro delataba un desconcierto absoluto.

—Claro que puedo —respondí, girándome de nuevo hacia la puerta, decidida a salir de allí y dejarla con las ganas. En el fondo, ansiaba castigarla de algún modo; la imagen de su novio aferrándola con posesividad de la mano seguía grabada en mis retinas, alimentando mi determinación.

Pero no pudo ser. Carol se plantó frente a mí, obligándome a retroceder casi a empellones hasta que mis glúteos chocaron con el borde del lavabo. Entonces, tomó mi rostro entre sus manos y empezó a besarme.

No fue un beso dulce, ni delicado o mesurado. Fue un beso intenso, ardiente, casi desesperado, que hablaba de un deseo contenido durante demasiado tiempo, dejando claro que aquella noche de San Juan albergaba más de una hoguera encendida.

CAROL.

No sabía exactamente lo que hacía. Mi mente daba vueltas, incapaz de ordenar pensamientos, pero tenía algo claro: Mónica despertaba en mí sensaciones tan intensas e instintos tan primarios, que mi cuerpo no podía dominar.

Solo existía ella, la urgencia de saborear sus labios, su boca, casi con sed, con una necesidad eléctrica y profunda. Su lengua se entrelazó con la mía en un baile apasionado que me hizo perder todo sentido del tiempo y del espacio, sumergiéndome en una experiencia que trascendía lo físico.

Mis manos, movidas por un impulso irresistible, exploraron apresuradas bajo su vestido, recorriendo la suavidad de su piel hasta posarse en la parte baja de su espalda y apretar sus glúteos. Ella correspondió con la misma urgencia, desabrochando los botones del mono que llevaba hasta dejarlo caer a mis pies.

La calidez de aquel cuerpo contra el mío me hizo estremecer, y la urgencia de mi deseo se delataba en cada roce de sus dedos, que recorrían senderos de auténtico fuego sobre mi espalda. Deslicé una pierna entre sus muslos para rozar con suavidad su intimidad. Al instante, sentí en mi piel desnuda el calor y la humedad que se filtraban a través de su ropa interior. Su cuerpo me enviaba mensajes que sus labios se negaban a pronunciar, una comunicación silenciosa que me hizo sonreír con alivio y satisfacción, pues al principio no estaba del todo segura de que eso fuera lo que ella deseaba.

No podía borrar de mi mente la imagen de Mónica coqueteando con aquella ridícula Barbie, cuya arrogancia quedaba estampada en su rostro como un letrero luminoso. ¿Qué se había creído esa niñata? Un extraño malestar me invadía solo de imaginar que Mónica se sintiera halagada por sus atenciones. Sabía que mi posición no me daba derecho a exigir nada, y que debía ocultar mi fastidio tras un manto de indiferencia, pero era incapaz de reprimir la necesidad de poseerla, de que me demostrara que, por encima de todo, me prefería a mí.

Sin apartar los labios de los suyos, deslicé una mano con delicadeza bajo sus braguitas. La humedad que encontré superó mis expectativas, facilitando que mis dedos recorrieran la zona hasta introducir uno en su interior. Un gemido escapó de su boca, fundiéndose con la mía en respuesta a mis caricias.

—¿Te gusta así…? —susurré, apoyando la frente contra la suya mientras mis dedos aumentaban el ritmo, entrando y saliendo en un vaivén apasionado.

—Me encanta —respondió con voz ronca y cargada de deseo.

—¿Quieres que continúe con… la boca? —pregunté, un poco cortada, sorprendida de mi propio atrevimiento.

—No, quédate aquí... quiero mirarte —dijo con decisión, con las pupilas completamente dilatadas.

—Y yo quiero que te corras para mí —declaré sin apartar la mirada. Verla de aquella manera despertaba en mí sensaciones desconocidas.

Con la mano libre, acaricié sus pechos a través del vestido; sus pezones endurecidos desafiaban la tela y su respiración se tornaba cada vez más entrecortada.

—Estoy cerca, Carol, no pares, por favor… —jadeó instantes después, pronunciando mi nombre como una especie de súplica.

Aumenté el ritmo de mis movimientos, hasta que Mónica posó las manos sobre las mías, apretándolas contra su pubis con un gemido contenido. Pude sentir cómo su sexo se revolvía en contracciones de placer mientras mi mano se empapaba de su orgasmo.

¡Dios!, ¿qué había sido aquel terremoto?

Permanecimos abrazadas unos minutos mientras ella recuperaba el aliento. Yo acariciaba su espalda, inquieta, incapaz de mantener a raya mis necesitades más primitivas.

—Tengo sed, creo que debería beber algo… —dijo de pronto Mónica, rompiendo el silencio con voz firme.

No me lo podía creer… ¿de verdad tenía sed?, ¿justo en ese momento en el que mi cuerpo pedía a gritos ciertas atenciones?

—¿Y no puedes tomarte un poco de agua del grifo…? — propuse casi de inmediato, anhelando una respuesta afirmativa por su parte. Nunca me habían gustado los *coitus interruptus.*

—¿Agua del grifo? La verdad, no me apetece —respondió con una sonrisa pícara, como burlándose de mí. —Se me ocurren otras cosas mucho más apetecibles para calmar la sed.

Enseguida se arrodilló frente a mí, deslizó mis braguitas con suavidad y depositó un beso lento y húmedo sobre mi monte de Venus, provocándome un escalofrío. Comprendí entonces el doble sentido de sus palabras.

—Eres completamente idiota… — sentencié, entre divertida y aliviada.

—Donde las dan, las toman — replicó con una sonrisa.

Hacía referencia, sin duda, a nuestro primer encuentro, cuando bromeé con la posibilidad de irme. Estaba claro que, incluso en esa nueva faceta de nuestra relación, seguía habiendo espacio para la complicidad que compartíamos de manera natural.

Me invitó, con un gesto sutil, a inclinarme contra el lavabo y se deshizo de mis braguitas. Cuando se puso nuevamente de rodillas para tomar mis caderas y hundir los labios en mi pubis, una oleada de deseo recorrió todo mi cuerpo. La imagen de Mónica así, entregada a mí, era lo más erótico que podía imaginar.

Sentí su lengua explorar suavemente mi intimidad y apoyé las manos en su cabeza, enredando los dedos en el cabello y ejerciendo una leve presión para animarla a continuar. Aquel contacto me llevaba a una sensación de placer intensa que dominaba mi cuerpo al mismo ritmo con el que la humedad de su boca se mezclaba con la de mi sexo.

—Mónica… —suspiré a los pocos minutos con voz temblorosa—. Creo que voy a correrme.

—No, espera, aún no —ordenó— mientras disminuía la cadencia de su boca e introducía delicadamente el dedo índice en mi interior, rozando mi punto más sensible y estimulando ambas zonas simultáneamente.

El orgasmo que me sobrevino momentos después fue tan intenso y arrollador que me hizo temer que mis rodillas me fallasen y fuese incapaz de mantenerme en pie.

Nos dejamos arrastrar por esa sensación, sin prisa y sin miedo, entre paredes de mármol y espejos empañados. El lujo del baño desapareció de mi vista y solo quedaron mis propios susurros ahogados, mi respiración entrecortada y la certeza de que, en ese instante, no existía nada más allá de nosotras dos. Cuando todo terminó y ella se incorporó para abrazarme con una sonrisa cómplice, yo aún temblaba.

Después de varios minutos, el mármol seguía clavándose en mis glúteos, pero ya casi no lo sentía. Permanecimos quietas, juntas, respirando con la intensidad de quien acaba de emerger de lo más profundo del océano. Nos mirábamos de reojo, en silencio, mientras sus dedos —aún temblorosos— recorrían lentamente mis brazos. No

era un silencio incómodo, pero sí denso, cargado de una tensión sutil, eléctrica.

—No tengo claro qué estamos haciendo… —susurré mientras me apartaba con suavidad y comenzaba a abotonarme el mono, sin levantar del todo la mirada. Había una tensión delicada suspendida entre nosotras, como si cualquier palabra o gesto pudiera hacerla estallar… o desvanecerla para siempre.

—Pues para no tenerlo claro, te desenvuelves bastante bien en estas lides…— replicó ella con sorna, alisándose con torpeza la tela del vestido.

Una voz femenina nos interrumpió desde el otro lado de la puerta, acompañada por unos golpes secos y apremiantes contra el marco.

—¿¿Hay alguien dentro??

Nuestras miradas se cruzaron por un instante con una complicidad casi traviesa. Fue ese tipo de gesto que se comparte cuando te sorprenden haciendo algo que no deberías: había en él un leve atisbo de vergüenza, algo de desconcierto y una risa apenas contenida que ninguna se atrevió del todo a admitir.

—¡Ocupado! —respondió Mónica con voz clara, girándose hacia mí mientras susurraba—: Mejor será que salgamos antes de que empiecen a preguntar…

Asentí sin decir palabra. Durante unos segundos, observamos nuestros reflejos en el espejo mientras yo me pasaba los dedos por el cabello, intentando devolverle algo de orden y Mónica se mordía con suavidad el labio, buscando quizá borrar lo ocurrido durante los últimos minutos de su rostro.

Cuando finalmente abrimos la puerta, nos encontramos con dos chicas esperando afuera. Llevaban una copa en la mano y nos sonrieron con cortesía, pero sus expresiones revelaban cierta impaciencia. Intercambiamos un saludo breve, casi mecánico, y salimos de allí con paso tranquilo para después descender las escaleras con lentitud. El eco de nuestros tacones se mezcló de nuevo con la música y las risas que provenían del jardín, aunque yo aún sentía el calor de la piel de Mónica contra mi pecho, un recuerdo reciente que se resistía a abandonarme.

Enseguida nos topamos con Romi, quien estaba rodeada de un grupo de invitados. Nos unimos a ellos, integrándonos en la conversación como si nada extraño hubiese ocurrido durante los últimos quince minutos, aunque de vez en cuando, nuestras miradas se encontraban de forma, o al menos así me lo pareció, un tanto furtiva.

Cuando Iván se incorporó al grupo al cabo de un rato, una punzada de culpa me atravesó sin previo aviso. Fue un golpe seco, espeso, como si de pronto el aire se volviera más denso y respirar requiriera un esfuerzo consciente.

Al regresar a casa, al final de la noche, sentí un alivio silencioso, casi imperceptible. No era el cansancio físico lo que me vencía, sino una fatiga más profunda, una especie de agotamiento del alma que me envolvía sin remedio.

## CAPÍTULO 27.

### CAROL.

Los rayos del sol se filtraban a través de las grandes ventanas del salón, iluminando el interior de la casa de los padres de Iván. Era otro sábado en nuestra rutina habitual, lo que significaba una nueva comida familiar alrededor de esa amplia mesa de madera en la que tantas veces había compartido almuerzos y cenas con quienes se habían convertido en unos segundos padres para mí. Un exquisito aroma se deslizaba desde la cocina, donde Marta, la madre de Iván, había preparado un postre que sin duda haría justicia a su talento culinario.

—¿Quieres un poco más de ensalada, Carol? —preguntó Iván padre, siempre cortés conmigo, mientras se limpiaba su frondoso bigote con la servilleta y me tendía un cuenco en el que aún quedaban unos cuantos trozos de tomate y lechuga.

—No, gracias —respondí, acompañando mis palabras con una sonrisa agradecida y sin apartar del todo la atención del interminable relato de Marta sobre los enredos amorosos de un famosísimo actor.

Hablábamos sobre temas triviales: la rutina laboral de Iván, los planes del fin de semana, las últimas noticias relacionadas con la prensa del corazón... La atmósfera era cómoda y agradable, como siempre; sin embargo, aquel día un profundo malestar me atormentaba, ensombreciendo incluso la luz que entraba a raudales por las ventanas. La palabra "infidelidad" resonaba en mi mente una y otra vez, como un mantra caprichoso y pegadizo que no me dejaba casi respirar.

¡Maldita palabra!

Durante unos minutos, simulé estar atenta a la conversación que se desarrollaba a mi alrededor mientras reflexionaba sobre lo que Iván y sus padres pensarían de mí si llegaran a enterarse de mi reciente desliz. O quizá debería decir "deslices", pues ya eran dos. Un sudor frío recorrió mi frente, y por un instante me imaginé convertida en

una caricatura infernal: cuernos, rabo y tridente incluidos, mientras el mismísimo infierno abría sus puertas para darme la bienvenida. Nunca había traicionado a Iván, y salvo en aquel verano en el que, por un enfado absurdo, interrumpimos nuestra relación, no había estado con nadie más desde que comenzamos a salir.

"Salvo ahora", susurró en mi oído aquella vocecita molesta que últimamente parecía hablarme sin parar.

Mis pensamientos se dirigieron rápidamente hacia Mónica; sus besos aún ardían en mi piel, como si fueran marcas indelebles, grabadas en cada fibra de mi ser. Me cuestioné, por enésima vez, el motivo por el que me había dejado llevar en aquella fiesta absurda a la que ni siquiera debería haber asistido. ¿Cómo era posible que hubiese ocurrido de nuevo? La cuestión me torturaba, pues no tenía ninguna respuesta para ella, o al menos una que me convenciera del todo.

Lo peor de todo era que una parte de mí, una parte algo perversa y oscura, ni siquiera se arrepentía de lo sucedido, anhelando, de forma casi inquietante, que aquel momento se repitiera. Semejante cóctel de deseo y culpa me dejaba un regusto amargo mientras observaba a Iván, que reía con su padre sobre un antiguo chiste familiar. Me pregunté si él podría percibir mi inquietud, si sería capaz de leer entre líneas algo de lo que yo intentaba ocultar tras una actitud relajada que intentaba ser genuina, pero que a mí me parecía increíblemente falsa.

—Carol, ¿más agua?

La voz de Marta me obligó a regresar al momento presente.

—Sí, por favor —respondí, agradecida. El agua me ayudaría a tragar mejor, puesto que aquel día todos los sabores se entrelazaban en mi boca con amargura, impidiéndome disfrutar de los alimentos.

Conforme avanzaba la comida, los diálogos comenzaron a resonar en mis oídos como un eco lejano mientras yo trataba de alinear pensamientos y emociones, dejándome llevar por recuerdos de tiempos pasados, cuando Mónica todavía no había regresado a mi vida con su magnetismo confuso y tentador, y yo no experimentaba aún aquel extraño peso en el centro del pecho. ¿Hubiese preferido que no hubiese vuelto?

¿Sí?

¿No?

La respuesta seguía eludiéndome, escurridiza.

Observé de nuevo a Iván con detenimiento: su rostro franco y apuesto, su gesto siempre sonriente, sus modales impecables… ¡Dios!, era casi perfecto. ¿Qué más podía pedir? ¿Por qué, entonces, lo había traicionado?, ¿Cómo me había dejado llevar por impulsos tan absurdos y primarios, forjando confusos vínculos con quien no debía ser más que mi amiga? Las preguntas se acumulaban en mi mente, como los pastelitos que Marta había colocado con esmero en un hermoso plato al centro de la mesa y de las que tanto Iván padre como hijo comenzaron a dar buena cuenta.

Cuando, en el transcurso de la sobremesa, comprendí que la tormenta emocional que me invadía no mostraba signos de aplacarse, sentí la apremiante necesidad de hablar con Mónica, de aclarar las cosas y zanjar aquella situación de una vez por todas. Quizá así podría dejar atrás esos pensamientos escabrosos que tanto me atormentaban y recuperar mi paz interior.

Lo necesitaba con urgencia.

## CAPÍTULO 28.

MÓNICA.

Aceleré el paso y crucé la calle casi sin mirar, provocando un brusco frenazo de un taxi que se detuvo a escasos centímetros de mí. El conductor, un hombre grueso con una expresión de sorpresa en el rostro, me recriminó la acción con un sonoro pitido del claxon que me hizo sentir de inmediato el latido acelerado de la ciudad que me rodeaba. En seguida levanté la mano en un gesto amistoso hacia el hombre, una especie de disculpa silenciosa por mi imprudencia, antes de seguir mi camino.

Continué recorriendo un buen tramo de la calle Serrano mientras el sol del atardecer sumía el horizonte en una sinfonía de suaves tonos amarillentos. Los edificios parecían deslizarse a mi lado como seres vivientes, atentos al ritmo de mis pasos, pero yo apenas era consciente de lo que me rodeaba, pues me encontraba inmersa en mis propios pensamientos. ¿Por qué me habría citado Carol con semejante urgencia? ¿Querría hablar de lo ocurrido entre nosotras durante la fiesta del viernes anterior? La intriga me corroía.

Al acercarme al portal de mi casa, en seguida mis ojos se tropezaron con una figura femenina que estaba recostada contra la pared del edificio, mirando algo en su móvil con gesto distraído. Era Carol. El traje de pantalón que vestía trazaba líneas elegantes alrededor de su figura, mientras que su cabello, recogido en una coleta brillante, caía con gracia enmarcando su rostro con precisión.

De pronto, la escena del cuarto de baño vivida durante la fiesta del viernes pasado emergió en mi mente como una película de extraordinaria nitidez. Una ola de adrenalina recorrió mi cuerpo, transformando el bullicio de las calles y el distante ladrido de un perro en meros ecos apagados, opacados por la imagen hipnótica que tenía frente a mí.

Me sentía al filo mismo de un precipicio; el vértigo a lo desconocido se entrelazaba con una extraña y perturbadora certeza: sabía lo que

debía hacer, y también cómo hacerlo. Solo la paciencia y la intuición podrían darme una mínima opción de conseguir aquello que siempre creí inalcanzable, pero que en los últimos tiempos empezaba a parecerme algo lejanamente posible.

—Carol…— susurré, y al instante su mirada se dirigió hacia mí. Nuestros ojos se encontraron en un cruce de emociones y un silencio cargado de electricidad llenó el espacio que nos separaba. En ese instante, supe que ella también se sentía inquieta por el encuentro; probablemente habría pasado el fin de semana reflexionando sobre lo que estaba ocurriendo entre nosotras.

—Hola…— saludó con una tímida sonrisa mientras se acercaba a mí con un aire de incertidumbre que me resultó intrigante y, al mismo tiempo, seductor.

—Hola— respondí, devolviéndole la sonrisa, pero esta vez era una sonrisa que buscaba conquistar, esa que reservaba para aquellos breves instantes en que mezclaba deseo y audacia en un mismo plano. —¿Quieres que vayamos a alguna terraza por aquí, o prefieres que subamos a casa a tomar algo?

La expresión de Carol se volvió reflexiva durante unos instantes.

—Mejor subimos a tu casa, así puedo ver un rato a Casi.

—De acuerdo— asentí contenta por su respuesta, abriendo el portal con un gesto galante para cederle el paso.

El ascensor ascendió envuelto en un silencio tan denso que casi podía palparse. Mi mente, sin embargo, bullía, atrapada en el recuerdo vívido de nuestro último encuentro. Aquel baño elegante, testigo de un acercamiento cargado de fuego, volvía a mí con una nitidez casi dolorosa, en la que cada detalle seguía vibrando dentro de mí con una intensidad que no lograba contener.

Al cruzar el umbral, Casi se apresuró a recibirnos con un maullido entusiasta, como si hubiera estado esperándonos todo el día. Se restregó con insistencia contra nuestras piernas, y su gesto familiar y cálido bastó para romper, al menos por un instante, la tensión que aún flotaba en el aire entre mi bella invitada y yo.

—Sabes que en algún momento habrá que buscarle un compañero o compañera, ¿verdad? — dijo Carol tras agacharse para acariciar a

la gatita con ternura –. Los gatos que viven en pareja son mucho más felices.

—Sí, pero eso ocurrirá cuando me mude a alguna casa con jardín— respondí, sonriendo ante la escena que se desplegaba ante mis ojos. —Aunque, ahora que lo mencionas, tú tienes jardín…

—Aún tengo que convencer a Iván…— replicó Carol sin dejar de acariciar a la pequeña gata.

La mención de su novio nos dejó cortadas por un instante. Iván era un buen tipo, y sentí una punzada de incomodidad al pensar en él, pero no podía permitirme el lujo de dudar; había esperado demasiado tiempo para actuar, y el momento exigía que asumiera riesgos. Me obligué a recomponerme rápidamente.

—¿Quieres tomar algo? — le ofrecí, tratando de desviar la conversación.

—Un refresco bien frío me vendrá bien— aceptó.

Nos dirigimos a la cocina y llenamos un vaso de agua mineral para mí y otro de Coca-Cola para ella. Luego, nos acomodamos en la terraza, donde una brisa suave corría a aquellas horas del día.

Comenzamos a hablar de las payasadas que hacía Casi para llamar nuestra atención, hasta que, tras unos instantes de repentino silencio, Carol cambió el rumbo de la conversación con un tono grave:

—Mónica, tenemos que hablar…

Mi corazón dio un vuelco; entendí de inmediato que se avecinaba una conversación incómoda, pero inevitable.

—Sí, tenemos que hablar— respondí con una calma que no sentía.

Ella pareció luchar contra su propia inquietud, buscando las palabras adecuadas.

—Verás… sobre lo que pasó entre nosotras —dijo, dejando escapar un largo suspiro—. Me refiero a lo del viernes pasado, en la fiesta. No debería haber ocurrido. Lo de la primera vez ya fue un error… pero repetirlo… —añadió, con la voz ligeramente temblorosa.

—¿Y qué me quieres decir con esto? — pregunté, temiéndome lo peor. No estaba preparada para dar aquello por concluido. Ni hablar.

—Que no se puede repetir más, Moni, en serio.

—Lo dices como si solo dependiera de mí. Que yo sepa, tú colaboraste activamente— repliqué un poco secamente antes de beber de mi vaso con un gesto pretendidamente casual.

Calma. Necesitaba, sobre todo, mantener la calma.

—¡Lo sé! — reconoció en tono impaciente, casi irritado—. Pero quiero aclarar las cosas entre nosotras. Yo tengo una relación estable y no quiero perderla por un capricho un tanto absurdo.

—¿Capricho absurdo? — repetí mientras una mueca burlona se reflejaba en mi rostro de forma involuntaria.

—No te molestes, pero sabes que es algo así para las dos... ¿O acaso lo ves de otra manera?

La pregunta flotó entre nosotras durante unos instantes. Yo la miré sin hacer amago de desmentirla. No era el momento, ni mucho menos, para desvelar mis verdaderos sentimientos hacia ella. Debía actuar con cautela, con la habilidad de un cirujano que entra a operar a corazón abierto.

—No lo tengo del todo claro, pero lo que parece evidente es que, por alguna extraña razón del destino, tú y yo nos atraemos —dije finalmente con una seguridad aplastante. Carol podría negar lo que quisiese, pero no eso.

Su mirada se tornó desafiante, como si estuviera luchando contra la verdad que podría esconderse detrás de nuestros últimos encuentros.

—Bien, puede que sea así, pero ¡hay tanta gente por el mundo que, en un momento dado, nos puede atraer! No creo que debamos darle demasiadas vueltas al asunto —declaró tras fijar la mirada en un punto fijo del edificio de enfrente. — Simplemente, no nos conviene dejarnos llevar más. Somos amigas, y ahí debería quedarse la cosa.

El desprecio implícito que denotaban sus palabras por lo que habíamos vivido juntas me encendió de pura indignación. Además, había estado con suficientes mujeres como para reconocer que aquello no era una simple atracción pasajera, sino algo mucho más hondo: una conexión intensa, latente, un deseo que desbordaba los límites de lo común.

Forcé una sonrisa irónica y decidí seguirle un poco la corriente.

—Entiendo tu postura— respondí, fijando mi mirada en la suya antes de deslizarla lentamente hacia sus labios en un movimiento deliberado y seductor. Ella apartó la vista, inquieta, como si su autocontrol estuviera flaqueando.

—No hagas eso...

—¿El qué? — pregunté con expresión de inocencia.

—¡Ya sabes perfectamente a lo que me refiero! — exclamó ella con un gesto de impaciencia. —No me mires así…

—Así, ¿cómo?

—¡Mónica!

Solté una risa suave, de pura satisfacción, al comprender que mi rebelde invitada no era tan inmune a mis encantos como quería dar a entender.

—¡Está bien! — claudiqué levantando las manos en señal de rendición—. Repito que entiendo tu postura, pero discrepo en una cosa: No creo que esto sea una simple "atracción más".

—Ah, ¿no? — inquirió ella, levantando la barbilla con desafiante altivez. —¿Y qué es, según tú?

—No lo sé, pero quizá deberíamos averiguarlo antes de darle un carpetazo definitivo, ¿no crees? — repuse de inmediato, consciente de que el tiempo corría en mi contra. Si quería dar un paso al frente, era el momento.

—¿A qué te refieres? —preguntó con curiosidad, ladeando la cabeza con un gesto que, en ese instante, me pareció lo más seductor que podía existir en este planeta.

— Oh, ¡vamos Carol! Tú y yo sabemos que esto no está aún terminado…

Ella no se inmutó. Se limitó a mirarme en silencio sin decir palabra, a la espera de que continuara hablando.

—¿Y si nos escapamos juntas un fin de semana? —propuse con decisión, dejando atrás cualquier atisbo de timidez—. Solo tú y yo, sin culpas ni remordimientos. Quizá así consigamos sacarnos definitivamente esto de encima y después darlo por olvidado...

Por un momento, sus ojos se abrieron como platos mientras parecía procesar mis palabras.

—¿Un fin de semana? — repitió, valorando, seguramente, todas las implicaciones que conllevaba mi oferta.

—Sí, podríamos ir el fin de semana que viene y pedirnos el viernes libre…

—No debería ni siquiera planteármelo…— murmuró ella, más para sí misma que para mí. En seguida comprendí que libraba una silenciosa batalla interior entre lo que debía hacer y lo que deseaba.

—Podemos aprovechar y hacer el descenso del río Sella, ¿te acuerdas de que, cuando íbamos a la universidad, siempre hablamos de hacerlo, pero nunca llegamos a ir? – continué en tono persuasivo.

— No sé si es buena idea, Moni…

—Piénsalo: un fin de semana en una casa rural, descendiendo el río en canoa... campo, sol, buen tiempo y, sobre todo, mi insuperable compañía —insistí, regalándole de nuevo mi mejor sonrisa. Ella rio antes de hablar de nuevo.

— Eres el demonio, ¿lo sabías?

Una oleada de felicidad me recorrió por completo mientras me dejaba arrastrar por su risa. Había ganado aquella pequeña batalla y estaba a punto de compartir un largo fin de semana con Carol, y no solo como amigas. Aquello era una promesa casi paradisíaca, un salto hacia lo desconocido, donde todo —o al menos así lo esperaba — podría suceder.

—Perfecto, entonces no le demos más vueltas —sentencié con voz firme—. Si quieres, podemos hacer las reservas ahora mismo — añadí, sacando el móvil del bolso con entusiasmo.

La velada continuó entre risas y recuerdos compartidos, mientras reservábamos una casa rural en un sitio escondido, un lugar idílico en Cangas de Onís. Hubo algo mágico en esa conversación; parecíamos dos adolescentes ansiosas por vivir una nueva aventura, aunque ambas sabíamos que lo importante de aquella escapada no tenía que ver con todo lo que estábamos hablando, sino con algo mucho más peligroso, profundo y emocional.

Cuando finalmente nos despedimos, la noche ya había caído sobre la ciudad, y el aire parecía cargado de posibilidades. Lo hicimos sin darnos siquiera un beso en la mejilla, envueltas en una sensación de vergüenza no confesada.

Aquel día me acosté con una sonrisa en el rostro.

El universo, tras años de darme la espalda, por fin estaba de mi parte.

## CAPÍTULO 29.

CAROL.

El viaje había comenzado poco después del mediodía, con el cielo de Madrid limpio, casi insolente en su claridad. Mónica manejaba el BMW con una soltura que rozaba lo instintivo, como si el coche fuera una extensión más de su cuerpo: segura, serena, con una elegancia casi felina en cada movimiento. Yo, en cambio, viajaba relajadamente en el asiento del copiloto, con Casi dormida sobre mi regazo, sujeta con un pequeño arnés para que no se moviera demasiado.

La carretera se abría ante nosotras como una cinta interminable, desplegándose lenta y serena entre paisajes que comenzaban a volverse cada vez más verdes y silenciosos. A los lados, los campos se extendían bajo la luz del sol, moteados aquí y allá por casas solitarias, árboles que resistían al viento y, de vez en cuando, alguna gasolinera que rompía la armonía del paisaje con sus colores estridentes.

Dentro del coche, el ambiente era bastante íntimo. La música sonaba suave a través de los altavoces; una mezcla de canciones antiguas y melodías actuales que Mónica iba seleccionando con habilidad, sin distraerse jamás del asfalto. El vehículo olía a cuero, a colonia suave, al aire fresco que entraba cuando bajábamos ligeramente las ventanillas para que no se acumulara el calor.

Avanzábamos kilómetros mientras hablábamos de todo un poco: del trabajo, de series que habíamos visto, de libros que una recomendaba y la otra prometía leer. La conversación fluía con una naturalidad que lograba eclipsar la tensión silenciosa que se escondía detrás de aquella escapada. Sin embargo, no podía evitar que las dudas me asaltaran de tanto en tanto, como una corriente fría que se colaba por la rendija de una ventana mal cerrada. ¿Había hecho bien en aceptar aquel viaje? ¿No era una auténtica locura cruzar media España para pasar un fin de semana con alguien con

quien, por razones más que evidentes, me convenía mantenerme dentro de los márgenes seguros de la amistad?

¡Dios santo!, ¿me había equivocado, entrando en una trampa que yo misma había aceptado con gusto? Lo cierto es que no había podido decir que no. O quizá no había querido. Para mi desgracia, me apetecía demasiado, y Mónica lo sabía. Me lo había dado a entender con esa media sonrisa suya que parecía guardar siempre un secreto.

*"Quizá así consigamos sacarnos definitivamente esto de encima y después darlo por olvidado",* había propuesto*.* Un pacto un tanto envenenado, aunque con fecha de caducidad.

Alcanzamos el ecuador del viaje sin incidencias. El motor del coche ronroneaba bajo nosotras y, a pesar de la potencia evidente del vehículo, Mónica conducía con un respeto casi exagerado por los límites de velocidad. No pisaba el acelerador más de lo necesario, no apuraba los adelantamientos. Se comportaba como alguien que no tiene prisa porque ya está donde quiere estar. Yo la miraba de reojo de tanto en cuanto, con disimulo. Su perfil era impecable: mandíbula definida, nariz recta, cejas oscuras que otorgaban a su rostro un aire de determinación serena. Su belleza, feroz y auténtica, resultaba imposible de ignorar.

—¿Qué miras? —preguntó Mónica de pronto, apartando brevemente la vista de la carretera para lanzarme una mirada fugaz.

—El paisaje —me apresuré a responder, sintiéndome de repente incómoda. Tuve la misma sensación que solía tener de niña cuando me pillaban en plena travesura. Noté el calor subir a mis mejillas.

—¡Mentira! —rio ella, divertida—. Llevas un buen rato observándome...

—¿Eres muy creída, lo sabías? —repliqué con fingida irritación, girando exageradamente la cabeza hacia la ventanilla derecha, como si el campo abierto fuera, de pronto, el espectáculo más interesante del mundo.

Ella no respondió. Se limitó a reír por lo bajo una vez más, con ese tono íntimo y despreocupado que tanto me desconcertaba, y volvió a centrar toda su atención en la carretera. Permanecimos un rato en

riguroso mutismo mientras una complicidad silenciosa quedaba suspendida en el aire; era una sensación muy curiosa.

A medida que nos adentrábamos en tierras del norte, el paisaje se transformó aún más. Las llanuras se volvieron colinas suaves, luego montes más marcados. El cielo, aún despejado, parecía más vasto, más limpio, y la carretera se volvió algo sinuosa, retorciéndose entre curvas y pendientes, aunque Mónica no perdió el control del vehículo ni por un segundo. Me sentía segura a su lado, como si nada malo pudiese ocurrirme. Casi debía de tener la misma sensación, pues seguía dormida sobre mi regazo, con el hocico delicadamente apoyado en una de sus patas, ajena por completo al torbellino emocional que me atravesaba. Yo le acariciaba el lomo con una mano, en un gesto automático que, sin saber cómo, lograba relajarme.

Llegamos a Cangas de Onís pasadas las seis de la tarde, con la luz del verano bañándolo todo en tonos dorados. Apenas entramos en el pueblo, Mónica encendió el navegador para guiarnos hasta la casa rural y aunque el GPS no tardó en perderse entre los pequeños caminos que serpenteaban a las afueras, lo asumimos con buen humor. Reímos, nos peleamos con las indicaciones confusas, y después de un par de bifurcaciones mal tomadas, localizamos por fin nuestro destino. Apareció ante nosotras como una joya escondida al final de un sendero estrecho, rodeada por un campo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Una casa de piedra, robusta y sencilla, con un tejado de pizarra oscura que parecía sostener el cielo azul sobre sus hombros. Tenía las contraventanas de madera pintadas de verde envejecido, un pequeño jardín frontal cuidado con esmero y una verja baja que más parecía símbolo que protección. Tuve la sensación de que nadie tenía prisa allí, ni siquiera el tiempo.

Aparcamos justo frente a la entrada y, antes de bajar, me aseguré de que Casi estuviera bien sujeta con su arnés de la correa larga. No parecía haber despertado del todo, pero al sentir el cambio de entorno, abrió los ojos y maulló suavemente, saludando al lugar. El aire olía a hierba tibia y a tierra caliente, y, tal y como nos había indicado la propietaria por teléfono, encontramos la llave de la casa bajo el felpudo. Mónica abrió la puerta sin decir nada, como si el

hecho de acceder a esa casa significase también franquear un umbral distinto, más simbólico, más íntimo. Entramos sin hacer ruido, con la gata caminando entre nosotras, olisqueando con cautela cada rincón del suelo de piedra del recibidor.

El interior era cálido, renovado con gusto, pero sin perder el alma de la casa antigua. Predominaban la madera y la piedra, con vigas vistas, suelos de tarima envejecida y muebles de líneas sencillas, pero bien conservados. Todo estaba limpio, aireado, acogedor. El salón era amplio, con una gran chimenea en uno de los muros laterales —de piedra gris, sólida y elegante— que sabíamos que no íbamos a necesitar, pero que, aun así, aportaba calidez a la estancia. La cocina, integrada al salón, era moderna y funcional, con electrodomésticos nuevos, una encimera de madera clara y una barra que separaba ambos espacios, aportando continuidad.

Desde una puerta trasera acristalada se accedía al patio, un pequeño oasis con plantas en macetas, una mesa de hierro forjado y dos sillas desparejadas que parecían haber sido escogidas precisamente por ese motivo. Solté a Casi allí, cerrando con cuidado la verja para que no se escapara. La gata no tardó en explorar el terreno con entusiasmo. La vi olfatear las esquinas, correr un poco, y finalmente dirigirse con determinación hacia una maceta ancha, medio oculta entre unas lavandas. La escena me hizo sonreír. Parecía estar en su propio paraíso improvisado.

Después de dejar a la gata a su aire, Mónica y yo comenzamos a recorrer el interior de la casa. Subimos la escalera de madera —que crujía a cada paso con un sonido agradable— hasta la planta superior, donde se encontraban los dormitorios. El principal era sorprendentemente amplio. La cama, una de esas de tamaño casi exagerado, ocupaba el centro de la estancia con majestuosidad. Las sábanas eran inmaculadamente blancas, y sobre una de las mesillas había un pequeño ramo de flores silvestres en un jarrón de barro.

Ambas dejamos nuestras maletas allí, sin intercambiar palabra sobre el segundo dormitorio, que se abría al final del pasillo. Ni una insinuación, ni una mirada; fue una decisión silenciosa, tácita, casi ritual: esa era nuestra habitación.

Después, Mónica, con naturalidad, dejó su bolso sobre la cómoda y abrió una de las ventanas, dejando entrar una ráfaga de aire cálido, cargado del aroma a campo y a tarde. Yo observé su silueta de espaldas, recortada contra el verde que se extendía a lo lejos, y fue entonces cuando me golpeó con fuerza la idea de que iba a dormir con ella esa noche, en esa misma cama. Y no como amigas, obviamente. Sentí un escalofrío recorrerme los brazos, de esos que no tienen que ver con el frío, sino con algo más profundo, más visceral; un vértigo dulce y peligroso.

Me acaricié los antebrazos, disimulando mi reacción, y comencé a deshacer la maleta. Mónica me imitó mientras proponía ir al pueblo a comprar algunas cosas y luego dar un paseo por los alrededores antes de que cayera la noche. Su voz sonaba relajada, casual, pero había algo en su mirada —cuando se cruzaba fugazmente con la mía — que me descolocaba, pues revelaba una electricidad contenida, una pregunta sin formular.

Después de dejar todo más o menos organizado y de comprobar que Casi se podía quedar con el patio abierto sin que se pudiese fugar, cogimos de nuevo el coche para dirigirnos al pueblo. Hicimos el trayecto en relativo silencio, inmersas en nuestros propios pensamientos, pero no fue algo incómodo. Al contrario; se trató de una especie de respiro, como si ambas necesitáramos ordenar las ideas.

En el supermercado del pueblo hicimos la compra con bastante rapidez. Los dos pasillos estrechos ofrecían apenas lo esencial, pero nos pareció más que suficiente. Mónica fue escogiendo fruta, pan recién horneado, queso, huevos, y al final, una botella de vino blanco que eligió con una certeza tan silenciosa que no pude evitar preguntarme si no lo había previsto todo mucho antes de que yo siquiera aceptara acompañarla a ese viaje. Mientras tanto, yo me dediqué a observar a la gente del lugar, sus ritmos lentos, sus maneras tranquilas. Aquel pueblo parecía vivir en otra época.

De vuelta en la casa, dejamos la compra sobre la encimera de la cocina y comimos algo ligero: un par de tostadas con queso y unas rodajas de tomate. Luego decidimos salir a pasear. El sol comenzaba a descender, aunque el calor del día aún flotaba en el aire. Atamos a

Casi con su arnés y su larga correa — comprada por Mónica especialmente para ese viaje— y salimos al campo, sin destino concreto.

Casi comenzó en seguida a caminar delante de nosotras con paso decidido, como si conociera aquel paisaje desde siempre. El rastro de una mariposa o el sonido distante de una chicharra bastaban para distraerla por un momento, pero enseguida volvía a centrar su atención en el sendero. No parecía un gato. No uno común, al menos.

—¿Te has dado cuenta? —dije en voz baja, mientras observaba como la gatita se adelantaba unos metros, con la cola bien alta—. Se comporta más como un perro que como un gato…

—¡Cierto! —exclamó Mónica, divertida—. La primera vez que la saqué por el parque con el arnés pensé que se quedaría quieta, aterrada... pero nada. Caminó como si fuera lo más normal del mundo. Le encanta explorar.

—Y no parece asustarle nada… —añadí, viendo cómo se subía a una piedra para luego saltar con agilidad felina.

—Normal, es hija nuestra… ¿de qué iba a tener miedo? – replicó Mónica con una sonrisa socarrona.

Yo reí ante su comentario, pero opté por no responder, fijando la vista en un pequeño grupo de vacas que pastaban a lo lejos. No me parecía del todo apropiado hablar con Mónica de hijos en común — aunque fueran gatos, o de broma— cuando mi proyecto de vida incluía tener, tarde o temprano, niños con Iván. Fruncí el ceño por un instante, invadida por una culpa silenciosa, hasta que me obligué a desterrar aquel pensamiento antes de que echara raíces.

Caminamos un buen rato por un sendero que bordeaba un prado amplio, pero cuando el sol comenzó a descender por el horizonte, decidimos regresar a la casa.

Preparar la cena fue casi como un acto coreográfico. Mónica se ocupó de los huevos revueltos con la misma soltura con la que podría haber dirigido una orquesta, mientras yo cortaba el pan, el queso y lavaba la fruta, consciente de cada uno de sus movimientos. Nos desplazábamos por la cocina sin tropezar, con la naturalidad de quienes han compartido espacio durante un par de años en la época

universitaria, cuando convivíamos entre apuntes, risas y madrugadas eternas. No obstante, aquella noche se respiraba un matiz muy distinto.

La botella de vino, ya enfriada, nos esperaba en la mesa del patio. Afuera, la temperatura era perfecta, con ese punto intermedio tan difícil de encontrar: ni frío ni calor, solo una caricia invisible del aire que parecía abrazarnos sin llegar a tocarnos.

La cena fue sencilla, pero deliciosa. El pan crujía al partirlo con las manos, el vino resbalaba suave por la garganta, y Casi, tras haber comido lo suyo, dormía enroscada en una de las sillas, ajena de nuevo a todo lo demás.

Charlamos con ligereza, dando la impresión de que estábamos allí por pura casualidad, esquivando con precisión cualquier alusión al verdadero motivo de aquel viaje. Bajo ese intercambio aparentemente inocente de palabras, latía una tensión inconfundible, una especie de pulso silencioso que ninguna de las dos parecía dispuesta a ceder, ya fuera por orgullo o por pura obstinación.

Desde que salimos de Madrid, no habíamos intercambiado un roce, un gesto, una palabra que delatara abiertamente que estábamos allí por algo más que amistad. Y, sin embargo, ciertos detalles sobrevolaban en el ambiente con una presencia abrumadora: las miradas que evitábamos sostener, el modo en que Mónica bajaba la voz al hablarme, la naturalidad con que habíamos dejado nuestras cosas en la misma habitación.

Recogimos los platos mientras hablábamos sobre el recorrido en piragua que planeábamos hacer al día siguiente. Todo parecía normal, casi doméstico, pero mi mente divagaba, preguntándose quién de las dos cruzaría primero esa línea invisible, quién se atrevería a dar el paso hacia lo que, en el fondo, ambas sabíamos que iba a ocurrir. No lo sabía. Pero tenía claro que estaba cada vez más cerca.

Subimos al piso de arriba en silencio. La escalera de madera crujía bajo nuestros pies, con un sonido grave y antiguo que amplificaba cada paso. Yo iba detrás de Mónica, viendo cómo la luz cálida del pasillo esculpía sombras suaves en su espalda, mientras cada crujido de la madera parecía acompasarse con los latidos de mi corazón.

Tenía los sentidos despiertos como pocas veces en mi vida, afinados al extremo. Oía mi propia respiración con nitidez mientras aspiraba el aroma sutil de madera antigua mezclado con el de sábanas recién lavadas. Parecía que el mundo entero se hubiera vuelto hipersensible mientras yo me movía con una conciencia aguda, medida, en el que cada gesto formaba parte de una especie de coreografía extraña. Era yo, y a la vez, era alguien que me observaba desde fuera, flotando en ese umbral entre el deseo y la decisión.

Entramos en la habitación sin decir palabra y permanecimos unos segundos inmóviles, de pie, fijando la vista en la cama con respeto. No nos miramos entre nosotras, ni hacia ningún otro punto. Solo a la cama. Hubo algo solemne en ese momento, casi ceremonial. Parecía que ese objeto común, cotidiano, hubiera adquirido de pronto una dimensión sagrada.

El silencio se volvió tan denso que comenzó a ser incómodo. Entonces, Mónica carraspeó, en un gesto que se me antojó una pequeña grieta en la tranquilidad que aparentaba, o quería aparentar.

—Voy a ponerme el pijama… y a lavarme los dientes —anunció con una voz baja, un poco áspera por los nervios.

Asentí con un gesto rápido, como si me acabasen de despertar de un hechizo. Cogí el pijama y mi bolsa de aseo, intentando parecer tranquila, y me dirigí hacia el otro cuarto de baño, el de invitados, cerrando la puerta tras de mí con cuidado. Ya sola, apoyé un momento la espalda en la puerta, respirando con profundidad.

No entendía por qué estaba tan nerviosa. No era la primera vez que me iba a acostar con Mónica, pero lo sentía como si lo fuera.

Me acerqué al lavabo con movimientos torpes. Saqué el cepillo de dientes, pero apreté el tubo con tanta fuerza que terminé poniendo más pasta de la necesaria y tuve que retirarla con el dedo. Una sensación casi infantil de ridículo me invadió mientras alzaba la vista hacia el espejo: mis ojos estaban demasiado abiertos, y la respiración, entrecortada, delataba la ansiedad que intentaba contener. Después me desvestí, me puse mi pijama azul de algodón

claro y volví a mirarme con ojo crítico, pasándome la mano por el pelo en un intento de domar un mechón rebelde.

—Tranquila —susurré, pero mi voz no sonó convincente.

Apagué la luz y salí al pasillo, caminando descalza en medio de la penumbra. Al llegar a la puerta del dormitorio, dudé un instante, con la mano en el pomo. Luego empujé suavemente y entré.

La habitación estaba en completo silencio, iluminada por la luz tenue procedente de una de las mesitas de noche, pero la imagen que me recibió me golpeó con una intensidad física, lo reconozco.

Mónica estaba sentada sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, las piernas dobladas, largas, cruzadas con naturalidad. Llevaba puesto un pijama corto de color blanco, de raso, que reflejaba la luz con un brillo suave. La expresión de su rostro era serena, pero sus ojos reflejaban cierto aire seductor.

Sentí un escalofrío lento, que me recorrió la espalda en toda su extensión, pero me obligué a disimular. Caminé hacia la silla y dejé sobre ella la ropa doblada con esmero mientras trataba de recuperar mi aplomo.

—Parece cómoda la cama, ¿verdad? —dije, dejando escapar lo primero que se me pasó por la cabeza. ¡Dios!, ¿en serio no se me ocurría algo más ingenioso que decir?

Mónica me miró y rio por lo bajo, entendiendo probablemente mi nerviosismo.

—Comodísima… —respondió, con una ironía burlona que me irritó.

No dijo más.

No hacía falta.

Me senté despacio en el borde del colchón, sin atreverme aún a apoyarme del todo. Ella no se movió, pero noté cómo su cuerpo reaccionaba a mi proximidad: la inclinación sutil de su cabeza, la forma apenas perceptible en que sus ojos se detuvieron en mis piernas, en mi pecho, en la curva de mis labios…

Entrelacé las manos, sin saber muy bien qué hacer con ellas. Mónica seguía observándome, pero sin presión. Su rostro tenía ese gesto que tanto me desarmaba: entre la ternura y el desafío.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Asentí en silencio. No me salían las palabras. El nudo que notaba en la garganta era demasiado complejo: una mezcla de deseo, miedo, vértigo y anticipación, todo a la vez, enredado. Una parte de mí quería acortar de golpe la distancia que aún nos separaba, lanzarme hacia ella sin pensar. Pero otra —más precavida— deseaba que ese instante se prolongara hasta el infinito.

En ese momento, ella extendió una mano hacia mí. Su gesto fue suave, lento, dándome quizá tiempo a decir que no. No lo hice, y aprovechó para tirar de mí con suavidad. Me dejé arrastrar, sin pensar, sin calcular, sorprendida del calor que desprendía su piel. Nos quedamos medio recostadas, de lado, mirándonos desde cerca, con los rostros a apenas unos centímetros. Olía a algo limpio y dulce, a aire puro y a hierba, aunque quizá solo fuese su olor corporal, ese que últimamente reconocía con los ojos cerrados.

—Es todo tan…extraño —murmuró.

—Lo sé —respondí, al fin. Mi voz sonó baja, quebrada. Casi no me reconocí.

Y entonces ocurrió.

No fue un beso robado ni una embestida de pasión. Fue un acercamiento lento, inevitable. Nuestras bocas se encontraron en un punto medio, sin urgencia. Se trataba de un beso suave, tembloroso, casi reverente, y, sin embargo, bajo esa suavidad, había algo poderoso, una corriente subterránea que crecía, que nos arrastraba con una fuerza arrolladora.

Noté sus manos en mi cintura mientras las mías comenzaban a desabrochar los botones de su pijama hasta sentir la calidez de su piel bajo la tela. Todo con esa extraña mezcla de delicadeza y necesidad.

No recuerdo si apagamos la lámpara. Tal vez no lo hicimos. Puede que la luz tenue quedara encendida, testigo mudo de lo que vino después. Lo que sí recuerdo —con una nitidez casi física— es cómo ocurrió todo lo demás. Los besos, primero suaves, fueron ganando firmeza, con urgencia, hasta convertirse en un lenguaje propio. Las caricias recorrieron territorios ya conocidos, pero con una delicadeza nueva, como si, por primera vez, nos atreviéramos a tocar de verdad. Los susurros de Mónica en mi oído —casi imperceptibles—

agudizaban extrañamente mis sentidos. Había un matiz desmadrado en todo aquello, pero también algo profundamente tierno, una entrega sin escudo, un deseo sin disfraz.

El tiempo dejó de tener forma reconocible. No se detuvo del todo, pero se volvió espeso, elástico, como si lo que vivíamos no transcurriera en minutos o segundos, sino en una medida más profunda. Sentí que estábamos inmersas en una burbuja donde las leyes del mundo exterior se desdibujaban, donde el lenguaje era innecesario, y todo lo esencial se comunicaba con el roce de la piel, el ritmo compartido de la respiración y el temblor instintivo de los dedos que se buscan y se encuentran.

No había pasado ni futuro. Solo un presente absoluto, pleno, suspendido en el deseo.

Al final, cuando todo terminó y nuestros cuerpos desnudos quedaron acomodados uno junto al otro mientras recuperábamos la respiración, me quedé en silencio, mirando el techo, con una mano entrelazada a la suya. No hubo proyecciones, ni miedos, ni preguntas sin respuestas. Me entregué al momento como si no tuviera una lista interminable de turbios pensamientos esperando su turno para amargarme la vida.

—Me gusta estar así contigo — murmuró Mónica sin dejar de abrazarme.

—A mí también —respondí con tal honestidad que me sorprendió a mí misma. Era la primera vez que nos permitíamos una confesión así, tan clara, y aunque no dijimos nada más, ambas supimos que otra barrera, una de esas que habíamos fingido no ver, acababa de desmoronarse entre nosotras casi en completo silencio.

¿Era sensato?

Probablemente no. En realidad, casi nada en aquella historia lo era. No debíamos olvidar que ese fin de semana era, en esencia, un paréntesis, una pausa robada al curso lógico de nuestras vidas, una pequeña fuga. Y, como toda fuga, estaba destinada a finalizar, a cerrarse como se cierran las cosas que no tienen cabida en la rutina diaria. Lo sabíamos, aunque ninguna de las dos lo dijera en voz alta, y la lógica dictaba que, más pronto que tarde, tendríamos que guardar todo aquello en algún rincón escondido, como se guarda un

objeto precioso y peligroso; un recuerdo envuelto en silencio, cerrado con llave en un arcón mental al que, supuestamente, no debíamos volver jamás.

Supuestamente.

MÓNICA.

—¿En qué piensas? —pregunté después de unos minutos de cómodo silencio en los que me había limitado a acariciar a Carol por distintas zonas de su estupenda anatomía.

—En arcones mentales y llaves secretas —susurró ella, con una voz tan baja que apenas escuché.

—¿Cómo dices? —insistí, inclinándome un poco hacia ella, intrigada por aquella frase tan extraña. Algo en su tono, o quizás en la elección de esas palabras tan específicas, me decía que no se trataba de una simple ocurrencia, y comprendí de forma instintiva que hablaba de algo muy concreto, algo relacionado conmigo.

—Tonterías mías… no me hagas caso —respondió con una sonrisa traviesa, recorriendo con la yema de su dedo índice la línea de mi mandíbula. Aquel gesto, entre posesivo y tierno, me desarmó.

Decidí no persistir más. En lugar de eso, me atreví a formular una pregunta que llevaba tiempo rondando por mi cabeza.

—¿Alguna vez pensaste que podríamos acabar haciendo esto…? —dejé la frase en el aire, abierta.

Carol guardó silencio unos segundos, evaluando con cuidado la cuestión antes de responder.

—¿Te refieres a… hace años?

—Sí, hablo de cuando estábamos en la universidad.

Debo confesar que me lo había preguntado infinidad de veces, sobre todo en aquellas noches lejanas en las que su imagen, o el recuerdo de su voz, irrumpían sin permiso en mis pensamientos, impidiéndome dormir. Necesitaba saber de una vez la verdad.

—No, nunca —negó Carol al fin, con un tono firme. Sin embargo, el leve desvío de su mirada hacia la derecha me hizo recordar aquello que había leído alguna vez: mirar hacia ese lado al hablar puede significar que uno inventa, que miente.

¿Lo hacía? ¿Mentía? Era imposible saberlo con certeza, aunque tampoco me apetecía presionarla.

—¿Y tú? ¿Alguna vez pensaste, durante aquellos años, que tú y yo podríamos terminar teniendo una aventura? —preguntó Carol, devolviéndome la pelota.

Durante un brevísimo instante tuve la tentación de dejar caer la máscara y contarle todo, sin adornos: que sí, que lo había pensado cientos, quizás miles de veces, y que en mi mente no solo habíamos tenido una aventura, sino algo mucho más serio, más íntimo. Pero justo cuando iba a hablar, me detuve. Algo dentro de mí —el miedo, la prudencia, o tal vez la necesidad de autoprotección— me empujó a continuar guardando silencio al respecto.

—Puede que alguna vez se me pasara algo por la cabeza… ¡quién sabe! —dije finalmente, esbozando una sonrisa ambigua—. En esa época estaba un poco dispersa —añadí en tono ligero, casi bromista.

No era el momento. Aún no.

—¿Dispersa? —repitió Carol, entornando los ojos, intentando quizá leer entre líneas.

—Sí… supongo que tenía las hormonas un poco revolucionadas y no era capaz de centrarme en nadie en concreto, ya sabes —aclaré, bajando la mirada por un instante. Me sentí, por un momento, como una especie de Pinocho emocional. ¡Si ella supiera!

Carol asintió despacio y se apoyó en el cabecero, girando ligeramente el rostro hacia la ventana. Me pareció ver una pequeña sombra cruzar por sus ojos. ¿Se trataba de una chispa de decepción? Quizá, pues su voz sonó algo distante cuando volvió a hablar, como si, en el fondo, hubiera deseado escuchar una respuesta diferente.

—Bueno, sí, en esa época todas estábamos un poco dispersas.

—De todas formas, aunque se me hubiese pasado algo por la cabeza, no habría tenido muchas posibilidades —dije en tono chistoso, tratando de quitar hierro a unas palabras que, en el fondo, eran del todo sinceras—. Siempre parecía gustarte alguno...

Carol me observó en silencio durante un segundo que se me hizo larguísimo. Tenía una expresión imposible de descifrar, como si estuviera valorando múltiples respuestas al mismo tiempo. Deseé

tener, más que nunca, el don de leer las mentes ajenas. ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Qué emociones le removían por dentro? ¿Le inquietaba aquella conversación por algún motivo…?

—Bueno… tú tampoco es que te aburrieras demasiado en ese aspecto, por lo que recuerdo —replicó finalmente utilizando también un tono jocoso, aunque con una nota algo punzante, casi imperceptible.

Me reí por lo bajo, aliviada de que aquel extraño momento de tensión se hubiese diluido en ese pequeño intercambio de ironías. Después, me acerqué a ella con suavidad, venciendo los pocos centímetros que nos separaban, y deposité un beso lento en el puente de su nariz. Fue un gesto espontáneo, casi infantil, pero lleno de una ternura que venía de muy atrás, de todo lo que había callado y contenido durante años.

Carol cerró los ojos por un breve segundo, sorprendida quizá por el gesto, pero aceptándolo de buen grado. Cuando los volvió a abrir, me miró por un momento de un modo que me dejó sin aliento, con una expresión limpia, sin máscaras, hablándome directamente sin palabras, o al menos así lo percibí yo.

Creo que fue en ese preciso instante cuando lo comprendí: jamás podría amar a nadie como amaba a aquella mujer.

Aquel pensamiento me golpeó con una claridad abrumadora, pues era obvio que ese amor tenía el poder de hacerme tocar el cielo o, por el contrario, llevarme a las puertas del mismísimo infierno.

Se trataba de una reflexión aterradora, y, sin embargo, en ese momento, no habría querido estar en ningún otro lugar.

Esa noche me dormí mientras Carol leía en voz alta los primeros capítulos de una novela que tenía en mi libro electrónico; una intimista historia de amor entre dos mujeres escrita por una autora llamada Hydra Rosis. Sonreí para mis adentros al pensar que, de todas las novelas de mi biblioteca, Carol había elegido la de una autora asturiana. Como si el universo, de repente, se hubiese concentrado en aquel pequeño y maravilloso reducto del mundo al que nos habíamos escapado en busca de intimidad.

Fue de lo más agradable.

## CAPÍTULO 30.

CAROL.

Me despertó un rayo de sol que se filtraba entre las rendijas de la persiana, golpeando directamente en mi cara con una calidez insolente. Parpadeé un par de veces, desorientada, sin saber muy bien dónde estaba. La habitación me resultaba extraña: las paredes eran de un tono suave que no reconocía, y el aire olía a una mezcla de lavanda con algo más que no supe identificar.

Por un momento pensé que había dormido demasiado profundo y que aún soñaba, y me giré instintivamente hacia mi derecha, esperando encontrar el rostro familiar y con barba incipiente de Iván. Pero no. En su lugar, me encontré con otro rostro, aunque también conocido: Mónica.

Dormía profundamente, con la respiración pausada y los labios apenas entreabiertos. Su cabello oscuro caía en desorden sobre la almohada, y uno de sus brazos asomaba por debajo de la sábana, como si el sueño la hubiera sorprendido a mitad de un gesto. Estaba increíblemente guapa.

Lo recordé todo: la noche anterior, su voz, mis manos, las suyas, el primer beso, el siguiente. Y todo lo que vino después. La excitación sacudió mi cuerpo como si se tratase de una réplica de la tormenta de sensaciones de la noche anterior. ¡Dios!, ¿de verdad aquello era *real*?

Una leve sonrisa se asomó a mis labios, casi por inercia. Me quedé quieta, observándola en silencio, retenida por un momento que no quería dejar escapar. La luz de la mañana perfilaba su piel con una claridad suave, realzando su quietud con una belleza simple y serena. Me esforcé por memorizar cada detalle de su rostro dormido: la forma precisa de su nariz, la línea limpia de sus cejas, la calma que se adivinaba en sus párpados cerrados.

Sentí el impulso de extender la mano y rozar su mejilla, como el que desea confirmar que lo que ve no es un espejismo en medio del desierto, pero algo me detuvo, no sé por qué.

Me giré con cuidado, procurando no perturbar su sueño, y al hacerlo, encontré los ojos entrecerrados de Casi observándome desde una esquina de la cama. Su mirada, de un ámbar cálido y aún adormilado, me sostuvo con esa silenciosa complicidad que solo los animales son capaces de ofrecer.

Dirigí la vista al reloj de la mesita de noche: las nueve y diez. Teníamos que estar en el embarcadero a las diez y media para recoger la canoa que habíamos reservado. No íbamos sobradas de tiempo.

—¡Mónica! —susurré, sacudiéndola con delicadeza por el hombro—. Vamos, tenemos que empezar a prepararnos.

Sus ojos tardaron unos segundos en enfocar mi rostro, pero en cuanto lo hizo, su sonrisa brotó de inmediato, radiante, como si la felicidad le naciera desde lo más hondo. Sentí un leve vuelco en el pecho. ¿Por qué tenía ese efecto sobre mí? ¿Cómo podía una sola mirada suya bastar para desarmarme por completo?

Tenía que mantenerme alerta. Controlarme. Aquel fin de semana era un paréntesis, no un comienzo; una pausa que ambas debíamos cerrar al regresar a nuestras respectivas vidas. Sin más.

—¿Qué hora es? —murmuró, desperezándose con languidez y dejando al descubierto uno de sus pechos por encima de la sábana. Aquel gesto tan sencillo, y a la vez tan poderoso, me hizo apartar la mirada con torpeza, como si fuera una adolescente impresionable. Absurdo, pues habíamos compartido mucho más que un amanecer en la misma cama.

—Las nueve y cuarto; ¡tenemos que irnos, bella durmiente! —respondí con fingida firmeza mientras me incorporaba de un salto —. Voy pasando a la ducha —añadí, casi huyendo hacia el baño y conteniendo el impulso de acercarme a besarla, tal vez por miedo a no querer detenerme después.

¿Desde cuándo me había vuelto tan débil…?

Apenas nos llevó treinta minutos prepararnos. Nos vestimos con mallas cortas de deporte y escarpines, ropa cómoda y adecuada para lo que nos esperaba. Después, desayunamos con ganas, sabiendo que necesitaríamos energía para el trayecto en canoa: huevos revueltos, bacon crujiente y tostadas recién hechas.

Antes de salir, nos aseguramos de que Casi tuviera agua fresca, comida y el patio abierto para que pudiera moverse con libertad, y en seguida nos subimos al BMW de Mónica, en dirección a Arriondas, el punto de salida del descenso. Allí aparcamos el coche y localizamos rápidamente la empresa con la que habíamos contratado el alquiler de la canoa. El trámite de la entrega fue ágil y el encargado nos proporcionó chalecos salvavidas, remos y un bidón hermético para nuestras pertenencias.

Tras abrocharnos los chalecos, nos dirigimos al embarcadero privado, donde nos esperaba un monitor para darnos una breve explicación sobre el manejo de la canoa y las normas de seguridad. La embarcación era de material resistente e insumergible, adecuada para dos personas, y tras acomodarnos y colocar en su sitio el bidón con nuestras pertenencias, nos adentramos en el río.

—¿Cuánto crees que vamos a tardar en hacer el recorrido? —preguntó Mónica desde la proa, intentando acompasar sus paladas con las mías. El Sella, a finales de junio, mostraba su faceta más cálida y acogedora. El agua, de un verde translúcido, reflejaba el cielo despejado y las montañas circundantes.

—Son quince kilómetros hasta Llovio. Como vamos sin prisa y seguramente paremos a comer, diría que unas cuatro horas y media, más o menos —respondí, rectificando ligeramente la dirección de la canoa, que se había acercado peligrosamente a otra embarcación en la que iban dos tipos treintañeros, musculosos, con pinta de tomarse muy en serio el gimnasio.

—Me estás salpicando, ¿lo sabías? – se quejó Mónica en tono burlón.

—Pues prepárate —respondí entre risas, concentrada en llevar la canoa hacia el centro del río—. Esto no ha hecho más que empezar…

En ese momento, la otra canoa, la tripulada por los dos forzudos, se acercó aún más a nosotras. Uno de los chicos, un moreno de hombros anchos que remaba en la parte trasera, nos gritó con sorna:

—¡Eh, chicas! ¿Necesitáis ayuda?

—No, gracias —respondió Mónica con rapidez—. ¿Y vosotros...?

Se echaron a reír, divertidos por la respuesta. El compañero, un tío enorme con la cabeza casi rapada y una barba de dos días, añadió:

—¿Dónde vais a parar? Quizá podríamos esperaros allí para tomar algo juntos…

—No tengo ni idea de dónde pararemos, aunque lo mismo os tenemos que esperar nosotras…—intervine, algo picada por su presunción.

Volvieron a reír, intercambiando una mirada cómplice.

—Bueno, eso es fácil de comprobar —replicó el moreno, sonriendo. Después continuó remando junto a su compañero sin dejar de observarnos con descaro hasta que nos sacaron una buena distancia.

Mónica y yo nos miramos. Bastó un segundo para entendernos.

—¿Vamos a por ellos? —propuse.

—Por supuesto que sí —respondió Mónica, con una expresión desafiante que no dejaba lugar a dudas.

Ajustamos el ritmo sin decir palabra hasta que nuestras paladas se volvieron más firmes, más sincronizadas. El agua nos salpicaba ligeramente a cada impulso, y pronto la corriente empezó a jugar a nuestro favor. El rumor del río se mezclaba con las risas que provenían de otras canoas con las que nos cruzábamos, pero en nuestra embarcación se respiraba un propósito silencioso: alcanzar a los forzudos.

Los teníamos a la vista, no muy lejos, aunque nos sacaban ventaja. Ambos miraron hacia atrás al escuchar cómo nuestra canoa cortaba el agua con decisión.

—¡Ojo, que vienen fuertes! —gritó el de la barba, divertido.

—No os confiéis —le contesté sin alzar demasiado la voz, pero lo suficientemente alto para que me oyeran—. Que esto no es una carrera, pero si lo fuera...

—¡Perderíais! —intervino Mónica, con esa sonrisa suya que era mitad juego, mitad desafío.

Los chicos se rieron con ganas, pero no tardaron en remar con más energía. La competencia estaba servida.

Durante la siguiente media hora, fuimos ganando terreno. El Sella se ensanchaba en algunos tramos, y la corriente se suavizaba.

Aprovechábamos cada curva, cada recodo, buscando siempre la línea más directa. La vegetación a ambos lados del cauce era exuberante, salpicada de chopos, sauces y helechos, y el cielo despejado proyectaba reflejos vibrantes sobre el agua.

En un momento dado, pasamos junto a una pequeña playa fluvial donde un grupo de canoístas había parado a descansar. Mónica, sin dejar de remar, murmuró en tono resignado:

—Ahí es donde íbamos a parar a comer…

—Ya comeremos más tarde, si no morimos antes, claro.

—¿Cómo vas?, ¿aguantas?

—¡La duda ofende! Además, tenemos más técnica que ellos al remar…

—Pues venga, ¡continuemos!

La canoa de los chicos volvió a estar a tiro. Apenas nos separaban unos pocos metros. Entonces, el moreno, el de los hombros anchos, levantó el remo en señal de saludo burlón.

—Vale, vale. Admitimos que sois rápidas. Pero ¿cuánto tiempo vais a aguantar así…?

—Más que vosotros —repliqué sin dejar de remar.

—Eso está por verse —dijo él, riendo, mientras volvía a remar con fuerza.

Durante un buen rato remamos en paralelo, intercambiando comentarios entrecortados y miradas rápidas. La rivalidad tenía un punto de juego limpio y otro de tensión enmascarada, pero reconozco que me gustaba.

El calor del sol empezaba a sentirse con más fuerza, y el sudor se mezclaba con el agua que salpicaba con cada movimiento. A lo lejos, se escuchaba música proveniente de otra canoa, y voces que cantaban, medio desafinadas, medio felices.

—¡Dios!, ¿cuándo bajarán el ritmo estos idiotas? —preguntó Mónica, sin perder el ritmo.

—No lo sé, pero empiezo a tener reventados los brazos —farfullé tras soltar un sonoro suspiro.

No dijimos más. Nos conocíamos lo suficiente como para saber que rendirnos no era una opción.

Y así seguimos, remando a buen ritmo, con el sol en la espalda, aunque el frescor del agua y la brisa suave que soplaba entre los árboles nos mantenían cómodas. En algunos tramos, el río se estrechaba y formaba rápidos suaves que nos obligaba a remar con más fuerza, mientras que en otros se ensanchaba, ofreciendo momentos de cierta calma. A medida que avanzábamos, el paisaje se desplegaba ante nosotros: bosques frondosos, praderas verdes y pequeños islotes que invitaban a detenerse y disfrutar del entorno.

Cuando nos quedaban apenas quinientos metros para el final, el cuerpo ya no me respondía. Los brazos me dolían como si los llevara rellenos de piedra, y las manos me ardían con cada movimiento del remo. Cada vez que lo sumergía en el agua, sentía que arrancaba una hebra más de mis fuerzas. Pero no pensaba parar. Mónica, delante de mí, tampoco aflojaba.

La corriente a favor se había calmado justo en ese tramo final, como si el río quisiera exigirnos aún un poco más, y la carrera contra los chicos de la otra canoa se volvió silenciosa, rabiosa. El moreno, con esa espalda inmensa, remaba con la mandíbula apretada, y el barbudo, aunque seguía el ritmo del otro, tenía el rostro desencajado; era obvio que no podía más.

Yo tampoco, siendo honesta. Pero algo dentro de mí, ese último resto de rabia competitiva me empujaba más allá del dolor.

Fijé la vista en Mónica. Su camiseta mojada se le pegaba a la espalda, y cada vez que se impulsaba, los músculos de sus dorsales se marcaban como cuerdas. Había algo hipnótico en ese vaivén. Sin pensar, sentí el impulso de extender la mano y pasarla por su espina dorsal, de tocar esa energía que irradiaba, esa fuerza, pero me reprendí al instante. Apreté el remo y eché el cuerpo hacia adelante. No era el momento.

El punto de llegada se asomó entre los árboles: unas boyas flotantes señalaban el lugar donde debíamos dejar las piraguas. Estábamos a quince metros. Mónica apretó el ritmo, y yo la seguí sin dudar. El agua salpicaba por todas partes, y por el rabillo del ojo vi cómo los chicos intentaban dejarnos atrás, aunque no les íbamos a dar ese gusto. Ni hablar.

En los últimos metros nos pusimos a la par. Y entonces ocurrió: una sincronía casi instintiva, como si entre Mónica y yo hubiera algo más que una simple embarcación. Remamos con todo lo que nos quedaba, sin medida, sin técnica, solo fuerza y empeño, con paladas salvajes, desesperadas, hasta que dejamos la zona de llegada atrás.

Aflojé el cuerpo, solté el remo y me dejé caer hacia atrás, jadeando, con los pulmones en llamas. El mundo se redujo al ritmo frenético de mi corazón y al murmullo del agua rozando la canoa, como un suspiro después de la tormenta.

Mónica se giró hacia mí. Tenía la cara enrojecida por el esfuerzo y el pelo pegado a la frente, pero su sonrisa era la de una diosa griega que acababa de conquistar una guerra: triunfante, luminosa. Creo que nunca la había visto tan guapa como en ese preciso instante, y me desconcertó la reacción de mi cuerpo, pues sentí cómo se erizaba cada centímetro de mi piel.

Los chicos llegaron segundos después, frenando su canoa junto a la nuestra. El moreno alzó una ceja y nos dedicó una sonrisa rendida, y el barbudo se rio, sin rencor, sacudiendo la cabeza.

—¡Buena carrera! —exclamó.

Mónica soltó una carcajada corta y se encogió de hombros, aún sin aliento.

Yo asentí, todavía temblando por dentro. No sabía si era por el esfuerzo, por la adrenalina… o por la imagen de su espalda, de su rostro perlado de sudor y su sonrisa deslumbrante.

—Creo que lo justo es que os invitemos a comer —propuso el de las anchas espaldas, mientras le devolvía el remo al chico que recogía las canoas.

Mónica y yo cruzamos una mirada rápida, apenas un segundo, pero suficiente para entendernos sin necesidad de palabras.

—Gracias, chicos, quizás en otra ocasión. Tenemos un compromiso… —respondí con una sonrisa cordial.

No habíamos ido a aquel viaje para socializar con nadie. Al contrario. Lo único que deseábamos era estar a solas.

—De acuerdo… pero os dejamos mi teléfono, por si os apetece tomar algo esta noche —intervino el barbudo con un tono esperanzado.

—¡Claro! —respondió Mónica, cortés, lanzándome una mirada de reojo. Ambas sabíamos que no íbamos a llamar.

Minutos después, tras entregar la canoa y recoger nuestras cosas, un chico de la empresa de alquiler nos acercó al punto de partida para recoger el coche. Estábamos agotadas y hambrientas, pero satisfechas con la experiencia.

En mi cabeza no dejaba de repetirse una idea: lo único que me apetecía era comer algo y encerrarme con Mónica en la casa rural. Teníamos toda la tarde — y la noche — por delante.

¡Dios! Empezaba a sentirme como una especie de pervertida sexual.

## CAPÍTULO 31.

MÓNICA.

Era nuestra última tarde en la casa rural. Carol estaba tumbada junto a mí en el sofá, con la cabeza apoyada en mi muslo, y el cuerpo medio enredado con el mío, como si siempre hubiésemos estado así. Yo le acariciaba el pelo despacio, con movimientos lentos, deseando alargar esa tarde indefinidamente y robarle horas a la realidad. Fuera solo se oía el canto lejano de algún pájaro y, de vez en cuando, el rumor del viento entre los árboles.

En la pantalla del televisor, algún capítulo de una serie de Netflix avanzaba sin que ninguna de las dos le prestase verdadera atención. Ni siquiera podría decir cuál era. Lo único que importaba era tener a Carol junto a mí, respirando tranquila, confiada.

Habían sido días increíbles. Caminatas entre árboles, risas tontas en la cocina, silencios cómodos al atardecer y, sobre todo, una serie de encuentros íntimos repartidos entre el sofá del salón y la amplia y ya familiar cama del dormitorio. Carol me había regalado su tiempo, su atención… su pasión. Y yo me había entregado a esa fantasía sin reservas, sintiendo que me pertenecía un poco, que por fin podía tenerla solo para mí, sin novio, sin miradas vigilantes, sin medias verdades.

Y, sin embargo, no sabía qué ocurriría al regresar a Madrid. ¿Volvería con Iván como si nada?, ¿fingiría que nada de aquello había sido real?, ¿que lo nuestro no había existido?

No habíamos hablado del tema, como si existiera un pacto tácito entre nosotras en el que hubiésemos trazado un territorio vedado que ninguna se atrevía a cruzar. Pero el silencio no evitaba que pensara en ello constantemente. Y en ese instante, con su pelo entre mis dedos y su aliento tibio acariciándome la piel, me sentía más enamorada que nunca, si eso era posible.

—Me parece que no le estás prestando mucha atención a la serie… —dijo de pronto, sin moverse, con una mueca traviesa en el rostro.

Sonreí, sin dejar de enredar mis dedos en su pelo.

—Es que tú me distraes…

Carol soltó una risa suave y giró la cara hacia mí. Me miró con una expresión que no supe cómo definir.

¿Podía ser amor? ¿Era eso lo que estaba viendo?

No me atreví a preguntar. Pero en ese instante, me bastó con imaginar que tal vez, solo tal vez, la respuesta era sí.

Me incliné despacio y deposité un beso suave en sus labios, apenas un roce, como si tuviera miedo de romper algo sagrado. Carol cerró los ojos y suspiró quedamente. No dijo nada. Yo tampoco; no quería palabras, solo perderme en su cuerpo, aspirar su aroma —mezcla de jabón, campo y algo que era solo suyo—, grabar cada pequeño gesto, cada curva, cada expresión de su rostro en lo más profundo de mi memoria, donde pudiera conservarlo todo, intacto, para siempre.

Deseé con todas mis fuerzas que lo que quedaba de tarde, y todo lo que viniera después, se alargara hasta el infinito, que el tiempo se detuviera justo ahí, entre sus brazos, con su respiración acompasada y su calor latiéndome bajo los dedos, pero, sobre todo, deseé olvidar que al día siguiente tendríamos que abandonar aquel pequeño oasis para regresar a Madrid, donde todo volvería a ser confuso, incierto, y yo ya no podría tenerla así, sin condiciones, ni relojes, ni sombras amenazantes…

## CAPÍTULO 32.

CAROL.

Iván llevaba un buen rato hablando sin pausa. Contaba algo sobre una reunión, su jefe y unos informes duplicados. Yo asentía en silencio, casi de forma automática, mientras cortaba tomates en rodajas finas sobre la encimera de la cocina. Lo reconozco: mi mente no estaba allí. O, mejor dicho, estaba con otra persona.

¡Maldición! Sabía que no debía pensar en ella, pero resultaba mucho más difícil de lo que había imaginado dejar lo ocurrido atrás como un simple recuerdo bonito, sin consecuencias. ¿Había sido ingenua al pensar que sería fácil? Probablemente sí.

—¿Estás escuchando lo que te digo? —la voz de Iván me alejó de golpe de mis demonios internos.

—Sí, sí… Que tu jefe está más insoportable que nunca —me arriesgué a decir, aunque tenía la sensación de que eso me lo había contado hacía ya más de diez minutos.

Lo oí bufar suavemente por lo bajo.

—¿Por qué estás últimamente tan callada? —preguntó, bajando un poco el tono, midiendo, quizá, sus palabras.

—¿Callada? —repetí, intentando ganar tiempo para pensar algo convincente que decir.

—Sí, callada —insistió, mirándome de reojo mientras yo aliñaba la ensalada—. Te noto… un poco distante, Carol. ¿Te pasa algo?

—No es nada, de verdad. Es solo el trabajo. Últimamente estoy estresada.

Era la excusa más fácil que se me ocurrió.

—¿No habrás discutido con Mónica durante el viaje? —preguntó entonces con ese tono suave pero cargado de intención que usaba cuando sospechaba algo y no quería parecer demasiado directo.

No era tonto. Ni de lejos. Y si yo no conseguía dejar atrás lo que había pasado con Mónica, si no ponía tierra de por medio, aquello acabaría explotándome en toda la cara, lo sabía. Lo más prudente —lo único sensato, en realidad— era dejar de verla por un tiempo.

Darnos espacio, tomar distancia. Y después… después ya retomaríamos la relación como amigas, exclusivamente.

—No, qué va. Para nada. Fue un fin de semana genial. Solo… estoy cansada, eso es todo, cariño — dije finalmente tras bajar de forma inconsciente la mirada.

En ese momento me vino a la mente un artículo que había leído hacía tiempo sobre la fidelidad. Decía, en esencia, que cuando estás con la persona adecuada —esa con la que encajas como las piezas precisas de un puzle— la fidelidad no se fuerza, simplemente ocurre de forma natural, incluso con el paso de los años. Por el contrario, cuando no estás con "esa persona", ser fiel puede convertirse en un esfuerzo consciente, casi artificial.

En su día estuve totalmente de acuerdo con aquel columnista. Pero ahora… ¿qué significaba respecto a Iván? ¿Que no era la persona adecuada para mí? ¡Qué tontería! No podía dejar que ese tipo de pensamientos me confundieran.

La mentira sabía amarga y me sentía horriblemente mal por mi novio. Iván no se merecía aquello y de pronto tuve una cosa absolutamente clara: jamás en la vida volvería a cruzar la línea de la infidelidad, por ningún motivo. El peso de la culpa era excesivo.

Me acerqué a él por detrás, rodeándole la cintura con los brazos. En seguida sentí que su cuerpo se relajaba. Me apoyé en su espalda unos segundos hasta que se giró hacia mí, buscando mis labios.

Le besé, pero fue un beso breve, sin profundidad, sin alma.

Me sentí una impostora, pero me hice una promesa silenciosa: recolocar mi mente, reconstruir el orden dentro de mí, volver al punto exacto en el que estaba mi relación con Iván antes de que Mónica irrumpiera en mi vida como un vendaval.

Solo era cuestión de tiempo.

MÓNICA.

Llevaba ya un buen rato sentada en la sala de reuniones, rodeada de mis compañeros, con una libreta abierta frente a mí y el bolígrafo entre los dedos, fingiendo que tomaba notas. La voz de mi jefa resonaba con claridad, con su tono habitual —seguro, organizado,

profesional— pero a mí me llegaba como un murmullo lejano, irrelevante. No podía concentrarme.

Habían pasado tres días desde que regresamos de Cangas de Onís y apenas había tenido noticias de Carol. Tan solo habíamos intercambiado un par de mensajes corteses, un tanto impersonales: *¿qué tal tu día?, ¿mucho lío en el trabajo?* Nada que me diera una pista sobre lo que le pasaba por la cabeza después del fin de semana, ni mucho menos que diera a entender que me echaba de menos, aunque lo peor de todo era la forma en que nos habíamos despedido al llegar a Madrid. Un simple *"Hablamos esta semana"*, sin siquiera mirarnos bien a los ojos, como si lo vivido durante el fin de semana fuera algo que debía guardarse en un cajón y sellarse con cinta aislante. Recordar aquel momento me hacía sentir estúpidamente expuesta, vulnerable.

De pronto, noté la vibración del móvil en el bolsillo de mi pantalón. Disimuladamente, deslicé la mano y lo saqué con cuidado, sin que nadie me viera. ¿Sería ella?

No era Carol.

Era Iván.

Tuve un mal presentimiento, uno de esos que te golpean en la boca del estómago con saña. ¿Qué querría de mí?, y, sobre todo, ¿acaso se había enterado de algo…?

Contuve el aliento y esperé pacientemente a que la reunión terminara. En cuanto pude, me levanté, fingiendo normalidad, y salí con paso rápido hacia mi despacho. Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria, víctima de los nervios, y abrí el mensaje con los dedos temblorosos. Decía:

*"Hola Mónica, me gustaría quedar contigo para comentarte algo. ¿Podemos vernos esta tarde cuando salgas del trabajo? No le digas nada a Carol, por favor."*

—Ay, Dios… ¡Lo sabe! —susurré, notando un sabor agrio en el fondo de mi garganta.

Traté de calmarme, comenzando a dar vueltas por la habitación como un animal enjaulado. Pensé en llamar a Carol en ese mismo momento, decirle que algo raro pasaba, que Iván había contactado

conmigo, pero lo descarté al instante. Si sabía algo, prefería enfrentarme sola a él, sin ponerla a ella contra las cuerdas.

Me detuve junto a la ventana, miré fijamente el edificio de enfrente durante unos segundos, y después cogí el móvil.

Escribí:

*"¡Claro! Salgo de trabajar a las 6."*

Cuanto antes, mejor.

La respuesta no tardó en llegar:

*"De acuerdo, te voy a buscar. Dime la dirección."*

Le pasé mi ubicación sin pensarlo demasiado. Después me quedé un rato en la misma postura, de pie, con el móvil en la mano y el corazón golpeando mi pecho como si fuera a romperlo en dos.

Algo estaba a punto de pasar. Y no tenía ni idea de qué.

El resto del día transcurrió como si estuviera en una especie de niebla espesa. Respondí correos, asistí a una videollamada, revisé un informe… todo en modo automático. Cada cierto tiempo, miraba el reloj, pues siempre he sido de las que prefiere pasar los malos tragos cuanto antes, pero las manecillas parecían burlarse de mí, avanzando con una lentitud exasperante.

A las seis en punto, me levanté de la silla con un suspiro de liberación. Apagué el ordenador, cogí el bolso y salí del despacho. Fui cruzándome con algunos compañeros, intercambiando despedidas breves, sin detenerme demasiado. Sentía las piernas ligeras y el estómago cerrado. Me temía lo peor, es decir, una escena de celos y reproches. ¿Cómo se habría enterado…?

Al salir a la calle, el aire de la tarde me golpeó la cara con una frescura que no supe si agradecer o maldecir. Me detuve unos segundos, hasta que le localicé.

Estaba apoyado contra el portal del edificio, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones y una expresión difícil de descifrar. ¿Nervios? ¿Inseguridad? ¿Preocupación? Durante un segundo, no supe si acercarme o salir corriendo. Él me dedicó una sonrisa rápida, educada, con ese matiz incómodo de quien no sabe muy bien cómo empezar una conversación delicada.

—Hola, Mónica —dijo, dando un par de pasos hacia mí para saludarme con dos besos.

—Hola —respondí, desconcertada. No parecía estar enfadado conmigo.

—¿Te parece si tomamos algo aquí al lado? —señaló una cafetería pequeña, en la esquina, de esas con toldo verde y sillas de hierro forjado.

Asentí sin muchas ganas. Caminamos juntos en silencio unos metros, haciendo un esfuerzo por parecer relajados. Hablamos del calor sofocante que azotaba la ciudad esa semana, aunque yo solo podía pensar en lo que quería decirme.

Entramos en el local. Olía a café y el aire acondicionado nos envolvió con alivio. Nos sentamos en una mesita junto al ventanal y pedimos un par de refrescos. La camarera nos dejó las bebidas y se alejó, y entonces Iván me miró con una seriedad inquietante.

—Quería hablar contigo porque… —se interrumpió unos segundos, buscando las palabras adecuadas—. Porque quiero pedirle formalmente a Carol que se case conmigo y me gustaría que me acompañes a elegir el anillo.

Me quedé en silencio, con el corazón detenido, como si se me hubiera apagado de golpe. Alivio y espanto me invadieron al mismo tiempo, casi en la misma medida. Alivio porque Iván no se había enterado de nada. Espanto… por todo lo demás.

—¿Que se case contigo…? —repetí, como una idiota, incapaz de ordenar mis ideas. Aquello no podía estar pasando. ¿Qué clase de broma cruel era esa?

Iván rio, nervioso, llevándose una mano al cuello.

—Sí. Lo hemos hablado alguna vez, pero quiero hacerlo bien, en plan formal. Y como sé que soy un desastre para estas cosas… pensé que tú podrías ayudarme a elegir el anillo perfecto.

Me obligué a sonreír. O algo parecido. Lo reconozco: me sentí fatal por él, pero más aún por mí. ¿Por qué el universo me colocaba en una tan situación absurda, casi sádica?

—Bueno… no te creas que entiendo mucho de anillos —dije, con la esperanza de zafarme de aquel cáliz envenenado.

—Tonterías —insistió él—. Tienes buen gusto, y, lo más importante, conoces los gustos de Carol.

¿Por qué?, Señor, ¿por qué?

—Está bien, te acompañaré —cedí, por pura inercia. Ya pensaría en una excusa para no acompañarlo más adelante.

—Pues, si te parece, podemos ir ahora. La verdad es que tengo cita a las 7 en la joyería; nos pilla a cinco minutos en coche de aquí.

—¿Ahora? —pregunté, horrorizada.

—Sí, no tardaremos mucho, lo prometo. Es en la joyería Suárez, en la calle Serrano. ¿La conoces?

—La conozco… —murmuré, resignada.

—¡Perfecto! —exclamó Iván, visiblemente satisfecho. Pero enseguida su expresión cambió; su gesto se volvió más serio, y su voz bajó un poco de tono. —También quería preguntarte otra cosa —añadió, girando el vaso de su refresco entre las manos.

—Dime…

—He notado a Carol un poco… rara últimamente —dijo al fin, con una mezcla de preocupación y duda reflejada en el rostro.

—¿Rara? —repetí, intentando parecer sorprendida, aunque por dentro una alarma silenciosa comenzaba a sonar.

—Sí, no sé… está como ausente. Distante. Tú eres su mejor amiga… ¿sabes si le pasa algo? —preguntó entonces, clavándome la mirada con una intensidad que me hizo removerme en el asiento.

Me encogí de hombros con una mueca cuidadosamente calculada.

—Ni idea, la verdad. No me ha dicho nada —mentí, procurando que mi voz sonara despreocupada.

Así que Carol estaba distinta en casa. No me sorprendía, por supuesto. Carol no era de piedra, y por mucho que intentara hacer como si nada, no podía borrar de un plumazo lo ocurrido conmigo. No sin dejar algún rastro.

—¿Seguro? —insistió él, ladeando ligeramente la cabeza, escrutando con atención mi rostro.

¡Dios!, aquella situación era desastrosa. Pero ¿qué podía hacer? ¿Confesar? ¿Soltarle allí mismo que la mujer con la que pensaba casarse se había acostado conmigo?

Y, además, ¿qué sabía yo realmente? Puede que para Carol aquello no fuese más que un desliz, una aventura fugaz. Algo que ya estaba olvidando.

—Seguro —repetí con firmeza, obligándome a mantenerle la mirada.

Él asintió, aliviado, y forzó una sonrisa.

—Bien, entonces centrémonos en lo del anillo —dijo, recuperando algo de ligereza en el tono.

No tuve más remedio que devolverle la sonrisa, vaciar lo que quedaba en mi vaso y seguirle el juego. Porque aquello ya era simplemente eso: un juego incómodo, en el que yo no sabía muy bien qué papel estaba interpretando.

Subimos a su coche y fuimos hasta la calle Serrano. Aparcamos en un parking subterráneo, y al salir a la superficie, la luz de la tarde me pareció excesivamente luminosa, casi ofensiva. Todo seguía funcionando igual que siempre: los coches, la gente, las tiendas abiertas… y, sin embargo, yo tenía la sensación de que los dioses se reían en mi cara, recordándome, quizá, que no tenían ni el más mínimo interés en compadecerme.

La joyería era todo lo que uno podía esperar de un sitio así: elegancia contenida, vitrinas inmaculadas, luces cálidas, mármol. Lujo en toda su esencia. Nos recibió una dependienta de mediana edad, impecablemente vestida, con una sonrisa bien calibrada.

—¿Les puedo ayudar? —preguntó, mirándonos alternativamente.

—Sí —respondió Iván—, quería comprar un anillo de compromiso para mi novia. Soy Iván Ávila y tenía hora concertada para las siete…

La mujer me dirigió una sonrisa cómplice y dijo:

—Claro, pasen por aquí. Seguro que encontramos algo que le guste.

—No es para mí.  Yo soy una amiga de su novia. Solo vengo a asesorarlo – aclaré de inmediato, algo apurada.

—Ah, va a ser una sorpresa entonces. ¡Qué romántico! —exclamó ella, señalando una mesita con tres sillones de terciopelo gris para que tomáramos asiento.

*¿Romántico?* Tuve deseos de estrangularla allí mismo. Lo juro.

—Y díganme, ¿qué están buscando exactamente? ¿Algo sencillo, con alguna piedra preciosa, quizá…?

—No tengo nada en mente —admitió Iván—. Enséñenos lo que tenga. Me dejo guiar.

La dependienta empezó a mostrarnos una selección casi infinita de anillos. Iván me miraba tras cada propuesta, esperando mi gesto de aprobación. Yo estuve a punto de elegir uno espantoso, con una esmeralda en forma de pera algo hortera, perfecta para mostrar en una telenovela. Pero no lo hice.

Elegí uno sobrio, con un diamante pequeño, discreto. El que habría escogido yo, el que sabía que a Carol le gustaría.

Me lo probé en el dedo, sabiendo que el suyo era casi del mismo tamaño. Mientras la dependienta tomaba nota de los detalles del grabado que Iván quería —una frase cursi y breve que no quise ni recordar—, yo solo pensaba en cómo había llegado hasta allí.

Salimos de la joyería con Iván encantado, feliz como un niño con un juguete nuevo, a la espera de recogerlo en un par de días con el grabado hecho. Yo, por el contrario, tenía náuseas.

Insistió en llevarme a casa, pero preferí volver caminando.

—Me apetece despejarme un poco —le dije, sonriendo con esfuerzo.

Tal vez el aire de la ciudad me ayudaría a superar aquella sensación asfixiante de estar atrapada en una pesadilla sin lógica ni salida. Tal vez.

Caminé de regreso a casa con la mirada perdida y el cuerpo moviéndose en piloto automático. La ciudad bullía a mi alrededor: terrazas a medio llenar, tiendas bajando sus persianas, luces anaranjadas tiñendo las aceras. Pero yo apenas percibía nada. Me sentía como una cáscara vacía deslizándose entre semáforos y escaparates, ajena al ritmo de la tarde.

Y, sin embargo, con cada paso, algo en mi interior comenzó a ordenarse. Como si mi mente, después de tanto ruido, empezara por fin a encajar las piezas de un rompecabezas que hasta entonces solo me había provocado puro vértigo.

Para cuando llegué a casa, ya no me temblaban las manos. Cerré la puerta con suavidad, me quité los zapatos saludando a Casi y me quedé un momento de pie en el pasillo, respirando hondo.

Tenía claro lo que debía hacer.

## CAPÍTULO 33.

MÓNICA.

Salí a la terraza con una lata de Aquarius recién abierta en la mano. Tenía sed, pero no era la sed típica de un día caluroso, sino esa otra más extraña, la que nace del estómago y sube hasta la garganta cuando los nervios te aprietan desde dentro y te dejan la boca como papel. Dejé la lata sobre la mesita baja y me apoyé en la barandilla, buscando algo de aire. La brisa era suave, apenas un soplo, pero suficiente para despeinarme un poco. Las vistas eran las mismas de siempre —edificios tranquilos, tejados apagados, árboles que apenas se movían—, pero esa tarde me resultaban distintas, aunque no supe exactamente por qué.

Me había cambiado la ropa del trabajo hacía ya más de una hora, sustituyéndola por un pantalón ancho, cómodo, y una camiseta blanca sencilla pero bien cortada. Todo en mí hablaba de contención, aunque por dentro solo sintiese vértigo.

Recordé el mensaje que le había enviado a Carol esa mañana:

*¿Puedes pasarte por casa esta tarde? Necesito hablar contigo.*

Ella había respondido con rapidez: *Claro. A las ocho estoy allí.*

Ni una pregunta. Ni un *¿todo bien?*

Supuse que ella también sabía que no podíamos seguir evitando lo inevitable. Teníamos que hablar, pues no había más espacio para el silencio. Además, vistos los últimos acontecimientos, yo había llegado a ese punto donde la inacción no era ya una opción. Debía actuar, y cuanto antes mejor.

En ese momento, el timbre sonó, y mis pulsaciones se desbocaron. Crucé el salón con paso firme, aunque las rodillas me flaqueaban. Antes de abrir, respiré hondo, intentando atrapar el aire con la misma desesperación con la que otras veces había atrapado la boca de Carol entre mis labios.

Abrí la puerta, y ahí estaba ella.

Vestía aún con ropa de trabajo: unos pantalones gris oscuro y una blusa sin mangas ligeramente arrugada por el largo día que le

marcaba los hombros. Tenía el rostro sereno, pero en su expresión había una seriedad contenida, una solemnidad desconcertante.

—Hola; pasa, por favor —dije, apartándome para dejarla entrar.

Carol cruzó el umbral con un "hola" casi inaudible, apenas un susurro que se deshizo en el aire. No nos tocamos, ni nos sonreímos. Ella caminó entonces con paso tranquilo hacia la terraza, y durante un instante me quedé quieta, observándola desde el salón, como si la escena no me pareciera del todo real.

Se colocó justo en el mismo lugar en el que había estado yo minutos antes, apoyada contra la barandilla y con los brazos cruzados sobre el pecho. Ese gesto, aparentemente casual, me pareció un poco defensivo.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrecí desde la puerta de la terraza.

—No, no te preocupes —respondió sin mirarme.

La tensión se deslizaba entre nosotras como un hilo invisible. No era incómoda, al menos no del todo; era más bien densa, cargada de todo lo que nos habíamos callado hasta el momento.

Durante unos segundos, solo se escuchó el ruido lejano de la calle, el zumbido suave de la ciudad en su rutina de tarde.

—Bueno… creo que ambas sabemos que tenemos que hablar – dije finalmente, armándome de valor y saliendo a la terraza hasta quedarme de pie frente a ella.

—Sí. Tenemos que hablar —repitió, asintiendo despacio, sin apartarse de la barandilla.

Intenté encontrar la manera de empezar, pero todas las frases que había ensayado mentalmente a lo largo del día se deshacían en mi boca como papel mojado. Las palabras que horas antes me parecían firmes, casi valientes, ahora se me antojaban frágiles, ajenas. Sentí esa punzada de angustia que solo se experimenta cuando sabes que el tiempo apremia y que, si no hablas en ese preciso instante, corres el riesgo de perderlo todo. No podía permitir que su relación con Iván se enredara aún más con una posible boda de por medio sin, al menos, haber intentado cambiar el rumbo de las cosas.

Carol seguía apoyada en la barandilla con los brazos cruzados, la cabeza ligeramente girada y la mirada perdida entre los tejados. La luz dorada del atardecer iluminaba su rostro de perfil, y tuve el

deseo de acercarme a ella para besarla, pero me contuve. No era el momento. De pronto, me pareció absolutamente irreal que lleváramos tantos años esquivando aquello.

—Carol… —dije al fin —. No sé muy bien por dónde empezar.

Ella me miró, pero no dijo nada.

—No he sido sincera contigo. No del todo —proseguí.

Sus cejas se alzaron apenas, en un gesto que delataba una sorpresa contenida. Respiré hondo. No había marcha atrás.

—Estoy enamorada de ti —declaré con una voz más firme de lo que me esperaba. —Y no es algo reciente. Lo estoy desde que estábamos en la universidad —continué. Deseaba sincerarme y no quería guardarme nada.

Las cartas empezaban a estar, por fin, bocarriba.

Los segundos se dilataron, como si el tiempo mismo contuviera el aliento, empeñado en prolongar la incertidumbre.

—¿Desde la universidad…? — reaccionó por fin, repitiendo mi última afirmación, como si necesitara asegurarse de que había oído bien.

Su expresión era una mezcla difícil de leer: sorpresa, sí, pero también algo más… ¿incredulidad, tal vez? ¿Confusión? No sabría decirlo.

Asentí despacio, con las mejillas en llamas. No era solo vergüenza lo que sentía, sino el vértigo abrumador de estar desnudando, al fin, una verdad que me había consumido por dentro durante años.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —preguntó; su voz era apenas un murmullo cargado de una emoción que no supe descifrar del todo.

—Por miedo, supongo —respondí—. Miedo al rechazo y a que te alejaras de mí. Nunca pensé que podrías sentirte atraída por una mujer, y no quería arriesgar lo poco que tenía de ti… aunque solo fuese amistad.

Ella apartó la mirada de nuevo, fijándola en algún punto de la terraza a mis espaldas. Se hizo un silencio expectante, prolongado, cargado de palabras no dichas, de dudas suspendidas en el aire.

¿Qué estaría pasando por su cabeza?

Y entonces, sin pensarlo más, lo solté.

—Quiero que te cases conmigo.

Era lo único que me quedaba por decir, lo que llevaba oprimiéndome el pecho desde que salí de aquella maldita joyería con Iván. Nunca había sido partidaria del matrimonio; de hecho, solía burlarme del empeño de los demás por pasar por una institución que siempre consideré obsoleta. Sin embargo, en el fondo, sabía que mi actitud se justificaba por una razón más profunda: la imposibilidad de casarme con la única persona con la que, en secreto, siempre había deseado hacerlo, aun pensando que jamás tendría esa oportunidad.

Carol se giró aún más hacia mí con una sacudida.

—¿Cómo dices?

La miré fijamente, con el corazón latiéndome en la garganta.

—Que quiero que te cases conmigo —repetí, esta vez con voz firme y decidida, dándole forma y peso al más íntimo de mis deseos al pronunciarlo en voz alta.

Ella se quedó inmóvil durante unos segundos y luego, lentamente, se dirigió hacia el sillón de mimbre del rincón y se dejó caer como si de repente las piernas no le sostuviesen. Se pasó las manos por el rostro, visiblemente alterada.

—Dios… —susurró apenas, con la voz quebrada. —No puedo hacerlo —añadió instantes después, evitando mirarme.

—¿Por qué? —pregunté, con un nudo en la garganta que apenas me dejaba hablar.

Dentro de mí se mezclaban la esperanza desesperada con un miedo puro, visceral. Solo pensaba: *por favor, no me digas que no me quieres.*

Pero no fue eso lo que dijo; al menos, no directamente.

—Quiero a Iván — declaró con la barbilla alzada y una firmeza que intentaba parecer inquebrantable—. Y tengo una relación sólida con él. Así de simple.

La miré en silencio unos segundos antes de dejar escapar una carcajada baja, incrédula.

—¿Una relación sólida? —repetí, con una mezcla de sorna y amargura—. Si realmente fuera tan sólida, *querida*, no habrías cruzado ciertas líneas conmigo, ¿no crees?

Mis palabras fueron duras, lo sé, pero nacían de una lógica irrefutable. No era momento de titubeos: había que poner todas las cartas bocarriba. Carol frunció los labios, visiblemente molesta, y me miró con una expresión que parecía una bofetada sin manos.

—Lo siento, pero no eres tú quien debe juzgar mi relación —replicó en tono frío, tan cortante como el filo de un cuchillo.

—Por favor, Carol, no la juzgo. Simplemente, creo que no estás siendo sincera. Y lo peor de todo no es que me mientas a mí, sino a ti misma— sentencié, un tanto herida por su reacción.

—Definitivamente, Mónica, ¿te has vuelto loca? ¿En qué momento has pensado que todo esto era una buena idea…? – me reprochó, encogiéndose de hombros en un gesto de crispación.

—Prefiero abrazar la locura antes que conformarme con la rutina, con lo políticamente correcto, con lo que se supone que los demás esperan de mí —repliqué, con una pasión que apenas podía contener—. Hubo un tiempo en el que creí que estar contigo era un imposible. Una fantasía peligrosa que debía arrancarme del alma si no quería hacerme daño. Por eso me alejé. Me aparté de tu vida pensando que era lo mejor. Pero han pasado diez años, y aquí estoy, enfrentándome a la verdad más persistente que he conocido: nunca te olvidé. Al contrario, lo que siento por ti no solo sigue vivo, sino que ha crecido, ha madurado, y se ha vuelto más cierto que nunca. Carol… eres el amor de mi vida. Y si hay una verdadera locura, es fingir que esto no importa, que no existe. La única derrota que no podría perdonarme sería rendirme sin haber peleado. Así que déjame intentarlo. Permíteme, al menos, perder esta batalla sabiendo que la he luchado hasta el final —concluí, con toda la convicción de la que fui capaz.

—Lo entiendo, Mónica, de verdad —respondió ella con solemnidad, y un matiz de dolor asomando en su mirada—. Pero también necesito que me entiendas tú a mí… No es tan sencillo dejar atrás una relación estable, a alguien con quien he compartido tanto, con quien he construido planes de futuro. Alguien que me quiere, que me respeta…

—¿Esas son tus razones para seguir con él? ¿Que tenéis planes de futuro y que te quiere y te respeta? —pregunté con un deje irónico

en la voz—. ¿Y qué hay de la pasión? ¿Del amor? ¿Dónde se quedaron?

—Te agradecería que no opinaras sobre lo que desconoces. ¿Quién eres tú para juzgarme? —replicó Carol, con una mezcla de ira y desconcierto en el rostro. Era evidente que no esperaba una reacción así por mi parte.

—¿Qué quién soy yo? ¿De verdad me lo preguntas? Soy la persona con la que te has metido en la cama hace apenas unos días. La única con la que has conectado de un modo que va mucho más allá de lo físico. Y no me digas que no, porque hay cosas que simplemente se sienten —grité, con una vehemencia creciente. Había empezado a recorrer un camino y ya no había vuelta atrás; iba a llegar hasta el final.

—¡Vaya! —exclamó con sorna—. Me parece que tienes la autoestima a prueba de bomba.

—No es eso —respondí con firmeza—. Solo digo lo que siento, lo que veo con claridad. Y tú sabes tan bien como yo que nuestros encuentros no fueron simples *juegos*: fueron puro fuego, pero con sentimientos. Admítelo, aunque si crees que me equivoco, mírame a los ojos y dime que no tengo razón.

Carol me lanzó una mirada dura, pero sus palabras llegaron a mis oídos cargadas de desafío:

—¿Y por qué debería reconocer eso? ¿Por qué tú lo pidas?

—Sí, Carol, porque yo te lo pido —insistí, con la voz quebrada, pero decidida—, y porque me lo debes. Necesito que seas honesta conmigo. Y si al final me dices que lo nuestro no significó nada para ti, prometo no molestarte más con esto. Pero necesito escucharlo. —Las palabras salieron de mi boca atropelladas, casi sin aliento, pues el mero hecho de plantear una separación definitiva me desgarraba por dentro.

Ella se quedó en silencio, pensativa, con la mirada perdida un instante, sopesando quizá cómo responder a mi desafío.

—Lo que pasó entre nosotras fue solo un experimento. Sexo con cariño, nada más —dijo al fin, bajando la voz en un intento de suavizar el golpe, pero su tono no logró disipar el peso de la confesión.

Sentí cómo se me encogía el estómago, mientras el corazón me daba un vuelco rabioso.

—¿Un experimento? ¿De verdad vas a reducirlo a eso? —dije, conteniendo las ganas de gritar—. No puedes decirme eso sin mentirte a ti misma.

Porque mentía, ¿verdad?

—Para mí sí lo fue —insistió, cruzando los brazos con gesto de irritación. Había algo desafiante en su postura, pero sus ojos… ¿sus ojos revelaban ciertas dudas?

Lo confieso: durante un segundo, tuve ganas de abofetearla, aunque no por violencia, sino por pura impotencia. Tragué la rabia como si fuera veneno.

—Pues pusiste mucho empeño en hacerme creer lo contrario, ¿sabías? —repliqué con voz rota.

Ella no respondió, pero me miró con algo parecido al dolor. Un dolor que no sabía si era por mí, por ella o por lo que estábamos a punto de enterrar.

—Lo siento, Mónica. Pero no puede ser. Nunca te prometí nada.

De todos los escenarios imaginables, aquel era, sin duda, el más cruel. Iba a necesitar tiempo para digerir todo aquello. Me quedé mirándola en silencio, mientras notaba como mis ojos amenazaban con nublarse de un momento a otro.

*No, por Dios, Mónica, ¡aguanta!* – me repetí. Me negaba a que ella me viera llorar.

—¿Sabes, Carol? No lo sientas. Me costará superarlo, sí… pero he llegado a la conclusión de que no me mereces. Las personas no somos cobayas de laboratorio con las que experimentar. Tenemos sentimientos, nos ilusionamos, nos entregamos, y cuando eso no es correspondido, duele. Duele de verdad. —Hice una pausa breve, para recuperar el aliento—. No sé si tú has sentido alguna vez algo así. Pero si lo has hecho… sinceramente, no querría estar en tu piel.

Tragué saliva, sintiendo un ardor seco en la garganta. Las palabras me herían incluso al salir, no solo por lo que decían, sino por todo lo que se quedaba atorado, sin pronunciar. Palabras que, sabía, ya no cambiarían nada.

Carol no dijo nada, como si en su mutismo aceptara que no tenía argumentos o, simplemente, que había dado por perdida nuestra batalla.

—Está bien —conseguí articular—. Entonces creo que lo mejor será que dejemos de vernos… al menos por un tiempo.

—Estoy de acuerdo —respondió ella, sin dudar. Esa rapidez, esa frialdad, me destrozó por dentro. Era evidente que se había retirado a un lugar dentro de sí misma al que yo ya no tenía acceso, cerrando una puerta y dejándome al otro lado, sin posibilidad de volver a entrar.

Entonces lo supe: no quedaba nada más por decir.

Una parte de mí quería llorar, gritar, pedirle que no se fuera. Pero la otra, la que se mantenía erguida por orgullo y dignidad, me obligó a hablar de nuevo.

—Te acompaño a la puerta —murmuré, con la voz baja, áspera—. Creo que ya no tenemos nada más que hablar.

Ella asintió en silencio. Caminamos juntas por el pasillo, con pasos lentos, arrastrados, empujadas por una especie de marea invisible hacia un final que probablemente ninguna quería enfrentar, pero que ambas sabíamos inevitable. Al llegar a la entrada de la casa, se detuvo un instante. No dijo ni una palabra; se limitó a extender la mano para posarla sobre la mía, en un gesto breve, mudo, dolorosamente contenido.

Después abrió la puerta lentamente y se fue.

Permanecí unos minutos allí, frente a la puerta entreabierta, sin fuerzas para cerrarla del todo, sintiendo cómo la oscuridad se colaba poco a poco en la casa, mientras una grieta silenciosa se abría dentro de mí.

CAROL.

Volví a casa en taxi, con una sensación espesa y amarga anidada en la boca del estómago, como si alguien me hubiese atado un cinturón por dentro y fuera apretando poco a poco. No sabía si era tristeza, culpa o simplemente agotamiento emocional. Quizá una mezcla de todo.

Sabía que había hecho lo correcto. Lo repetía en bucle en mi cabeza, como un mantra. *Lo correcto, lo necesario*. Pero saberlo no aliviaba aquel dolor, que me resultaba insoportable.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado…? Me vino a la mente, de forma casi automática, aquella película en la que se decía que lo justo sería que todos tuviéramos dos vidas: una en la que seguir un camino, y otra para explorar el contrario. Pensé en lo liberador que sería eso, pero no era más que pura fantasía. La realidad solo ofrecía una vida, una elección. Y, a veces, elegir dolía, porque somos el resultado de todas las decisiones que tomamos, de los caminos que elegimos recorrer y de todos los otros a los que renunciamos mientras nos dejan una profunda cicatriz o, lo que es peor, una herida abierta que no termina de cerrar.

Cuando llegué al portal de casa, las manos me temblaban al sacar la llave del bolso. Me llevó unos segundos acertar con la cerradura.

Al entrar al piso, me recibió un aroma familiar y acogedor, a comida casera y especias suaves, ese tipo de olor que, en otras circunstancias, me habría parecido reconfortante. Pero no aquella noche.

Iván apareció enseguida con una sonrisa amplia, sincera, luminosa. Llevaba puesto un delantal negro atado por encima de unos pantalones beige y una camisa azul claro, remangada hasta los codos. Estaba vestido de forma informal, pero había algo en su aspecto —en la forma en que se había peinado, en la combinación del atuendo— que indicaba que se había arreglado con esmero.

—¡Te estaba esperando! —dijo acercándose a mí para besarme brevemente en los labios—. Hoy he cocinado yo.

Intenté sonreír.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Me apetecía —contestó encogiéndose de hombros con una expresión enigmática en la cara.

La mesa del salón estaba puesta al detalle: mantel de hilo, velas encendidas, servilletas dobladas con cuidado.

—¿Y todo esto a qué viene? —insistí con un deje de desconcierto en la voz. Cualquier otro día me hubiese encantado el detalle, pero, sinceramente, no estaba para apreciar semejante esfuerzo.

—A nada en especial —respondió riendo, mientras se quitaba el delantal y me retiraba la silla con gesto atento—. Solo me apetecía hacerlo. Sin más.

Cenamos en relativa calma, hablando un poco de todo, aunque en el fondo, solo me apetecía meterme en la cama, esconderme bajo el edredón, cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Dormir y olvidar.

*Mañana será otro día*, me repetía, *y con el tiempo, Mónica y yo volveremos a ser amigas.* Sin más.

Cuando llegó el momento del postre, Iván trajo dos platos, pero uno de ellos llevaba algo más que la tarta de manzana casera preparada según la receta de mi futura suegra. Se trataba de un paquetito pequeño, perfectamente envuelto en papel celofán azul, con el logo brillante de la joyería Suárez sobre una etiqueta discreta.

El corazón me dio un vuelco.

Alcé los ojos hacia Iván, que me observaba expectante.

—Quería darte esto —dijo con voz suave, casi solemne.

—¿Qué es? —pregunté, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Ábrelo —contestó, sonriendo.

No lo hice enseguida; lo sujeté unos segundos entre las manos, sintiendo el vértigo asomar como un abismo bajo mis pies.

El futuro se había echado a andar, y me miraba de frente.

## CAPÍTULO 34.

## MÓNICA.

Hacía calor, ese calor del mes de julio en el que el sol de Madrid parecía apretar incluso dentro de los edificios. Yo arrastraba mi maleta por la estación de tren de Atocha con una mezcla de determinación y desgana, buscando el andén desde donde salía mi tren hacia Málaga. A mi alrededor había familias cargadas de maletas, turistas con cámaras al cuello, parejas abrazadas despidiéndose. Yo, mientras tanto, llevaba unas gafas de sol (para ocultar el cansancio de alguna que otra noche mal dormida), una maleta de mano y la bolsa de transporte de Casi, que viajaba conmigo sin quejarse, tranquila, con esa calma felina que tanto envidiaba. Asomaba el hocico por la rejilla, mirando todo con curiosidad.

Le había tomado la palabra a Victoria —"cuando quieras, tienes mi casa en Marbella"— y hacia allí me dirigía. Unos días lejos de Madrid, del estrés, del trabajo… y, sobre todo, de Carol, me vendrían de maravilla. A Victoria, por supuesto, no le había contado nada de lo ocurrido con Carol en las últimas semanas. Ni ganas. ¿Para qué? ¿Para parecer todavía más patética? No, gracias. Mucho mejor limitarme a sonreír y explicar que necesitaba desconectar, cambiar de aires, respirar un poco de mar. El tipo de excusas que nadie suele cuestionar.

Desde aquella última cita con Carol —esa que daría cualquier cosa por borrar de mi memoria— no había vuelto a saber de ella. Me la imaginaba feliz, encantada con su anillo de compromiso, organizando su boda de ensueño con Iván. Ese anillo que, por cierto, había elegido *yo* misma. Yo, en mi entrañable papel de buena amiga, consejera desinteresada y colaboradora sentimental. Vamos, que si eso no era ironía del destino, que alguien me lo explicase, por favor.

¡Anda y que les zurcieran a los dos!

Me repetí aquella frase una y otra vez, un consuelo torpe pero reconfortante, mientras me dejaba caer en un banco frente al panel de salidas. Faltaban veinte minutos para que saliera mi tren. A mi alrededor, todo parecía moverse con una energía casi insultante: voces, maletas, anuncios por megafonía, risas. El mundo giraba con su alegría ruidosa de siempre, como si nada pasara, mientras yo trataba —sin mucho éxito— de dejar atrás los restos de mi naufragio emocional.

Miré el teléfono sin mucho interés, más por costumbre que por otra cosa. Abrí el correo, revisé por encima unos cuantos asuntos del trabajo —nada que no pudiera esperar— y luego, casi por inercia, abrí WhatsApp. Deslicé el dedo con desgana por la pantalla, y entonces lo vi. Un mensaje de Carol.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que casi dejé caer el teléfono al suelo.

El mensaje decía simplemente:

*Hola, ¿qué tal estás…?*

Tres palabras y tres puntos suspensivos. Ni una sola pista de su estado emocional tras esa frase hueca.

Estuve a punto de dejar su mensaje en visto. Quería que sintiera mi silencio, como yo había sentido el suyo. Pero no tuve la fuerza —o el orgullo suficiente— para resistirme. Y sin pensarlo demasiado, escribí:

*Bien, me voy unos días a Marbella, a casa de Victoria.*

En cuanto pulsé "enviar", me invadió el arrepentimiento. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué seguía arrastrando esa absurda necesidad de mantenerla al tanto de mis movimientos, como si aún le importaran? Habíamos acordado poner distancia, darnos un respiro.

Pues eso: aire. Más me valía recordarlo.

Pasaron unos minutos eternos mientras yo me mordía el labio, inquieta, mirando la pantalla a la espera de su respuesta, hasta que finalmente llegó.

*Pásalo bien, un beso. Dale recuerdos a Victoria de mi parte.*

Me quedé observando el móvil, incrédula. ¿Eso era todo? ¿*Pásalo bien*? ¿Ni un *te echo de menos*, ni una mínima grieta en ese

mensaje tan correcto, tan pulido, tan… tibio? Parecía redactado por una compañera de trabajo, no por alguien con quien una vez me atreví a imaginar otra vida.

Apagué el móvil de golpe, con una furia sorda que apenas conseguí contener, y me levanté de un tirón, colgándome al hombro la bolsa de Casi. Después agarré la maleta con una fuerza innecesaria y me encaminé hacia el andén con paso rápido, casi desafiante. Un niño se cruzó corriendo en mi camino y tuve que esquivarlo en el último segundo. No le dirigí ni una sonrisa, a pesar de que el chiquillo me pidió perdón. En ese momento, odiaba a todo el mundo, lo reconozco.

Ojalá el tren arrancara pronto, y no se detuviera hasta dentro de mil kilómetros.

## CAPÍTULO 35.

CAROL.

Me bajé del taxi algo nerviosa, con esa inquietud sutil que una intenta disimular sin mucho éxito. Apoyé la mano en la puerta del coche durante un segundo, como si necesitara aferrarme a algo sólido antes de avanzar. Mientras, el conductor sacaba mi pequeña maleta del portaequipajes. Después se despidió y se marchó calle abajo.

El calor de la tarde me envolvió por completo: un calor espeso y envolvente, tan distinto al seco y abrasador de Madrid. Allí, el aire traía aromas de mar, de buganvillas en flor, de piedra caldeada por el sol.

Frente a mí se alzaba la casa de Victoria: blanca, moderna, con aquellos ventanales enormes. Me quedé quieta en la acera durante unos segundos, observando la fachada, esperando, quizá, una señal que me incitara a llamar. No había avisado a nadie de mi llegada, ni a Victoria, ni —por supuesto— a Mónica. No sabría decir exactamente por qué, pero lo prefería así.

Solo esperaba que estuvieran dentro. A esas horas de la tarde, lo más lógico era que sí, o eso quería creer. No habría soportado llegar hasta allí solo para encontrarme con una casa vacía y la desagradable sensación de haber hecho el ridículo.

Había pasado una semana desde aquella última conversación con Mónica. Siete días exactos y, sin embargo, me parecía una eternidad. Me sorprendía la cantidad de veces que había repasado cada palabra de aquella charla, cada gesto, cada silencio.

Mónica estaba enamorada de mí. ¡Enamorada! La idea no había dejado de golpearme la conciencia desde entonces. No se trataba de una fantasía fugaz, ni de un juego de complicidad malinterpretado. Estaba enamorada de mí desde hacía años, desde aquellos días caóticos y eléctricos en la universidad en los que compartimos tantas cosas.

¡Dios santo!, ¿cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo pude estar tan ciega, ser tan torpe? Me sentía un poco estúpida, lo reconozco.

El sonido lejano de un claxon me sacó en seco de mis pensamientos, recordándome que el presente seguía allí, latiendo, y que ya era hora de dejar de pensar y comenzar a actuar.

Suspiré, me acerqué a la puerta y extendí la mano hacia el timbre. Apenas lo presioné, cuando al otro lado comenzaron a escucharse los ladridos de Sari, la perrita de Victoria. Se oían amortiguados, pero se acercaban deprisa, cargados de emoción.

Al menos sabía que había alguien en casa.

A los pocos segundos, la puerta se abrió con un leve chirrido y apareció Victoria, descalza, con una camiseta corta que dejaba ver su vientre plano y unos shorts vaqueros que parecía haberse puesto al salir apresuradamente del agua. El pelo, mojado y peinado hacia atrás, le chorreaba ligeramente sobre los hombros. Olía a sol, a cloro, y a esa mezcla fresca que solo se tiene después de un baño reciente en la piscina. Detrás de ella, Sari, la perrita, avanzó para lanzarse directa a mis pies, moviendo la cola con una alegría desenfrenada que me hizo sonreír.

—¡Pero bueno! —exclamó Victoria, abriendo los brazos con efusividad para abrazarme—. ¿Qué haces tú aquí?

—Ha sido una decisión de última hora —respondí, devolviéndole el abrazo—. Quería daros una sorpresa.

Victoria me quitó la maleta de la mano con naturalidad, avanzando conmigo por el jardín hasta hacerme entrar al interior de la casa. Era una de las cosas que más me gustaban de ella: su capacidad para abrazar cualquier momento sin necesidad de entenderlo del todo.

—Pues me parece una decisión de lo más acertada. ¡Qué alegría, por Dios! Así estaremos las tres juntas otra vez. Y, ya de paso, vas a conocer a Eva, que viene dentro de un rato —dijo con entusiasmo; luego me lanzó una mirada cómplice antes de añadir—: Te va a caer bien.

—Estupendo —respondí, pensando en que, al fin, conocería a la famosa Eva, aunque, siendo sincera, eso era lo de menos en ese momento.

—Estamos en las tumbonas de la piscina —explicó entonces Victoria con gesto despreocupado, señalando su ropa húmeda—. Vamos y saludas a Mónica, que se va a llevar una buena sorpresa también.

Asentí, esforzándome por parecer relajada, mientras ella dejaba mi maleta a un lado y comenzaba a caminar delante de mí, parloteando con entusiasmo tras tomarme de la mano con una familiaridad espontánea.

—Entre nosotras… —bajó la voz en tono de confidencia— me tiene un poco preocupada. Está más seria de lo habitual. ¿Tú sabes qué le puede pasar?

No supe bien qué decir. Me limité a soltar una evasiva envuelta en una sonrisa neutra.

—Bueno… ya sabes que siempre ha sido muy reservada con sus cosas.

Victoria asintió, aunque sin convencerse del todo. Su tono cambió apenas un matiz, lo justo para dejar ver que tenía su propia teoría.

—Yo creo que todavía no ha superado su ruptura con la inglesa, la tal Charly… — especuló, lanzándome una mirada conspiratoria.

—No creo que vayan por ahí los tiros… —murmuré, más para mí que para ella, mientras la seguía sin oponer resistencia.

—¿Quieres tomar algo? —me ofreció entonces Victoria, con aire de perfecta anfitriona.

—¿Tienes Coca-Cola fría?

—Claro que sí —respondió, sonriendo—. Si quieres, ve saliendo al porche. Te la llevo en un minuto.

Decidí tomarle la palabra y continué caminando hacia la salida al jardín, pero entonces, sin previo aviso, mi mente se deslizó hacia un recuerdo antiguo, un episodio que creía medio enterrado, casi olvidado, pero que seguía allí, intacto, como una página marcada que aún esperaba ser leída de nuevo.

## CAPÍTULO 36.

CAROL.

MADRID, 14 AÑOS ANTES.

Era sábado por la noche, y, como casi todos los sábados, habíamos quedado los amigos de la universidad. En esa ocasión, la excusa era una fiesta organizada por los de la facultad de Derecho, una de esas veladas "inolvidables" que, de vez en cuando, montaban alquilando algún local a las afueras de la ciudad. Yo sabía lo que significaba eso: música atronadora, copas baratas servidas en vasos de plástico, luces estroboscópicas y decenas de estudiantes con la única intención de dejar atrás la semana —y los problemas— a base de risas, alcohol y alguna que otra locura nocturna.

El lugar resultó ser mucho más amplio de lo que aparentaba desde fuera. Tenía dos plantas, techos bajos y ese inconfundible olor a alcohol derramado que parecía haberse impregnado en cada rincón, como una huella permanente de noches similares. El lugar estaba abarrotado, y abrirse paso entre la multitud requería empujones, codazos y una paciencia que pocos parecían tener. Era el desorden en su forma más pura, una versión universitaria del caos con su propio encanto desaliñado y efervescente.

Hacía ya un buen rato que había perdido de vista a Mónica. La última vez que la vi, charlaba —o más bien soportaba— a aquel tipo de la escuela de Ingeniería, ese que parecía sacado de un anuncio de proteína en polvo, y que llevaba toda la noche siguiéndola con la persistencia torpe de un sabueso sin adiestrar. Lo habitual era que Mónica lo hubiese despachado a los cinco minutos —como solía hacer con la mayoría de los que se le acercaban con ciertas intenciones—, pero esa vez no. Esa vez le había dado conversación durante bastante tiempo, y eso, por más que tratara de disimularlo, me molestaba a rabiar.

¡Celos!

Sentía celos. Así, sin rodeos ni matices. Y no estaba preparada para algo así, porque era la primera vez en mi vida que me invadía una

emoción tan cruda, tan visceral. Ni siquiera sabía cómo gestionar esa punzada constante en el pecho, ese ardor sordo que no encontraba nombre ni consuelo, aunque más desconcertante aún era enfrentar la sospecha que empezaba a tomar forma dentro de mí.

Me estaba enamorando de ella.

De Mónica.

¡Dios santo! ¿Por qué me pasaba aquello?

Era una de esas ironías crueles del destino. Mónica… la misma con la que me había vuelto inseparable durante el curso. Pasábamos horas hablando de todo y de nada, riendo hasta quedarnos sin aliento, compartiendo silencios que no requerían traducción. Habíamos llegado incluso a planear dejar nuestros respectivos colegios mayores para alquilar un piso juntas el próximo año.

¿Cómo era posible que me estuviese enamorando de ella, de una mujer, por mucho que no fuese una mujer cualquiera?

No entendía nada, pero tampoco podía luchar contra ello. Había algo en ella —esa mezcla de misterio, ironía y un *no sé qué*— que me desarmaba por completo. Y lo peor era que, a veces, solo a veces, Mónica parecía corresponderme con miradas que se prolongaban más de lo habitual o con gestos sutiles, confusos. Pero luego me asaltaban las dudas: ¿y si estaba malinterpretando la situación?

Esa noche, la incertidumbre me carcomía como nunca.

Decidí dar una vuelta por el local para buscarla, pero antes me dirigí a la barra, donde Victoria y Marta estaban haciéndole ojitos al camarero, riéndose como si no existiera un mundo más allá de su burbuja etílica.

—Chicas, ¿habéis visto a Mónica? —pregunté, acercándome a ellas para que me escuchasen por encima de la música.

Las dos rieron sin prestarme mucha atención. Victoria se encogió de hombros y dijo:

—Ni idea, creo que se fue por ahí con alguien… no sé. Hace rato que no la veo.

Marta añadió entre carcajadas:

—Estará ligando.

No contesté. Solo asentí y me alejé de ellas, abriéndome paso entre la gente, esquivando codazos, vasos medio vacíos, cuerpos sudados bailando demasiado cerca. Busqué en los baños, pero no la encontré. Entonces, decidí subir a la planta de arriba.

La iluminación era más tenue allí, casi íntima. La música seguía sonando, pero amortiguada, como si las paredes del piso de arriba filtrasen el ruido y lo convirtieran en un rumor lejano. Había sofás, cortinas pesadas, y un aire denso que olía a perfume y a cuerpos demasiado cerca. Varias parejitas se acurrucaban en los rincones, besándose, tocándose, perdidas en su propia fiesta privada. Mi cuerpo se puso automáticamente en alerta. Algo me decía que no iba a gustarme lo que estaba a punto de ver.

Y así fue.

Mónica estaba en un rincón semioscuro, sentada con aquel chico de ingeniería. Él la sujetaba por la cintura con una mano enorme, como si le perteneciera. Ella le acariciaba el pelo y se dejaba besar con los ojos entrecerrados.

La imagen me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Permanecí durante unos segundos, ¿o fueron minutos?, paralizada, con los pies pegados al suelo y la mirada clavada en aquella escena espantosa. Quería apartar la vista, pero no podía.

Mónica. Entregándose a aquel…idiota.

Imaginaba que de vez en cuando tendría algún que otro escarceo amoroso, por muy discreta que fuese al respecto. Aun así, pensaba que la cercanía silenciosa que compartíamos era diferente, que —¡ilusa de mí! — podría querer decir algo más. Pero estaba claro que no era así.

Había malinterpretado la situación por completo. A Mónica no le interesaban las mujeres, y yo, menos aún.  Punto.

Fin del cuento.

Me sentí extremadamente idiota, ingenua, humillada. Noté que el pecho se me encogía y que me ardían los ojos. Tardé un segundo en darme cuenta de que eran lágrimas, asomándose entre mis pestañas sin permiso. Parpadeé rápido, intentando contenerlas, pero ya era tarde.

Tenía que salir de allí. Nadie podía verme así. Nadie debía saber nada de aquello. Jamás.

Me giré sin mirar atrás y bajé las escaleras con el corazón destrozado y una determinación feroz: lo que fuese que sentía por ella debía arrancarlo de raíz, enterrarlo en algún lugar tan profundo que ni yo misma pudiera volver a encontrarlo, condenándolo al más absoluto de los olvidos.

## CAPÍTULO 37.

## MÓNICA.

La tarde se deslizaba con una lentitud serena sobre el jardín de la casa de Victoria, como si el tiempo hubiera decidido relajarse también, a juego con el ambiente. El sol, en su lento descenso, bañaba la piscina con una luz cálida que hacía brillar la superficie cristalina, creando un efecto óptico casi mágico. El canto lejano de los pájaros y el rumor apenas perceptible del agua contribuían a crear esa atmósfera de calma casi irreal.

Me estiré perezosamente sobre la tumbona, dejando que el suave calor del atardecer acariciara mi piel desnuda, apenas cubierta por un diminuto bikini. Mantenía los ojos entrecerrados, no por cansancio, sino por el deseo deliberado de seguir un poco más dentro de mi propio refugio interior. Casi, la gatita, jugaba despreocupada cerca de mis pies, correteando tras una pelota invisible o, quizá, alguna sombra caprichosa. De vez en cuando se detenía a mirarme desde el suelo con esa mirada suya, curiosa e indescifrable.

Llevaba ya un par de días en casa de Victoria. Tanto ella como Eva me habían recibido con la calidez y la alegría propias de unas anfitrionas excepcionales: con sonrisas sinceras, bromas espontáneas, planes que surgían sin avisar y esa reconfortante sensación de que, en aquel pequeño rincón del mundo, todo estaba bien. Me hacían sentir acogida, tranquila… casi como en casa.

Sin embargo, había algo que me incomodaba profundamente, y era el hecho de no poder sincerarme respecto a lo ocurrido con Carol. Me moría de ganas de desahogarme, especialmente con Victoria, de contar por fin todo aquello que me venía carcomiendo por dentro desde hacía semanas. Pero no podía. No me parecía justo compartir un asunto tan delicado sin la autorización expresa de la otra protagonista. Además, al fin y al cabo, Carol seguía con su vida, con Iván, construyendo un futuro en el que yo ya no tenía lugar, y no quería ser yo quien revelara un secreto tan íntimo.

Volví a hacerme la misma pregunta que me había hecho cientos de veces durante los últimos días, esa que me dolía tanto como una vieja herida que no acaba de cerrar: ¿qué resultaba más cruel?, ¿haber rozado con la punta de los dedos un sueño que siempre creí inalcanzable, solo para verlo desvanecerse en el instante en que comenzaba a parecer real?, ¿o no haberlo alcanzado nunca, y así librarme de la amarga desilusión que últimamente tanto me pesaba? Tal vez lo segundo habría dolido menos. Tal vez. Pero ya no había vuelta atrás. Lo vivido, por efímero que fuera, me había cambiado para siempre.

Los ladridos lejanos de Sari, que había seguido fielmente a Victoria para ver quién llamaba a la puerta, quebraron mi paz mental, empujándome a abrir los ojos del todo.

¿Quién sería el inesperado visitante? ¿Y por qué tardaba Victoria tanto en volver?

Aproveché la ocasión para echar un vistazo a los mensajes de mi móvil. Últimamente, me había vuelto adicta a comprobarlos una y otra vez, con la absurda esperanza de encontrar uno de Carol. Era patético.

No había nada nuevo, por supuesto. Volví a dejar caer el teléfono al fondo de mi bolso, con hastío, y me estiré despacio, alzando los brazos por encima de la cabeza y dejando que los músculos de la espalda se soltaran poco a poco.

De pronto, una figura emergió entre la luz dorada del atardecer, avanzando hacia mí a través del jardín. Por un instante, creí que mi mente me jugaba una mala pasada. Parpadeé varias veces, incrédula, esperando que aquel espejismo se esfumara de golpe.

Pero no, era ella, Carol, vestida con unos pantalones de lino blanco y una camiseta azul marino que contrastaba con el tono bronceado de su piel. Caminaba con paso firme, sin titubeos, y en su rostro se dibujaba una sonrisa apenas esbozada, enigmática, como si supiera exactamente el efecto que causaba en mí.

Una presión invisible me comprimió el pecho, robándome el aire con una lentitud insoportable.

Carol avanzó hasta detenerse a apenas un metro de distancia. No dijo nada. Yo tampoco. Tan solo nos observamos en riguroso

mutismo durante unos segundos que parecieron minutos. Su expresión era inescrutable, la mía, supongo, algo desafiante. Finalmente, fue ella quien rompió el silencio.

—Hola, Moni… —saludó, apartándose con suavidad un mechón de pelo que había empujado la brisa hacia su rostro. Confieso que ese gesto mínimo, casi casual, provocó que mis pulsaciones se elevaran de forma un tanto preocupante. Estuve a punto de llevarme una mano al pecho, como esas heroínas dramáticas de películas antiguas, para suplicarle a mi corazón que, por favor, se comportara.

—Hola —conseguí articular sin apartar la vista de sus ojos. —¿Qué haces aquí? —pregunté a continuación, intentando recomponerme y tomar de nuevo el control de mi cuerpo.

Ella se mordió el labio inferior, pensativa, con la expresión de quien busca las palabras adecuadas y todavía no las encuentra, y justo cuando parecía a punto de responder, la voz alegre de Victoria interrumpió la escena, dejándome, si cabe, aún más descolocada. Se acercaba a nosotras con una sonrisa en el rostro, completamente ajena a la trascendencia del momento. Llevaba un refresco en una mano y un vaso con hielo en la otra.

—¿Has visto, Mónica? ¡Qué sorpresa! —exclamó, entre risas, mientras dejaba el refresco sobre su hamaca vacía con naturalidad.

En cierto modo, agradecí la interrupción; me dio la excusa perfecta para intentar recomponerme. Me incorporé con calma calculada y me até una toalla a la cintura al tiempo que Victoria seguía parloteando, feliz de tenernos allí a las dos, comenzando a proponer planes para esa misma noche: algo sobre hacer una reserva en un restaurante del puerto y lo bien que nos sentaría a todas un poco de marisco y vino blanco. Parecía una banda sonora fuera de lugar en una escena que imploraba silencio.

Pero ni Carol ni yo la escuchábamos. Solo nos mirábamos, intentando, quizá, comunicarnos sin palabras.

—Entonces, ¿qué os parece, chicas? ¿Reservo para cenar esta noche en el puerto? —insistió Victoria, probablemente extrañada de nuestro silencio.

Carol, ignorando deliberadamente su pregunta y sin apartar sus ojos de los míos, dijo algo que me dejó al borde del infarto.

—He venido a decirte que yo también te he ocultado algo…

—Ah, ¿sí?, ¿el qué…? —respondí alzando una ceja y cruzando los brazos con gesto defensivo.

Quería parecer firme, distante, pero por dentro estaba completamente desconcertada. ¿Qué hacía Carol allí? ¿Por qué se había presentado sin avisar? Anhelaba, necesitaba, escuchar lo que tenía que decir. Mantenía la esperanza —por pequeña que fuera— de que no hubiese aparecido solo para reafirmarse en aquella dolorosa decisión que yo, al final, había aceptado sin oponer más resistencia. Pero no quería ilusionarme en vano.

—Es un poco complicado de explicar… — contestó un tanto vacilante, sin apartar su mirada de la mía. — Pero digamos que he venido a retractarme de mis palabras del otro día.

—¿A retractarte…? —repetí, intentando poner orden en la maraña de ideas y posibilidades que se me cruzaban por la cabeza

—Sí, a retractarme.

— Muy bien —respondí con frialdad. No quería ceder tan fácilmente, aunque la calidez de su voz y todo lo que implicaba su presencia allí ya comenzaban a desarmar mis defensas—. Te escucho.

—Para empezar, quiero dejar algo claro: nunca me han gustado los experimentos. Así que, aquella supuesta *cobaya de laboratorio* nunca fue objeto de prueba.

—¡Ah!, ¿no…? Pues el otro día parecías muy segura de tus afirmaciones — repliqué, experimentando una pequeña punzada de dolor al recordar aquellas palabras.

—Lo sé. Pero es el momento de reconocer que tengo sentimientos profundos hacia… hacia esa *cobaya.*

—¡Por Dios! ¿Se puede saber de qué demonios estáis hablando? – interrumpió Victoria, completamente perpleja por el cariz que estaba tomado la conversación, e ignorante de que casi me da el segundo amago de infarto en cinco minutos. ¿Carol tenía sentimientos profundos por *mí*?, ¿lo había escuchado bien?

—¿Qué tipo de sentimientos? —pregunté finalmente, ignorando por completo la pregunta de Victoria.

—Sentimientos únicos e irrenunciables, de esos que son capaces de cambiar toda una vida.

—Vaya… — murmuré tragando saliva —. Y entonces, ¿por qué no me lo dijiste el otro día?

¿De verdad estaba teniendo lugar aquella conversación? ¿No era una alucinación mía?

—Porque tenías razón, admitirlo suponía aceptar un cambio doloroso, sin mencionar que todavía no había encajado del todo eso de amar a… *un roedor*.

Durante unos instantes, ambas nos quedamos en silencio ante el desconcierto de Victoria, que nos miraba de forma alternativa, desorientada y sin ser consciente, quizá, de la solemnidad del momento.

—Muy bien, chicas… No tengo ni idea de qué va todo esto —dijo finalmente, sacudiendo la cabeza con una mezcla de desconcierto y alivio—, pero me alegra ver que estáis haciendo las paces. Seguro que todo ha sido un simple malentendido. Así que, ¿qué os parece si lo selláis con un abrazo y un beso? —añadió con una sonrisa, mientras, sin pedir permiso, tomaba nuestras manos y las unía con suavidad.

Fue entonces cuando Carol, con gesto decidido, tiró de mí y, sosteniendo mi cara entre sus manos, posó suavemente sus labios sobre los míos. Le respondí sin dudar, rodeándola por la cintura y atrayéndola hacia mí, uniendo nuestros cuerpos. El roce inicial, tierno y contenido, se transformó en un beso profundo, apasionado, urgente, como si quisiéramos borrar de un solo gesto todo el dolor acumulado, toda la distancia, toda la incertidumbre.

De pronto, como un eco lejano rompiendo el hechizo, se oyó el sonido de la copa de Victoria al estrellarse contra el suelo y hacerse añicos, posiblemente fruto del asombro de nuestra anfitriona.

—¡Dios mío! Pero… ¿por qué os estáis besando en la boca?, ¿os habéis vuelto locas…?

Me giré hacia Victoria con ánimo de aclararle lo evidente, pero no llegué a decir una sola palabra. Carol volvió a tirar de mí con suavidad, reclamando nuevamente mi atención.

—Espera, todavía no he terminado lo que quería a decir — aclaró con una amplia sonrisa, a pesar de que la expresión de su cara denotaba cierto nerviosismo.

—¿A qué te refieres…?

—También he venido para decirte que *sí* a lo que me propusiste el otro día.

Me quedé helada, lo admito, y, por un instante, creí que estaba soñando, que en cualquier momento despertaría tumbada en la hamaca, con el sol en la cara y el teléfono en el fondo del bolso, sin noticias suyas. Otra vez.

—¿Cómo… dices? – pregunté vacilante, obligándome a reaccionar.

Quizá no la había entendido bien. Quizá mi cabeza se estaba imaginando todo.

—¿Qué te propuso, Carol? —preguntó Victoria, con ese gesto de quien se ha perdido tres capítulos importantes de la serie de moda y no sabe por dónde va la trama.

Pero Carol continuó sin prestarle atención. Sus ojos seguían fijos en los míos.

—Que he venido a aceptar la propuesta que me hiciste el otro día —repitió, despacio, subrayando cada palabra.

Sí. ¡Lo había escuchado bien!

—¿Y qué hay del compromiso con tu *novio*? —pregunté de inmediato, saboreando con cierta malicia aquella palabra, tan amarga en mi boca.

—Exnovio —rectificó ella, sin titubear. —*Exnovio* —repitió de nuevo, esta vez con énfasis, como si cada sílaba fuera una declaración en sí misma.

—¡Madre mía! ¿Has dejado a Iván? —intervino Victoria, cada vez más perdida con la conversación. — ¿Qué ha pasado?

—Eso ahora no importa, pero sí, lo he dejado —confirmó Carol, sin apartar la mirada de la mía. Comprendí por la expresión de sus ojos que debía de haber sido duro para ella, pero que era cierto. Di entonces las gracias mentalmente a todos los dioses: a los reales, a los inventados y a los que solo invocas cuando ya no sabes a quién más acudir. Carol era libre. ¡Libre! Por fin estábamos solo ella y yo, sin excusas, sin terceros, sin barreras.

—Bueno… en cualquier caso, esa oferta ya ha caducado —dije, fingiendo una calma que distaba mucho de sentir. Luego hice una pausa y, en un susurro apenas audible, añadí: —Pero si quieres… ahora puedes ser tú quien lo proponga.

Necesitaba oírselo decir sin rodeos, sin insinuaciones, sin ambigüedades. Solo así sabría —sin margen para la duda— que aquello estaba ocurriendo de verdad. Que era real.

—¿Pero de qué habláis ahora…? —insistió Victoria; su voz comenzaba a sonar como la de una madre al borde del colapso en una conversación de adolescentes crípticas.

—¡Está bien! —exclamó Carol, dejando escapar un suspiro leve, acompañado de una sonrisa ligeramente burlona—. Veo que me va a tocar hacerlo a la antigua usanza…

Y entonces hizo algo que jamás habría imaginado verla hacer.

Tomó la lata de Coca-Cola que Victoria había dejado sobre la hamaca, la abrió con cuidado, retirando la anilla como si fuera lo más delicado del mundo, y, antes de que pudiera siquiera procesarlo… se arrodilló frente a mí.

—Señorita Martín, ¿querría hacerme el honor de casarse conmigo? —dijo entonces con un tono ligeramente socarrón, como si jugara a no tomárselo del todo en serio. Pero sus ojos la traicionaban: en ellos brillaba una gravedad serena, una sinceridad que no dejaba espacio a la duda. Hablaba completamente en serio.

Mi cerebro colapsó, lo admito. En el buen sentido. O en el peor. No lo sé.

Después tomó mi mano —que milagrosamente no temblaba— y deslizó la anilla en mi dedo anular. Me quedaba muy justa y no entró del todo, pero en ese momento me pareció que ejercía su función a la perfección.

—Prometo comprarte otro más adelante —susurró, con una sonrisa ladeada que terminó de desarmarme.

¡Dios! ¿Cómo se supone que debe sentirse una cuando su mayor anhelo —ese que ha acariciado una y otra vez en silencio— de pronto se planta frente a ti y proclama: “Soy tuya”?

Imposible saberlo.

Victoria, que hasta ese instante había estado observando la escena con una mezcla de desconcierto y ligera sospecha de que se trataba de una broma elaborada a su costa, soltó al fin:

—Pero… ¿me vais a explicar por fin de qué va todo esto?

Ni Carol ni yo respondimos. No podíamos. Estábamos en otra dimensión, una donde solo existíamos ella, yo y esa absurda anilla de lata de refresco.

—Me lo tengo que pensar… —dije al cabo de unos segundos, intentando disimular la emoción en mi voz, aunque mi sonrisa —inevitable, transparente— me delataba por completo.

Carol se incorporó despacio, observándome con solemnidad.

—¿Te lo tienes que pensar? —murmuró, entrecerrando los ojos y ladeando la cara en un gesto que me dejó sin aliento.

Y entonces volvió a besarme.

Y fue como si, por primera vez, el universo hubiera dejado de resistirse y decidiera alinearse —por fin— con mi yo más auténtico.

De fondo, oí a una socarrona Victoria decir:

—Ya veo que no voy a tener que preparar otro dormitorio… pero quiero una explicación larga y detallada de todo esto, chicas.

No le contestamos. No hacía falta. Algunas cosas no necesitan explicación. O, al menos, no cuando estás demasiado ocupada besando a la mujer con la que te acabas de prometer.

Además, ya habría tiempo para dar explicaciones.

## EPÍLOGO.

### 9 MESES DESPUÉS.

Me desperté cansada, pero con una extraña y reconfortante sensación de bienestar. Sin abrir los ojos, supe que algo extraordinario había ocurrido, aunque por un momento no pude recordar qué era. Abrí los párpados con lentitud, aún envuelta en la neblina del sueño, y lo primero que captó mi mirada fue mi mano izquierda, reposando sobre la almohada, muy cerca de mi rostro. En el dedo anular, una alianza de oro relucía con la luz suave de la mañana.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras los recuerdos del día anterior irrumpían en mi mente como una ola incontenible. La ceremonia sencilla pero emotiva ante el notario, las firmas temblorosas, las miradas cómplices. Luego, la celebración en el Hotel Ritz de Madrid, que se alargó hasta bien entrada la madrugada: risas, música, copas levantadas una y otra vez, abrazos de amigos y familiares que habían venido desde lejos solo para compartir ese momento con nosotras. ¡Dios mío!, ¿de verdad había sucedido todo aquello?

Me giré de golpe; necesitaba una prueba tangible de lo vivido, y enseguida comprobé que Mónica dormía plácidamente a mi lado, con el rostro sereno y una leve sonrisa en los labios, como si tuviese un sueño especialmente placentero. Su mano descansaba sobre las sábanas, y en su dedo anular brillaba una alianza idéntica a la mía.

De inmediato, cualquier atisbo de duda se desvaneció.

Era real. No era un sueño, ni una fantasía tejida en mi mente aún adormecida. Había sucedido de verdad. Mónica y yo nos habíamos casado. *Casado*. La palabra sonaba simple, cotidiana casi, pero portaba un peso extraordinario.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro antes incluso de que pudiera darme cuenta. Me quedé completamente inmóvil, conteniendo el aliento, temerosa de que el menor gesto rompiera la magia del momento. Solo me dediqué a observarla, en silencio, dejándome

empapar por la quietud de su sueño. Sus rasgos, tan conocidos y a la vez tan nuevos bajo la luz de la mañana, los recorrí con los ojos de quien intenta memorizar un paisaje para grabarlo en lo más profundo de su memoria.

Cuando ya no pude resistirlo más, me incliné con cuidado hacia ella hasta posar un beso suave en su mejilla.

Mónica fue abriendo los ojos poco a poco, algo desubicada, pero en cuanto me reconoció, me dedicó una sonrisa lenta, irresistible.

Durante unos segundos nos quedamos así, inmóviles, sin decir una palabra. Solo nos mirábamos, como si ese breve silencio contuviera más que cualquier conversación. Entonces, el sonido de su teléfono móvil rompió el hechizo, quebrando la quietud del momento. Mónica soltó un suspiro resignado, se giró con desgana hacia la mesilla y, con voz adormilada, atendió la llamada.

—Victoria… —susurró mientras me lanzaba un beso por el aire en un gesto cómplice que me hizo sonreír aún más.

Desde el otro lado de la línea, la voz de Victoria se escuchó con toda claridad, incluso desde donde yo estaba.

—¿Chicas, estáis listas? En veinte minutos estamos ahí para llevaros al aeropuerto y recoger a Casi.

—¿Ya? ¿Pero qué hora es? —preguntó Mónica, incorporándose de golpe y mirándome con los ojos bien abiertos, visiblemente alarmada.

Su expresión me hizo reaccionar al instante. Me estiré para alcanzar el móvil que descansaba sobre la mesita de noche y, al ver la hora en la pantalla, sentí cómo mi estómago se encogía.

—¡Nos hemos dormido! —exclamé, sentándome de golpe en la cama.

Tendríamos que estar ya vestidas, con las maletas cerradas, listas para salir por la puerta… y ahí estábamos, recién despertadas, con el pelo enredado por la noche y el mundo aún medio borroso.

—¡En veinte minutos estamos abajo! —dijo Mónica con firmeza, antes de colgar y saltar —literalmente— de la cama.

—Vamos, Carol, que en veinte minutos llegan Vic y Eva —añadió mientras comenzaba a moverse a toda velocidad por la habitación, recogiendo ropa y buscando cosas.

Corrí directamente al baño y me metí en la ducha sin pensarlo demasiado; el agua tibia, aunque fugaz, resbaló sobre mi piel con la suavidad justa para arrancarme del sopor en el que aún me encontraba y devolverme al presente. Todo pasaba a una velocidad vertiginosa; parecía que el reloj hubiese entrado en una carrera que no pensaba frenar.

Y, aun así, en medio de aquel caos doméstico —entre toallas mojadas, pasos apresurados y risas nerviosas—, una certeza atravesó mi mente como un relámpago suave, silencioso pero profundo.

Me había despertado casada con la mujer que amaba.

No podía pedirle más a la vida.

Veinte minutos después estábamos vestidas y haciendo malabares para meter las últimas cosas en las maletas. El neceser, el cargador del móvil, un libro que no podía faltar… Mónica consiguió cerrar la suya con un suspiro triunfal, como quien gana una batalla. Yo me agaché para buscar mi cámara de fotos en el cajón de la mesilla, y al incorporarme, nuestras miradas se encontraron.

Fue solo un segundo. Un instante suspendido entre el ruido de cremalleras y el tic-tac apremiante del reloj. Pero bastó para dejarnos momentáneamente inmovilizadas.

Todo el frenesí de alrededor se detuvo de golpe, y tuve la sensación de que el mundo contenía el aliento para dejarnos ese instante solo para nosotras.

Soltamos lo que teníamos entre las manos casi al mismo tiempo, como si una señal invisible nos hubiera empujado a hacerlo. Sin necesidad de palabras, dimos un paso la una hacia la otra, y nuestros cuerpos se encontraron en el centro de la habitación, en medio de aquel caos que anunciaba un viaje inminente. La abracé con fuerza, con esa urgencia de quien no quiere que se le escape un momento que sabe irrepetible. Ella me rodeó con sus brazos y hundió el rostro en mi cuello.

—No puedo creer que esto sea real… —susurré, sintiendo cómo su respiración me acariciaba la piel.

—Es real —respondió Mónica sin dejar de abrazarme con fuerza—. Y ahora tenemos un avión que no podemos perder. El delta del

Okavango nos espera…

Reímos, pero no nos soltamos. Nos quedamos así unos segundos más, hasta que nuestras bocas se buscaron para fundirse en un beso suave, profundo, lleno de promesas. Un beso que sabía a despedida momentánea, pero también a comienzo.

El pitido insistente de un coche procedente de la calle nos hizo regresar a la realidad. Seguramente sería Victoria, impaciente por nuestra tardanza en bajar. Nos separamos a regañadientes, con gesto cómplice, y cerramos mi maleta con prisa.

—Creo que ya está todo. ¡Vámonos! —dije un par de minutos después, mientras colocaba a Casi en su transportín. Sabía que, para la gatita, pasar dos semanas en Marbella junto a su adorada Sari también significaría, sin duda, unas verdaderas vacaciones.

Mónica me guiñó un ojo, y sin decir una palabra, agarró las dos maletas y las arrastró hacia la puerta con aire de felicidad.

Yo la seguí, sin dejar de sonreír.

FIN.

## Sígueme en Instagram: @victoria.lacaci.com

Si realmente has disfrutado de esta lectura, no dudes en valorarla o incluso dejar una reseña. Disponer de vuestras impresiones es fundamental para cualquier autor, lo anima a continuar y ayuda a otros lectores a elegir entre la variada oferta existente.

---

[1] Véase *La Aristócrata*, de la misma autora.